

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras  
División de Estudios de Posgrado

**MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO,  
UN DESTINO TRÁGICO EN LA  
INTERVENCIÓN Y EL SEGUNDO IMPERIO**

**Tesis que para optar al grado de maestra en historia presenta**

**María Elena Delfina López Méndez**

Directora de Tesis:  
Dra. Eugenia Walerstein de Meyer

**México, Ciudad Universitaria, septiembre de 2011.**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **DEDICATORIAS**

A mis padres Luis López Espinoza y Elena Méndez Barrera

In memoriam.

A mi hija Georgina Edith, por su valiosa ayuda y apoyo incondicional en la elaboración y revisión general de este trabajo.

A mi hija Claudia Elena, por su excepcional auxilio durante las horas de mi ausencia de las responsabilidades familiares.

A mi esposo, Luis Reed Torres, por su colaboración en el arduo trabajo de clasificación de documentos del Archivo Militar.

A mis nietas Andrea y Valeria, con infinito amor.

## **AGRADECIMIENTOS**

A la doctora Eugenia Walerstein de Meyer, quien me mostró nuevos caminos y enfoques de investigación para construir esta historia, y me brindó decidido apoyo para llevarla a buen puerto.

A las doctoras Antonia Pi Suñer, Cristina Gómez Álvarez, María del Carmen Vázquez Mantecón y Marcela Terrazas, por sus orientaciones, sugerencias y reflexiones que me permitieron enriquecer el presente trabajo.

## INTRODUCCIÓN

Ciento cuarenta y cuatro años han transcurrido desde que la nación mexicana vivió en lo profundo de su ser social el choque ideológico entre conservadores y liberales, cuyos odios y pasiones partidarias arrastraron a familias enteras y las dividieron en posturas irreconciliables, quebrantando espíritus con desengaños y traiciones y ensalzando otros frente a heroísmos acrisolados ante un pelotón de fusilamiento. Todas estas manifestaciones, profundamente humanas, surgieron con fuerza en ambos bandos y a cada uno le tocó escribir los renglones de la historia en el turbulento siglo XIX.

Don Alfonso Reyes sentenció: “El que no conoce el siglo XIX no conoce México”. En efecto, todos los acontecimientos cruciales de esta centuria marcaron los umbrales del no menos tempestuoso inicio del siglo XX.

Para 1850, a tan sólo treinta años de haberse consumado la independencia, México era un país de incertidumbre con muchos rostros y muchos contrastes. Por un lado, el centro de la ciudad de México con grandes almacenes para las clases privilegiadas, conformadas por terratenientes, comerciantes, militares y el alto clero; por otro, una población de castas y razas integrada por sirvientes, peones, tlachiqueros, empleados o vendedores, rancheros, labriegos y los grupos marginados que nada ofrecían porque nada tenían. Así, este mosaico social caracterizó a todo el país que dividió su tiempo entre la guerra y el arado, la inestabilidad política y económica y las diversiones públicas y hogareñas que permitían esbozar alguna que otra sonrisa a los habitantes de la República.

Por lo demás, los caminos se hallaban llenos de peligros y asolados por salteadores que no respetaban viajeros, haciendas o diligencias, sin faltar los bandidos sociales que surgieron en diversas regiones. Los desacuerdos y desatinos políticos estaban a la orden del día y derivaron en largos años de

## II

confusión y caos. La leva forzosa fue una gran calamidad, y muchos hombres que sólo sabían manejar el arado sucumbieron en las guerras y dejaron en el abandono a viudas y huérfanos. En medio de este desorden generalizado, pleno de desesperanza e inseguridad, transcurrirá nuestro relato.

El interés de esta investigación es rescatar de los archivos la historia de los otros, la de los vencidos, la de los equivocados, la de los que obtuvieron como saldo en su vida todo el desprecio de la historia oficial, aderezado con los oprobiosos adjetivos de “mochos” y “traidores”, y que, expulsados del sacrosanto templo de los héroes o ilustres, ni siquiera son merecedores de “un sepulcro para ellos de honor”.

Mi trabajo en este rescate se inserta en la corriente de la nueva historiografía que busca abrir caminos de comprensión al difícil siglo XIX, en sus coyunturas, planteamientos ideológicos, en sus proyectos de nación, en la mentalidad de una época, en sus acciones y reacciones; todo con el propósito de comprender el desarrollo histórico y la participación de los personajes de esa época.

La historiografía del siglo XIX que analiza la compleja problemática de la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio es muy extensa y sin duda valiosa, enfocada fundamentalmente a los aspectos políticos, económicos y militares de los actores principales del drama. Pero lo que llamó mi atención de esa época fue un personaje casi desconocido para abordarlo a través de su expediente militar y de sus escritos literarios, históricos y particulares, enriquecidos con los múltiples rasgos de la vida cotidiana y vicisitudes profesionales que de la consulta de aquellas fuentes se desprenden. Tal personaje fue el General de Brigada Manuel Ramírez de Arellano, considerado por sus contemporáneos como el más destacado artillero del siglo XIX mexicano, testigo de los hechos y protagonista esencial no sólo de sucesos de indudable

### III

importancia militar como los ocurridos durante la agonía del efímero Segundo Imperio, sino también notable por su rica veta intelectual e interesante vida privada.

Sus anhelos, sus desencantos, sus pasiones ideológicas, sus enfrentamientos personales, así como su indeclinable lealtad a los principios conservadores, despertaron mi interés. Sus entrañables lazos fraternales con Miguel Miramón, el principal caudillo de la reacción; sus amores, sus sueños y sus ideales, sus temores y su amargura en la derrota, su exilio y su muerte solitaria lejos de su país constituyeron igualmente factores que me llevaron a escribir este ensayo biográfico circunstanciado, que será el eje central de la exposición.

Abordar la segunda mitad del siglo XIX de nuestra historia desde la corriente de las mentalidades me ha brindado un panorama más amplio, más rico y más diversificado de la sociedad decimonónica. El concepto de mentalidad nace en el siglo XVII en Inglaterra, y en el siglo XX deriva de la historia social, que busca reinterpretar a la sociedad a partir de los fenómenos mentales a los que considera tan determinantes como los económicos o políticos. Para Georges Duby “todo sentimiento de un individuo sobre su situación es producto de la imagen que de ella se hace”.

Esta nueva propuesta historiográfica resulta muy enriquecedora y se aboca a dar voz a los “excluidos de la historia”, trabajadores, rebeldes, marginados, perseguidos, etcétera, es decir a la masa anónima a partir de fuentes no tradicionales.

A partir de la segunda mitad del siglo XX muchos historiadores comprometidos con esta ciencia social marcaron nuevos derroteros y nuevas metodologías; teorías innovadoras, consultas de acervos y fuentes antes desdeñadas o no descubiertas, o bien no reflexionadas, por ejemplo, el análisis y estudio de la imagen fotográfica para reconstruir y recrear historia a partir de ellas,

y la historia oral que rescata vivencias cotidianas y perfiles desconocidos de protagonistas, testigos de sucesos y épocas del pasado que enriquecen la disciplina. Quedaron así planteadas diferentes e interesantes propuestas historiográficas como las macrohistorias, las microhistorias, la historia de las mentalidades y las historias regionales, entre otras. Luego surgirían nuevas inquietudes y formas de hacer historia, como la historia cultural, que mostraron de ese modo un conocimiento más amplio y más humano y coadyuvaron a mejorar la comprensión de otros tiempos; así también la metodología cualitativa abrió camino y cuestionó las historias seriales, con lo que se consiguió una historia más profunda.

Al seguir las huellas de Arellano busco comprender cómo percibió su tiempo y cómo o por qué adoptó determinados comportamientos. Escudriñar su legado, sus escritos, sus acciones militares, su admirable ingenio como artillero, sus puntos de vista, sus opiniones sobre diversos asuntos, su bagaje cultural, su rechazo absoluto a los radicalismos liberales, sus reacciones ante lo que consideró injusticias, sus apreciaciones acerca de sus contemporáneos y sus actitudes ante los hechos traumáticos, reviste extrema importancia para conocer a fondo la figura de un personaje del siglo XIX que no por desconocido deja de ser de singular relevancia en la historia de ese particularmente agitado período que aún causa enconadas polémicas entre los historiadores y hasta en las personas sin especiales credenciales académicas.

Reconozco plenamente mi subjetividad en este trabajo al seleccionar y admirar el valor y la congruencia de los principios de Ramírez de Arellano, pero al mismo tiempo no dejo de observar la intolerancia, la ambición y hasta la ingenuidad que asistió a muchos conservadores. Y en cuanto al grupo liberal, que se empeñó en sostener una constitución con las armas y demás leyes e instituciones en su afán por guiar al país a la modernidad en que creía, queda claro que en no pocas ocasiones dejó de lado a la propia Constitución de 1857 y que en otras muchas expuso a nuestro país a la ambición desmedida de nuestros

vecinos del norte y a la constante intromisión e influencia estadounidense en los gobiernos de esa época.

Sin duda los proyectos de nación, de confrontación ideológica, de caminos diferentes, de violencia, de desencuentros en su afanosa búsqueda de una patria mejor se enfrentaron cruentamente durante largos años y el costo material en vidas humanas resultó considerablemente alto. Finalmente, el Partido Conservador quedó sepultado en la misma tumba de Miguel Miramón y el triunfante Partido Liberal participó de manera preponderante en la larga etapa porfiriana (1877-1911).

La investigación que presento se basa fundamentalmente en el expediente de Manuel Ramírez de Arellano que custodia el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, así como en fuentes bibliográficas del siglo XIX, muchas de ellas al parecer ignoradas, desconocidas o poco manejadas, para recrear y reconstruir diversas situaciones; en acervos hemerográficos, folletos y manuscritos también de la época, de los cuales muchos se deben a la pluma de mi biografiado. Estos recursos heurísticos pertenecen al Centro de Estudios de Historia de Mexico Carso, así como a la Biblioteca del Congreso de Querétaro, el Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora, la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León y otros repositorios que en el apartado correspondiente quedan asentados.

El estudio se circunscribe a circunstancias históricas alrededor de nuestro personaje, si bien se mencionan colateralmente hechos políticos y militares que fueron trascendentales en esa época, pero cuya extensión -de haberlos incluido- hubiera excedido este trabajo. Los objetivos primordiales del estudio se enfocan a buscar una interpretación diferente de la historia de la segunda mitad del siglo XIX a través de la vivencia, participación y pensamiento de Manuel Ramírez de Arellano y de los protagonistas de la época.

Estudiarlos nos permite abordar, conocer y comprender diversas concepciones de la justicia, las formas de enfrentar los retos de la vida, la desesperación, la impotencia, las estrategias de sobrevivencia, el trasfondo y los abusos del poder, la pobreza, las cosas comunes de la vida cotidiana, etcétera, que van entretejiendo a la colectividad y van dibujando el perfil social que caracterizó y marcó a esas generaciones.

La corriente historiográfica del estudio de la mentalidades me brindó una propuesta enriquecedora e interdisciplinaria que me permitió reinterpretar a la sociedad del siglo XIX través de la emotividad, sentimiento, imaginario de la realidad y conducta de un protagonista significativo de la época y la tendencia ideológica a la que se sumó y que plasmó en sus escritos, en los que destacan diversos conceptos relacionados con la religión, la espiritualidad, la política, la vida castrense y la guerra, etcétera.

Podríamos definir la historia de las mentalidades como una nueva alternativa basada en el acto de pensar, entendiendo éste como la manera en que el ego la percibe, la crea y la razona frente al mundo que le circunda.

Hoy más que nunca se ofrecen rutas novedosas para reconstruir el pasado, y fuentes de conocimiento, antaño inimaginables, que brindan una información diversificada, extensa, rica en matices y aristas, que permiten revisar y recrear el ayer en aras de constituir el ahora y preservar la memoria como herencia y conciencia histórica para los ciudadanos del mañana.

En esta investigación señalo diversos puntos de vista y opiniones con respecto a las ideas que sobre la monarquía y la república se tuvieron en el siglo XIX; esto lo considero fundamental para explicar y comprender las inquietudes, inclinaciones políticas y visión del entorno nacional e internacional que fueron conformando la mentalidad, cultura y conciencia de mi biografiado.

## VII

Por paradójico que parezca, inicio el camino en el final de la vida de Ramírez de Arellano en Rímíni, Italia, en diciembre de 1877, en donde vivió los últimos meses de su existencia en calidad de exiliado, y en retrospectiva voy describiendo y descubriendo aspectos desconocidos del militar conservador, cualidades, defectos y frustraciones del hombre, que sostuvo su ideología y creencias hasta el final de su vida.

En la historiografía mexicana reciente sobre el siglo XIX aparecen obras con propuestas novedosas como las de Erika Pani, Conrado Hernández, Will Fowler y Humberto Morales, entre otros, que buscan desbaratar las dicotomías de los buenos y malos de la historia, así como analizar los mitos sobre determinados personajes marginados en la historia oficial. “Así la mayoría de estos textos enfocan momentos de polarización política, para desentrañar lo que estaba entonces en juego”.<sup>1</sup>

Esta investigación va en ese sentido: “Dejar que los ‘conservadores’ se pinten a sí mismos, recuperando los términos propios del debate para descubrir lo que les angustiaba, lo que esperaban, y con lo que estuvieron dispuestos a conformarse”.<sup>2</sup>

En la exposición voy alternando los datos que me ofrecen las fuentes primarias y el contexto histórico con la de vida de mi biografiado, imaginando en ocasiones los diálogos que pudieron darse en los diversos acontecimientos en que se vio involucrado en su vida pública y privada, con la intención de que fuera más accesible y descriptiva la fascinante, emotiva y trágica vida de Arellano. En todo momento tuve presente los acontecimientos trascendentes de la época, sin perder de vista que el eje rector del trabajo era la vida de Arellano, contada por él mismo, desprendida de su amplia producción literaria, piezas cívicas, artículos, ensayos,

---

<sup>1</sup> Erika Pani (coordinadora) *Conservadurismo y Derechas en la historia de México*, México, 2009, Fondo de Cultura Económica y Conaculta, Vol. I, p. 23

<sup>2</sup> *Ibidem*, p.24

## VIII

etcétera, y lo que sus contemporáneos escribieron en sus obras históricas acerca de mi personaje.

En los primeros capítulos me asomo al ámbito familiar en donde nace y se desarrolla Manuel Ramírez de Arellano, formado en el seno de un hogar eminentemente católico; destaca la formación de un espíritu castrense de tradición y herencia familiar. Me refiero a su ingreso al Colegio Militar, paso que significó profundo orgullo para don Domingo, el jefe de familia, militar que participó en las filas del Ejército Trigarante y luego en diversas luchas en el México independiente.

El joven cadete tiene su bautizo de fuego en la Batalla de Chapultepec, combatiendo al ejército estadounidense, etapa que determinó su profunda aversión a los yanquis y a sus intromisiones futuras en nuestro país; a esto se agregó el trauma y la impotencia que vivió el pueblo mexicano con la pérdida de más de la mitad del territorio nacional.

Sigo los pasos de Arellano para reconstruir su trayectoria castrense, pública y privada, inmersa en una época de agitaciones, de invasiones de ejércitos extranjeros, de hambre y de muerte, presentes siempre en aquella realidad cotidiana, caracterizada por un profundo caos político y económico.

He tratado de comprender sus ambiciones, sus titubeos, sus pasiones, sus juicios de valor, sus análisis históricos y opiniones políticas, toda la gama de vivencias que se desprenden de sus escritos y de las aportaciones de otros estudiosos que fueron protagonistas, junto con él, de las etapas cruciales de la Reforma, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano, y que no sólo trataron o conocieron a Arellano (de aquí en adelante me referiré a Ramírez de Arellano simplemente como Arellano, como él mismo se hacía llamar) sino que fueron copartícipes en muchas circunstancias dramáticas de esas épocas y que dejaron constancia escrita de los acontecimientos para la posteridad. En su carrera como militar de artillería, Manuel destacó y brilló por su talento en el

manejo y estrategia para hacer más efectiva y contundente su arma y volverla factor decisivo en resultados ampliamente favorables a su causa. Me refiero también a los litigios jurídicos y militares que escenificó, producto de las envidias que despertó, de malos entendidos y de rencores, lo que le representó hostigamiento, penurias e incluso cárcel a pesar de haber demostrado su inocencia en todos los procesos.

Como simple mortal, tuvo debilidades: se enamoró de Guadalupe Miramón, mujer casada, lo que para esos tiempos significaba un gran escándalo en todos los aspectos de la vida social y religiosa, además de ser la hermana de su mejor amigo y cuya familia lo había acogido siempre como un hijo. Semejante situación, sin embargo, no careció de atenuantes y en todo caso de ninguna manera le enajenó la simpatía y el cariño de los Miramón por las razones que luego se expondrán. Por lo demás, la vida privada de Arellano es un misterio al que sólo pude atisbar con brevedad en algunos momentos de su existencia.

Al analizar la veta intelectual de Arellano, me causó una gran sorpresa su fecunda producción literaria: folletos, discursos, boletines, volantes, exposiciones y proyectos educativos, piezas cívicas, y desde luego su obra más conocida, *Ultimas Horas del Imperio*, así como los diversos escritos de sus diferentes defensas jurídicas; todo evidencia la preparación intelectual, una sólida cultura y una amplia visión de lo que se requería en educación y superación militar.

Su desempeño durante el breve Segundo Imperio y su vital participación en el Sitio de Querétaro marcan la aurora y el ocaso de mi personaje en mayo de 1867. Salva la vida al escapar milagrosamente de lo que hubiera sido sin duda un paredón de fusilamiento e inicia un camino sin retorno, de huida inicial y fuga final hasta el exilio. Cierro el círculo de vida de este personaje en el momento en que las circunstancias políticas en México habían cambiado y favorecían el retorno del expatriado. Sin embargo, su ciclo de vida se terminaba.

## **Génesis de la idea monárquica y la amenaza del norte, o el pasado no nos pasó, sino nos constituyó**

Se da por sentado – y la historia oficial se ha encargado de difundirlo así- que la monarquía en México era una idea extraña y exótica que sólo un grupo de ilusos pregonó y pretendió establecer en nuestro país en diversas etapas del siglo XIX, particularmente después del triunfo liberal en la Guerra de Reforma, y que culminó finalmente con el arribo de Maximiliano en 1864. De hecho, todo aquel que en cierto modo osó sostener la idea monárquica o que luchó, sea con la pluma, sea con las armas, por la consolidación del Segundo Imperio, se le motejó de traidor irredento, individuo execrable e indigno de aparecer en la lista de hombres ilustres de la nación – por muchos méritos que por otras razones le hubiesen adornado- Todo esto sustentado en el criterio liberal republicano que se alzó con la victoria en 1867.

Lo cierto es que históricamente encontramos que la institución monárquica subyace en la esencia de la tradición política y cultural de México, y en nuestros días alcanza a permear en la propia República Federal por medio del presidencialismo. No en vano se ha calificado de monarcas sexenales a los titulares del poder ejecutivo.

México fue gobernado por virreyes durante los trescientos años de vida colonial. Más aún, antes de la conquista española los diversos grupos étnicos que habitaron estas tierras estaban acostumbrados a formas teocráticas, de linajes, de soberanos absolutos. Los tlatoanis aztecas eran considerados la máxima autoridad. Más tarde el monarca hispano –quien quiera que fuese- fue visto no sólo como fuente de legitimidad gubernamental, sino como un indiscutible árbitro en el seno de la sociedad, por encima de los intereses particulares y de disputas políticas.

No pretendo abogar aquí por el sistema monárquico, sino comprender a los actores y a la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX, profundamente dividida y con enconos y distorsiones de su realidad, cuyo costo fue muy alto en todos los aspectos de la vida nacional. Manuel Ramírez de Arellano, personaje central de este trabajo, eligió al grupo conservador como ente político y a la monarquía como sistema de gobierno que solucionaría el caos y frenaría el desorden de la República que llevaba ya varias décadas de existencia.

Parece pertinente detenernos para analizar los juicios, conceptos e ideas que sustentaron quienes vivieron esas épocas y dejaron testimonio de sus análisis, observaciones y reflexiones sobre el destino de México, así como los de algunos estudiosos contemporáneos de ese período. Con ello pretendo conocer y entender al grupo conservador y su acción en la historia. Consciente de que no es éste el fin de la investigación, es necesario no soslayar este aspecto fundamental e imprescindible a fin de aproximarme a la mentalidad del personaje en estudio.

La investigadora Ángela Moyano dice que la herencia inglesa en los Estados Unidos permaneció como factor determinante de afirmación del ser nacional en cuanto el país nació a la independencia:

México por el contrario –afirma- cortó con el pasado de tres siglos coloniales, por creer, como dice Ortega y Medina, que éste nos había simplemente pasado y no constituido. El pensamiento oficial del México independiente quiso ser antihispánico y con eso destruyó la base para conseguir una unidad nacional. El rechazo a España, por ser una actitud negativa, y por tanto destructora, no consiguió afirmar una nacionalidad. La imitación de nuevas formulas de instituciones políticas, al carecer de arraigo en la tradición, no consiguió proporcionar la estabilidad necesaria al desarrollo. Ninguna de las culturas autóctonas tuvo la suficiente fuerza para constituirse en una base efectiva.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Angela Moyano Pahissa, *México y Estados Unidos. Orígenes de una relación. 1819-1861*. México, SEP, 1987, p.16

Al no continuarse la tradición política heredada de la colonia, México se vio desde un principio inmerso en graves problemas. Hubo, sin embargo, algunos intentos por retornar a las instituciones monárquicas.

Después del fallido imperio de Iturbide existieron proyectos monárquicos durante el México republicano del siglo XIX, entre ellos el Plan de la Monarquía Indígena, proclamado por los sacerdotes don Carlos Tepisteco Abad y don Epigmenio de la Piedra el 2 de febrero de 1834 en Ecalzingo, población cercana a Amecameca, intentona que fracasó en su tiempo pues los dos religiosos citados fueron batidos militarmente.<sup>4</sup>

De mayor trascendencia fue la famosa carta de don José María Gutiérrez de Estrada al presidente Anastasio Bustamante, fechada en Tacubaya el 25 de agosto de 1840. A despecho de lo que generalmente se cree, don José María no era un nostálgico con los ojos fijados en el pasado, sino un ilustrado moderno que en un principio sostuvo el republicanismo federal, pero que paulatinamente se fue desencantando de éste por el caos y la anarquía que acarreo al país.

Profundamente creyente en el estricto cumplimiento de las leyes y en el respeto de las libertades individuales, el ilustre yucateco se horrorizaba literalmente de los males ininterrumpidos que sacudían al país con la vigencia del sistema republicano, fuese federal o central.

Cuando Gutiérrez de Estrada escribió su significativa carta al presidente Bustamante en agosto de 1840, apenas había pasado un mes del cuartelazo federalista contra el propio don Anastasio, lo que significó la gota que derramó el vaso en el sentir ideológico del otrora entusiasta republicano.

---

<sup>4</sup> *Planes de la Nación Mexicana*, Libro dos, 1831-1834, México, Senado de la República, 1987, p. 208. Los religiosos Tepistecos y De la Piedra ofrecían el grado de General de División a todo individuo que reuniera dos mil hombres para secundar su proyecto. El texto íntegro de este Plan fue reproducido en el Boletín de la Secretaría de Gobernación en 1923.

### XIII

Tampoco confiaba gran cosa en los hombres públicos de México para que rescataran a la nación de sus endémicos males:

Después de una dolorosa experiencia –escribió Gutiérrez de Estrada-, atribuir exclusivamente nuestras desgracias a la Constitución de 1836 y esperar su completo remedio únicamente al restablecimiento de la de 1824, sería una grata ilusión que hartamente nos pesa no poder abrazar a los que, sintiendo grabados profundamente en nuestros pechos los males de la patria, estamos convencidos de que una Constitución, por sabia que sea, es un documento muerto si no hay hombres que sepan, quieran y puedan poner en práctica sus benéficas disposiciones.<sup>5</sup>

Para el ilustre pensador la implantación del federalismo en Estados Unidos, con una sociedad homogénea e ilustrada, posibilitó el éxito de tal sistema; en cambio, establecerlo en México, con una población indudablemente heterogénea, resultó impráctica y provocó graves desórdenes que derivaron en la anarquía.

Por lo demás, el propio yucateco, en su famosa carta, escribió las siguientes líneas que constituyen una trágica y terrible profecía en cuanto a lo que esperaba a México en los tiempos posteriores:

Si no variamos de conducta, quizá no pasarán veinte años sin que veamos tremolar la bandera de las estrellas norteamericanas en nuestro Palacio Nacional.... Sigamos como hasta aquí, obcecados en teorías impracticables que sin cesar conturban la paz de nuestra patria, y muy pronto veremos a ésta, sin remedio, presa de un invasor que no ha emprendido *militarmente* la conquista de nuestro territorio sino enredándonos en los lazos de ciertos principios políticos, tan mortales para nosotros como llenos de vida y de fuerza para ellos.... Si México no tuviera que temer agresiones extranjeras como la que ya le ha arrebatado una parte de su territorio (se refiere a la pérdida de Texas), menos riesgo habría en dejar al tiempo la misión de señalar el remedio de nuestros males. Pero no es esa por desgracia la situación de nuestro país, cuya independencia veo inminentemente amenazada por

---

<sup>5</sup> *Planes de la Nación Mexicana*, Libro tres, 1835-1840, México, Senado de la República, 1987, p. 187

nuestros codiciosos vecinos, que se complacen a las claras con nuestras desgracias y se aparejan indudablemente a negociar con ellas a costa nuestra.<sup>6</sup>

Devastadoras palabras de un personaje incomprendido y calumniado hasta la fecha. De ahí que el historiador José C. Valadés dijera de él que le faltaba “un sentido de la realidad, quizá no de la realidad en sí mismo, sino de la realidad del pueblo en que había nacido”.

Al comentar la muerte de don José María Gutiérrez de Estrada, acaecida en 1867, Valadés advierte: “México perdía a un hombre que, cualesquiera que hayan sido sus ideas, fue honra, por su saber y por sus virtudes morales, para su país”.<sup>7</sup>

Por su parte, don José Manuel Hidalgo, otro de los artífices del Imperio, recapituló, tiempo después de caído éste, sobre tal episodio y sus motivaciones:

Una gran empresa ha fracasado. Pero la catástrofe con que ha terminado nada puede contra la bondad del sistema, ni contra la oportunidad con que se quiso aplicar el remedio de concluir con esa época de desunión y matanza, de lágrimas y de miseria. Queríamos establecer un gobierno fuerte y de progreso, que aplicase en cuanto fuese posible con el orden y el principio de autoridad, una libertad ilustrada, no esa democracia, como la calificaba el venezolano señor Baralt, ‘agresiva y callejera, díscola y perseguidora, que mata en vez de vivificar, que trastorna sin frutos los fundamentos de la sociedad, que cifra la libertad en la tiranía de las turbas y la igualdad en el reinado de la anarquía’ ”.

Estas opiniones nos precisan la forma en que juzgaban a las instituciones republicanas y a la política ambiciosa de Estados Unidos. El pensamiento conservador creía que el sistema monárquico constituiría un muro de contención a los intereses abusivos de nuestros vecinos.

---

<sup>6</sup> José María Gutiérrez de Estrada, *Carta Dirigida al Excelentísimo Señor Presidente de la República Sobre la Necesidad de Buscar en una Convención el Posible Remedio a los Males que Aquejan a la República y Opiniones del Autor Acerca del Mismo Asunto*, México, Impreso por Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes número 2, 1840, p. 57. Cursivas en el original.

<sup>7</sup> José C. Valadés, *El Juicio de la Historia, Escritos Sobre el Siglo XIX*, México, UNAM, 1996, p. 184

Hemos sido vencidos en el terreno de los hechos -agregaba Hidalgo-, pero no en el de la razón y de la justicia. Sin embargo, reconocemos que el prestigio de la monarquía no podrá ya nunca jamás levantar a aquellos países de la postración y desorden en que se encuentran; pero las repúblicas hispanoamericanas tampoco hallarán en su sistema prosperidad alguna, y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos están condenadas a sucumbir a su propia debilidad.

Tajantemente afirmó: “Un día llegará en que los Estados Unidos, esa república que nació pigmea y hoy es gigante, señoreará exclusivamente en el continente americano.” Y más adelante advierte:

Desde 1824 en que los Estados Unidos echaron en México la semilla republicana, causa de la anarquía en que ha vivido, no se han apartado de su vista los acontecimientos políticos, mostrando siempre sus simpatías y su auxilio al partido que por sus exageraciones podía hacer mayores males al país... La famosa Doctrina Monroe, tan desnaturalizada, ha servido de pretexto al intento de aislar completamente a la Europa de la América, fundándose además en que su Destino Manifiesto es dominar en todo el continente americano.<sup>8</sup>

El historiador Justo Sierra, enfáticamente contrario a las ideas monárquicas y conservadoras y panegirista de Juárez, reconoció empero la legítima convicción que albergaron siempre diversos personajes partidarios o gestores de la intervención. Así, al referirse a Gutiérrez de Estrada, don Justo no pudo menos que escribir que “será siempre respetado porque fue un sincero, y su sinceridad no sólo se comprueba por su fisonomía moral, por su carácter, por su acento, digámoslo así, sino por su desinterés, por su carencia absoluta de ambición. Gutiérrez de Estrada nunca fue un ambicioso”.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, *Apuntes Para Escribir los Proyectos de Monarquía en México*, en *Colección de Documentos Para la Historia del Segundo Imperio Mexicano*, Tomo I, México, 1869, Imprenta de Mariano Villanueva, pp. 15-19 y 44-45. El personaje venezolano al que alude Hidalgo es don Rafael María Baralt, distinguido filósofo e historiador, miembro de la Academia Española y autor de una *Historia de Venezuela (1841)*.

<sup>9</sup> Justo Sierra, *Juárez: Su Obra y su Tiempo*, México, UNAM, 1972, p. 349

Por su parte, don Rafael de Castro, observador y crítico de la época que nos ocupa, también llamaba la atención en un opúsculo sobre el peligro que representaba Estados Unidos de querer extenderse “a costa de sus vecinos más débiles, pretendiendo así cumplir lo que allí llaman Destino Manifiesto de la raza anglosajona en América”. Y alertaba sobre sus nunca desmentidos fines expansionistas con la consiguiente oposición yanqui a toda intervención europea en nuestro continente. Más adelante, al examinar lo que había ocurrido en México a raíz de la implantación de la República, señalaba que: “Nosotros no estábamos educados para la República, y al querer establecerla nos figurábamos que bastaba tomar de los Estados Unidos sus principios constitucionales”.

Concluía el autor que el sistema republicano siempre nos había conducido a la desgracia y a la anarquía total, y que “el edificio social se desplomaba”, por lo que era urgente cambiar.<sup>10</sup>

En la segunda década del siglo XX, por otra parte, don Toribio Esquivel Obregón, abogado e intelectual ilustre y cuyos indudables méritos han sido deliberadamente soslayados por razones políticas a pesar de su prosapia liberal, enjuicio certera y severamente la escasa visión del grupo juarista cuando éste dejó escapar una oportunidad de oro de sacudirse el tutelaje yanqui a raíz de la guerra civil estadounidense, en tiempos de la intervención y el Imperio en México:

Poco después (de la caída de Miramón) los Estados Unidos estaban empeñados en la guerra civil del norte contra sur. El triunfo del sur era la posibilidad del equilibrio de las fuerzas; una probabilidad de obtener para el derecho internacional en América alguna forma de sanación, y al mismo tiempo para México era asunto vital para debilitar al enemigo; quitarse aquel enemigo, quitarse aquel elemento de constante perturbación interior. Lo mismo que los Estados Unidos habían hecho, debilitar a México para ser ellos fuertes, era lo

---

<sup>10</sup> Rafael de Castro, *La Cuestión Mexicana o Exposición de las Causas que Hacían Indispensable la Intervención Europea y el Restablecimiento de la Monarquía en México, Como Únicos Medios de Salvar la Nacionalidad y la Independencia del País*, México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1864, pp. 6-7 y 58-69

que México, si tenía instintos de nación, debía hacer; así lo entendió el partido europeo o conservador mexicano.

En Europa se sintió clara la conveniencia -dice don Toribio- de aprovechar la oportunidad de cortar los vuelos de la ambición de los Estados Unidos, que después de romper el equilibrio en América, llegaría a amenazar al de Europa, y la estructura, aún débil, aún llena de fallas del derecho internacional, se desplomaría con la creación de una gran potencia irresponsable, pesando sobre el mundo.

Napoleón III fue el campeón de esta idea, que consideró la más grande de su imperio.

Los hombres conscientes de México –asevera Esquivel Obregón- acogieron gozosos aquel plan y se pusieron en acción, fijándose antes límites a la permanencia de las tropas francesas en México. Francia, separada por el Atlántico, no era el enemigo a nuestras puertas.

El Partido Liberal luchó con toda energía, con toda la fuerza que entonces prestaba al aparente nacionalismo la presencia en nuestro territorio de fuerzas extranjeras, contra el verdadero nacionalismo, que consistía en preservar a la patria de una potencia interesada en nuestro debilitamiento y permanentemente establecida en nuestra frontera.

Y tras estas sencillas pero agudas reflexiones, que de hecho poco se han estudiado ni analizado detenidamente a pesar de su importancia, el propio don Toribio culmina así su disertación:

Gracias al Partido Liberal los estados del sur no tuvieron ningún auxilio contra el norte, y Richmond cayó en poder de éstos. La Doctrina Monroe, el predominio de una sola potencia en América, quedó así establecida; la probabilidad única de cimentar allí el equilibrio, la responsabilidad y el derecho internacional se perdió entonces.

Las pasiones de los americanos y los mexicanos y el odio de unos a otros quedaron, después de aquella aventura, elevados a la mayor potencia que un enemigo de México hubiera deseado. Los conservadores fueron bautizados con el epíteto de traidores. Los liberales con el de patriotas; los fusilamientos y el terror cavaron un abismo entre unos y

## XVIII

otros, y el alejamiento de toda influencia para otros, sin más motivos que sus convicciones políticas y religiosas, o aun sus tradiciones de familia, avivaban día a día las malas voluntades que eran obstáculo para la labor de colaboración nacional.

Desde entonces quedó establecida esta proposición como si fuera una ley histórica. No puede sostenerse ningún gobierno en México contra la voluntad de los Estados Unidos; con este corolario indispensable: Las revoluciones de México se hacen en Washington”<sup>11</sup>

El distinguido internacionalista liberal contemporáneo Genaro Fernández Mac Gregor asienta, a su turno, el siguiente juicio:

El Partido Liberal, deslumbrado por la democracia y el progreso, creía en una transformación rápida, casi milagrosa, social y política de nuestro pueblo ignaro y sometido por tres largos siglos, y se volvía hacia los Estados Unidos que eran los inventores de una nueva forma de gobierno y los representantes genuinos de la libertad.

Ninguno de los dos partidos, pues, repugnaba que ejércitos extranjeros se pasearan por nuestro territorio.

Respecto a la intervención ideada por el Partido Conservador afirma:

La primera hubiera establecido quizá el orden dentro de un régimen vetusto, como eran los europeos; la otra abría las puertas del progreso, pero las abría también al imperialismo y a la absorción final, que acechaban detrás de la débil corriente del Río Bravo. Ambos sistemas eran erróneos.<sup>12</sup>

Por último y no menos importante, don Martín Quirarte, historiador liberal contemporáneo que buscó siempre profundizar en estas vicisitudes que dieron por resultado el advenimiento del archiduque Maximiliano al trono de México y que

---

<sup>11</sup> Toribio Esquivel Obregón, *México y los Estados Unidos Ante el Derecho Internacional*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, pp. 76-78. La edición original de esta obra data de 1926 y fue publicada por Herrero Hermanos. (Las cursivas me pertenecen, al igual que las mayúsculas).

<sup>12</sup> Genaro Fernández Mac Gregor, *En la Era de la Mala Vecindad*, México, Ediciones Botas, 1960, pp. 398-399

pugnó toda su vida por emitir juicios equilibrados que le alejaran de los odios de facción que tanto censuraba, al referirse a don José Manuel Hidalgo y a don José María Gutiérrez de Estrada, lo hizo con franca comprensión, aunque sin dejar de mostrarse en desacuerdo con las ideas de ambos:

En cuanto a don José Manuel Hidalgo -dice-, puso su laboriosa dedicación al servicio de una causa que sintió sinceramente, pero no exageró su celo ni lo dominó la pasión avasalladora del sectario.

Gutiérrez de Estrada, durante veinte años de ostracismo, luchaba por la monarquía que creyó era el único medio que había para lograr la paz estable en México, y salvar a su patria de la amenaza perenne de los Estados Unidos, cuyo empuje avasallador, en nombre del Destino Manifiesto, parecía aspirar al dominio de toda Norteamérica.<sup>13</sup>

El concepto republicano planteado al mundo por los estadounidenses, basado en el Destino Manifiesto y en la Doctrina Monroe, se veía seriamente amenazado por la idea de una monarquía que pretendía establecerse en América precisamente dentro del país limítrofe. Es por eso que bajo la óptica de la República y la democracia estadounidense, el concepto de un imperio en México frente a las puertas del Tío Sam tenía que ser forzosamente aniquilado, no tan sólo como sistema de vida político, sino particularmente como concepto. No se podía permitir que el germen contaminara y diera sus frutos en los demás países hispanoamericanos.

El reto era cuestión de tiempos, no tan sólo de formas en la política. Fue y representó una lucha sin cuartel entre el pasado contra el futuro, donde el presente es el actor y el determinante de la lucha. Es claro que el choque era frontal y como tal la monarquía era una idea que forzosamente se tenía que extirpar de raíz; lo que estaba en juego lo justificaba. La amenaza que ejercía el Imperio era definitiva, no tan sólo como sistema y estructura de poder y

---

<sup>13</sup>Martín Quirarte, *El Problema Religioso*, México, INAH, 1980, p.316

organización política de gobierno, sino por su esencia ideológica, en franco antagonismo con los nuevos designios planteados por los estadounidenses en su premisa republicana.

Es evidente que los mexicanos del siglo XIX, tanto conservadores como liberales, estuvieron insertos en el mundo de la política internacional de su tiempo, y de hecho escenificaron una cruenta lucha en la que tanto Francia como Estados Unidos participaron activamente, y contribuyeron generosamente en el campo de batalla con torrentes de sangre para que se definiera la disputa de las dos hegemonías en franca desavenencia. Y habrá que reconocer que los dos bandos lucharon apasionadamente, cobijados por la bandera del convencimiento de que a ambos asistía la razón

Es el doctor Edmundo O’Gorman quien en breve número de páginas expone con certera profundidad el dilema y las banderas enarboladas a lo largo del tiempo por liberales y conservadores. Tras anotar que en América se reflejó en su momento la lucha entre la Europa tradicional -España- y la Europa de la modernidad -Inglaterra-, O’Gorman asienta que surgió y se consolidó así la gran dicotomía americana, producto del paulatino avance tanto de ingleses como de españoles sobre las tierras de este continente.

Por otra parte, “la gran novedad que desde nuestro punto de vista trajo consigo la independencia –sigue O’Gorman- fue exponer al hombre colonial a la intemperie, por así decirlo, de la modernidad...era necesario, a querer o no, afirmar de nuevo el propio ser”.<sup>14</sup>

El historiador agrega:

“Todo cuanto presentaba de codiciable y alucinante la modernidad quedó encarnado en el ejemplo angloamericano, de manera que en el propósito de emularlo tenemos uno de los extremos del dilema. Bien

---

<sup>14</sup> Edmundo O’Gorman, *México, El trauma de su historia*, México, UNAM, 1977, p. 20

estaría identificarlo con la clásica designación de 'tendencia liberal'. El otro extremo –casi no hace falta aclararlo- fue la tendencia opuesta, la del tradicionalismo colonial, o para también usar su clásica designación, la 'tendencia conservadora'. Se oponía ésta, vigorosa y combativa, al proyecto de imitar a Estados Unidos y pugnaba, por su parte, por mantener la vigencia de los valores y principios en que se había sustentado la sociedad colonial, salvo en lo tocante a la independencia y sin excluir el progreso en lo compatible con aquellos valores y principios".<sup>15</sup>

Con claridad y precisión don Edmundo resalta las tesis de ambos partidos, conservador y liberal:

"Constituir a la nueva nación de acuerdo con el modo de ser tradicional (tendencia conservadora), aceptando como vigente el legado de la colonia. Pero no como mera prolongación estática, sino logrando un progreso social y material que rivalice con el de Estados Unidos, pero siempre en lo compatible con el modo de ser tradicional".<sup>16</sup> En cuanto a los liberales, el problema de identidad se manifestaba así:

Constituir a la nueva nación de acuerdo con el modo de ser de Estados Unidos. Se alcanzará así la prosperidad social y material lograda por el modelo norteamericano. Erigir en modelo el modo de ser de Estados Unidos para imitarlo con el repudio del modo de ser heredado de la colonia".<sup>17</sup>

En otras palabras, O'Gorman concede virtualmente tanto a liberales como a conservadores idénticos propósitos de altura de miras, esto es un sincero ideal o deseo en ambos bandos de remontar al país a planos superiores según su particular concepción de posibilidades o imposibilidades, de sus coincidencias o contradicciones. Y es concluyente al puntualizar lo conflictivo del enfrentamiento de las dos tesis:

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 24

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p.42

Lo cierto es que el trasplante de las instituciones norteamericanas no produjo los resultados que se esperaban.

Y más adelante expresa que:

Todo esto no quiere decir, por supuesto, que la acción liberal no haya dejado profunda huella. Por el contrario, hizo de los pueblos iberoamericanos unas naciones históricamente híbridas, porque sin dejar de ser modernas, no lo han sido nunca plenamente; situación intermedia que las ha obligado a arbitrar módulos peculiares y deformantes de las instituciones que adoptaron a medias, animadas por el espejismo de la igualdad natural de todos los hombres que prometían la posibilidad real de hacerlo en plenitud.<sup>18</sup>

Y sobre las diversas intromisiones de Washington en nuestra vida pública, O'Gorman es concluyente:

Nadie niega la intervención norteamericana en el orden político económico... es clarísimo que su principal obstáculo fue el tradicionalismo colonial y que su mayor aliado fue el liberalismo progresista.<sup>19</sup>

En este mar de ideas y contradicciones mi biografiado se ubicó desde un principio en las filas del conservadurismo, y sus acciones, escritos y participación fue encaminada siempre a la defensa de los principios que sostuvo desde cadete defensor en Chapultepec en 1847 hasta su muerte en Rímini Italia. Esta es una historia de vida intensa en el agitado siglo XIX y al rescatarlo del archivo de los olvidados me guía la intención de comprender y desentrañar las complejidades de los conservadores, a través de las múltiples vivencias, sentimientos, descripciones y opiniones de este mexicano singular y de sus contemporáneos. Sin duda la segunda mitad del siglo XIX mexicano aún tiene mucho que decirnos.

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 43

<sup>19</sup> *Ibidem* p. 51



General Manuel Ramírez de Arellano en imagen de paisano. (Centro de Estudios de Historia de México CARSO).

## **CAPÍTULO I**

### **DEL AMARGO EXILIO AL DIAGNÓSTICO FATAL**

*Los hombres pasan como las nubes,  
como las naves, como las sombras.*

Fray Tomás de Kempis

#### **Los pasos del desterrado**

Cierta mañana de fines de la década de los setenta del siglo XIX deambulaba por las calles del puerto de Rímini<sup>1</sup> la figura de un hombre que reflejaba más edad de la que realmente tenía; su andar era lento y abandonado, y se apreciaba tan extremadamente debilitado que ya a la distancia proyectaba una grave enfermedad. Sólo en sus ojos asomaba una ligera luz de esperanza, pues al atardecer le aguardaba una cita crucial con una junta de médicos que emitiría el diagnóstico final sobre su salud.

El personaje de paso vacilante era un ciudadano mexicano llamado Agapito Manuel Domingo Ramírez de Arellano y Estrada, general conservador y notable artillero cuya vida transcurría ahora en la amargura del exilio. Decidió encaminarse hacia el Puente de Tiberio, por el antiguo barrio de pescadores, para distraerse al

---

<sup>1</sup> Rímini, “ciudad de las pequeñas villas”, surge en 1848 como un centro termal al que acudían --ya fuera motivados por la fe religiosa o esperanzados en los bienhechores efectos de la naturaleza-- infinidad de aquejados por diversas enfermedades en la búsqueda de un milagro que les permitiera recuperar la salud.

Situada en la región de Emilia Romagna que se extiende desde la parte centro-norte de Italia entre Milán y Florencia hasta el Adriático, Rímini es un bello y pequeño puerto, cuna del afamado cineasta del siglo XX Federico Fellini, rodeado de suaves colinas y bañado por el cálido mar, y en tiempos pasados era por excelencia una localidad para disfrutar el verano.

Transcurría 1870 cuando se conquistaron los Estados Pontificios y Roma era declarada capital de Italia; se consumaba así su unificación y Europa vivía el florecimiento del impresionismo.

rememorar el pasado glorioso de la Roma inmortal. Era menester hacer un alto en el cúmulo de recuerdos y pasiones que consumían su espíritu atormentado.

La terrible nostalgia y profunda soledad del exiliado estaban presentes en todo momento. ¡Qué pesada carga! Por eso se aferraba desesperadamente a la voluntad divina, lo único que de hecho lo sostenía. La resignación del cristiano a los designios del Altísimo y el intenso y esperanzado anhelo de regresar a su patria constituían sus últimos bálsamos y mitigaban su inmenso dolor y las innumerables penurias de diez años de expatriación y de ruina física y económica que hacían cada día más penosa su existencia.

Sus pasos lo llevaron por callejuelas de las que apenas se distinguía el entorno y que desfilaban ante sus ojos como figuras fantasmales; su mente se hallaba convertida en un remolino de inquietudes que con dificultad contenía, y sin darse cuenta en un instante estuvo de cara frente al inmenso azul del mar Adriático. Recordó entonces, súbitamente, como en un relámpago, los rostros y los lugares de la tragedia: Miramón, Maximiliano, López, Querétaro, México. En fin, el Imperio...

Y en un dilatado suspiro sus pensamientos dibujaron más allá del horizonte el contorno y los alrededores del castillo de Miramar que, bañados por las olas del mismo mar que contemplaba, expresaban un reclamo por el triste final del efímero sueño de Maximiliano de Habsburgo y de Carlota Amalia, sus antiguos dueños y residentes.

De manera vertiginosa sus recuerdos lo transportaron en el tiempo, y un sudor frío recorrió su cuerpo al vivir de nuevo las imágenes de la guerra con todas las injusticias, los rencores ideológicos y personales, las amargas derrotas y las incomprendidas padecidas frente al propósito de salvar a su patria de los aborrecidos liberales, eternamente entregados a los odiados anglosajones del norte. Semejantes visiones lo hicieron trastabillar y a duras penas logró sostenerse

en pie. Los estragos de la enfermedad eran visiblemente notorios. La fresca brisa del mar, el coraje que siempre lo había caracterizado y el impresionante espectáculo de la naturaleza lograron poco a poco hacerle recuperar la fortaleza espiritual y la serenidad.

Estaba convencido que había luchado por una causa justa y que sólo a Dios rendiría cuentas. Entregado siempre a la defensa de su patria y de su religión, en su diccionario particular jamás existió el verbo claudicar. Con estos pensamientos recobró un vigor del que él mismo se asombró, y ahora, con paso casi milagrosamente firme y semblante enérgico, se dirigió al Hospital Civil de Rímini, en donde le aguardaba la más importante batalla de su vida. Por fin se halló frente al pórtico del nosocomio, se detuvo brevemente y experimentó un ligero temblor; ahí, tras ese umbral le aguardaba la esperanza o la desilusión. Aspiró profundamente y cruzó con resolución; lo recibió, como era costumbre, una hermana de la Orden de las Hijas de la Caridad.

-Buenos días, señor Arellano, permítame conducirlo al recinto de espera-. Apenas pudo expresar su asentimiento con una leve sonrisa y mansamente se dejó guiar. Ahí encontró a la superiora, la hermana Bonelli, quien también lo asistió solícitamente.

-Por aquí, general-, le indicó. En unos momentos más le atenderán tres facultativos.

Presa de nuevo de nerviosismo extremo, Arellano intentó controlarse y buscó afanosamente entre sus modestas ropas una hoja de papel que de tanto ser leída, desdoblada y estrujada contra su pecho, lucía maltrecha y rugosa.

-¡Oh, Dios! Al fin recibí el aviso oficial del gobierno mexicano- reflexionó intensamente para sí mismo-. Podré regresar a mi querida patria. El señor Presidente de la República, don Porfirio Díaz, me ha concedido la amnistía. ¡Quién

lo dijera! Uno de los más antiguos e importantes adversarios de mi partido en el campo de batalla simboliza hoy la magnanimidad del vencedor. ¡Qué alegría! Ahora sólo espero el diagnóstico médico para preparar inmediatamente mi retorno. Ya no deben tardar los recursos de que me proveerán mis hermanos.

Tratando de consumir la espera, el antiguo y renombrado artillero hizo reminiscencia de la misiva que le había enviado al general Díaz el pasado 15 de diciembre de 1876,<sup>2</sup> desde Roma, de la que mucho tenía reservas que le fuera siquiera respondida. En ella felicitaba sinceramente al caudillo oaxaqueño por su ascenso al poder y hacía votos por el futuro del país; le había manifestado también su precaria situación y le suplicaba encarecidamente su rehabilitación militar.

Desde esos primeros tiempos de Díaz en la presidencia, la política a seguir sería la de conciliación, de tal modo que se había aprovechado a muchos militares y civiles conservadores que se habían adherido al Imperio. No sólo se les otorgó el perdón, sino de hecho la plena reivindicación, y así muchos regresaron al servicio activo. De esta forma, el general Díaz quiso restañar las heridas que dejaron las guerras internas y las pugnas ideológicas del siglo XIX.

Absorto el general Arellano en la intensidad de sus recuerdos, no escuchó de momento el llamado de la religiosa hasta que ella se acercó, lo tomó del brazo con suavidad y lo condujo a un privado donde le aguardaban los tres médicos especialistas. Arellano había registrado períodos de mejoría alternados con graves crisis, curso natural de la denominada Fiebre Romana que padecía; ahora, tras la minuciosa auscultación que se le había realizado en días pasados y luego de una serie de rigurosos análisis, la opinión de los tres facultativos sería definitiva.

---

<sup>2</sup> Porfirio Díaz, *Archivo del General..., Memoria y Documentos*, México, Editorial ELEDE-UNAM, 1960, XXX tomos, tomo XIV, 337 pp. 319-320

-Buenas tardes, general, por favor tome asiento--, indicó uno de los médicos. Arellano trataba de adivinar en aquellos rostros la respuesta a su estado de salud y ésta llegó sin rodeos ni subterfugios.

-Señor Arellano, expresó un médico, el mal que le aqueja, la Fiebre Romana<sup>3</sup>, desafortunadamente ha avanzado de manera acelerada según nos revela la serie de análisis a la que lo sometimos hace poco. Para ser francos y en virtud de su recio carácter militar acostumbrado a escuchar siempre la verdad sin cortapisas, permítanos decirle que consideramos perdida la batalla; poco resta por hacer y su tiempo se acaba. Lo sentimos mucho. Sin embargo, le administraremos algunas medicinas que quizá en algo ayuden-.

En realidad, los médicos estaban plenamente conscientes que aquellos fármacos ya de nada servirían. Por algunos momentos Arellano se mantuvo en silencio, como ajeno a los hechos que ahí se desarrollaban y a las palabras que acababa de escuchar. Pero finalmente comprendió que no podía esperar una mejoría y que a partir de ese momento se iniciaba el último capítulo de su vida. Transcurría el mes de septiembre de 1877.

Tras despedirse y musitar algún agradecimiento por la atención recibida, regresó lentamente a la casa donde se hospedaba, embargado de dolor y de desesperanza. Empero, ya en la soledad de su habitación aflojó la tensión y aceptó su condición con resignación cristiana; se iría despidiendo del mundo y de sus propios recuerdos. En sus manos mantendría siempre una medalla de la Purísima con fecha en el reverso de 8 de diciembre de 1875, día muy significativo para él, pues representaba el fin de unos ejercicios espirituales que culminaron con la comunión recibida de manos del Santo Padre Pío IX.

---

<sup>3</sup> Tipo particularmente pernicioso de fiebre palúdica que prevalecía en la campiña de Roma, en aquel tiempo infestada de pantanos, según informan diversos diccionarios médicos. *Manual Merck, Información Médica, Océano Barcelona, Grupo Editorial, S.A., 1998, p.872*

Lentamente pasaban los días, las semanas, mientras la enfermedad continuaba su inexorable curso. Se aferraba con las pocas fuerzas que tenía a sus creencias religiosas. Después de todo, pensó, la muerte no era sino sólo un tránsito a otras realidades.

¡Qué lejano parecía entonces aquel día de noviembre de 1867, cuando embarcó en Veracruz dejando tras de sí tantos años de lucha que, para su desventura, habían devenido en derrota!

En aquel puerto, disfrazado y oculto, Arellano se despidió del capitán Patricio Rodríguez, su ayudante en Querétaro<sup>4</sup>.

-Mi general, inquirió solícito el oficial, ¿se le ofrece algo más?-. -Si, capitán, expresó Arellano con cierto desplante. Tengo que enviar un telegrama al periodista Francisco Zarco, mi enemigo político; tiene que enterarse de mi fuga<sup>5</sup>. Su escapatoria representaba para él un milagroso triunfo frente a los republicanos, pues en modo alguno le hubiesen perdonado la vida en caso de haber caído prisionero.

Arellano se acercó a la ventana y miró con detenimiento el caserío y sus pobladores, tan ajenos a sus intensos pensamientos. Y vino a su memoria su paso por La Habana. Sus facciones se endurecieron de pronto y en sus ojos se vislumbró un destello de odio y desprecio profundos al cruzar por su mente la figura del general Leonardo Márquez, su antiguo superior con quien en otros tiempos había mantenido cordiales relaciones.

---

<sup>4</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas Horas del Imperio, (Los Traidores de los Traidores)*, México, F. Vázquez Editor, Calle de Tacuba Número 5, 1903, p. XIV, más 71 páginas en numeración romana de notas introductorias de Ángel Pola y otras veinte de Apéndice con la lista completa de prisioneros imperiales capturados en Querétaro por los republicanos en 1867. (Aparecen, también en numeración romana tras lo escrito por Pola, 43 páginas de consideraciones del traductor G. Hugelmann, y otras 6 de introducción escritas por Arellano). Esta edición, realizada por Pola con criterio liberal, fue publicada treinta y cuatro años después de la original de 1869 publicada por Arellano y veintiséis años más tarde de la muerte de éste, y desde luego su propósito fue desacreditar totalmente al autor y presentarlo tan sólo como un réprobo y traidor a la patria.

<sup>5</sup> *Ibidem*

A la caída del Imperio, Cuba se había constituido en el refugio natural de los mexicanos exiliados, y éstos, en su mayoría avecindados en la capital de la isla, tenían por costumbre reunirse por las tardes en la casa del viejo general Antonio López de Santa Anna para tomar el chocolate, recordar a la patria, rumiar sus fracasos, conversar sobre diversos acontecimientos y tratar de percibir un resquicio que les pudiera permitir el regreso.

Cierto anochecer de acostumbrada tertulia, coincidieron el general Nicolás de la Portilla, último ministro imperial de la Guerra, el coronel Pedro A. González<sup>6</sup>, del famoso Regimiento de la Emperatriz, los generales Arellano y Márquez, además del dueño de la casa, es decir, Santa Anna. En determinado momento y cuando nadie lo esperaba, el antiguo artillero y don Leonardo se hicieron de palabras, se recriminaron mutuamente, y al elevarse la discusión a su máximo tono Márquez abofeteó a Arellano. Y cuando éste se disponía a repeler la agresión intervinieron rápidamente los demás convidados para evitar una muy posible tragedia. Poco después de este incidente Arellano partió rumbo a Europa.

No resulta difícil imaginar la profundidad y la complejidad de los sentimientos que animaban a ambos contendientes. El desencuentro y la animadversión que diversos militares conservadores albergaban por Leonardo Márquez procedía de tiempo atrás, tanto por la actitud implacable de éste hacia los prisioneros de guerra que caían en sus manos, como por la mal disimulada envidia e inextinguible resentimiento que siempre abrigó hacia Miguel Miramón, el caudillo por excelencia del Partido Conservador.

¡Qué dolor tan intenso sintió Arellano al recordar a su amigo Miramón! Aquél al que siempre estuvo unido ideológicamente; aquél con el que entabló una relación fraterna nacida casi desde la infancia cuando ambos, púberes aún, se

---

<sup>6</sup> Carlos Sánchez Navarro y Peón, *Miramón, el Caudillo Conservador*, México, Editorial Jus S.A., 1945, p.348. El coronel González, después general en la época porfirista, tuvo un sobrino de igual nombre que fue autor de unas memorias que desafortunadamente permanecen inéditas y que es muy probable se hayan ya perdido. Sobre el citado disgusto no contamos más que con el relato del familiar de González, el cual conoció Sánchez Navarro y consignó en su obra.

conocieron en el Colegio Militar de Chapultepec; aquél con el que hombro con hombro había combatido al invasor estadounidense el aciago día trece de septiembre de 1847; aquél con el que, por fin, había luchado por los ideales conservadores en la Guerra de Reforma y más tarde durante el Imperio.

De pronto Arellano, presa de nueva cuenta de las fiebres que lo consumían, sintió la necesidad de aire fresco y prefirió salir; sus pensamientos, sus recuerdos, sus pasiones y la trágica realidad del diagnóstico médico se agolparon como un remolino en su cabeza.

Se encaminó a la orilla del mar; el atardecer moría sobre la playa y ahí percibió el cobijo de la naturaleza. Con la serenidad del paisaje recobró el aliento aunque sus remembranzas siguieron fluyendo. Evocó entonces el momento de su arribo a Francia al finalizar 1868, y rememoró que había atestiguado la sangrienta guerra francoprusiana y la humillante derrota, captura y exilio de Luis Napoleón III, aquél que en un sueño lleno de desatinos había condenado al fracaso a Maximiliano de Habsburgo.

Arellano recordó que al tiempo que surgió la Tercera República Francesa, 1871, él sufría en París penalidades sin cuento y agudas penurias económicas que lo mantenían en una angustia permanente, aliviadas sólo transitoriamente cuando los recursos procedentes de sus hermanos llegaban con oportunidad.

Arellano, el militar intelectual, el hombre con mayor ilustración del grupo castrense, nunca dejó de escribir y fue en la propia Ciudad Luz donde redactó en francés su libro *Últimas Horas del Imperio*. Comprendió que era vital dejar constancia de importantes acontecimientos históricos y manifestar, según su particular punto de vista, las causas que habían provocado el derrumbe del Imperio, toda vez que había atestiguado y protagonizado un sinnúmero de sucesos trascendentales. Cumplía así además con la petición de su amigo Miramón de dejar un puntual testimonio de cuánto había ocurrido.

Refrescado por la brisa, Arellano recordó de nuevo su desempeño en el ejército en los días decisivos del Querétaro sitiado, su cercanía con el Emperador en los postreros episodios de aquella gesta, su estrategia militar conjunta con Miramón para romper el cerco republicano, su audaz fuga que le permitió sustraerse a una muerte segura, y por sobre todas las cosas la imborrable impresión de la misión encomendada a Márquez, el traidor según su apreciación.

Al publicar su libro, tuvo como finalidad la de dar a conocer al mundo, con pruebas que consideró irrecusables, la verdadera razón por la que había caído el Imperio, esto es la traición de Márquez. Lo asumía como un deber para con su patria, con su ideología y con sus compañeros de armas.

La noche cubría el puerto y en esas horas Arellano sintió mayor melancolía y soledad; las sombras acrecentaban aún más su vida trágica e infortunada; la sensación de pesar se clavó dolorosamente en su pecho y pensó en su familia, especialmente en sus hijos, y en los amores no materializados. Su propia existencia se le escapaba vertiginosamente entre las manos. Regresó a paso lento a su modesto refugio y buscó entre las almohadas la puerta de escape a través del sueño. Ahora la vida iría corriendo día con día, aunque ya carente de sentido para él.

Su sueño fue inquieto y sólo deseaba que al amanecer el nuevo día le trajera correspondencia de México, su único consuelo.

Rememoró nuevamente sus años en París, con espléndidos bulevares y anchas avenidas, largos paseos y encuentros fortuitos con algunos amigos, así como las horas de charla con el doctor Samuel Basch, el médico del Emperador. Al rememorar su estancia en aquella ciudad lo hacía con admiración, pues la transformación que ésta experimentó entre 1850 y 1870 había constituido sin duda el esfuerzo más consciente y más completo del urbanismo del siglo XIX.

Arellano había sido también testigo del establecimiento de la Comuna de París, que para los socialistas de los siglos XIX y XX se tradujo en un símbolo espectacular de la lucha de clases en la Europa liberal. El artillero mexicano se vio así rodeado de una atmósfera de inestabilidad política.

Muy a su pesar observó que el liberalismo, al que siempre combatió en su patria, se arraigaba en el viejo continente con violencia inusitada y rupturas del antiguo orden casi inimaginables. Por aquellos días en que el gobierno republicano de Adolfo Thiers predominaba en Francia, Arellano partió con destino a Roma.

Para un exiliado es natural deambular de ciudad en ciudad en busca del lugar ideal que le comprenda y le atenúe la desesperanza de su situación. Las penurias económicas, sombras permanentes en la vida del general, estuvieron igualmente presentes en Italia.

En Roma vivió al amparo de algunas personas caritativas, y quiso la suerte que por su camino cruzara una dama modelo de caridad cristiana: doña Manuela Forbes<sup>7</sup>, de la familia Barrón, quien condolidada de la lastimosa situación de aquel personaje, acudió en su auxilio desinteresadamente.

Al venir a su mente la figura de su benefactora, Arellano dejó escapar de su pecho un sentimiento de profunda gratitud, una dulce reminiscencia de su estancia en Roma. Cierta sensación de frustración sacudió sin embargo su inquieto espíritu por no haber podido concluir dos libros a los que había dedicado el tiempo a su paso por la Ciudad Eterna: *La Ciencia de la Guerra e Historia del Imperio de Maximiliano*. Le acometió de pronto una profunda tristeza; los manuscritos permanecían por ahí, en el olvido. Las fuerzas le abandonaban paulatinamente y el tiempo era ahora su más implacable enemigo.

---

<sup>7</sup> Ramírez de Arellano, *Op.Cit*, p. XV

¡Cuántas cosas qué plasmar! ¡Cuántas qué precisar de acontecimientos que sólo el conoció! Sin embargo, ya en el umbral de su fin todo aquello le pareció una simple vanidad.

El atardecer se vislumbró en el horizonte y el general se llevó nerviosamente la mano al bolsillo. Encontró nuevamente el mensaje que tanto había deseado recibir: la venia del gobierno mexicano que significaba la oportunidad del regreso. Ahora, no obstante, aquel preciado documento carecía ya de importancia. Le restaba tan poco tiempo de vida que no le alcanzaría para realizar proyecto alguno. Nunca más pisaría el suelo de su amada patria, ni vería ni estrecharía a sus seres queridos.

Era inconmensurable el dolor que le causaban sus pensamientos y buscó afanosamente el refugio y el abrigo de una pequeña iglesia a fin de encontrar la paz y la resignación.

En Roma había contraído la mortal enfermedad y le confió semejante mortificación a su amigo Valentino Vacchi. Éste le aconsejó que se trasladara a San Marino, donde el propio Vacchi lo acompañó en enero de 1877. De ahí Arellano se dirigió a Rímini, con la esperanza de que el cambio de clima y la benéfica brisa del mar le ayudaran a recuperar la salud. El puerto era considerado un lugar de restablecimiento y de cura para muchos males.

Todo fue en vano. Se percibía indiferente incluso a su propia muerte; con todo, estaba convencido de haber sido fiel a sus principios y cumplido con su deber.

## CAPÍTULO 2

### ERIGIRSE EN HOMBRE

*No tenemos ni un ápice de derecho de estar aquí...  
parece como si el gobierno enviara una pequeña  
fuerza con el propósito de provocar una guerra para  
tener el pretexto de apoderarse de California.*

Coronel Ethan Allen Hitchcock

#### **El cadete adolescente y la invasión yanqui**

A una década de consumada la Independencia, la sociedad mexicana se hallaba en transición entre el período colonial y la era republicana. El contraste social ofrecía un perfil muy complejo; una economía en bancarrota, expulsión y fuga de capitales además de un sistema fiscal ineficiente. En otras palabras, el país nacía endeudado y los obstáculos se presentaban innumerables y hasta insalvables. Don Lucas Alamán lo sintetizaba certeramente en el juicio siguiente:

Todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y de los esfuerzos de los particulares ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído: los elementos de la prosperidad de la nación existen, y la nación como cuerpo social está en la miseria.<sup>1</sup>

A pesar de todo, la sociedad iba transformándose con lentitud en las ciudades de México y Veracruz como consecuencia de la afluencia de extranjeros que trajeron consigo modas, ideas y gustos diferentes. La capital, pequeña en extensión, tenía en el canal de La Viga el conducto de abasto a la ciudad más importante con sus chalupas, canoas y trajineras.

---

<sup>1</sup> Josefina Zoraida Vázquez, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, Editorial Harla, S.A., 1988, tomo II, p. 777

La vida de la metrópoli iniciaba a las cinco de la mañana con la apertura de las garitas por donde ingresaba toda clase de mercaderías. Las principales tiendas comerciales eran la Compañía Mercantil, Charles McDonald, el cajón de ropa Willex y la tienda de vinos Gautier et Reynaud, entre otras. Particular expectación causó por esos días la luz de gas, el alquiler de un microscopio y la exhibición de un elefante. Para la población la vida transcurría entre aires hogareños, tertulias familiares, festejos religiosos y cívicos, y las distracciones de las ferias populares.

El pueblo de San Ángel era el lugar de verano por excelencia para determinadas clases sociales de la capital, y en la Villa de Guadalupe el 12 de diciembre constituía para todo el pueblo, sin distinciones, la festividad más importante del año. Todo esto alternado con las revoluciones, conocidas ya en ese entonces como “la bola” o “la pronuncia”, y las terribles epidemias y desastres naturales.

Entre toda aquella gente tan heterogénea había un poco de todo, ricos y pobres, cultos e ignorantes, progresistas y tradicionalistas, racionales y supersticiosos. Muchos confiaban en que la separación del ‘mal gobierno’ haría el milagro de curar todos los males de aquella sociedad; pero el paso de los años pareció contradecirlos y la triste realidad hizo a muchos añorar el pasado reciente.<sup>2</sup>

En cuanto a la educación, por la falta de recursos y la ausencia de paz fue muy descuidada. Los niños de buena posición estudiaban con tutores especiales en sus casas; los pobres asistían a las escuelas parroquiales, en donde aprendían a leer y escribir y el catecismo. Las niñas, principalmente en las ciudades, acudían a las Amigas, casas en las que una señorita se dedicaba a la enseñanza, cuyo énfasis educativo se acentuaba en las labores femeninas; pero la infancia rural estaba abandonada.

Amanecía en la ciudad de México el 20 de septiembre de 1831 en la casa del militar don Domingo Ramírez de Arellano, antiguo oficial miembro del Ejército

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 799

Trigarante que había consumado la independencia, de lo que se sentía profundamente orgulloso. En medio de gran agitación y nerviosismo, que habían puesto a todos los de casa en acción, se esperaba con expectación e impaciencia el arribo inminente de un nuevo integrante de la familia. ¿Sería niña o niño?

Al fin, después de varias horas de duro trabajo de parto se escuchó por todo el hogar el llanto del recién llegado... un varón que llenó de infinita alegría a toda la familia, especialmente a la madre del pequeño, que ponía fin a las horas de fatiga y dolor. “Un hombrecito”, repetía doña Concepción Estrada, esposa del militar, entre jadeos y llantos. “Bendito Dios, será sacerdote”, aseveró. “De ninguna manera”, respondió el padre con rapidez y acento grave. “Será militar, como yo”.

Dos días después el bebé recibió las aguas bautismales en el Sagrario Metropolitano y se le pusieron por nombres los de Agapito Manuel Domingo Ramírez de Arellano y Estrada.

Don Domingo, un curtido militar nacido en la capital del país el año de 1800, había sido en su juventud soldado del Batallón de Realistas en 1817 y posteriormente integrante de las fuerzas del general Anastasio Bustamante que se adhirieron al Plan de Iguala en los primeros meses de 1821; luego formaron parte del Ejército Trigarante que entró en medio de aclamaciones y júbilo a la ciudad de México el 27 de septiembre de aquel año. Para la época de la guerra de 1847 con los estadounidenses ostentaba ya el grado de General Graduado.

Don Domingo casó con la señorita Concepción Estrada y ambos procrearon varios hijos,<sup>3</sup> de los cuales el más destacado resultó ser el recién bautizado. Al reposar plácidamente en los brazos de su madre, nadie imaginaba la azarosa vida

---

<sup>3</sup> El periodista Ángel Pola hace referencia a los hermanos, aunque sólo menciona al doctor Juan Ramírez de Arellano, a quien conoció personalmente y entrevistó. Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas Horas del Imperio (Los traidores de los traidores)*, México, F. Vázquez Editor, Calle de Tacuba 25, 1903, más 71 páginas en numeración romana de notas introductorias de Ángel Pola.

militar y política que le aguardaba ni su trascendente participación en uno de los capítulos más convulsos de nuestra historia.

La infancia del niño Ramírez de Arellano transcurrió entre diversiones y rezos bajo los delicados cuidados maternos y la vigilancia severa del padre, que no descuidó la formación del pequeño en lo que constituirían los ejes de su vida: la disciplina, el amor a la patria, y la fidelidad a la religión. Por otro lado, muchos niños de esa época enfrentaban la falta de salubridad que se traducía en mortales epidemias de todo tipo que eran combatidas deficientemente en virtud de la carencia de recursos. Así, el tifo, la viruela y el cólera diezmaban sobre todo a la población infantil. Por lo demás, las ciudades no estaban exentas de desastres naturales como las inundaciones y los temblores. En 1835 causó conmoción la aparición del cometa Halley, al que la sociedad le atribuyó ser la causa de mayores desgracias, y la aterrada población creyó firmemente que todo era producto del castigo divino.

Otra realidad no atribuible al Altísimo, sino al bajísimo perfil humano de ambiciones, fueron las terribles convulsiones políticas y las asonadas militares que mantenían en constante zozobra a la población. La guerra de Texas y su posterior pérdida, así como el conflicto con Francia agudizaron los problemas. A finales de la década de los treinta las relaciones entre el gobierno mexicano y el estadounidense llegaron a su nivel más bajo por la impune y desfachatada ayuda de la Casa Blanca a los tejanos. La era de Antonio López de Santa Anna había arrancado con pésimos augurios y decisiones políticas y militares sumamente desafortunadas.

Para 1847 la adolescencia de Ramírez de Arellano, o simplemente Arellano como fue conocido por sus contemporáneos y como él se refería a sí mismo en sus escritos, quedaría concluida abruptamente por la guerra con los Estados Unidos. Se convertiría precozmente en un hombre endurecido y golpeado en lo más profundo de su alma al ver a su patria invadida y arrollada por el enemigo del

norte, que humillaría el corazón mismo de la nación al izar su bandera como signo de dominio en las alturas de nuestro Palacio Nacional.

A principios del año citado Arellano contaba quince años y se disponía a ingresar al Colegio Militar instalado en Chapultepec<sup>4</sup>. El joven Manuel, de pelo y cejas negras, ojos del mismo color, nariz regular y “una cicatriz en el lado derecho de la frente”, fue alumno de la primera compañía a partir del 9 de febrero 1847, y sus testigos de ingreso fueron los cadetes Ignacio Valle y Bartolomé Díaz de León. El director del Colegio Militar era el general José Mariano Monterde<sup>5</sup>.

En tal carácter, Arellano recibiría poco después su bautizo de fuego combatiendo con sus compañeros cadetes a las tropas invasoras estadounidenses. Aquí nació sin duda su animadversión por los yanquis.

De las últimas acciones emprendidas contra aquéllos ese año de 1847, destaca desde luego la batalla del Convento de Churubusco, registrada el 20 de agosto, donde los soldados mexicanos y el batallón irlandés de San Patricio presentaron frenética resistencia al enemigo, sólo malograda por la carencia de parque y la disparidad de calibres entre municiones y armas.

El drama de la guerra colocaba al padre, don Domingo Ramírez de Arellano, como el tercero en jefe en la defensa de Churubusco, inmediatamente después del General de División Manuel Rincón, jefe del punto, y del General de Brigada Pedro María Anaya, segundo al mando<sup>6</sup>. Los tres fueron tomados prisioneros por los invasores y posteriormente liberados al concluir la guerra.

---

<sup>4</sup> Secretaría de la Defensa Nacional. Dirección de Archivo Militar. Archivo Histórico y Cancelados. Expediente del Coronel (sic) de Artillería Manuel Ramírez de Arellano, Caja 327. D. Número XI/111/4-5155, Foja 472 (en adelante AHSDN, etcétera). Consta de tres tomos con un total de 671 fojas y fue clasificado el año de 1943.

<sup>5</sup> Filiación del alumno Manuel Ramírez de Arellano, AHSDN, XI/111/4-5155, F.2

<sup>6</sup> *Churubusco en la Acción Militar del 20 de agosto de 1847*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1947, p.48

Tres semanas después, el 13 de septiembre, el cadete Arellano se aprestó a defender valientemente la última posición militar en el Castillo de Chapultepec. En el fragoroso encuentro fue aniquilado el Batallón de San Blas del teniente coronel Felipe Santiago Xicoténcatl, quien pereció en la acción, murieron seis cadetes y el resto quedó prisionero con el capitán Domingo Alvarado, el general Monterde, director del plantel, y el General de División Nicolás Bravo, comandante en jefe del punto de defensa. Arellano estaba entre los cautivos al igual que el joven Miguel Miramón, de su misma edad, con quien había entablado una relación fraternal que los llevaría a diversas andanzas militares y que sólo concluiría con la muerte del Macabeo en 1867.

Al finalizar la guerra los cadetes fueron liberados por el invasor, y en aquellos valerosos muchachos creció el irreductible rechazo y profundo desprecio hacia el vecino del norte y todo lo que éste representaba. Este hecho marcó profundamente la mente y el espíritu del joven Arellano y de los cadetes que, con el impulso natural de la edad, los llevaría a un repudio generalizado hacia todo lo yanqui y hacia todos aquellos que en su momento simpatizaron y establecieron alianzas con el gobierno de Washington.

Los dramáticos augurios del Conde de Aranda, de don Luis de Onís, de don Agustín de Iturbide y de don Manuel Zozaya, quienes fueron los primeros en advertir las ambiciones expansionistas del gobierno estadounidense, se habían convertido en una trágica realidad.

En efecto, desde 1786, Thomas Jefferson había plasmado lo siguiente en una carta dirigida a su amigo A. Stuart:

Nuestra confederación debe ser considerada como el nido desde el cual toda América, así la del norte como la del sur, habrá de ser poblada. Mas cuidémonos de creer que interesa a este gran continente expulsar a los españoles desde luego. De momento aquellos países se encuentran en las mejores manos, y sólo temo resulten débiles en

demasía para mantenerlos sujetos hasta el momento en que nuestra población crezca lo necesario para arrebatarlos parte por parte.<sup>7</sup>

Los republicanos del vecino país lograron pues cristalizar su tan codiciado y avieso plan de ensanchar su territorio a costa del nuestro. El juicio que José Manuel Zozaya, enviado de Iturbide a Washington, también resulta muy ilustrativo:

“La soberbia de estos republicanos no les permite vernos como iguales, sino como inferiores; su envanecimiento se extiende a mi juicio a creer que su capital lo será de todas las Américas... Con el tiempo han de ser nuestros enemigos jurados.”<sup>8</sup>

Tras la derrota en aquella guerra desastrosa, los entrañables amigos Miramón y Arellano comentaban indignados los diversos atropellos que los soldados invasores cometían en las personas y en las propiedades de los habitantes de la aún ocupada ciudad de México. Impotentes para contener los abusos de los ocupantes extranjeros, el impetuoso Miguel, en cuyos ojos se reflejaba la cólera de su alma, sólo atinó a decir: “Ten fe, Manuel, que quiera Dios y algún día nos vengamos de éstos”.<sup>9</sup>

Semejante esquema mental aparecerá una y otra vez en la vida y acciones futuras de Arellano.

La soledad y la tristeza imperaban en las calles de la ciudad de México. Arellano y su padre se reunieron al quedar en libertad pero sentían el corazón oprimido. ¡Qué lejanos aparecían estos recuerdos para Manuel! El hombre, nuevamente derrotado, exiliado y condenado a un fin prematuro, recordaba en

---

<sup>7</sup> Carta de Thomas Jefferson a A. Stuart, París, 25 de enero de 1786, en *The Life and Selected Writings of Jefferson*, citado por José Fuentes Mares, *Génesis del Expansionismo Norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984, p.15

<sup>8</sup> Toribio Esquivel Obregón, *Apuntes para la Historia del Derecho en México*, México, Editorial Porrúa, 1947, Tomo IV, p. 163

<sup>9</sup> Sánchez Navarro, *Miramón... Op. cit.*, pp. 27-28

las lejanas tierras italianas este episodio doloroso que fue el génesis de su ideología conservadora.

El odio a los invasores se manifestó por doble vía: el patriótico y el religioso. Con la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo la nación perdió más de dos y medio millones de kilómetros cuadrados, la peor mutilación territorial jamás registrada en la historia del mundo. Tras la traumática experiencia que dejó la invasión se sucedieron las presidencias de don Manuel de la Peña y Peña, don José Joaquín de Herrera y don Mariano Arista. El país se hallaba agotado financiera, política y moralmente luego de aquel terrible desastre.

Sin embargo, en lo personal, los años de 1849 y 1850 fueron particularmente un recuerdo muy reconfortante para Arellano. Suspiró profundamente y vinieron a su mente aquellos años de estudiante en el Colegio Militar, en el que siempre se mostró esforzado y plenamente dedicado a su instrucción castrense.

De los documentos consultados se desprende que fue un brillante alumno cadete, de calificaciones sumamente satisfactorias y con felicitaciones de parte de sus superiores.<sup>10</sup>

“¡Qué alegría dí a mis padres - pensó - cuando ascendí a cabo el 15 de marzo de 1850 y luego al año siguiente, en que hubo festejo familiar, al obtener mi promoción a subteniente de artillería!”.

En su Hoja de Servicios se registra la siguiente información:

Sostuvo el punto de Chapultepec los días 8, 9, 11, 12 y 13 de septiembre de 1847, que fue tomado por las tropas americanas, donde fue hecho prisionero el expresado día 13”. Y en lo referente a “premios obtenidos por acciones

---

<sup>10</sup> AHSDN, XI/111/4-5155, F.2

militares”, se lee: “Disfruta la Cruz y Medalla de Honor concedida por decreto de 11 de noviembre de 1846 y 23 de diciembre de 1847”. No aparecen castigos a que se haya hecho acreedor, ni tampoco licencias que hubiere solicitado. Su valor, capacidad, instrucción y aplicación son ampliamente acreditados en el documento -- conducta militar, conducta civil, salud -- firmado por el coronel de infantería Manuel Azpilcueta, jefe del detall y segundo al mando en el Colegio Militar, y refrendado por el general Monterde.<sup>11</sup>

Arellano evocó siempre el día que egresó del Colegio Militar como oficial de la Plana Mayor Facultativa de Artillería, así como a sus compañeros y amigos de ese tiempo, entre otros, Julio María Cervantes, Sóstenes Rocha y Leandro Valle, a pesar de que luego militarían en bandos diferentes.<sup>12</sup>

- En junio de 1853 -- continuó su remembranza --, cuando ascendí a teniente de la segunda batería de la brigada ligera, mi regocijo no me cabía en el pecho y me lancé a celebrarlo con mis íntimos. Nos encaminamos al Paseo Nuevo (Paseo de Bucareli), en donde disfrutamos del espectáculo: lujosos coches que corrían por el reducido espacio, muchos jóvenes a caballo con su silla vaquera mexicana, frailes con sombrero de teja, chinas con enaguas de castor, vendedores de miel, baratijas y golosinas populares. Al anochecer deambulamos por la Plaza de Armas, frente a Palacio. Luego por el Portal de Mercaderes y después, a la derecha, por las casas del Cabildo. Nos acordamos y reímos todos de cuando el pueblo había echado por los suelos la estatua de Santa Anna en la Plaza del Volador en 1844. - Recuerdo que esa noche había una hermosa luna y un viento fresco que permitieron que el paseo por las Cadenas resultara muy placentero y divertido. A mí me duraba el gozo del ascenso a mis 22 años y con esa sensación nos retiramos a nuestros respectivos hogares.

---

<sup>11</sup> Hoja de Servicios de Manuel Ramírez de Arellano, AHSDN, XI/111/4-5155, Fs. 3,4 y 6. Similares anotaciones aparecen en la Hoja de Servicios de su amigo y compañero cadete Miguel Miramón, Centro de Estudios de Historia de México (CARSO), Fondo XVII-1, Legajo 72. La lista completa de cadetes prisioneros aparece en México a Través de los Siglos, Tomo VIII, pp. 257-259.

<sup>12</sup> Ángel Pola, Edición de 1903 de *Últimas Horas...*, *Op. Cit.*, p.VII

Arellano dedicaba muchas horas al estudio de “las matemáticas, la ordenanza del Ejército, la reglamentación de maniobras de infantería, caballería y artillería, documentación militar, el dibujo, la física, la mecánica, la fortificación pasajera y permanente y la construcción de materiales de guerra”.<sup>13</sup>

Poco tiempo después, una profunda preocupación asistió a la familia Arellano, pues si bien en mayo de 1854 Manuel había ascendido a capitán, se esperaban con impaciencia en julio las noticias procedentes del puerto de Guaymas, en donde don Domingo, su padre, combatía al conde Raousset Baulbon, un aventurero francés que finalmente fue derrotado en el curso de una acción en la que el padre de Arellano se distinguió. El filibustero fue aprehendido, condenado a muerte y fusilado el 12 de agosto de ese año.<sup>14</sup>

A poco, don Domingo Ramírez de Arellano, ascendido a general de brigada, fue designado Gobernador y Comandante Militar de Sonora en sustitución del general José María Yáñez. Antonio López de Santa Anna ejercía entonces, por decimoprimer vez, la Presidencia de la República, sin duda la más arbitraria de todas.

Don Domingo acató de inmediato las órdenes, pero luego de ocho meses de permanecer en el cargo se vio precisado a regresar a la capital por motivos de salud. La familia se aprestó a brindarle los cuidados necesarios y el general se recuperó paulatinamente.

Por lo demás, el país se veía envuelto de nuevo en un clima de inestabilidad con la llegada de los liberales de Ayutla al poder. El joven capitán Manuel Ramírez de Arellano participaría activamente en los acontecimientos posteriores que en definitiva le marcarían el camino a seguir.

---

<sup>13</sup> Ángel Pola, *Op. Cit.*, p.VIII

<sup>14</sup> Juan de Dios Arias y Enrique Olavarría y Ferrari, *México a Través de los Siglos*, México, Editorial Cumbre, 1985, Tomo VIII, p.410

Mil situaciones se agolparon en la mente del transterrado al hacer reminiscencias de todos estos acontecimientos que lo envolvieron como en un remolino. El llanto asomó a sus ojos, pero con la dignidad del que se sabía luchador siempre de la verdad y de la justicia, así como defensor a ultranza de su patria y de su fe religiosa, enjugó rápidamente sus lágrimas y se refugió de nueva cuenta en las profundidades de la noche.

### **Choque de ideologías, encrucijada fatal**

Un domingo de junio de 1855 acudieron a la cita dos amigos en el café de La Concordia, de la ciudad de México; tomaron asiento tras una vidriera que constituía un escaparate perfecto para observar a la multitud que deambulaba por la avenida más concurrida de la capital. Los caballeros se vieron súbitamente interrumpidos por las voces acaloradas que se escucharon por todo el local, provenientes de una mesa contigua. Sin duda, las diferencias ideológicas y religiosas se expresaban sin consideración y sin discreción e iban subiendo de tono hasta desembocar en insultos y diatribas.

Los amigos optaron por salir y buscar un ambiente más tranquilo para tratar los asuntos que tanto les inquietaban y que habían decidido abordar con prudencia y reflexión. Sus pasos los condujeron al Café del Progreso, en la calle del Coliseo, muy cerca del Teatro Principal, y allí, en una mesa apartada del ruido callejero se dispusieron a comentar sus preocupaciones.

Arellano, con acento apacible, expresó a Luciano Becerra, su amigo y compañero del Colegio Militar, su zozobra ante las duras y amargas décadas que les había tocado vivir y que se habían traducido en guerras, desunión y odios.

En efecto –respondió Becerra-, México está debatiéndose políticamente entre dos corrientes de pensamiento divergentes, ambas radicales y beligerantes.

-¿Y qué me dices de las logias masónicas y de la participación de la Iglesia, en ocasiones tan indefinida e indecisa, y en otras tan intrigante e interferente, sobre todo en momentos particularmente determinantes? -. Dieron un sorbo al café y se sumieron en profundas cavilaciones.

Efectivamente, el papel político de las logias fue trascendental, pues con su liberalidad de pensamiento y de acción, dieron cabida en sus salones a los personajes más disímbolos, desde los hombres de casaca y levita hasta los de espada y hasta algunos de sotana, así como los extranjeros que se reconocían como miembros de ellas, todos fundidos en fraternal hermandad para marcar derroteros políticos e ideológicos en la nación.

Esto ocurría desde que México nació a la independencia: “Ser masón era asunto de la época y también un medio para informarse, relacionarse y, en suma, para hacer negocios”.<sup>15</sup>

México, ultrajado, invadido y cercenado en más de la mitad de su territorio por Estados Unidos, se enfrentaba nuevamente a la disyuntiva de ser verdaderamente México o a la de aceptar la transculturización política que contradictoriamente pretendían imponerle varios mexicanos de la época con la política de Washington, siempre proclives a seguir la ruta marcada por el águila del norte a través de las instituciones republicanas. En el otro camino aparecían los conservadores, afines a las tradiciones hispanas, identificados con las monarquías europeas y decididamente adversos a la injerencia estadounidense en nuestro país.

Ambas ideas chocarían violentamente sin darse cuenta que el enemigo estaba en ellos mismos, al asumir posiciones intransigentes e irreductibles en el desesperado esfuerzo por constituirse como verdadera nación. El resultado fue

---

<sup>15</sup> María del Carmen Vázquez Mantecón, *La Palabra del Poder, Vida Pública de José María Tornel, 1795-1853*, México, UNAM, Segunda Edición, 2008, p.50

desastroso. Debilitados en su sistema político y en su base económica, ambos grupos quedaron a expensas de los apetitos voraces y expansionistas de las potencias extranjeras.

Pronto se incorporó a la tertulia Leandro Valle, cuya sólida formación liberal y profundas convicciones anticlericales no le impidieron mantenerse con lealtad hacia sus camaradas conservadores y antiguos condiscípulos del Colegio Militar. Las sombras de la noche se extendieron sobre la ciudad y así reunidos iban adentrándose al paso de las horas en una charla llena de pasión sobre los diferentes conceptos políticos. El tema más candente fue, sin duda, el del papel de la Iglesia en la vida nacional, porque Leandro Valle era al respecto profundamente beligerante.

Argumentaba que el poder que ejercía la Iglesia era incalculable, tanto en lo religioso como en lo terreno; que aquélla había abusado particularmente del dominio sobre las conciencias, al ser receptora, por confesión, de informaciones valiosas de la sociedad y la política en general.

El argumento de que la fe era sin discusión la esencia de nuestra sociedad y no había actividad en la que no tuviese injerencia en cualquier nivel de la misma, no parecía sostenerse.

De hecho, la Iglesia, tan poderosa a lo largo de 300 años de Colonia, no había querido comprender su papel en el nuevo orden del siglo XIX, pero el factor de lo terrenal era determinante: punto cardinal de la eventual dispersión de su grey. En consecuencia, era menester romper de tajo con la sumisión a las sotanas. Sólo la República y sus leyes podrían ofrecer el adecuado dique para acabar con la hegemonía del clero.

Manuel Ramírez de Arellano advertía que la inexperiencia de los políticos hacía inviable ese proyecto. No se podía edificar una nación arrasando los

cimientos del pasado. Para él, el sistema republicano no había ocasionado más que desventura. Se necesitaba de un gobierno fuerte que preservara las tradiciones y la herencia españolas. La República, decía, era un sistema aún muy lejano para los mexicanos, a la vez que peligroso por la influencia anglosajona y protestante, tan distante de la idiosincrasia de los mexicanos.

El choque se daría de manera inevitable: la Iglesia se aferraría a no perder su influencia y poder sobre la conciencia social, en tanto el nuevo poder político, tras la caída de Su Alteza Serenísima, por medio de diversas leyes, cada vez más radicales, pretendería limitar a la institución religiosa.

La Iglesia no comprendió o no quiso comprender la frontera entre lo terreno y lo divino, y que lo que pedía una parte de la sociedad era sólo su bendición, no su opinión, y mucho menos su intromisión en política. Ambos bandos fueron pues congruentes en su incongruencia y fueron incapaces de verse en la misma trinchera de la mexicanidad, lo que les llevó a sostener puntos antagónicos con planteamientos irreconciliables.

El momento clave de ese antagonismo se proyecta y sintetiza en dos grandes figuras históricas: don Lucas Alamán, de ideas progresistas aunque apegadas a la tradición y precursor del Partido Conservador, y don José María Luis Mora, ideólogo del liberalismo.

Cada uno creyó tener la solución para resolver la encrucijada histórica del país y ambos resumieron sus divergencias en un punto de convergencia con respecto a la República. Mora sentenció: México, a merced de los jefes militares, no tiene de República sino el nombre.<sup>16</sup>

Por su parte, Alamán, sostendría: nada ha creado la República, lo ha destruido todo. Consideraba igualmente que el fracaso político y del sistema de

---

<sup>16</sup> José María Luis Mora, *Obras Sueltas*, México, Editorial Porrúa, S.A., 2ª Edición, 1963, pp. 24-30

gobierno de la emergente nación era cuestión de hombres; la concepción de su política coincidió con la república centralista, que perfilaría con el tiempo en su simpatía por la monarquía y a la que apoyaría después de 1847.

Mora, por el contrario, pugnaría por las instituciones liberales. Asimismo, no dejaría de advertir, sin embargo, un aspecto que en política fue particularmente distintivo de nuestro México: “El amor al poder, innato en el hombre y siempre progresivo en el gobierno, es mucho más temible en las repúblicas que en las monarquías”.<sup>17</sup>

Las diferencias entre Mora y Alamán muestran una profunda y sangrienta escisión entre los mexicanos de la época, y con ello los adjetivos de conservadores y liberales.

Arellano asumió plenamente la ideología conservadora, entre otras razones, por la formación religiosa que recibió en su hogar, cuyo credo cristiano era la esencia fundamental en la vida terrenal. Luego por su formación castrense, donde patria, religión y tradición se fundieron en un *modus operandi y vivendi*. Y finalmente por el rechazo a todo lo procedente de Estados Unidos, considerado el enemigo natural de México, que derivó en un odio profundo al percatarse de las irrefrenables ambiciones del país del norte respecto no sólo de México sino de América Latina.

Muchos años después, allá en Europa, Arellano, víctima del ostracismo político, en la amargura y soledad del exilio, ya en el umbral de la agonía, trataba de apartar toda pasión y odio de su vida; pero la aplastante realidad de la derrota y la traición eran superiores a sus fuerzas. Día a día recordaba a su querida patria, envuelta y devastada por la anarquía. Fue conservador y lo sería siempre.

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, p.35

## CAPÍTULO 3

### TRANSICIÓN DOLOROSA

*Esta entrehecha figura  
Cayó presa de su arroyo,  
Pero ¿quién le mete a un cojo  
elevarse a tanta altura?*

Guillermo Prieto

#### **Años de turbulencias**

Para un transterrado el tiempo se desliza con lentitud mortificante, y paralelamente los recuerdos y episodios de la vida cobran a la distancia una extraordinaria nitidez. Arellano no era la excepción y a cada paso hacía un detenido balance de los capítulos de su agitada vida.

El último gobierno de Santa Anna, en 1853, fracturó todos los límites de la legalidad al gobernar no sólo como dictador sino como un monarca absoluto: hurtó, despilfarró, acabó con la prensa libre, reprimió a los opositores, gravó a la población con excesivos impuestos y consumó la venta de la Mesilla a los Estados Unidos. Su gobierno había llegado a un punto sin retorno y el odio y el desprecio de la población habrían de desbordarse nuevamente en otra revolución.

El país contaba con ocho millones de habitantes y la populosa ciudad de México con doscientos cincuenta mil.

Arellano recordaba sus ascensos militares obtenidos poco antes del triunfo de la Revolución de Ayutla y los desordenes que se vivieron en la capital, que obligaron a muchos habitantes a salir de ella y refugiarse en las villas aledañas, como Tlalpan, Tacubaya y San Ángel.

Tacubaya, en aquella época, era el lugar más agradable, más de moda para pasar el verano. Su cercanía de la capital, las facilidades que había de transporte y el aire fresco y embalsamado que le daba su proximidad con el bosque de Chapultepec, hacía que muchas familias pasaran allí la temporada de los fuertes calores de verano.<sup>1</sup>

Manuel recordaba con intensa nostalgia ese tiempo, su ascenso, en septiembre de 1853, a teniente de la Batería de la Brigada Ligera, y en mayo del siguiente año su promoción a capitán.<sup>2</sup>

Aquel 1° de mayo de 1854 se iniciaba el fin de la era santanista, cuando el coronel Florencio Villarreal proclamó el Plan de Ayutla. “La ciudad estaba en plena revolución, las tropas que se habían adherido al Plan de Ayutla luchaban contra aquellas que se habían quedado fieles al gobierno. La ciudad estaba en estado de sitio y por todas partes se oían tiroteos”.<sup>3</sup>

El general Juan Álvarez fue el alma de aquella revolución, y diez días después de iniciada el coronel Ignacio Comonfort, administrador de la Aduana de Acapulco, secundaba la sublevación.

El 9 de agosto de 1855, tras una serie de reveses militares, Santa Anna dejó el poder para siempre y los liberales asumieron de nuevo el mando de la nación.

Vendrían luego doce largos años de ininterrumpidas y sangrientas luchas. Arellano sintió agudo malestar ante estas reminiscencias y prefirió salir a caminar; llegó a la orilla del mar, que reflejaba un azul intenso, y experimentó de pronto gran placidez; se reclinó sobre un montículo de arena, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, y clavó de nuevo su pensamiento obsesivo en aquel azaroso pasado.

---

<sup>1</sup> Concepción Lombardo de Miramón. *Memorias*, Editorial Porrúa, México 1989, p.67

<sup>2</sup> Hoja de Servicios de Manuel Ramírez de Arellano, AHSDN, XI/III/4-5155/Fs. 3, 4 y 6

<sup>3</sup> Lombardo *Op. Cit.*, p. 66

Juan Álvarez entró a la capital de México con un ejército descalzo, “con calzones de manta que en un tiempo fueron blancos; en la cabeza grandes sombreros de paja en estado deplorable y cubiertos con unas especies de frazadas que les daban el aire más de salteadores que de soldados”.<sup>4</sup>

Aquellos individuos carecían de la menor popularidad, la gente de bien los reconocía como una turba inmundada, y sin embargo triunfaron. Álvarez fue designado Presidente de la República.

No podía durar ese estado de desórdenes y descontento ¡Cuánto padeció la capital en manos de los “pintos”, chusma indisciplinada! El escritor liberal don José María Vigil hace hincapié en “el disgusto general que excitó el repugnante aspecto de las tropas surianas, cuyos desórdenes dieron materia a frecuentes reclamaciones por parte de la prensa”.<sup>5</sup> Por su parte, don Alfonso Toro anota que en la capital existía una evidente molestia por la presencia de las fuerzas de Alvarez, “formadas casi todas de ‘pintos’, semidesnudos, indisciplinados y casi salvajes que cometían frecuentes atentados que no eran, como lo ameritaban, reprimidos por sus jefes”.<sup>6</sup> En los ojos profundamente negros de Arellano asomó una chispa de indignación ante el recuerdo de las imágenes que cruzaban por su mente y, peor aún, al recordar la convocatoria al Congreso Constituyente y la orden para formar una Guardia Nacional para sustituir al Ejército ¡Qué osadía!, masculló entre dientes, y aún más suprimir los fueros eclesiástico y militar.

Las manos de Arellano se crisparon al traer a su memoria los demás acontecimientos: la Ley Juárez del 23 de noviembre de 1855, que implicaba ni más ni menos la comparecencia de los sacerdotes ante la justicia civil.

---

<sup>4</sup> *Op. Cit.*, p. 73

<sup>5</sup> José María Vigil, *México a Través de los Siglos*, México, Editorial Cumbre, 1985, Tomo IX, p. 85

<sup>6</sup> Alfonso Toro, *Historia de México. La Revolución de Independencia y México Independiente*, México, Editorial Patria, 14ª. Edición, 1961, p.445

Esto provocó una creciente e irrefrenable efervescencia que cundió por todas partes, y hasta el liberal Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, terminó levantándose contra el gobierno de Álvarez.

Álvarez nunca soportó el frío de la Ciudad de México, decidió regresar a tierras más cálidas y dejó la Presidencia de la República en manos de Ignacio Comonfort en diciembre de 1855.

Arellano, militar de carrera, participó del descontento e indignación de algunos de sus compañeros de armas ante tales acontecimientos. Se pronunciaría contra el gobierno adhiriéndose al Plan de Zacapoaxtla en la sierra de Puebla, bajo las órdenes del general don Antonio de Haro y Tamariz. Ese núcleo militar se hizo llamar “Ejército Restaurador de la Libertad y el Orden”.

Caso curioso, el arzobispo de México, don Lázaro de la Garza y Ballesteros, bendijo a las tropas del gobierno y a sus banderas, es decir ¡a aquéllas que matarían a los que defendían los intereses de la iglesia! Una muestra más del papel del clero, tan ambiguo, medroso y acomodaticio como siempre.

De vuelta a la realidad de aquel atardecer en Rímini, Arellano se refugió en un pequeño café, frente a ese mar que era su cobijo y la enorme pantalla de sus recuerdos. La Batalla de Ocotlán se recreó de nuevo en su imaginación por la activa participación que desempeñó con la artillería. Es entonces que murmura:

–En Puebla quedamos sitiados. ¡Cuánta sangre y qué escenas tan desgarradoras!–. Finalmente recordó que no quedó más remedio que capitular, pues no era posible sostener la plaza. Creo que fue un 22 de marzo de aquel año 1856, se dijo.

Pero este tropiezo redobló los pronunciamientos: -Miramón y yo acordamos ocultarnos para darnos tiempo y organizarnos; el plan era reunirnos con las fuerzas del coronel Luis G. Osollo y mantener vivo el movimiento.

Una sombra de desencanto cruzó el rostro del hombre al reflexionar sobre el hecho de que el general Pueblita los hizo prisioneros. A partir de ese momento planearon la fuga, todo un éxito, excepto para el general Orihuela; la suerte no lo acompañó y fue pasado por las armas.

Hablando para sí, musitó: –¡Cuántos compañeros de ideales sacrificaron sus vidas! Todos estaban decididos a enfrentar con valentía al enemigo. Arellano dio un pequeño sorbo a la taza de café, hizo una pausa y pagó el servicio. Salió con lentitud y se dirigió a una pequeña banca para recibir las sombras de la noche, bajo la tenue luz de un farol.

Continuó con su monólogo: – El plan de Miguel era oportuno y preciso, sorprender a la guarnición de la ciudad de Toluca, hacernos dueños de las armas y parque y sublevar a la tropa... –Todo en vano: era una escasa fuerza, aunque intrépida. Alguien avisó al gobierno... ¡Qué terrible batalla! Y lo más doloroso acaeció cuando la victoria estaba a nuestro alcance –Manuel no pudo evitar sentir profunda tristeza–. Mi amigo, mi camarada, mi casi hermano Miguel fue herido gravemente en la pierna y nos dispersamos.

Extremadamente sensible al recordar aquellas lejanas imágenes, apenas murmurando se dijo: -Miguel se desangraba, lo tomé en mis brazos para colocarlo en el lomo de una mula; había que trasladarlo a un lugar seguro, era urgente la asistencia médica. Recordó que con voz muy débil le dijo: ¿hacia dónde Manuel? –A Santiago Tianguistengo, a pocas leguas. Aguanta Miguel, déjame contener la hemorragia con pedazos de mi camisa–. Se le escapaba la vida a su amigo de la infancia, al caudillo de la causa conservadora, hombre de honor y de valor a toda prueba.

Recordó agradecido a las señoritas Sarmiento, las piadosas mujeres que en esa población recibieron gustosas al herido y lo atendieron; eran partidarias de la causa conservadora. Ellas lo ocultaron de la persecución sin cuartel que desató el general Plutarco González, exponiéndose a mil peligros de haber sido descubiertas en sus actividades contra el gobierno de Comonfort. Dos meses inquietantes hasta el total restablecimiento de Miguel.<sup>7</sup>

Exclamó para sí: – ¡Qué tiempos tan difíciles; vivíamos a salto de mata y los decretos y las leyes seguían cayendo sobre nuestros ideales y golpeando nuestros principios! Recordó entonces el sentimiento de frustración e impotencia y prefirió regresar a su refugio para buscar en el sueño un remanso de olvido y paz.

En nuestro país, la Ley Lerdo (25 de junio 1856) afectó las propiedades de las corporaciones civiles o eclesiásticas y en general a todo establecimiento de duración perpetua e indefinida. El descontento popular crecía...

Según advertía el propio autor, esta ley tenía dos ventajas: destruir la propiedad estacionaria, lo cual dejaría por resultado el desarrollo de las artes e industrias, y el establecimiento de un sistema tributario uniforme más científico (El Constituyente elevó ésta ley a precepto constitucional el 24 de enero de 1857).

Pero en la práctica acarreó graves daños económicos, toda vez que la mayor parte de las propiedades desamortizadas fueron a parar a manos de unos cuantos que poseían suficiente dinero para obtener títulos y pagar la alcabala y que naturalmente no temían a la iglesia por la simple razón de que no creían en sus preceptos ni en sus enseñanzas; y en el mismo aspecto hacendario de la propia total desamortización la recaudación fue ridícula, lo que hubiese sido de fácil prevención de haberse consultado los archivos de Negocios Eclesiásticos.

---

<sup>7</sup> *Op. Cit.*, p. 92

Por otra parte, se ocasionó además que grandes extensiones territoriales se concentraran en unas cuantas manos, incrementándose de ese modo el latifundismo. Con todo había que reconocer que los nuevos propietarios no estaban ni técnica ni moralmente dotados para cumplir las condiciones pecuniarias que exigía la ley.

Muchos despojados estaban menos preparados para vivir de otra cosa, y esta fue la causa de que aumentase el número de desheredados que tarde o temprano habrían de reclamar sus derechos, lo que ocurrió, por ejemplo, con el Plan de Ayala en la segunda década del siglo XX.<sup>8</sup>

El historiador Martín Quirarte, reconoce lo que sigue al hablar de las consecuencias que se derivaron de la Ley Lerdo:

El resultado práctico en lo económico no pudo de inmediato ser más desastroso. La mayor parte de los arrendatarios de fincas rústicas y urbanas, no se atrevieron a denunciar las propiedades eclesiásticas y proceder a adjudicárselas. El temor de las excomuniones de la Iglesia pesaba demasiado sobre sus conciencias. Quienes carecían de él –muchos de ellos extranjeros– fueron los únicos beneficiados. A la sombra de la ley se incrementó el poderío de los latifundistas.<sup>9</sup> (9)

Arellano, antes de cerrar los ojos al sueño esa noche, reconfirmó que al proclamarse la Constitución liberal del 5 de febrero de 1857 se constituyó un detonante de la multiplicación de motines y sublevaciones en el país, y que fue eso lo que había originado una enorme hoguera que se tradujo en una sangrienta guerra.

---

<sup>8</sup> Manuel Loza Macías, *El Pensamiento Económico y la Constitución de 1857*, México, Editorial Jus, S.A., 1959, p. 211

<sup>9</sup> Martín Quirarte, *El Problema Religioso en México*, México, Segunda Edición, INAH, 1980, p. 294

En cuanto a la Carta Magna en sí, Quirarte enfatiza:

Casi resulta innecesario decir que la Constitución de 1857 no podía ser de momento popular. A un pueblo acostumbrado durante más de tres siglos a la mayor obediencia a sus prelados, educado moral e intelectualmente por ellos, no era posible que le cambiasen de inmediato sus costumbres por el sólo hecho de haberse publicado un código político.<sup>10</sup>

### **En la hoguera fratricida**

Ciudad de México, 1857. Una fresca mañana de febrero, las campanas de la Catedral Metropolitana se escuchaban con la placidez y armonía habituales invitando a la feligresía a asistir a los santos oficios. Contrastaba su tañer con los estruendosos sonidos del ir y venir de las carretas de recuas con diversas mercaderías, del constante pregón de los vendedores de los más variados artículos, y del golpe acompasado de los jinetes que cruzaban las calles empedradas de la majestuosa “ciudad de los palacios”, que amanecía vertiginosamente a su cotidianidad junto con las más de doscientas mil almas que en ella residían.

En la mayoría de los hogares a muy temprana hora se acostumbraba el espumoso chocolate en agua o en leche, así como los ricos tamales que acompañaban a los famosos atoles como el de tamarindo o champurrado, o el simple atole blanco.

El almuerzo era esperado con impaciencia, principalmente por aquellos que por naturaleza de sus trabajos los iniciaban antes de que despuntara el día. Adobo, carnero, pollo y una enorme variedad que constituían los guisos más socorridos y convertían el momento en la antesala del paraíso. Desde luego el vino

---

<sup>10</sup> *Ibidem.* p.p. 258-259

acompañaba las comidas en las mesas de la gente acomodada, en tanto que para los de “abajo” el pulque y el agua eran los eternos invitados.

La comida se servía de costumbre entre la una y las dos de la tarde: caldos, arroz o fideos, puchero, tortilla de huevos, etcétera. A los enfermos o caminantes se les recomendaba algo más práctico y reconstituyente: huevos tibios.<sup>11</sup>

Hacia las cuatro o cinco de la tarde, en la tradicional tertulia familiar, no faltaba la espumosa taza de chocolate, y en estas reuniones se comentaban en un ambiente de entusiasmo o de profunda preocupación los acontecimientos religiosos, los chismes políticos o sociales y los dimes y diretes familiares del día.

La cena se dejaba para las nueve o diez de la noche, cuando las familias tenían los recursos para cubrir una dieta completa.

Por esos días, sin embargo, la nación se convulsionaba por todos lados como consecuencia de la expedición de las leyes liberales y de la promulgación de la Constitución del 5 de febrero de 1857. “El interior estaba en perpetua efervescencia – escribe don Justo Sierra--; desde que el programa reformista comenzó a desarrollarse, no hubo un día sin un pronunciamiento, sin una sedición, un motín, una revuelta en algún punto de la República; era un perpetuo movimiento trepidatorio; parecía que debajo había una erupción en preparación creciente; la situación política ocultaba un cráter. Al subir Comonfort a la presidencia, la obra de pacificación era por tal modo complicada y difícil que se necesitaba una especie de heroísmo para acometer la empresa”.<sup>12</sup>

El Presidente Ignacio Comonfort se debatía en un mar de dudas e inquietudes, pues íntimamente se hallaba persuadido de que México se

---

<sup>11</sup> *La Ciudad de México. Antología de lecturas siglos XVI-XX*, México, SEP, 1995, p. 88

<sup>12</sup> Justo Sierra, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, en *Obras Completas*, Tomo XII, México, UNAM, 1977, p. 272

precipitaba al abismo si no se adoptaba una solución radical. Se hallaba convencido de que la Constitución no era aceptada por la mayoría del país.

Comonfort vislumbró dos caminos:

El primero fue tratado entre Doblado y Comonfort sin llegar a un acuerdo, puesto que era muy difícil obtener en la Cámara votos contrarios a la Constitución. Los conservadores no participaron en las últimas elecciones y, sin representación, sólo la lucha armada podía darles éxito. El grupo militarista precipitó a Comonfort en el golpe de Estado, participando de esta opinión Siliceo y Payno.<sup>13</sup>

Y así, la propia administración liberal hizo a un lado la Constitución de 1857, si bien semejante coyuntura fue aprovechada luego por los conservadores para lanzarse a la lucha con mayores posibilidades de triunfo.

Payno afirma: “Los únicos que no supieron nada realmente (se refiere a los preparativos para desconocer la Constitución de 1857) en los primeros días fueron los señores don Manuel Ruiz y don Benito Juárez”.<sup>14</sup>

Juárez y Comonfort eran muy amigos y se trataban con mucha confianza:

Te quería yo comunicar hace días, dijo el señor Comonfort al señor Juárez, que estoy decidido a cambiar de política porque la marcha del gobierno se hace cada día más difícil por no decir imposible; los hombres de algún valor se van alejando del palacio, los recursos se agotan y yo no sé qué va a ser del país si no procuramos todos que las cosas vayan mejor. A la revolución física no le temo; la afrontaré como hasta aquí; pero la revolución moral exige otra clase de medidas que no son las armas y la fuerza.

– Alguna cosa sabía yo, le contestó el señor Juárez con mucha calma–, pero supuesto que nada se me había dicho, yo tampoco quería hablarte una palabra...

<sup>13</sup> Rosaura Hernández Rodríguez, *Ignacio Comonfort*, México, UNAM, 1967, p. 63

<sup>14</sup> Manuel Payno, *Memoria Sobre la Revolución de Diciembre de 1857 y Enero de 1858*, en *Novedades*, Suplemento México en la Cultura, 5 de junio de 1966, p. 2

– Pues bien, replicó el señor Comonfort, ahora te lo digo: es necesario que cambiemos de política y yo desearía que tú tomaras parte y me acompañaras.

– De veras, contestó el señor Juárez sin perder la calma y como si se hablara de la cosa más llana del mundo; de veras te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas a emprender; pero yo no te acompaño en él.<sup>15</sup>

En cuanto a la pretendida participación del alto clero en el golpe de Estado o en el Plan de Tacubaya, recorro de nueva cuenta al insospechable testimonio del liberal Manuel Payno, actor y testigo principal de los acontecimientos:

Con el señor Arzobispo conservaré, mientras me dispense su amistad, las mejores relaciones, pero me guardaré entonces y me guardaré siempre de proponerle ningún plan revolucionario, ni malo ni bueno. Conociendo algo de su carácter lo creo decidido a seguir, aun a costa de su vida, lo que crea arreglado de su conciencia, aun cuando en ello cometa un error, pero incapaz de entrar en ninguna trama ni conspiración.<sup>16</sup>

Que el clero mexicano en organización conjunta distó mucho de auxiliar efectivamente a los conservadores lo demuestra la penuria francamente angustiosa que caracterizó siempre a las tropas de Miramón, Mejía, etcétera, a niveles incluso de hambre, durante la guerra de Reforma.

Los expedientes militares de los jefes conservadores que custodia el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional así lo confirman sin el menor asomo de duda.

El alto clero abandonó a los caudillos conservadores en la Guerra de Tres Años y escatimó una ayuda necesaria para ganar la contienda. Su mezquindad

---

<sup>15</sup> *Ibidem*

<sup>16</sup> *Ibidem*

fue notoria al igual que la de la alta burguesía; nunca se comprometieron, ni siquiera a medias, con aquellos a quienes, eso sí, prodigaban, unos, bendiciones, y otros, entusiastas vivas y jubilosas exclamaciones por los éxitos alcanzados, pero sin comprometer jamás sus bienes materiales.

Por su parte, el historiador Carlos Pereyra, al tratar estas cuestiones, afirma:

La situación económica tocó los extremos de la penuria sórdida. Los soñados recursos de los bienes de manos muertas se habían convertido en un cruel desencanto. El gobierno afirmaba que el clero había prodigado sus tesoros para sostener a los conservadores. ¿Qué tesoros eran esos cuando Miramón tuvo que contratar el famoso empréstito con el usurero suizo Jecker, obligándose a pagar quince millones por un millón, parte en efectivo y parte en vestuario, no llegando el total de lo aprovechado a ochocientos mil pesos? ¿En dónde estaba esa munificencia clerical cuando Márquez, exasperado por la situación miserable de sus tropas, rompió los sellos de la legación británica para extraer los fondos del servicio de la deuda exterior?”.<sup>17</sup>

Y remata contundente: “Sin embargo, las fábulas persisten. Yo no defiendo al clero, y no lo defiendo porque si hubiera sostenido a sus protectores habría hecho bien. Yo defiendo la aritmética y la historia”.<sup>18</sup>

En otro punto de la Ciudad de México, Miramón, Osollo y Arellano organizaban el Ejército Regenerador para encarar al ejército de la coalición liberal. Arellano contaba veintiséis años de edad.

La contienda fratricida desarrollada entre 1858-1860 constituyó la culminación de la lucha entre liberales y conservadores y fue originada directamente por las radicales reformas políticas y religiosas dictadas durante los gobiernos de Juan Alvarez (4 de octubre a 11 de diciembre de 1855) y de Ignacio

---

<sup>17</sup> Carlos Pereyra, *México Falsificado*, México, Editorial Polis, 1949, tomo II, p. 170

<sup>18</sup> *Ibidem*

Comonfort (11 de diciembre de 1855 a 11 de enero de 1858), precursoras de la Constitución de 1857 y de las Leyes de Reforma.

Así, una vez delineados los campos, tras el ascenso del general Félix Zuloaga al poder por parte de los conservadores, y de don Benito Juárez reconocido a su vez por los liberales, la pugna quedó formalmente planteada y, como era de esperar, Zuloaga derogó rápidamente toda la legislación reformista en tanto que Juárez, tras establecer su gobierno en Veracruz tras varias peripecias, promulgó nuevas leyes como la de nacionalización de bienes eclesiásticos (12 de julio de 1859); la de matrimonio civil (23 de julio); la de secularización de los cementerios (31 de julio), y la de libertad de cultos (4 de diciembre de 1860).

Todo esto enconó naturalmente la lucha fratricida -se ha dicho con razón que no hay peor guerra que una civil- y la convirtió en la más cruel y sanguinaria desarrollada hasta entonces en suelo mexicano.

Mucha confusión y confrontación provocó la Constitución de 1857, que establecía: Art. 3º: Los estados no pueden en ningún caso: I. celebrar alianza, tratado o coalición con otro estado, ni con potencia extranjera..., y en el 128: esta Constitución no perderá su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpa su observancia... La misma Constitución del 57 consignaba que la soberanía de la nación residía esencialmente en el pueblo y que éste tenía en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de gobierno; que era voluntad del pueblo constituirse en una república federal y democrática y que la soberanía se ejercía por medio de los poderes federales y de los estados. Por lo que al disolverse el Congreso y no volverse a instalar formalmente, y en consecuencia al no haber tal pacto federal, ya que unos estaban a favor del emergido Plan de Tacubaya y otros a favor del que representaba Juárez, la titularidad legal del Ejecutivo quedaba en entredicho.

Se puede concluir al amparo del análisis de la Carta Magna del 57 que en esos momentos de inestabilidad política derivados del desconocimiento de la Constitución por el propio Presidente de la República, no había bases constitucionales ni tal pacto federal como para legitimar a ningún gobierno, ni el de Comonfort, ni el interino de Juárez, emanado del primero y al cual le debía políticamente su existencia; obviamente ni qué decir del de Zuloaga, fruto de una revolución similar a la encabezada por Juan Alvarez contra Santa Anna.

La misma Constitución abría la puerta al golpe de Estado, ya que al no definir la forma como el pueblo podría ejercer su inalienable derecho de alterar o modificar la forma de gobierno, al no precisar expresamente que éstas fuesen estrictamente y en todo momento bajo las formas y fórmulas de la política, no dejaba otro camino más que el de la asonada y los pronunciamientos para expresar ese inalienable derecho. La legalidad quedaba en manos del éxito o fracaso en el campo de batalla; todo se iba a definir por el camino de las armas y bajo las leyes del vencedor. Lamentablemente para los liberales, la Constitución presentaba notorios vacíos jurídicos que no consideraban los acontecimientos tal y como se sucedieron.

Cierto es que Juárez, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, era el llamado a la Presidencia, pero en épocas normales, cuando la legalidad rigiese, no cuando todo el orden público se hallase subvertido, pues para eso la Carta del 57 no decía quién ejercería la soberanía, ni en qué términos, ni con qué facultades.

Ahora bien, en cuanto a la participación directa de Manuel Ramírez de Arellano en la Guerra de Reforma, fue más bien modesta en lo relativo a la cuestión militar, -en realidad destacaría grandemente en este punto durante los años del Imperio-, pues aunque era ya un oficial prestigiado no mandó en jefe ninguna fuerza ni encabezó campaña alguna, si bien en el campo de batalla fue en veces comandante general de artillería. En guarnición se había desempeñado

como secretario de la comandancia del arma (artillería), profesor de matemáticas y fortificación en la academia de oficiales del cuerpo de Veracruz y secretario de la Dirección General de Artillería. Había ascendido a mayor y luego a teniente coronel.<sup>19</sup>

El periodista liberal, Ángel Pola describe con precisión la personalidad de Arellano:

Conocía el arte y la ciencia de la guerra. Había hecho una brillante carrera en el Colegio Militar, donde se distinguió entre sus condiscípulos y se hizo querer de sus maestros. A una clarísima inteligencia unía prodigiosa memoria, facilidad de palabra y dominio de la recitación. No era aplicado, pero una ojeada al texto bastábale para asimilarse bien la materia. Era siempre uno de los primeros en la cátedra. Franco y buen conversador, se ganaba las voluntades.<sup>20</sup>

Para este joven militar, inquieto, entusiasta y entregado con pasión a sus ideales políticos y religiosos, el destino aún le deparaba amargas y vivencias dramáticas que devastarían su ser.

El 11 de enero de 1858 hubo mucha agitación entre la población mexicana. En Tacubaya se pronunciaba contra el gobierno de Comonfort la primera brigada del ejército que mandaba el general Félix Zuloaga, pues había indicios de que don Ignacio tendía a sincerarse de nuevo con los puros. Sobre el particular, Manuel Payno cuenta que se dirigió a ver a Zuloaga para calmarlo, pero éste lo recibió con inquietud y expresión decidida. El general le dijo entonces a don Manuel:

Mi compadre nos traiciona (...) mi compadre nos quiere entregar a los puros y nosotros estamos decididos ya a seguir nuestro camino” Y más adelante, concluye: “El lunes a las seis de la mañana, amanecieron las tropas que guarnecían Santo Domingo, San Agustín y la Ciudadela, pronunciadas por el Plan de Tacubaya, excluyendo la persona del señor Comonfort.”<sup>21</sup>

<sup>19</sup> AHSDN, XI/III/4-5155, Fs. 19 y 23

<sup>20</sup> Introducción de Angel Pola en Ramírez de Arellano, *Op. Cit.*, p. VI

<sup>21</sup> Payno, *Op. Cit.*, p.2

Aventuremos que en otro punto de la ciudad, aquel día de diciembre posiblemente se daba esta conversación mientras en Tacubaya se daba el pronunciamiento:

– ¿Cómo ves, Manuel? Los motines y levantamientos no cesan, la inquietud, el descontento de la población en contra del gobierno cada día empeora. – Así es, Juan, contestó el militar a su hermano mayor, médico de profesión–. No hay día en que no amanezcamos con nuevos movimientos militares, pero tenemos que salvar a la patria, conservando la Religión, la unidad del Ejército y las garantías de los mexicanos...

Mira, Juan –agrego con serenidad y firmeza a su hermano, que estaba totalmente ajeno a los hechos militares y políticos que sacudían al país: – No tardaran en romperse las hostilidades, y estamos esperando con ansia refuerzos que traerán Osollo y Miramón para combatir al indeciso Comonfort.

Los hermanos Arellano quedaron pensativos y una sombra de preocupación se plasmó en sus rostros y presintieron los días funestos por venir.

Días después Arellano recibió la orden de sus superiores:

–Teniente coronel Arellano, preséntese en el hospital militar volante; ahí se requieren sus servicios como administrador. El oficial obedeció inmediatamente la orden...

A partir de este momento, Manuel Ramírez de Arellano empieza a destacar tanto como activo propagador de las ideas de su partido como militar competente y distinguido. Si bien, como se ha visto, había participado ya en anteriores campañas bélicas siempre en defensa de sus principios, es a partir de la Guerra

de Reforma que nuestro personaje se adentra definitivamente en la azarosa historia mexicana, tan rica y variada en matices de toda índole.

Para marzo de 1858, Arellano, previa solicitud de él mismo, recibió su traslado a la sección médica de la primera Brigada de la División de operaciones sobre Celaya, en donde por supuesto estaría bajo el mando del General Luis Gonzaga Osollo, al que se reconocía como el adalid del grupo conservador.

–Gracias, doctor Vanderlinden, expresó Arellano al médico en jefe. Y a pesar de que tenía un mes sin cobrar sus haberes se incorporó con enorme entusiasmo a su nuevo puesto. Osollo ubicó a su amigo en la sección médica de vanguardia y dio orden de su puño y letra que se le cubriera media paga para la marcha.<sup>22</sup>

Arellano sin duda fue testigo y actor del triunfo de Osollo en Salamanca y así se hace constar en su hoja de servicios.<sup>23</sup>

Por lo demás, poco antes de concluir el año de 1858, el general Miramón propuso que la vacante existente en la Dirección General de Artillería del puesto de teniente coronel del Batallón de Montaña se cubriera con Arellano, “por reunir el interesado todas las cualidades necesarias para el desempeño” del mismo. Igualmente se mencionaban “los honrosos antecedentes y sobrada aptitud” de Manuel.<sup>24</sup> Así oficializaba el grado de teniente coronel que se le había conferido antes de manera provisional.

Los dos amigos, hermanados desde los años del Colegio Militar, recorrían paulatinamente el camino trágico que les aguardaba, lleno de tropiezos y salpicado de unas cuantas alegrías. Una de ellas fue el 2 de febrero de 1859,

---

<sup>22</sup> Comunicación del doctor Pedro Vanderlinden, jefe de los servicios médicos, al general José de la Parra, Ministro de Guerra y Marina, México 1º de marzo de 1858, AHSDN, XI/III/4-5155, Fs. 45 y 46

<sup>23</sup> AHSDN, XI/III/4-5155 F. 19

<sup>24</sup> AHSDN, XI/III/4-5155, Fs. 47 y 48

cuando asumió la presidencia de México Miguel Miramón. Gran parte de la población y del ejército celebraron con júbilo que Miramón aceptara desempeñar el alto cargo, a lo que se había negado en un principio porque consideraba ser antes militar que político. Su vida y su carrera eran las armas, su campo de acción las batallas y no las juntas del consejo de ministros en Palacio. Empero, las circunstancias lo habían colocado en tal sitio al ser designado Presidente sustituto por Zuloaga, o sea un proceso similar al ejecutado antes por Juan Alvarez al nombrar a Comonfort.

Sobre el nombramiento de Presidente a Miramón su esposa Concepción Lombardo asienta: “Le llovían cartas de los Estados, de los comandantes generales, de los gobernadores y de los hombres políticos, rogándole que aceptase la presidencia”...<sup>25</sup>

Hubo incluso una de Leonardo Márquez en donde plasmaba su apoyo total, lealtad incondicional y amistad íntegra al Macabeo. Años más tarde, sin embargo, Márquez sería uno de los personajes que contribuirían a la muerte trágica del caudillo.

La única que no participó de esa felicidad fue la propia esposa de Miguel, quien presintió con ese nombramiento un torrente de desgracias para su amado esposo: “¡Ay de mí!, pensé, se acabaron mis sueños dorados, se acabó mi tranquilidad, la política me lo ha robado, ya no volveré a tener paz”.<sup>26</sup> Concha no se equivocaba, pues el precio iba a ser demasiado alto. Ya en el exilio y en la soledad de su viudez confesó la señora Miramón: “He querido dar algunos detalles que puedan servir a los historiadores del porvenir, y también para desmentir las falsas aseveraciones con que algunos de sus enemigos lo han calumniado tachándolo de intrigante y ambicioso”.<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> Lombardo, *Op. Cit.*, p. 185

<sup>26</sup> *Op. Cit.*, p. 187

<sup>27</sup> *Op. Cit.*, p. 188

Arellano y la señora Miramón compartieron más tarde las horas amargas del destierro, de la desolación, de los recuerdos dolorosos y, sobre todo, la pérdida irremediable para uno del amigo y hermano solidario en la defensa de los ideales, y para otra del amado esposo, entrañable padre, hombre y militar cabal que dio su vida con valor y dignidad en la hora suprema de la derrota total.

De vuelta a la Guerra de Reforma en 1859, Arellano pasó después a la División de Oriente con la que Miramón pretendía tomar el reducto juarista de Veracruz, puerto en el que don Benito se había establecido después de salir de la República por Manzanillo y tras un largo rodeo por naciones extranjeras, como consecuencia de las iniciales derrotas militares de los liberales.

Manuel redactó la crónica de esa campaña y narró los pormenores de las acciones emprendidas.<sup>28</sup> En la misma anotó: “Escribimos impulsados por el deseo de fijar la verdad de los sucesos y proporcionar un dato a los hombres que emprendan el difícil trabajo de escribir la historia de la época que atravesamos”.

A principios de 1859, Miramón planeó el ataque al puerto de Veracruz, en donde Juárez había instalado la sede de su gobierno. Arellano, al respecto, refiere en sus Apuntes. “El Jefe Supremo de la República, cediendo a los impulsos de su bélico carácter, no vaciló en la determinación que debía abrazar y prefirió con gusto ir desde luego a sufrir las penalidades de los campamentos, dejando el descanso y las comodidades del poder.”<sup>29</sup>

Al tratar sobre los preliminares de la acción de la Soledad y la retirada paulatina de los liberales a segundas posiciones que consideraban más seguras, Arellano no ocultaba su desdén por las prácticas del enemigo:

---

<sup>28</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Apuntes de la Campaña de Oriente, 1859, Febrero, Marzo, Abril*. Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, 1990, p.37. Por la extensión del escrito sólo destacaremos los aspectos que explican la psicología del personaje en estudio y las características más acentuadas de su carácter e ideología, para entender mejor su participación y acción en la historia.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 38

Una línea de fuego y densas columnas de humo que hacían penosa la respiración marcaban desde Atoyac la huella de los constitucionalistas. La falta de valor no había permitido a estas chusmas esperar la aproximación de las tropas del gobierno. En el despecho de su impotencia se abandonaron a los instintos feroces del salvaje, y al huir incendiaron el pasto de los campos y las humildes chozas hasta de las más pequeñas rancherías. Todo era fuego o cenizas, y al lado de éstas se encontraban con frecuencia los desgraciados habitantes de aquellas comarcas, llorando las pérdidas de sus casas y pequeños intereses que habían sido incendiados al grito de libertad.<sup>30</sup>

En Tres Encinas una viuda infeliz –agrega en su crónica–, rodeada de sus tiernos hijos que lloraban de espanto, contemplaba al lado de las llamas y cenizas de su pobre casa los modestos muebles que le pertenecían, sin tener en un radio de muchas leguas un techo hospitalario en que ir a guarecerse del sol abrasador de aquella zona. La orfandad y la miseria de una familia numerosa no había sido bastante a conmover una fibra de las más sensibles en aquellos corazones gastados por el crimen. Estas dulzuras de la libertad –asevera Arellano con sarcasmo– eran las únicas que podían conceder a la niñez los partidarios del progreso, los defensores del pueblo, los hombres del porvenir.<sup>31</sup>

En otro lugar narra Arellano que los liberales habían volado en su retirada los magníficos puentes de Atoyac y del Chiquihuite.

Un americano que había sido el ejecutor de la destrucción de los puentes –dice–, servía en la artillería de los contrarios y fue hecho prisionero e incendió la casa en que estaba el parque de los constitucionalistas. El General Presidente lo mandó pasar por las armas y su disposición quedó cumplida poco tiempo después, muriendo aquel con bastante cobardía.<sup>32</sup>

Más adelante afirma Arellano que a mediados de marzo (1859) el ejército de Miramón requería de todo. Expone las escaseces del erario público, los

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 60-63

<sup>31</sup> *Ibidem*

<sup>32</sup> *Ibidem*

elementos de ataque que les faltaban y la falta de recursos para la manutención de aquel ejército. La supuesta munificencia clerical y de la alta burguesía para con los militares conservadores no pasa de ser una leyenda. La realidad es que la penuria fue inseparable acompañante de los gobiernos de Zuloaga y Miramón.

“La miseria del Ejército, como puede comprenderse fácilmente por todas estas circunstancias –puntualiza Manuel–, era espantosa. Nosotros mismos no podemos explicarnos cómo vivieron aquellos soldados tanto tiempo faltos de los recursos más indispensables para su subsistencia”.<sup>33</sup>

Finalmente, Miramón se vio impedido de tomar Veracruz y aquella malhadada campaña concluyó en un fracaso con el precipitado regreso de Miguel a la ciudad de México, amagada a su vez por el jefe liberal Santos Degollado, quien con 8,000 hombres y treinta cañones se disponía a enfrentar al general Antonio Corona y sus escasos 4,000 hombres. Márquez y Mejía apercebidos del inminente peligro, se desprendieron violentamente sobre la capital de la República –Mejía procedente del Bajío y Márquez de Guadalajara- y derrotaron completamente a Degollado en Tacubaya el 11 de abril de 1859.

Entre tanto, en Veracruz, Juárez recibía al enviado estadounidense Robert Mc Lane, quien reconoció oficialmente el 6 de abril de 1859 al régimen juarista en nombre de su país

El gobierno de Zuloaga había mantenido inicialmente el reconocimiento de Washington a través de su ministro en México, John Forsyth, al igual que así lo dispuso el resto de los países con los que México sostenía relaciones. Empero, ante la negativa conservadora de ceder nuevos territorios en el norte –ya se habían perdido demasiados en 1848–, Estados Unidos le retiró el reconocimiento al régimen conservador y entró en pláticas con el gobierno juarista, con el que

---

<sup>33</sup> *Loc. Cit.* pp. 84-85

finalmente sí pudo entenderse y al que le brindó ayuda sustancial que le permitió ganar la Guerra de Reforma.

En una circular a los gobernadores liberales, Melchor Ocampo les hacía saber el significado de tal reconocimiento:

Señala una nueva era de las relaciones de los dos países, cuya mutua prosperidad descansa en el interés de ambos, quienes ahora empiezan a comprender que unidos pueden desafiar al mundo y regular los destinos de la generación naciente.

Facilita a nuestro gobierno relaciones que hasta ahora no se habían podido establecer y presta el mayor impulso a la solución de una contienda fratricida.<sup>34</sup>

La ayuda e inclinación que siempre manifestaron los Estados Unidos al partido liberal y al gobierno juarista, aunado al anticlericalismo que estos últimos siempre evidenciaron, constituyeron una íntima convicción que acompañó a Arellano hasta el final de su lucha contra los liberales en 1867 y que lo hicieron oponerse siempre a dicho grupo.

### **Alameda de México, julio de 1859**

Muy pensativo se encontraba Arellano esa fresca y húmeda mañana de julio; el triste recuerdo de la muerte de su amigo y compañero de armas Luis G. Osollo un año atrás en San Luis Potosí, ocupaba en ese momento toda su atención. El prestigiado caudillo conservador había sucumbido no ante las balas del enemigo, sino a causa de una fiebre tifoidea. Militar respetado aun por sus

---

<sup>34</sup> Benito Juárez, *Documentos, Discursos y Correspondencia*, Selección y Notas de Jorge L. Tamayo, México, Editorial Libros de México, 1972, Tomo III, Circular de la Secretaría de Relaciones Informando del Reconocimiento del Gobierno de Estados Unidos, pp. 540-541. La fuente original de buena parte de la pugna diplomática entre Forsyth y el gobierno conservador, así como del “desreconocimiento” de éste y el reconocimiento al régimen juarista, lo constituye el tomo IX de la *Diplomatic Correspondence of the United States*, de William R. Manning, que se refiere a los sucesos de México de 1848 a 1860 y que fue ampliamente utilizada en la magna obra sobre los documentos, discursos y correspondencia de don Benito, tomo III, pp. 447-585.

adversarios, todos se expresaban del general Osollo como un hombre tan valiente como generoso y de noble carácter.

–Manuel, te noto nervioso—le dijo un compañero de armas, y él respondió: -No, mi buen amigo, sólo estoy pensativo y cabizbajo.

Minutos más tarde, Manuel se aprestaba a realizar el panegírico de Osollo ante al pleno del gobierno conservador. Por eso quizá fue que dijo a su amigo: “Tú serás testigo en breve de su estatura histórica y de mi total reconocimiento a su figura y trayectoria militar”. Con voz firme y ciertamente conmovida inició su discurso:

La patria ha perdido su más ilustre ciudadano [...] El vencedor de Ocotlán, el mutilado de la Magdalena, el generoso en los campos de Salamanca, el que levantó del suelo y paseó con honor por todos los ángulos de la República el pendón de Iturbide, ha volado de este mundo a otro mejor, ya ocupa su lugar entre los justos del Señor.<sup>35</sup>

Arellano puntualizó con energía –“No es mi deseo exacerbar aún más las pasiones con un discurso... ¿A qué envenenar más desde esta tribuna los odios de la divergencia de opiniones, que deberían consumirse en una hoguera para purificar el espíritu público? Sin embargo, decía, “tengo por fuerza que dirigir una mirada al origen de los últimos desastres nacionales”.<sup>36</sup>

Y con energía continuó:

¿Con que no basta al tormento de la nación la serie de grandes desastres y de amargos desengaños sufridos en más de siete lustros de escandalosa discordia, sino que era preciso entonar cantos fúnebres, elegías patéticas y

---

<sup>35</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Oración Fúnebre Pronunciada en la Alameda de México, el 11 de julio de 1859, en memoria de Excelentísimo Señor General de División D. Luis G. Osollo, por el Teniente Coronel de Artillería...*, México, Imprenta de José Moreno F., 1859, 26 p., pp. 19-23

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 11-12

sublimes por la pérdida del hombre que moderaba la lucha encarnizada con que México deshonra a la historia, presentando a las pasiones humanas en toda su desnudez, sin freno ni valladar?

Osollo era cuando murió el foco a donde convergían los rayos de esperanza de todos los buenos ciudadanos. El pagó no obstante a la naturaleza el tributo impuesto sin excepción a los individuos de la especie humana. Los grandes y los pequeños; todos estamos limitados por la nada. La providencia divina corta el hilo misterioso de la vida cuando place a sus inescrutables designios, y cada hombre recorre en más o menos tiempo, sin poder evadirse, el camino que principia en la cuna y termina en el sepulcro.

Para concluir:

Un pueblo agradecido, el mexicano, llora apasionadamente la temprana muerte del general Osollo, cuya sombra protectora nos excita desde el cielo a imitar su noble ejemplo en la grandiosa obra de la pacificación de la República. Hagámoslo así y la nación se salvará.<sup>37</sup>

Arellano hizo gala de un lenguaje grandielocuente, muy propio del siglo XIX, exaltó a Osollo en su calidad humana y valor militar, y luego, como todos los personajes del pensamiento conservador mexicano, rechazó la intromisión anglosajona, es decir, la estadounidense, en los asuntos mexicanos, medular punto de divergencia con los liberales y de hecho el meollo del asunto en esa época de contiendas civiles.

En su fuero interno concebía una historia cíclica en la que nada es imperecedero en aras del equilibrio universal, sin perjuicio de que la memoria de los grandes hombres fuese permanentemente recordada y venerada.

A escasos dos meses de este acto, por instrucción del presidente Miguel Miramón, volvió a ser el orador también en la Alameda, ahora con motivo de la

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 25-26

celebración por el aniversario de la consumación de la independencia el 27 de septiembre. Con este tipo de intervenciones Arellano se convertía de hecho en el divulgador oficioso de las acciones no sólo del Partido Conservador sino también de la administración pública emanada del Plan de Tacubaya.

En esa oportunidad, el artillero insistió en su idea providencial de la historia y aseguró que a los períodos de inactividad seguía un acontecimiento extraordinario que constituía “el objeto de todas las alteraciones”. Aducía que la característica visible de semejante suceso era la destrucción, como la caída de los imperios de la antigüedad, y que sus “agentes” eran personajes históricos que construían o derrumbaban. Para Arellano, la historia y la filosofía “enseñaban a apreciar las acciones de los hombres con imparcialidad y cordura, y los atentados de aquella época no son nuevos ni de pueblo determinado. Su criminalidad corresponde a la especie humana”.<sup>38</sup>

Por lo demás, Arellano aseguraba que después de una catástrofe surgiría algo nuevo y enriquecido, donde se conjuntan elementos antiguos y modernos. Afirmó que la conquista primero y luego la independencia lograda por Iturbide, constituyeron los dos elementos que encaminaron a México por la senda de la civilización cristiana y que, localizada entre la transformaciones de la historia, “la más hermosa página de los anales de la especie humana es el sistema de civilización progresiva que forma el orgullo del mundo moderno y que reconoce por origen los elementos del antiguo orden amalgamados con los nuevos.”<sup>39</sup>

En este punto Arellano se acercaba a los postulados del político conservador irlandés Edmund Burke, quien sostenía que los cambios graduales en la sociedad tradicional reemplazaban a los procesos revolucionarios propiamente dichos, con su estela de sangre y destrucción. En pocas palabras,

---

<sup>38</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Oración Cívica Pronunciada en la Alameda de México el día 27 de septiembre de 1859*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1859, p. 18

<sup>39</sup> *Ibidem*, p.4

evolución paulatina hacia el progreso, mas no revolución tempestuosa hacia el caos.

Prosiguiendo con su exposición, Arellano no pudo menos que reconocer -desviándose aquí en cierta forma de los puntos de vista tradicionales conservadores y por lo mismo inclinándose a cierta heterodoxia– que España y Portugal habían quedado rezagados frente a la “cultura admirable” de otras naciones europeas, y que eso había impedido “avanzar a México con toda rapidez por la senda de la civilización”.<sup>40</sup>

Por otra parte, al referirse a Iturbide, el orador fue fiel a su idea de la historia: lo consideró el hombre providencial que cortó de tajo con los sangrientos sucesos de la guerra de independencia.

Lamentaba también la caída del Emperador y la posterior implantación de la República, que sólo había generado “infortunios, catástrofes nacionales, debilidad y corrupción social, pérdida de patriotismo”. En otras palabras, ambición de poder y su cauda de desgracias. “La naturaleza humana –abundó – presenta en el conjunto de sus fenómenos la práctica de actos criminales al impulso de nobles sentimientos, y las revueltas políticas son las que ofrecen más generalmente esta triste verdad”.<sup>41</sup>

Advertía que México estaba pagando el costo de haber desaprovechado las lecciones de la historia, así como por el asesinato de Iturbide, y que tendría que “apurar muchos años hasta las heces del cáliz del infortunio para purgar el horrible crimen cometido en medio del delirio de facciones.” Casi para finalizar, Arellano profetizaba sombríamente que quizá “deba consignar la historia en tristes páginas mayores infortunios que los que hemos sufrido”.<sup>42</sup> Sus predicciones fueron certeras.

---

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 9

<sup>41</sup> *Op, cit.*, p. 17

<sup>42</sup> *Ibidem*

Para el mes de enero del año siguiente, 1860, Manuel Ramírez de Arellano recibió el ascenso a coronel en un documento firmado por el general Antonio Corona, Ministro de la Guerra, en el cual se reconocían los servicios prestados a la patria.<sup>43</sup>

Sobre el particular, escribió Angel Pola, tan adverso a Arellano: “Sus grados y ascensos los ganó por rigurosa escala o como recompensa por sus servicios militares, como aconteció con el de General que le otorgó el Emperador Maximiliano volviendo del campo de batalla por su bizarro comportamiento.”<sup>44</sup>

Por esos días, Arellano fue designado Comandante General de Artillería de la División del Centro, bajo las órdenes del General de División Tomás Mejía. Era un reconocimiento más a su labor militar.

En febrero del propio año 1860, Miramón planeó la captura del puerto de Veracruz y para el efecto adquirió dos buques en La Habana, que puso a las órdenes del contralmirante don Tomás Marín. Así, Miguel atacaría por tierra e impediría al gobierno liberal la huida por mar con sus naves recién compradas. Sin embargo, la operación perfectamente combinada se vio frustrada por la intervención de la armada americana en Antón Lizardo, Veracruz (6 de marzo de 1860), con los buques Wave, Indianola y Saratoga, al mando de los capitanes Jarvis y Turner, que le impidió tomar el puerto y capturar a Juárez. Sobre este trascendental suceso, don Justo Sierra asienta que Turner se había visto muy presionado por los liberales para que interviniese en su favor. “Lo asediaban – dice- las súplicas, las sugerencias, los planes rápidos de los jefes reformistas”. Por cuanto a la captura de los buques conservadores por los norteamericanos, lo que

---

<sup>43</sup> AHSDN, XI/111/4-5155, F. 64

<sup>44</sup> *Los Traidores Pintados por sí Mismos. Libro Secreto de Maximiliano en que aparece la idea que tenía de sus servidores*, Prólogo y Notas de Angel Pola, México, imprenta de Eduardo Dublán, Callejón del Cincuenta y Siete número 7, 1900, p. 135

dio al traste con los planes de Miramón, Sierra anota categóricamente: "Esa noche quedó militarmente vencida la reacción".<sup>45</sup>

A su vez, Ralph Roeder, historiador estadounidense, reconoce que don Benito solicitó la ayuda extranjera para luchar contra los propios mexicanos y acepta que cuando el tribunal de Nueva Orleans absolvió a don Tomás Marín y a sus hombres del cargo de piratería, el Presidente James Buchanan abogó por el capitán Turner, jefe de los navíos norteamericanos que habían intervenido en el Golfo de México, pues "reconoció que el comandante americano había obrado con su consentimiento y autorización".<sup>46</sup> Para colmo, la mezquindad del alto clero y de la burguesía mexicana, que poco o nada cooperaron para sostener el esfuerzo bélico, coadyuvaron para marcar el principio del fin para el gobierno conservador.

Los momentos cruciales, los errores y la aplastante realidad de la superioridad numérica de los liberales en hombres y armamento, imprimieron un giro fatal para el gobierno del Macabeo (llamado así en memoria de una familia israelita de ese nombre, cuyos miembros, guerreros temibles, lucharon denodadamente en la antigüedad contra la helenización de su cultura).

Las últimas batallas de la Guerra de Reforma desfilan como sombras fantasmales por la mente de Manuel: el sitio en Guadalajara, en donde las fuerzas de Ignacio Zaragoza y Jesús González Ortega se unieron aprovechando la lenidad del general Severo del Castillo, quien carente de iniciativa, no sólo no salió a batir al enemigo sino que, peor aún, permitió que lo sitiaran y la plaza se perdiera. En Silao, el 10 de agosto, se registró otra terrible derrota, ahora de Miramón, con sólo tres mil soldados bisoños, frente a González Ortega y sus diez mil hombres.

---

<sup>45</sup> Justo Sierra, *Juárez, su Obra y su Tiempo*, México, UNAM, 1972, pp.210-211

<sup>46</sup> Ralph Roeder, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p.337

El parte de González Ortega aquel día no pudo ser más triunfal:

Después de un reñido combate, en que ha corrido con profusión la sangre mexicana, ha sido hoy derrotado completamente D. Miguel Miramón por las fuerzas de mi mando, dejando en mi poder su inmenso tren de artillería, sus armas, sus municiones, banderas y centenares de prisioneros, incluso entre estos algunos generales y multitud de jefes y oficiales.

El combate empezó al romper el alba y concluyó a las ocho y media de la mañana.<sup>47</sup>

En medio de la tristeza, Manuel esbozó una tenue sonrisa desdeñosa al recordar de qué forma habían logrado escapar su casi hermano Miguel y él de aquella peligrosa situación:

Los perseguidores se abalanzaron sobre el dinero que los perseguidos tiraron al suelo, aunque después el general Jesús Lanane excusó a sus hombres argumentando que no los habían reconocido, según se desprende del relato de Angel Pola de 1903.

El fin de la Guerra de Tres Años estaba próximo y Silao fue la última acción bélica en la que participó directamente Arellano.<sup>48</sup>

Finalmente, el 22 de diciembre de 1860 Miramón y González Ortega se encontraron de nuevo, esta vez en Calpulalpan. El primero sólo disponía de ocho

---

<sup>47</sup> Manuel Cambre, *La Guerra de Tres años*, México, Biblioteca de Autores Jaliscienses, 1949, p. 394.

<sup>48</sup> ¡Cómo sufrió Conchita en esos días, sin imaginar aún la terrible tragedia que avizoraba el fin de la administración emanada del Plan de Tacubaya! Arellano siempre le manifestó a la esposa de Miramón su aprecio y profundo respeto, y ese sentimiento quedó impreso en la siguiente misiva: Muy apreciada y fina Conchita: Siempre que le escribe a usted Miguel, le encargo que le dé mis memorias, pero creo que nunca lo hace así. Yo no le he escrito a usted porque generalmente son pliegos pequeños los que se dirigen a esta capital, para que lleguen con seguridad. Sabe usted, sin embargo, que la aprecio con toda sinceridad y que deseo tener cuanto antes el placer de dar a usted un fuerte abrazo. Anexo de Manuel Ramírez de Arellano a Concepción Lombardo de Miramón, León, Julio 14 de 1860, en Lombardo, *Op.Cit.*, p.747

mil efectivos y treinta piezas de artillería, en tanto que el zacatecano mandaba sobre veinte mil efectivos y sesenta cañones.

Aunque inicialmente la embestida conservadora parecía perforar las líneas enemigas, al final terminó por imponerse la superioridad numérica y el poder de fuego de la artillería liberal; la caballería conservadora terminó desbandándose y eso provocó la derrota total.

Calpulalpan representó sin duda la tumba del gobierno de Miramón, que sin ejército, artillería ni recursos pecuniarios podía aspirar a alguna otra maniobra. El desastre había sido definitivo.



General Manuel Ramírez de Arellano en traje de civil. A pesar de su importancia, Arellano es uno de los personajes del Segundo Imperio menos fotografiados. (Centro de Estudios de Historia de México CARSO).

## CAPÍTULO 4

### ARELLANO EN EL IMPERIO

*El plan de los juaristas, que habían reconcentrado numerosas fuerzas, consistía en desembocar en el Valle de México y amagar un ataque sobre la capital, comprendiendo el efecto moral que este movimiento atrevido causaría en el interior y exterior del país... (En Morelia) los imperialistas resistieron valerosamente, rechazando los asaltos de los republicanos. Hubo edificios perdidos y vueltos a tomar a la bayoneta.*

Pedro Pruneda

#### **La defensa de Morelia**

En 1862, en la Ciudad de México, encontramos con paso ágil a Manuel Ramírez de Arellano cuando se dirigía a la antigua Librería de Murguía que se encontraba en el Portal del Águila de Oro, numero 2, establecida desde 1846. Era famosa tanto por las obras que editaba como porque ahí se reunían de mucho tiempo atrás destacados conservadores, entre políticos, literatos, periodistas, etcétera, en tertulias que servían para intercambiar opiniones, información y comentarios de la vida nacional. Se contaban entre ellos Mariano Galván, el poeta Manuel Carpio, José María Roa Bárcena, el poeta José Peón Contreras, Joaquín García Icazbalceta y otros; algunos pertenecerían después a la junta de notables que dispondría el sistema monárquico como nueva forma de gobierno.<sup>1</sup>

En estas reuniones Manuel se sentía especialmente reconfortado y fortalecido tanto en su ideología, como en su deseo de que pronto cambiaran los vientos para los de su causa.

---

<sup>1</sup> Juana Zahar Vergara *Historia de las Librerías de la Ciudad de México. Una evocación*, México, UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 1995, pp. 50 y 51

Es indudable que, como tantos otros miles y miles de mexicanos que vieron en la Intervención primero y luego en el Imperio la salvación del país, desgarrado por interminables luchas intestinas, aceptó el nuevo orden de cosas que se presentaba en México con la presencia francesa y se dispuso a sostenerlo con las armas en la mano.<sup>2</sup>

El establecimiento del Imperio de Maximiliano constituyó un desesperado anhelo de salvación nacional para gran parte de la población mexicana. Impedido el país de improvisar una dinastía propia y con el ejemplo del fracaso de Iturbide, se solicitó un príncipe extranjero de casa ajena a Francia, Inglaterra y España, situación absolutamente normal para la época, en la que gobernantes no oriundos de determinado país eran ungidos como monarcas y se debían así completamente a su nueva patria. Maximiliano, al aceptar la corona, vino como Emperador de México, independientemente de su título de archiduque de Austria y, como es sabido, renunció a sus posibles derechos sobre ese trono europeo.

Sobre el particular, la historiadora Erika Pani, experta en el período, asienta lo siguiente:

Al revisar los nombres de quienes colaboraron con el Imperio, salta a la vista que no se trataba ni de extranjeros, ni de políticos improvisados. Entre los que sirvieron al 'llamado Imperio' se encontraban personajes que habían destacado sobre la escena pública, ya fuera a nivel regional o nacional, desde la década de 1840. Además, no se trataba solamente, como podría esperarse, de los líderes del Partido Conservador, como Alejandro Arango y Escandón, Ignacio Aguilar y Marocho y Miguel Miramón. Al lado de Maximiliano, acudieron varios adictos al Plan de Ayutla, diputados al Congreso de 1856, destacados liberales de provincia, y miembros de los gabinetes de Ignacio Comonfort, Mariano Arista, Manuel de la Peña y Peña y José Joaquín de Herrera. ¿Dónde queda entonces el Segundo Imperio que nos legó la historiografía tradicional, como un período de ruptura, un paréntesis histórico, totalmente ajeno al desarrollo de México y de los

---

<sup>2</sup> No obra en el expediente de Ramírez de Arellano, documento alguno, noticia o simple referencia de los años 1861 y 1862 que permita precisar con exactitud las actividades desarrolladas en ese tiempo por el coronel de artillería.

mexicanos? ¿Dónde aquello de que los imperialistas no eran más que curas ultramontanos, conservadores seniles y uno que otro liberal oportunista o despistado?

Encontrar a tanto conocido –agrega Pani– dentro del personal imperial patentiza los rasgos de continuidad del período. Su presencia y su compromiso con el régimen monárquico pone de manifiesto tanto la normalidad como la mexicanidad del Imperio: entre 1864 y 1867, si bien rondaron al Emperador ciertos extranjeros truculentos, cuya verdadera importancia es difícil establecer, como Félix Eloi, Galloni d' Istria y el padre Agustín Fischer, tanto la burocracia, como los cuerpos municipales y el cuerpo diplomático estuvieron conformados por mexicanos experimentados, que en muchos casos detentaban cuotas propias de poder y representaban intereses localmente arraigados: el Imperio fue muchas cosas, pero ciertamente no un régimen de opereta manipulado por aventureros extranjeros, o gobernado a control remoto desde Francia.<sup>3</sup>

Es el general Leonardo Márquez quien nos informa de las primeras andanzas del artillero durante la Intervención. ¡Quién lo dijera, esa amistad terminaría años después en grave y definitivo distanciamiento! Dice Márquez:

Cuando las tropas mexicanas que estaban a mis órdenes se movieron de su campo de San Juan Ixtengo con dirección a Puebla a principios de 1863 –refiere Márquez–, se me presentó en aquel punto el coronel Arellano, reconociendo la Intervención y ofreciendo sus servicios. Y aunque en aquellos momentos no lo necesitaba ni tenía colocación que darle, lo admití y lo tuve siempre a mi lado, con las consideraciones de su empleo y las distinciones de mi amistad.

En 20 de mayo del mismo año organicé un batallón de artillería y nombré coronel de dicho cuerpo a Arellano, dándole además la investidura de inspector y comandante general del arma.

A nuestra llegada a México –continúa Márquez– la Asamblea de Notables dio un voto de gracias al ejército

---

<sup>3</sup> Erika Pani, *Para Mexicanizar el Segundo Imperio*, México, El Colegio de México e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001, pp.189-190

que yo mandaba por los servicios que había prestado en todo el tiempo de la campaña, en el cual no estaba comprendido Arellano porque se había incorporado a última hora y sin embargo lo hice partícipe de esta gracia con las palabras más lisonjeras.

En julio del mismo año –asevera– se dio una nueva organización al ejército y yo cuidé que el coronel Arellano quedase en mi división, a cuyo efecto lo nombré en ella comandante general de su arma.

Pocos días antes de mi salida de México concluye Márquez, se quitó por el Ministerio de Guerra al coronel Arellano el mando que tenía y se le dio al teniente coronel Peza, pero yo influí para que se le devolviera a Arellano y lo conseguí.<sup>4</sup>

Cabe hacer notar aquí que el teniente coronel de artillería Ignacio de la Peza, por lo demás un ameritado y valiente militar que llegaría hasta el generalato en la época de don Porfirio Díaz, era sobrino de Juan de Dios Peza, a la sazón ministro de la Guerra en la Regencia del Imperio –y que continuó en tal cargo durante buena parte del gobierno de Maximiliano–, quien fue el que pretendió infructuosamente imponérselo a Márquez en perjuicio de Arellano. Semejante actitud derivó en una profunda enemistad entre don Juan de Dios y Manuel.

Las tropas de la Intervención y el Imperio ocuparon paulatinamente varias importantes ciudades del centro del país, y en el caso de Morelia tal entrada ocurrió el 30 de noviembre de 1863. Don José de Ugarte fue nombrado Prefecto Político y el General Leonardo Márquez, jefe de las armas.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> *Refutación hecha por el General de División Leonardo Márquez, al libelo del General de Brigada don Manuel Ramírez de Arellano, publicado en París el 30 de diciembre de 1868, bajo el epígrafe de Últimas horas del Imperio*, Nueva York, 1869, en Márquez, Leonardo, *El Imperio y los Imperiales*, México, F. Vázquez Editor, calle de Tacuba número 25, 1904, pp. 88-89. Prólogo y Notas de Angel Pola

<sup>5</sup> Existen tres fuentes contemporáneas de aquellos acontecimientos. Por el lado liberal la reseña extraordinaria que dejó escrita Eduardo Ruiz en su obra *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*; por el lado conservador José Ma. Roa Barcena en un folleto titulado *A la revista de los últimos sucesos en México. Diario del ataque y defensa de Morelia*. Una tercera fuente la constituye *Detall de la defensa de la Plaza de Morelia, del 18 de diciembre de 1863, que dirige el general Leonardo Márquez al general Bazaine*.

“Donde yo nací fue el jardín de la Nueva España”, es una frase que se atribuye a Morelos momentos antes de ser fusilado, al tener como última imagen el desolado y desértico panorama de Ecatepec. En efecto, la antigua Valladolid, a lo largo del siglo XIX, conservó su belleza y armonía coloniales. La sociedad moreliana de la segunda mitad del siglo decimonono gustaba pasear por el amplio espacio arbolado conocido como La Alameda, al tiempo que podía observarse el majestuoso acueducto construido en la época novohispana, de recia estructura a base de sillería de cantera. La Calle Real estaba trazada de oriente a poniente, engalanada de bellos portales (hoy Avenida Madero) y en donde destaca la imponente catedral con su hermosa plaza mayor.

Muy pronto el apacible y bucólico ambiente provinciano se sacudiría violentamente por el olor a pólvora y sangre y por el intenso cañoneo que rompería y hundiría en el dolor a las tranquilas familias mexicanas de este rincón de la patria. Corría el último mes del año y la cruenta defensa de Morelia se escenificaría en medio de triunfos y derrotas parciales, de exclamaciones de dolor y de aciertos y errores, pero el sufrimiento de la población iría más allá de lo imaginable.

Según advierte Eduardo Ruiz, “Márquez con su acostumbrada actividad, comenzó sin pérdida de tiempo a poner a la ciudad en estado de defensa”.<sup>6</sup>

Es posible que Márquez advirtiese a Arellano: –Coronel, no dude que los republicanos intentarán de inmediato la reconquista de Morelia–. Y como respuesta se escuchó: -No se preocupe, general, hemos ordenado abrir nuevos fosos y cañoneras, sin descuidar aspilleras en los muros, retenes en las torres y en las azoteas, y hemos bloqueado las calles con toda clase de obstáculos.

---

<sup>6</sup> Eduardo Ruiz, *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, Segunda Edición, 1940, p. 17

Entonces Márquez preguntó a su jefe de ingenieros, general Mariano Reyes, con cuántos hombres se contaba, considerando ya los últimos refuerzos. El informe fue preciso: poco menos de cinco mil hombres.

Se sabía que el general republicano López Uraga atacaría con el doble de efectivos y más de veinticuatro piezas de artillería. En consecuencia había que reforzar todos los puntos de acceso.

Efectivamente, la noche del 17 de diciembre los republicanos abrieron fuego desde las lomas de Santa María, y en el amanecer del 18 el ataque cobró mayor intensidad; luchas cuerpo a cuerpo, descargas de fusilería y las cargas de bayoneta menudearon en esos terribles momentos; el fragor de la batalla se registraba por todas partes, y el denso humo hacía irrespirable la atmósfera.

La lucha se volvió más encarnizada y se sucedieron prodigios de valor por ambas partes. “Los cañones dirigidos por Ramírez de Arellano —dice Ruiz— vomitaban torrentes de metralla”.<sup>7</sup> No obstante, el valor de los republicanos les impelió a atacar y por momentos pareció que se alzaban con el triunfo, pero finalmente todo fracasó por la pésima actuación de López Uraga.

“¡Oh!, si Uraga hubiera tenido una fuerza de reserva y personalmente hubiera estado en el campo de batalla como lo hizo Márquez —exclamaba quejumbroso el liberal Ruiz—, en aquel momento Morelia habría caído en su poder”.<sup>8</sup>

Arellano entonces redobló el ataque con más ímpetu al ver que López Uraga ordenaba absurdamente la retirada. Concluye Ruiz:

Márquez no creía en su dicha. Para cerciorarse por sus propios ojos de que los republicanos se retiraban, subió a la azotea de la

---

<sup>7</sup> *Ibidem.*, p. 38.

<sup>8</sup> *Ibidem* p. 42.

casa que le servía de alojamiento. Desde allí, con su antejo divisaba al enemigo que iba alejándose de la ciudad. De repente, una bala surca el rostro y Márquez, chorreando en sangre, cae al suelo sin sentido.<sup>9</sup>

La herida del general Márquez, sin embargo, resultó leve.

La población civil, como siempre, es la que sufre los embates de la guerra: casas destruidas, civiles víctimas del nutrido fuego con un saldo atroz. En las calles habían quedado más de mil cadáveres, la mayor parte de los asaltantes.

En los cuarteles de las tropas imperialistas había alrededor de 700 prisioneros. Ruiz informa:

En la noche fueron fusilados en el mesón de las Ánimas y en el del Socorro algunos oficiales liberales que quedaron en poder del enemigo. Se les dio sepultura en las caballerizas. ¡Qué fatal destino el de Márquez de empañar siempre con sangre el brillo de sus victorias.<sup>10</sup>

Roa Bárcena informa que antes del ataque la población tenía plena confianza en los defensores a pesar del inminente encuentro y sin que por ello “los habitantes manifestaran temor alguno, sino al contrario, pues las calles abundan de gente, el comercio está abierto y los puestos y vendimias como todos los días”.<sup>11</sup> Testigo presencial de los acontecimientos, refiere que se escucharon gritos de ¡Viva la Chinaca! y ¡Mueran los mochos!, y ensalza ampliamente el valor y arrojo de los defensores.

“Dios no concede la victoria –apunta Roa Bárcena– a los enemigos de la sociedad”. Puntualiza que los republicanos perdieron mil prisioneros y que las

---

<sup>9</sup> *Ibidem* p. 43.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 44

<sup>11</sup> José María Roa Bárcena, *A la Revista de los últimos sucesos en México. Diario del Ataque y Defensa de Morelia*, México, 27 de diciembre de 1863, Imprenta de Andrade y Escalante, Tiburcio número 19. Documento conservado en el Centro de Estudios de Historia de México, CARSO, Fondo IX-2, Legado 7, Carpeta 1.

bajas imperiales no fueron importantes, aunque sí muy lamentables por ser oficiales distinguidos del Ejército. Finalmente, reconoce a Márquez de todo valor y serenidad, y “quien aparecía casi simultáneamente en todos los puntos atacados, animando a la tropa con su voz y su ejemplo, pues sostuvo combate personal con algún jefe del enemigo, dejándole muerto”.<sup>12</sup>

El ejército imperial había triunfado al conservar la plaza de Morelia, y desde el cuartel general Márquez le envió un informe circunstanciado al general Francisco Aguiles Bazaine, comandante en jefe del ejército francomexicano. Destacaba el valor, instrucción e inventiva que tanto Arellano como Mariano Reyes, comandante general de ingenieros, habían tenido en el campo de batalla.

Sin contar con recursos materiales, pecuniarios y de herramientas, lograron edificar fortificaciones y parapetos sólidos, y construyeron para su propósito una línea de defensa eficiente y fuerte.

Las acciones emprendidas por Arellano, junto con la audacia, valentía y arrojo del resto de las tropas, lograron que se preservara Morelia para el Imperio; la velocidad con que se movieron las piezas de artillería fueron factores indiscutibles del éxito de los imperiales frente a los republicanos, que acometían con decisión y sangre fría.

“Hasta aquí el arrojo y decisión del enemigo –señala don Leonardo en su informe--. Desde este momento solamente le toca la más vergonzosa fuga y una cruel persecución”.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> *Ibidem*

<sup>13</sup> *Detall de la Defensa de la Plaza de Morelia, del 18 de Diciembre de 1863, que dirige al Exmo. General Bazaine, en jefe del Ejército Franco-Mexicano, el General de División Leonardo Márquez, en jefe de la de su nombre*, Morelia, Imprenta de I. Arango, calle del Veterano número 6, 1863, pp. 3-5, más diez anexos de noticias y relaciones relativos a aquel acontecimiento. De los jefes republicanos mencionados por Márquez y que atacaron Morelia, varios se adhirieron posteriormente al Imperio, entre ellos el general Tomás O’Horán y el propio José López Uruga.

La opinión que tenía Márquez de Arellano siempre la externó ante la superioridad, y en el informe que le envió a Bazaine lo recomendaba porque era “digno comandante” y “honor de su arma”, así como “por la inteligencia y acierto con que hizo jugar a la artillería de toda la plaza, particularmente la de los puntos más comprometidos, por su constancia en acompañarme durante todo el combate y por el arrojo con que cumplió las más graves comisiones que le confié o que las circunstancias exigieron.”<sup>14</sup>

Otro importante testimonio liberal se debe a la pluma del historiador español Pedro Pruneda, quien refiere que los republicanos atacaron Morelia con 10 ó 12 mil hombres y 30 piezas de artillería:

Los imperialistas se resistieron valerosamente —señala—, rechazando los asaltos de los republicanos. Hubo edificios perdidos y vueltos a tomar a la bayoneta; y el general Márquez, que había salido ileso al rechazar con 40 hombres a una columna de ataque que estaba ya dentro de la ciudad, fue luego herido al subir a los terrados de una casa para observar las posiciones de los agresores.

La ocupación de toda aquella comarca, cuyo núcleo es San Luis Potosí, y que por un lado, por Guanajuato y Guadalajara toca al Pacífico, y por Monterrey y Matamoros, a la frontera marítima de Texas, era de la mayor importancia, puesto que hacía a los francomexicanos dueños de los principales puntos estratégicos.<sup>15</sup>

Los sucesos ocurridos en Morelia entre el 17 y 18 de diciembre de 1863 constituyeron una batalla significativa por sus masivos y sangrientos enfrentamientos —tanto en cerros y lomas adyacentes a Morelia como en el interior de la ciudad misma— que se tradujeron en un gran número de bajas para la ofensiva republicana, toda vez que perecieron cerca de ochocientos soldados y cuatro mil más quedaron desorganizados y dispersos y desaparecieron como cuerpo armado. Sin embargo, las menciones que sobre este hecho aparecen en

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 26

<sup>15</sup> Pedro Pruneda, *Historia de la Guerra de México Desde 1861 a 1867*, México, Editorial del Valle de México, 1978, p. 285

las diversas fuentes históricas, tanto republicanas como imperialistas, resultan sorprendentemente escasas y fragmentadas a pesar de su indiscutible trascendencia política como militar.

La victoria implicó que Morelia, considerada siempre una plaza de singular importancia, permaneciera firmemente asida al gobierno imperial durante poco más de tres años; sólo pudo ser ocupada por los republicanos una vez que la evacuó el general Ramón Méndez a principios de 1867, cuando el régimen de Maximiliano se tambaleaba.

Adicionalmente, el triunfo de Márquez en Morelia impidió que los republicanos quedaran prácticamente con las manos libres para caer sobre Toluca y amagar desde allí a la capital, o incluso desprenderse sobre la línea de operaciones que abarcaba Celaya y Querétaro y situarse con ventaja a espaldas de las fuerzas francesas que operaban en el Bajío.

El papel que desempeñó Manuel Ramírez de Arellano en esta cruenta batalla fue importante porque preservó la plaza, toda vez que la artillería por él dirigida y aun servida personalmente en no pocas oportunidades, significó un factor decisivo en el desarrollo y resultado final del encuentro, con lo que ratificó su prestigio en el manejo de la artillería.

### **Intrigas palaciegas y el paseo del señor ministro**

Cuando a mediados del año 1863 el general Leonardo Márquez designó en su División al coronel Manuel Ramírez de Arellano comandante general de artillería como parte de sus preparativos para abrir la campaña en el interior del país, el ministro de la Guerra de la Regencia, don Juan de Dios Peza, albergó la pretensión, como ya se dijo, de imponerle a don Leonardo al teniente coronel Ignacio de la Peza, su propio sobrino, en el puesto en que aquél había nombrado a Manuel, y de hecho al poco tiempo ordenó que así se hiciera sin preocuparse

mayormente del perjuicio que eso ocasionaba a Arellano. Sin embargo, Márquez intervino y logró que se le devolviera el mando. A partir de tal suceso, Arellano se acarreó de irreductible enemigo a Peza.

En la Ciudad de México, del lado poniente de lo que hoy llamamos Plaza de la Constitución, frente al Palacio Nacional, se erigía el Portal de Mercaderes, hoy avenida 16 de Septiembre, hasta la calle de Madero, llamada Plateros en el siglo que nos ocupa. Constituía un lugar de recreación y pasatiempo transitar por ahí, y tomar por la calle de Plateros era el atractivo para la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX:

El paseo duraba de las 11 de la mañana a la una del día, al cual concurría lo más granado de la ciudad entre damas y caballeros.

Este paseo se repetía en las noches –principalmente todos los domingos y días festivos–; la concurrencia era mayor en el día, hasta el punto de verse detenidas las personas no poco tiempo, sin poder dar un paso, a pesar de que se observaba el mayor orden, yéndose por la derecha y volviéndose por la izquierda.

Principalmente en las noches de luna se formaba el vistoso y agradable paseo.<sup>16</sup>

El ministro Peza, con una trayectoria de burócrata versado en cuestiones administrativas más que en asuntos militares, había ingresado al Ministerio de Guerra en mayo de 1831 como cuarto escribiente y se desempeñó en esa dependencia durante varios gobiernos, incluido el de Miramón, aunque en éste por muy pocos días.<sup>17</sup>

En la época que me ocupa servía en la Regencia, y al arribo de Maximiliano éste lo ratificó en la titularidad del Ministerio hasta marzo de 1866, en que fue

---

<sup>16</sup> José María Marroqui, *La Ciudad de México*, México, 2ª edición, facsimilar de la de 1900-1903, 1969, pp. 600-601.

<sup>17</sup> Expediente de Juan de Dios Peza, AHSDN, XI/III/2078, F. 79.

sustituido por el general José María García, en el marco de una reorganización gubernamental.

Peza acostumbraba los paseos en Plateros, en donde era frecuentemente reconocido, y esto le permitía entablar pláticas sobre asuntos de su particular interés con la persona indicada y desde luego sin tanta ceremonia y con la discreción que ofrecía el lugar de esparcimiento. Imaginémos el siguiente diálogo entre Peza y Bruno Aguilar, inspector general de Artillería:

–Sr. Ministro, hable usted con confianza, estoy atento a sus indicaciones respecto al coronel Arellano.

–En efecto, general Aguilar, no olvido el agravio que sufrí por culpa de Arellano. Márquez se ha empeñado en mantenerlo al mando de la artillería a pesar de mis recomendaciones y repetidas sugerencias de que mi sobrino Ignacio es la persona más adecuada para desempeñar el cargo de comandante general de artillería. No he querido insistir más, porque usted ya conoce a Márquez; hay que tratarlo con mucho tacto.

Era clara su profunda antipatía por Arellano, a la que éste correspondía con igual intensidad. Una anotación aparecida en un ejemplar empastado que se encontró entre los papeles de Maximiliano en Palacio Nacional después de la caída de Imperio, pinta a Peza del modo siguiente:

Ha sido empleado subalterno en las oficinas de Guerra hasta el año de 1857 y 58; tiene instrucción, buena inteligencia; pero es de un carácter vengativo. No es adicto a ningún partido y siempre dispuesto a adular al que está en el poder. Ha tenido algunos amigos entre los liberales, que le reprochan su encarnizamiento contra ellos.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> *Libro Secreto de Maximiliano*, publicado con la certificación de C. Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, a cargo de José María Sandoval, 1867, pp. 33-34-

Al parecer, Peza, convencido de que Arellano ejercía una influencia perniciosa en los hombres bajo su mando, solicitó a Bruno Aguilar investigar todo lo concerniente al desempeño del coronel.

Aguilar era sin duda el hombre más a propósito para hostilizar a Arellano un día si y otro también. Militar de escritorio con fama de “mocho” más que de católico, había ganado algún prestigio como autor de cierta obra teórica luego de una temporal permanencia en Europa en años anteriores. Juan de Dios Peza, valiéndose del carácter lioso de su subalterno, pretendía sacar las castañas del fuego con la mano del gato

En consecuencia, Aguilar se abocó prontamente a una investigación sobre la tropa que mandaba Arellano en la División Márquez. En un documento fechado el 7 de diciembre de 1863 –once días antes de la batalla de Morelia– remitido a la regencia del Imperio, aventuraba que “la perniciosa influencia” del coronel, “ejercida en la mayoría de los jefes y oficiales que actualmente tiene a sus órdenes, sea la causa del entorpecimiento que resiente el servicio, modificando las atribuciones de la Inspección de Artillería, autorizando al mismo tiempo a sus subalternos a la desobediencia y complicándoselos en la cooperación de dejar sin efecto las providencias supremas”.<sup>19</sup> De paso informaba de la supuesta deserción del subteniente de artillería José Prieto, primo de Arellano, e implícitamente se le culpaba de esto.

Luego de la victoria de Morelia, en la que Arellano tuvo destacada participación, al mes exacto Aguilar volvía a la carga contra Manuel. Planteó entonces al ministro la destitución de Arellano del puesto que ocupaba con

---

<sup>19</sup> Comunicación del General Bruno Aguilar a la Regencia del Imperio, México 7 de diciembre de 1863, AHSDN, D/III/4-5155, Fs. 90-91.

Márquez –quien a todas luces lo protegía- y que se le sometiera a proceso por malversar fondos de la tropa.<sup>20</sup>

Por su parte, luego de las exitosas defensas de San Luis Potosí y Morelia frente a los republicanos, Márquez recomendó entusiastamente ante Bazaine, comandante del ejército francomexicano, a varios militares destacados, entre ellos a Manuel Ramírez de Arellano, por sus vitales acciones en la defensa de Morelia.

Bazaine solicitó al general Aguilar que de inmediato le proporcionara los datos sobre la trayectoria de todos ellos.

No desaprovechó la oportunidad y a la brevedad Aguilar envió sus puntuales “observaciones” sobre Ramírez de Arellano:

Ha incurrido en graves faltas en el servicio, faltando a la subordinación y dando mal ejemplo a los subordinados [...] En cuanto al manejo de los intereses de la tropa es muy reprehensible, pues lo ha malversado, lo mismo que los fondos de la nación, de lo que ya ha dado cuenta en el informe que remitió a la Secretaría, por lo que ha pedido de nuevo que el expresado jefe sea separado del mando de la artillería de la División Márquez y sometido a juicio para que responda a los cargos que le resultan del informe que se menciona y que pueden considerarse como cabeza de proceso.<sup>21</sup>

Agrega el documento –pretendiendo ser objetivo– “que el señor Arellano ha hecho su carrera en el cuerpo de Artillería, y el empleo de coronel que obtiene es por despacho legal”.<sup>22</sup>

---

<sup>20</sup> Informe del General Inspector de Artillería a la Regencia del Imperio sobre la revista de inspección pasada a la artillería de la División Márquez, México 19 de enero de 1864, AHSDN D/III/4-5155, Fs. 106-120.

<sup>21</sup> Informes sobre los servicios del señor Coronel de Artillería Arellano y de otros jefes y oficiales de infantería y caballería de las Divisiones Márquez y Mejía; Petición de informe de Juan de Dios Peza a Bruno Aguilar sobre Arellano; Informe de Aguilar a Peza sobre este asunto; Informe completo a Bazaine sobre el mismo caso, México, 6, 9, y 10 de mayo de 1864, AHSDN

<sup>22</sup> *Ibidem*

Como parte de aquella inusitada guerra personal se pretendió utilizar contra Arellano la declaración del teniente de artillería Dionisio Pérez de León, que desertó en enero de 1864 de la División Márquez. Según declaró, el Coronel Arellano y el Capitán Camilo Martínez, jefe de la Batería, lo habían maltratado y reprendido severamente sólo por decir que la tropa estaba en la miseria. Después de muchas declaraciones contradictorias, ningún documento revela que las acusaciones contra Manuel se hayan visto coronadas por el éxito. No obstante, las intrigas en su contra inspiradas por Bruno Aguilar y Peza continuaron.

Márquez, mientras tanto, comunicaba a Arellano que por sus méritos en campaña había sido designado Caballero de la Orden Imperial de la Legión de Honor, distinción conferida por decreto del 2 de julio de 1864, oficializada en México a través de un documento fechado en París el 23 del mismo mes.<sup>23</sup>

Profundamente satisfecho, dos días después Arellano se dirigió al Ministerio para solicitar que don Bernardo de Miramón, padre de su fraternal amigo Miguel, recibiera en su nombre tal distinción; nadie mejor que él para firmar y guardar el diploma en su ausencia.<sup>24</sup>

Márquez refiere que él solicitó para Arellano la Cruz de la Legión de Honor y que él mismo la colocó en el pecho de Manuel en la plaza de Armas de Morelia, “en presencia de las tropas y dando al acto mayor solemnidad”.<sup>25</sup>

Así, don Bernardo recibiría el diploma en México en ausencia de Arellano y Márquez colocaría en su pecho la presea. A pesar de la ratificación de su prestigio como experto y competente artillero, la campaña emprendida en su contra

---

<sup>23</sup> AHSDN D/III/4-5155, f. 161. El original de este documento se halla en francés en el expediente de Arellano.

<sup>24</sup> Comunicación del coronel Manuel Ramírez de Arellano, comandante general de artillería de la División Márquez, a la Subsecretaría de Estado y de despacho de Guerra y Marina, Morelia 5 de septiembre de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, F. 105.

<sup>25</sup> Márquez, *Refutación, Op. Cit.*, p.89.

persistió ininterrumpidamente de parte de Peza y Aguilar. Incluso con mayor inquina.

El 29 de julio de 1864, Arellano realizó un viaje a la Ciudad de México, procedente de Morelia, que derivó en arresto domiciliario por disposición del general Bruno Aguilar. Al preguntar Manuel el motivo, el oficial ejecutor respondió muy directamente que no había reportado a la Inspección General de Artillería, como tampoco había enviado los partes y documentos correspondientes a la campaña de Morelia.<sup>26</sup>

La respuesta de Arellano no se hizo esperar y contestó a Aguilar de su puño y letra, de manera seca y sin formalismos.

No es de mi deber presentarme a Vuestra Señoría como ha creído equivocadamente. No me parece por demás decir a V.S. que en cumplimiento de mi deber me presenté, luego que llegué a esta capital, a dicho Excelentísimo señor General en Jefe (Bazaine), así como al señor General De Courtois, de quien dependo directamente, lo mismo que la artillería de mi mando.

Y añadía:

Considerando que si dejaba de participar inadvertida la comunicación de V.S. más tarde se pretendería manchar mi hoja de servicios con una nota poco honrosa, he dado parte al E.S. General Bazaine, y su Excelencia ha tenido a bien resolver que por conducto del E.S. General De Courtois se hará comprender a V.S. que tanto el cuerpo de mi mando como yo mismo dependemos exclusivamente de S.E.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> Comunicación del General Bruno Aguilar, Inspector General de Artillería, a Juan de Dios Peza, Ministro de la Guerra, y contestación de enterado de éste, México 1° y 2° de agosto de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, Fs. 100-101.

<sup>27</sup> Comunicación del Coronel Manuel Ramírez de Arellano al General Bruno Aguilar, México 3 de Agosto de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, F. 140. El jefe francés al que se refiere Arellano aparte de Bazaine, es el General Courtois D'Hurbal, comandante supremo de la artillería del Ejército Francomexicano

Arellano avizoraba que se intentaría enlodar su carrera militar a través de cualquier maniobra que para eso sirviera, y por lo mismo lo hacía constar explícitamente. Más adelante se comprobará que, en efecto, la pretensión de manchar su hoja de servicios fue una constante.

Furioso por la respuesta y las maneras de Arellano, ciertamente poco diplomáticas, Aguilar se dirigió al ministro Peza, que era en realidad quien había comenzado la campaña de hostilidad contra el coronel, para expresarle su irritación:

El proceder de Arellano es un acto de desobediencia, como al mismo tiempo de absoluta ignorancia de las obligaciones y demás formalidades del servicio que la ordenanza impone a los jefes de su clase. Desconocer la autoridad de la Inspección de Artillería implica un desprecio a las leyes y un insulto a la suprema autoridad de la Nación. Arellano es ejemplo vivo de insubordinación, desobediencia, mal ejemplo e ineptitud, por lo que se ha hecho acreedor a un severo castigo; será separado de su cargo y sometido a juicio.

Concluía Aguilar, de forma grandielocuente e intencionalmente efectista, que todas sus disposiciones en la Inspección “han quedado burladas por este jefe que se ha abrogado (sic, lo correcto es arrogado), el privilegio de menospreciar cuanto tiene relación con el servicio, no bastando ya la propia autoridad de esta Inspección para contener los escandalosos desmanes del mencionado jefe”. Finalizó su expresión de enojo usando un tono pausado pero enfático: “Suplico a V.S. se sirva elevar al conocimiento de Su Majestad Imperial cuanto he manifestado, con el objeto de someter a su alta consideración las proposiciones de esta Inspección”.<sup>28</sup>

El Ministro Peza se frotaría las manos seguramente. El asunto Arellano ya tenía un año durante el cual había estado tratando de hacerle la vida imposible sin

---

<sup>28</sup> Comunicación del General Bruno Aguilar, Inspector General de Artillería, a Juan de Dios Peza, ministro de la Guerra, México, 6 de agosto de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, F. 138.

concretarse, pero ahora presentía que podía proceder en su contra con mayor efectividad.

En medio de estos asuntos domésticos que sólo consumían tiempo, recursos y esfuerzos que más bien se requerían para coadyuvar a la consolidación del Imperio, Bazaine, al parecer para evitar nuevos conflictos y precisar puntos, dispuso que el general de División Courtois D'Hurbal, comandante en jefe de la artillería francomexicana, supervisara las tareas de Bruno Aguilar; y en cuanto a Arellano, convenía en que "ha faltado de respeto al general Aguilar, rechazando de mantener con él relaciones de servicio y de hacerle una visita durante su permanencia en México".<sup>29</sup> De paso, para no desautorizar a un superior jerárquico de Arellano como era el general Aguilar, se mostró acorde al castigo de cuatro días de arresto domiciliario que éste había impuesto a aquél.

La embestida en contra de Arellano continuó: ahora le solicitaban documentos explícitos de la campaña en Morelia en lo referente a la descripción de la artillería. A partir de este momento se cruzaron órdenes y contraórdenes, una maraña de cartas, comunicaciones e instrucciones que resultaron sumamente desgastantes para la causa del Imperio que, por lo demás y como es bien sabido, nunca pudo ordenarse militarmente ni mucho menos organizar de una manera adecuada un ejército nacional que sostuviera al Emperador cuando los franceses se retirasen.

Ante el cúmulo de exigencias absurdas de Aguilar, Arellano se vio en la necesidad de puntualizar lo siguiente:

Que él no se había entendido con Aguilar por habérselo prevenido así el propio Bazaine en fechas posteriores a las órdenes de la Regencia, como también que no había cumplido la disposición del gobierno imperial del 8 de octubre último

---

<sup>29</sup> Comunicación del General Francisco Aquiles Bazaine a Juan de Dios Peza, Mexico 2 de septiembre de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, F. 142 y vuelta.

por haberla recibido camino a Colima y tener que regresar a Morelia, donde quedaron los archivos con todos los datos relativos al personal y al material de artillería.

Que era indispensable que se fijaran a Aguilar los límites precisos de sus atribuciones y a Arellano las obligaciones que tuviera que cumplir, pues habían cambiado unas y otras a partir del decreto de la Regencia de 25 de septiembre de 1863, y con la resolución suprema que quitó a los inspectores toda intervención en la contabilidad y la administración de los cuerpos. Y que Aguilar a pesar de la ley y las disposiciones supremas, había pedido a esta comandancia los documentos que era imposible remitirle y que en consecuencia había cursado partes desprestigiantes sobre Arellano al Emperador.

Por último, consignaba que para poner un límite a los procedimientos de Aguilar y que para que éstos no resultaran trascendentales al servicio, era indispensable que Maximiliano –en la Ciudad de México desde el 12 de junio de 1864- fijara los documentos que tenía derecho a exigir Aguilar, los cuales, “en el humilde juicio del que suscribe”, no podían ser otros que una relación de existencias de artillería, armas y municiones, así como un estado de fuerza.<sup>30</sup>

Recibida esta larga misiva por Márquez, éste la remitió a Juan de Dios Peza, Ministro de la Guerra, para que a su vez, la elevara a conocimiento del Emperador.<sup>31</sup>

En el mismo orden de sucesos, la continua pugna entre Aguilar y Arellano terminó inexorablemente debilitando al primero, tanto más cuanto que el Inspector General de Artillería no fue capaz de someter a Manuel a pesar del puesto que ocupaba y de su mayor jerarquía militar. Tampoco pudo exhibir pruebas ni

---

<sup>30</sup> Carta del Coronel Manuel Ramírez de Arellano al General Leonardo Márquez, Colima, 28 de noviembre de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, Fs. 146-148

<sup>31</sup> Comunicación del General Leonardo Márquez a Juan de Dios Peza, Cuartel General en Colima, 1° de diciembre de 1864, AHSDN, D/III/4-5155, F. 149.

argumentos contundentes contra Arellano, aunque el principal enemigo de Manuel era, sin duda, don Juan de Dios Peza –el Ministro–.

A principios de 1865 se registraron cambios administrativos y el general Bruno Aguilar fue sustituido en su puesto por el coronel Juan Zamora como director en la antigua Inspección de Artillería. La División Márquez dejó de operar, pues su jefe, don Leonardo, fue enviado a mediados de diciembre de 1864 a Constantinopla por el Emperador Maximiliano para que no constituyera un obstáculo en la política de reconciliación que el Soberano pretendía instrumentar entre liberales y conservadores, misma que fracasó rotundamente, ya que ni atrajo realmente a los primeros y terminó enemistándose con los segundos que, sin embargo, se apretaron en derredor del monarca cuando su gobierno se tambaleó peligrosamente a principios de 1867.

En cuanto a las deficiencias que le achacaban a Manuel por el mal estado de la artillería en Morelia, quedó perfectamente demostrado y comprobado que no existían máquinas-herramienta necesarias para las reparaciones requeridas, ni dinero para repararlas. En todo caso cabe preguntarse cómo fue posible que con tan precario equipo se obtuviese la victoria en la defensa de Morelia. Terminado el pleito con Aguilar no se le fincó a Arellano responsabilidad alguna por supuestos faltantes de material que obviamente implicarían malos manejos de su parte; nada en absoluto.

Bajo el Segundo Imperio se perfilaron cambios de vida y de costumbres en la sociedad de la metrópoli. El Emperador Fernando Maximiliano de Habsburgo era un hombre metódico; se acostaba puntualmente a las 8:00 p.m. y se levantaba a las 4:00 de la mañana, hora en que empezaba a despachar la correspondencia y a realizar el acuerdo con su secretario, José Luis Blasio, hasta las 7 de la mañana. Luego efectuaba un paseo de dos horas a caballo y almorzaba a las 9:30 a.m. Posteriormente se dirigía en su carruaje a Palacio Nacional y daba audiencia dos veces por semana, realizaba obras de beneficencia y ordenaba entregar cincuenta

pesos a familias de escasos recursos. Su trato era agradable, de modales refinados y cordiales, siempre salpicado de buen humor e ironía; le disgustaban las fiestas y los bailes, a los que asistía por obligación.

Pero en definitiva, Fernando Maximiliano le hizo más daño a la causa conservadora e imperial que todos los esfuerzos de los republicanos juntos, tanto en el campo de la guerra como en el de la política interna y en el de la diplomacia internacional que instrumentó.

No supo cohesionar ni liderar al ejército interventor francés, no planteó las bases de la consolidación y fusión con el ejército mexicano para formar desde su inicio un solo ejército nacional, ni tampoco supo contener las ambiciones y las intrigas de los jefes militares franceses. Es más, de hecho nunca pudo ubicarse como comandante supremo, y su obstáculo fue siempre el General (luego Mariscal) Francisco Aquiles Bazaine, de censurable conducta.

En el ámbito internacional no convenció a su patrocinador, Napoleón III, ni logró el beneplácito norteamericano tal como era su pretensión. Careció de habilidad cayendo en un mundo de ideas encontradas y contradictorias, y retiró en misión al extranjero a los dos líderes militares más importantes que tenían un alto grado de credibilidad en la sociedad conservadora: Miguel Miramón y Leonardo Márquez. Ambos regresarían al finalizar 1866, al iniciarse el derrumbe del Imperio.

Por otra parte, la percepción popular de la corte era más o menos así:

- Oye tú ¿viste al Emperador qué alto es y qué bonito anda?
- ¿Y tú le viste la barba que parece hecha de rayos de sol?
- No tanto
- Fíjate: si parece que lleva un Nimbo como nuestro...
- ¡Y qué ojos tan dulces y tan azules y tan expresivos!
- Con razón, si mira como no he visto mirar a nadie
- No sea usted tonta, chula —interrumpió una vieja desdentada—: mira como Emperador
- ¿Y ella?

- ¿Quién? ¿la Emperatriz? No me gusta.
- Mira a todos como protegiéndolos
- Y siempre la verás con la cabeza erguida y con gesto como de mal humor.
- Oye, tú, ¿y si Maximiliano enviudara?
- Se casaría con una mexicana.
- No lo creas: buscaría una princesa de las más encopetadas de Europa.<sup>32</sup>

En esta atmósfera descrita, con fecha primero de junio de 1865 el coronel Manuel Ramírez de Arellano quedó cesante del mando de la artillería de la antigua División Márquez, puesto que don Leonardo había sido comisionado por el Emperador a Turquía y los efectivos a sus órdenes fueron disueltos o incorporados a otras unidades. En consecuencia, Arellano quedó en disponibilidad en el Depósito de Jefes y Oficiales. No sólo no se le encomendó un nuevo destino, sino incluso se le suspendió indebidamente el sueldo a partir de ese día. Todo como resultado inmediato del problema con Bruno Aguilar y la enemistad con el Ministro Peza.

Para contar con un respaldo escrito que luego necesitaría para reclamar sus derechos, Arellano –ahora estacionado en la Ciudad de México– solicitó al ministro Peza el envío de los documentos oficiales que formalmente lo separaban del mando y lo colocaban en disponibilidad. Desde luego por largo tiempo el ministro hizo caso omiso de la petición y Arellano quedó en delicada situación castrense, lo que favoreció la hostilidad del ministro Peza. Para colmo, un conflictivo asunto concerniente a su vida privada iba a empeorar su situación personal.

Recordemos que Manuel Ramírez de Arellano y Miguel Miramón entablaron casi desde niños una amistad fraternal, y tal sentimiento se extendió entre sus respectivas familias. Así, Manuel trató a todos los hermanos y hermanas de Miguel, muy en especial a Guadalupe, con la que se veía ligado sentimentalmente a pesar de ser una mujer casada, situación que acarrearía un tremendo escándalo social.

---

<sup>32</sup> Juan de Dios Peza, “La comitiva Imperial”, en *Historia de la Ciudad de México*, de Fernando Benítez, Tomo 6, p. 43. Este Juan de Dios Peza, renombrado poeta, era hijo del Ministro de igual nombre.

Al referirse a la familia de su esposo, doña Concepción Lombardo de Miramón anotó que:

Era muy numerosa; sus padres, tres hermanos varones: Joaquín, coronel de caballería; Carlos, coronel de infantería, y Mariano, teniente coronel de la misma arma.

Sus hermanas eran seis –prosigue Concha-, pero yo con quien estuve más ligada fue con Carmen, esposa del general don Manuel Andrade, y con Paz, la menor de ellas, que estaba sin casar. Luz, la mayor de todas las hermanas, estaba casada con don José de la Luz Moreno, hombre de ideas avanzadas, sin ningún principio de religión y enemigo político de mi marido. Sin embargo, Luz a quien mi esposo amaba tiernamente y a quien llamaba ‘mamá chiquita’, venía una vez por semana a comer con nosotros a Chapultepec, pero nunca mentaba a su marido.

A las otras hermanas poco las veíamos pues habiendo hecho malos matrimonios estábamos en frío con ellas.<sup>33</sup>

Y luego de ofrecer algunos pormenores sobre don Bernardo, su suegro, Concha concluye así su perfil:

Amaba en extremo a su familia y su cariño rayaba en debilidad, así fue que siendo casi todas sus hijas bastante bonitas se enamoraron y casaron con hombres que no hicieron su felicidad, y su padre no tuvo autoridad para evitar esas uniones.<sup>34</sup>

Pues bien, al parecer uno de esos “malos matrimonios” fue el de Guadalupe Miramón con Manuel García García, y en determinado momento Guadalupe y Arellano, el amigo soltero de su hermano Miguel, terminaron ligados sentimentalmente; el amor prosperó en las sombras de la clandestinidad hasta que fue descubierto por el marido y ambos fueron formalmente acusados de adulterio en los primeros días de julio de 1865.

---

<sup>33</sup> Concepción Lombardo de Miramón, *Memorias*, pp. 215-216.

<sup>34</sup> *Ibidem*

El juez cuarto de lo criminal, don Agustín Fernández, giró las correspondientes órdenes de aprehensión contra Guadalupe y Manuel, pero éstos no pudieron ser prontamente ubicados; solicitó entonces Fernández el auxilio del mayor enemigo de Arellano, es decir don Juan de Dios Peza, el flamante Ministro de la Guerra, quien recibió la siguiente comunicación:

Juzgado 4° del Ramo Criminal, México

México, julio 3 de 1865

Excelentísimo Señor:

Acusados en este de mi cargo el señor coronel don Manuel Ramírez de Arellano y doña Guadalupe Miramón por el delito de adulterio, se libraron por el que suscribe las correspondientes comunicaciones a la Prefectura para proceder a la aprehensión de dichos señores, más como hasta ahora han sido infructuosas las pesquisas que la policía ha hecho, suplico a Vuestra Excelencia se sirva librar sus respectivas órdenes como conducto más seguro y más propio al efecto, a fin de que sea aprehendido dicho señor coronel Ramírez de Arellano y puesto a mi disposición en el cuartel general de policía...

Dios guarde a V.E. muchos años  
El juez 4° de lo criminal  
Agustín Fernández<sup>35</sup>

Inesperadamente favorecido por la fortuna, el ministro Peza, ni tardo ni perezoso, ordenó la localización y aprehensión de Arellano y la inmediata participación al juez tan pronto tuviera ésta verificativo, lo que ocurrió cuatro días después de la petición de Fernández.

No obstante, Arellano permaneció poco tiempo en esa situación. Ningún documento revela o sugiere que Guadalupe haya sido también detenida, pues según un informe del juzgador fechado en diciembre de 1865, Manuel García, el marido ofendido, prontamente se desistió de la acusación y el Coronel fue puesto

---

<sup>35</sup> Comunicación del juez 4° de lo Criminal, Agustín Fernández, a Juan de Dios Peza, Ministro de la Guerra, México, 3 de julio de 1865, AHSDN, XI/III/4-5155, Fs. 271-272.

en libertad, además de que el sumario pendiente se sobreseyó en la causa que se remitió al Supremo Tribunal.

Cabe suponer aquí que es muy probable que se haya realizado un cónclave familiar para discutir el complejo asunto del adulterio y que, de alguna manera, Manuel García, esposo de Guadalupe, haya sido convencido o se haya visto forzado al desistimiento del cargo, pues de otra manera no se explica su actitud de paralizar súbitamente la acción que inició en el juzgado.

Lo que sí resulta importante asentar es que la relación de Arellano con los Miramón no se vio afectada en modo alguno, pues tanto Joaquín, el mayor, como Carlos y desde luego Miguel –en ese tiempo con un disimulado destierro en Europa– continuaron dispensándole su invariable y antigua amistad (Mariano, el menor de los Miramón, ya había muerto desde 1861). Más tarde Arellano escribiría una elogiosa biografía de Joaquín –fusilado por los juaristas en 1867– y combatiría codo con codo con Carlos y Miguel en Querétaro. El primero escribiría juicios laudatorios sobre Manuel en sus *Memorias*, en tanto que el segundo le escribiría en términos muy afectuosos una de sus últimas cartas poco antes de su ejecución en el Cerro de las Campanas.

En otras palabras, a pesar que se hizo público el episodio sentimental entre Guadalupe y Manuel, y que los Miramón hubieran preferido de hecho verla ligada con Arellano antes que con Manuel García, el esposo agraviado y acusador, es muy probable imaginar, dadas las características de la sociedad del siglo diecinueve, que Guadalupe cargó con la culpa moral y el señalamiento de su falta, pero también es de presumir que en el interior de la familia, aunque no la justificaron, sí la comprendieron, sobre todo por la forma en que se refiere Concha Lombardo en sus *Memorias* a la unión de Guadalupe con Manuel García como un “mal matrimonio”.

Guadalupe Miramón fue hermana de tres militares, quienes en estos asuntos y en otras circunstancias hubieran considerado ultrajado el honor de la familia y llegado incluso a retar a duelo a Arellano por la ofensa. Sin embargo, lejos de tal situación, la amistad de Arellano con la familia Miramón continuó tan fraternalmente como hasta antes del incidente.

### **La ilustración, instrumento del cambio nacional**

En un ámbito muy distinto, Arellano, militar de vasta ilustración en un gran número de disciplinas, dejó de lado transitoriamente tanto sus conflictos oficiales con el ministro Peza como sus problemas personales, y el 25 y 26 de septiembre de 1865 se dio tiempo de elevar al Emperador Maximiliano y al Ministerio de Instrucción Pública dos interesantes propuestas, una de carácter militar y otra de naturaleza civil, en igual número de documentos. En la primera resaltaba la conveniencia de traducir e imprimir diversas obras sobre el arte de la guerra para el Ejército y la Escuela Militar que por ese tiempo se proyectaba, y en la segunda destacaba la necesidad de realizar idéntica tarea con libros culturales adecuados para la instrucción escolar en niveles de primaria, secundaria y profesional.

En cuanto al primer documento, el coronel Arellano decía que, tras medio siglo de contiendas, el Ejército Mexicano demandaba con urgencia “una reforma radical y profunda” ahora que “fracasaron ya las tempestades revolucionarias” y que el Emperador estaba dedicado a la regeneración del país. “La ilustración y los adelantamientos de los ejércitos –escribía– son el mejor termómetro de la cultura y la ilustración de los pueblos”. Y en tal sentido añadió estas líneas en referencia del Ejército Mexicano: “Siempre careció de los elementos que proporcionan una sólida y verdadera instrucción”. Recordó el artillero que en la época colonial no se admitía

en la milicia a los mexicanos sino en los grados inferiores, lo que representaba una garantía para la metrópoli en cuanto a la conservación de los territorios.

Para Arellano la nueva clase militar mexicana “tenía indisputables derechos a la consideración pública”, pero que naturalmente carecía “de los talentos y de la instrucción” que debían caracterizar a quienes llegan a ocupar altos puestos en la jerarquía castrense:

Cuando en un país llega a verificarse el espantoso fenómeno de que las más vergonzosas defecciones sean un medio para adelantar en la carrera militar –observó Manuel con atingencia– la instrucción, el estudio y el talento se nulifican de la manera más absoluta.

Si el honor militar puede ser relegado al olvido, siempre es más cómoda la violación del deber hecha en un día, que veinte o más años de estudio y de vigilias para formar una mediana reputación.<sup>36</sup>

Otros factores adversos que habían impedido elevar la educación militar, habían sido la inestabilidad política y la ruina del erario público, además de la ausencia “*de los tratados peculiares a las armas especiales y teniendo apenas los reglamentos tácticos y las ordenanzas; le faltó hasta un tratado general del Arte de la Guerra*”.<sup>37</sup> Tal era a los ojos de Arellano “la verdadera explicación de esa ignorancia”, con sus “honrosas excepciones”. Advertía que los autores franceses escaseaban en las librerías, y que aun en el caso de que los oficiales conocieran a la perfección los idiomas francés y castellano, los tratados estaban escritos con tales tecnicismos que esto exigía “un dilatado estudio, un conocimiento perfecto de la equivalencia de las voces en ambos idiomas y la posesión de una escogida y numerosa librería”, es decir una surtida biblioteca.

---

<sup>36</sup> *Exposición y Proyecto que Para la Traducción e Impresión de Todas las Obras de Arte de la Guerra que Necesitan el Ejército Mexicano y la Escuela Militar, Presenta a Su Majestad Imperial el Coronel de Artillería Manuel Ramírez de Arellano*, México, Septiembre de 1865, AHSDN, XI/III/4-5155, Fs. 346-360.

<sup>37</sup> *Ibidem.* (Cursivas en el original).

La carencia adecuada de obras militares causaba, pues grandes males: “Recorriendo la jerarquía militar se principiaba porque el general no tiene un tratado de arte de la guerra donde poder inspirarse y desarrollar su genio a la vez que descargar su conciencia de enormes responsabilidades, y se termina porque el soldado, cuya principal misión es la de hacer fuego, sabe todo menos tirar”.<sup>38</sup>

Anotó Arellano que secundaba el llamamiento de Maximiliano para la regeneración de México y que por eso acudía “con mi grano de arena”, para coadyuvar en la reforma del Ejército Mexicano.

Refería al Emperador que en vista de todo lo anterior “di manos a la ejecución del penoso trabajo de verter al castellano los textos de la ciencia militar que más urgente se necesitan para generalizar la instrucción”. Y puntualizaba sin falsas modestias, “tal vez ningún otro individuo del Ejército podrá actualmente presentar a Vuestra Majestad Imperial trabajos semejantes a los que tengo concluidos. *Nunca se había traducido en México un tratado general de Artillería*”.<sup>39</sup>

Asombraba al coronel “que en pleno siglo XIX” se registraran deficiencias que podían resumirse de la siguiente manera:

Que se careciera de autores del arte de la guerra escritos en español; que el soldado no fuese instruido en teoría y práctica de tiro; que la juventud militar careciera de los textos especiales para su educación; que los oficiales superiores e inferiores no poseyeran un tratado de arte de la guerra; que los oficiales de Artillería careciesen hasta de un solo tratado general del arma y que los oficiales de los cuerpos especiales careciesen de las ayudas de memoria respectivas para la práctica de sus deberes. Eso ocasionaba “que ni el más aventajado oficial del

---

<sup>38</sup> *Loc. Cit.*

<sup>39</sup> *Op. Cit.* Cursivas en el original.

primer ejercito del mundo podrá nunca llenar sus obligaciones sin el auxilio de estas obras, que son como el complemento de las facultades intelectuales”.<sup>40</sup>

Manuel enfatizaba luego que como Maximiliano acababa de decretar la creación de la Escuela Militar, “mis trabajos serán de inmensa utilidad para la juventud que se dedique a la carrera de las armas”. A renglón seguido insistía en que también habría ahorros. “A las grandes economías que obtenga el erario nacional desde el momento en que no se vea obligado a pagar los precios elevados que tienen los libros en francés”. Realzaba la necesidad de las traducciones por la parte técnica que en francés ofrecía graves dificultades: “La instrucción militar, para ser válida y cabal, necesitaba como las demás ser adquirida en el idioma patrio”.<sup>41</sup> Después, el artillero se permitía esta larga y aguda observación plena de lucidez:

En consecuencia, la pronta ejecución del proyecto que tengo la honra de someter a la aprobación de V.M.I. influirá de un modo decisivo en la ilustración de Ejército Mexicano, *que está llamado por la naturaleza de las cosas a ser el más firme apoyo del trono y el centinela avanzado de la Independencia Nacional.*

*En la humilde opinión del que suscribe, el auxilio de una intervención y de las armas extranjeras, por mucho que se prolongue en un país cualquiera, no puede ser sino transitorio. Bajo este punto de vista la inmediata ejecución de mi proyecto es una necesidad nacional que no cede en importancia a la solución del problema hacendario. La perfecta organización del Ejército Mexicano y la creación de la hacienda pública son, a no dudarlo, las únicas bases que tienen toda la solidez necesaria para sostener al Imperio contra las eventualidades del porvenir.*<sup>42</sup>

Finalmente, Arellano proponía al gobierno imperial la traducción (ya terminada por él en unos casos y en marcha otros) de siete obras que consideraba de gran utilidad, entre las que destacaban:

---

<sup>40</sup> *Loc. Cit.*

<sup>41</sup> *Op. Cit.* Cursivas en el original.

<sup>42</sup> *Loc. Cit.* Las cursivas me pertenecen.

*Compendio del Arte de la Guerra*, por el general Jomini (suizo).

*Operaciones del Arte de la Guerra*, por el mayor Decker (prusiano).

*Instrucción teórica y Práctica de Artillería*, por el teniente coronel M. Thiroux, (francés).<sup>43</sup>

Y sentenciaba: “solamente inundando de libros militares en castellano al Ejército, dejará de estar en los grados más bajos de la escala de la ilustración moderna”.<sup>44</sup>

Maximiliano turnó el documento de Arellano al coronel de ingenieros José María Márquez y al teniente coronel de la misma arma Ignacio de Paula Durán, ambos adscritos al Ministerio de Guerra a cargo de Peza, quienes no tardaron mucho en descalificar el proyecto del artillero. Los revisores del trabajo objetaron y rechazaron todo, lo que sin duda fue grato a los ojos del ministro Peza. Por supuesto, Peza no discutió el informe de los revisores ni mucho menos solicitó mayores explicaciones.

Márquez y Durán decretaron lapidariamente y sin dudar que “desde luego se revela que el proyecto se reduce a una verdadera especulación comercial”. Terminaron sus observaciones emitiendo juicios de valor sobre la persona del coronel Arellano –lo cual nada tenía que ver con el dictamen para el que ambos habían sido requeridos– y criticándolo severamente... ¡por no regalarle al gobierno el fruto de su trabajo! “Se hubiesen ofrecido los manuscritos graciosamente a Su Majestad”.<sup>45</sup>

Por cuanto corresponde al segundo documento –éste de corte civil-, dirigido por Arellano al Ministerio de Instrucción Pública y Cultos (cuyo titular era el

---

<sup>43</sup> De los autores recomendados por el coronel Arellano, el más destacado era el general Antoine Henri, Baron de Jomini, un general suizo (1779-1869) que en 1804 atrajo la atención de Napoleón por sus notables obras de ciencia militar.

<sup>44</sup> *Exposición...*

<sup>45</sup> Comunicación del coronel de ingenieros José María Márquez a Juan de Dios Peza, Ministro de la Guerra, México, 9 de octubre de 1865, AHSDN, XI/III/4-5155, Fs. 208-310.

conocido liberal Manuel Siliceo) el 26 de septiembre de 1865 y al que ya se hizo referencia, consistía en un proyecto para la traducción de todas las obras necesarias para la instrucción pública. Advertía de “la carencia de textos castellanos puestos a la altura de los conocimientos actuales”, y señalaba que las luchas intestinas de medio siglo habían impedido el desarrollo de la ecuación; en Europa, en cambio, era notable el avance de la ciencia, la técnica y la cultura humanística.<sup>46</sup> En particular, Manuel elogiaba a Francia como el país más destacado: “Esa gran nación, colocada en primera fila entre los pueblos más ilustrados, que tiene el orgullo de haber escrito mucho y bien sobre todos los ramos del saber humano”.

El coronel pretendía algo similar para México, y argumentaba que importar libros extranjeros resultaba muy caro y los precios de venta se elevaban; pero con la traducción e impresión de los mismos en castellano se reportarían enormes ventajas para el educando.

En el documento que proponía, Manuel “se compromete a ser el traductor y editor de todas las obras” que considere el Ministerio; todas las traducciones relativas a una misma ciencia serían examinadas por una comisión nombrada ad hoc por el gobierno imperial para cada especialidad a fin de que, previa aprobación oficial, se procediese a la impresión; el gobierno compraría al editor y traductor, “por una sola vez y a precios equitativos que se fijarán para cada obra entre el Ministerio y el traductor”. Solicitaba la adquisición por el gobierno imperial de tres mil ejemplares de cada obra trabajada.

Este documento fue turnado a Mariano Bejarano, jefe de la Sección Primera de Ministerio citado, quien opinó cuatro días después que los argumentos de Arellano en cuanto a traducciones, costos y planteamiento en general eran

---

<sup>46</sup> *Proyecto Para Traducir del Francés al Castellano las Obras que se Necesitan Para la Educación Primaria, Para la Secundaria y Para la Profesional, en Todas las Carreras Civiles, que Presenta a la Aprobación del Gobierno Imperial el Coronel de Artillería Manuel Ramírez de Arellano, Conforme a las Siguietes Bases, México, 26 de Septiembre de 1865, AHSDN, XI/111/4-5155, F. 369*

contraproducentes, y le criticaba por pretender que el gobierno le comprase “por lo menos” tres mil ejemplares de cada libro traducido, ya que cada año hay cambios y quedarían inútiles.<sup>47</sup>

Concluía así el dictaminador del proyecto:

Por lo que hace a la economía, muchos años habrán de transcurrir todavía para que los libros impresos en México puedan conseguirse a menos precio que los impresos en Francia o Bélgica, y más si se atiende que viniendo para el gobierno deben venir libres de derechos aduanales.

Por todo lo expuesto, la sección opina que no es de aceptarse la propuesta del señor coronel D. Manuel R. de Arellano, salvo el muy ilustrado dictamen de Vuestra Excelencia.<sup>48</sup>

Naturalmente hombre ilustrado, Arellano deseaba elevar –independientemente de intereses económicos, en este caso muy legítimos– la cultura y educación del pueblo. Esto confirma que de ninguna manera era un retrógado y, por el contrario, su visión era de progreso, aunque se haya ubicado siempre en las filas del conservadurismo.

De ese modo, en el lapso de pocos días, Arellano vio rechazados sus dos proyectos, uno de los cuales por lo menos –el referente a la cuestión militar– resultó indudablemente entorpecido, cuando no bloqueado, por la poderosa e influyente presencia del ministro Peza, con quien Manuel estaba a punto de enfrentarse directamente; su ánimo quedó hundido en un desaliento y una frustración totales.

---

<sup>47</sup> *Informe de la Sección Primera del Ministerio de Instrucción Pública y de Cultos al Ministro Manuel Siliceo*, México, 30 de septiembre de 1865, AHSDN, XI/111/4-5155, Fs. 372-373.

<sup>48</sup> *Ibidem*

## CAPÍTULO 5

### LUCHAR POR LA JUSTICIA, DEFENDER LA HONRA

*Pronunció un alegato, escrito por él,  
que es un verdadero modelo de oratoria.  
Los abogados que asistieron a los debates  
quedaron asombrados de ver que entre los  
militares había hombres de tanta condición y  
tan ilustrados como Arellano.*

Joaquín María Alcalde

#### **Un resquicio para enfrentar al poderoso**

Con motivo de un decreto-ley expedido por el Emperador Maximiliano el 12 de octubre de 1865, en el que se fincaba responsabilidad ministerial por delitos comunes y oficiales (artículo primero) a los miembros del gabinete que incurrieran en abuso de poder, lenidad, ejecución de órdenes contrarias a la ley o a las acordadas y recibidas oficialmente, sobregiros presupuestales y demás disposiciones que alteraran las establecidas en el Estatuto del Imperio, incluidas desde luego las garantías individuales consignadas en el mismo, el coronel Manuel Ramírez de Arellano, de antiguo hostilizado por don Juan de Dios Peza, Ministro de la Guerra, vislumbró la posibilidad de pasar a la ofensiva frente a tan poderoso rival, y aprovechó prontamente la aparición de este documento para redactar y publicar un incisivo y contundente folleto, que envió al Soberano, en el que se acusaba al Ministro de infringir la ley en su campaña emprendida contra él.

Así, el artículo segundo de la nueva ley se refería a abusos de poder y a órdenes contrarias a la legalidad, y el artículo tercero señalaba que los ministros “son responsables por autorizar o llevar a efecto acuerdos del Emperador contrarios a las garantías consignadas en el Estatuto”. En su folleto, de 500 ejemplares y aparecido el 27 de noviembre, indicaba que éstas habían venido siendo violadas sistemáticamente por Peza en perjuicio de él. Por lo demás, el

artículo quinto asentaba que en los delitos comunes “la parte que se sintiera agraviada” podía presentar una queja por escrito al Emperador, “especificando el delito cometido y sus circunstancias”, y acompañándola de los documentos o datos conducentes a esclarecer el caso y a fundamentar el derecho del acusador. Lo mismo se hará -- concluía este artículo -- *en caso de que la queja sea contra actos oficiales del Ministro*.<sup>1</sup>

Igualmente, el artículo séptimo anotaba que para que el Consejo de Estado procediera a la formación de causa contra el Ministro, se requería su consignación a ese órgano por parte del Emperador.

En su filoso impreso contra el ministro, Arellano asentaba que “si nuestra humilde voz” podía llegar a don Juan de Dios, “apelamos a su conciencia para que, bajo la fe de su palabra se digne responder a estas preguntas de una manera que no nos confunda”; que la ley le daba el derecho de “arrojar un guante en la arena pública a su adversario y que le invitaba a recogerlo; que con caballerosidad de “enemigos leales” anticipaba al ministro *“que si no lo hiciere sufriría un derrota solemne”* y que esgrimiría en su contra y “sin piedad” las armas de la verdad; que añadiría a todos los puntos consignados la prueba evidente de los siguientes hechos desde que Peza entró a desempeñar la Subsecretaría de Guerra:

1.- Que dos años atrás se le quiso quitar su mando para dárselo al teniente coronel Ignacio de la Peza, sobrino del Ministro, y que para llegar a ese fin apeló “a los medios reprobables de cargarnos cantidades que no habíamos recibido y de dejar nulas las órdenes por escrito del general en jefe; el teniente coronel De la Peza es amigo nuestro, muy querido, y siempre lo hemos creído ajeno a estos procedimientos”;

---

<sup>1</sup> *Responsabilidad Oficial de los Ministros*, en *Boletín de las Leyes del Imperio Mexicano*, Tomo II, *Leyes, Decretos y Reglamentos Generales del 1º al 176 Expedidos por el Emperador Maximiliano Desde 1º de julio hasta 31 de diciembre de 1865*, México, Imprenta de Andrade y Escalante, Bajos de San Agustín Número 1, 1866. La ley estaba integrada por veintidós artículos, y además de la firma del Emperador estaba la del ministro de Justicia, don Pedro Escudero y Echánove. Apareció publicada en el número 256 del Diario del Imperio, de fecha 4 de noviembre de 1865. Las cursivas me pertenecen.

2.- Que se le ha extrañado por parte del Ministerio de Guerra, de faltas cuya responsabilidad no le correspondía;

3.- Que el propio Ministerio le había dado órdenes contradictorias, imposibles de cumplir a la vez, y que por eso también había recibido extrañamientos inmerecidos.

Declaraba en su escrito, que de todo esto se podía concluir que “era víctima de una parcialidad y de un encono gratuitos por parte del E. S. Ministro de la Guerra”, y que el silencio o la réplica de don Juan de Dios normarían la conducta de Arellano sobre tales puntos; que los procedimientos que más descollaban en esta narración, “dictada precipitadamente al estarse descomponiendo la planta para imprimirla”, eran los que le servían de fundamento para la acusación oficial que elevaba hasta el trono, pidiéndole a Maximiliano que se dignara a hacerle justicia, “mandando encausar al Secretario de la Guerra” para exigirle la responsabilidad ministerial por haber incurrido en los casos II, III, IV y V del artículo 2° de la Ley de Octubre último.

A continuación, Arellano solicitaba a Maximiliano que no lo dejara “a merced” del ministro porque eso sería funesto para él, y le suplicaba que si don Juan de Dios “*pretendiese justificar sus procedimientos informando a Su Majestad de una manera desfavorable para nosotros, se digne someternos a un juicio que esté libre de la influencia del repetido señor ministro*”.<sup>2</sup>

Como se aprecia, Manuel estaba dispuesto a llegar y a llevar hasta las últimas consecuencias sus diferencias con Peza, abrumado y fastidiado como estaba de una hostilidad de años. Por último, al dirigirse Arellano a los que equivocadamente creyeran que el paso que había dado era torpe y sin meditación

---

<sup>2</sup> En el manuscrito original de puño y letra de Arellano que consulté en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, el título es como sigue: *México, nov. de 1865. La Ley de 12 de Octubre Próximo Pasado Sobre Responsabilidad Ministerial y una Acusación Oficial Contra el E.S. Ministro de la Guerra, (sigue la palabra Empleado, tachada finalmente por Manuel) D. Juan de Dios Peza, AHSDN/XI/111/4-5155, Fs.485-496. Ya impreso, circuló con este encabezado: La Ley de 12 de Octubre Último Sobre Responsabilidad Ministerial y una Acusación Oficial Contra el E.S. Ministro de la Guerra, D. Juan de Dios Peza, por el Coronel de Artillería Manuel Ramírez de Arellano, México, Imprenta y Librería de J. M. Aguilar y Ortiz, 1° calle de Santo Domingo número 5, 1865. El Centro de Estudios de Historia de México CARSO conserva un ejemplar de este folleto. (Cursivas en el original)*

les advertía decidido que *“no solamente nos sentimos con fuerza para pretender arrastrar a un juicio”* al ministro Peza, *sino que, mañana acusaríamos a S.M. el Emperador, ante su conciencia soberana, si llegáramos a la íntima convicción de que violaba en nuestra humilde personalidad las garantías que su voluntad ha acordado a todos los habitantes del Imperio al aprobar el Estatuto Orgánico y al adoptar por divisa estas sublimes palabras: Equidad en la Justicia.*<sup>3</sup>

La difusión del impreso de Arellano en la Ciudad de México de inmediato provocó un considerable disgusto, tanto más cuanto que Manuel, aparte de enviarle un ejemplar a Maximiliano, hizo lo propio con don Juan de Dios Peza en el mismísimo Ministerio de la Guerra.

El contrataque de Peza no tardó, y una semana después de la aparición del folleto el Emperador mandó enjuiciar al autor sin tomar en cuenta su argumentación (3 de diciembre de 1865). Maximiliano ignoraba en detalle el conflicto y obró con base en “informes” que le fueron deslizados según se desprende del texto que firmó. El documento ordenaba que un Consejo de Guerra juzgara al coronel Arellano en vista de los “irrespetuosos términos” en que estaba redactada la acusación contra Peza, dirigida “indebidamente por la vía de la prensa”, así como por infringir la ordenanza militar en materia de subordinación y presentar a la comisión calificadora “documentos falsos *según se nos ha informado*”.

Todo quedaba a modo para Peza, pues el Emperador disponía que el ministro quedara “encargado de la ejecución de este acuerdo” luego que el propio Soberano designara a los miembros del Consejo.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, México, nov. de 1865. *La Ley de 12 de Octubre Próximo Pasado...* p. 496. (Las cursivas me pertenecen).

<sup>4</sup> Acuerdo de Maximiliano para que se enjuicie a Arellano, México, 3 de diciembre de 1865, AHSDN, D/111/4-5155. F. 314. Las cursivas me pertenecen. Esta disposición apareció publicada en la primera plana del Diario del Imperio número 285, del sábado 9 de diciembre de 1865.

Arellano -con muy buen juicio-, rechazó un abogado y manifestó que él mismo asumiría su defensa, lo cual le fue aceptado, pero se le impuso paralelamente al coronel de infantería Crispín del Pozo, quien a la postre resultó un acusador más.

Reducido a prisión en San Cosme, Manuel solicitó el 12 de diciembre ayuda pecuniaria a sus amigos por medio de un pequeño volante en el que asentaba que se la habían retenido seis pagas con violación de las resoluciones imperiales: *“sufro en esos momentos los crueles efectos de la más espantosa miseria. Tan deplorable estado me estrecha desde la soledad de mi prisión a implorar los filantrópicos sentimientos de mis superiores, de mis compañeros y de mis amigos”*.<sup>5</sup>

Como referencia puso la dirección de la Librería Mexicana, esquina de los portales de Mercaderes (circundaba la Plaza Mayor e inicia en la calle que hoy conocemos como Madero) y Agustinos (hoy 16 de septiembre) como el lugar a propósito para recabar los auxilios. El encargado del establecimiento, Ignacio Rivera, con quien se había puesto de acuerdo para recibir los donativos, fue detenido por andar repartiendo los escritos del coronel, que también fueron confiscados por la policía en la propia librería. Con ello se le privó de toda ayuda posible.<sup>6</sup>

Don Juan de Dios también pidió informes al ministerio de Instrucción Pública sobre el negocio promovido por Arellano referente al contrato para traducir del francés al castellano e imprimir libros de texto para los colegios y escuelas primarias, como si eso constituyera un delito. Nada irregular se le pudo informar al ministro. Pero todo estaba a punto para proceder contra Arellano.

---

<sup>5</sup> Volante del coronel Arellano, Prisión Militar de San Cosme, 12 de diciembre de 1865, AHSDN, D/111/4-5155. F. 329. (Las cursivas me pertenecen)

<sup>6</sup> *Ibidem*. Incluso se pretendió sumar a la acusación el caso de adulterio que había enfrentado meses antes, y la investigación se le encargó al licenciado Mariano Solórzano; no prosperó esto, pues nada tenía qué ver, y la causa había sido sobreseída meses antes.

Entre el 13 y el 15 de enero de 1866 se realizó el juicio contra “el Coronel de Artillería D. Manuel Ramírez de Arellano por faltas de respeto al E. S. Ministro de la Guerra y haber presentado documentos falsos para el abono de tiempo de servicios en su hoja de méritos”<sup>7</sup>. El escándalo del juicio causó profundo malestar e indignación en las filas del Ejército y los muchos allegados a Arellano, y a partir de ese momento la sociedad seguiría el curso de ese penoso asunto.

Muy puntuales a la cita se presentaron el fiscal Barrientos y el comisario imperial Platón Roa, y ambos, ante el tribunal, con aire de autosuficiencia, le lanzaron a Arellano una lluvia de invectivas en las que sólo faltó que lo acusaran formalmente de haber sido cadete del Colegio Militar de Chapultepec y de haber combatido a los invasores estadounidenses en 1847.

Los miembros del Consejo de Guerra seguían con mucha atención los estudiados movimientos del fiscal, que inició la mención, con voz engolada, de cada uno de los cargos que como con catapulta fue lanzando. Señaló que el acusado albergaba el “propósito manifiesto de desprestigiar” al ministro Peza, “faltándole al respeto debido a su elevado carácter”.<sup>8</sup>

Advertía luego que había solicitado ayuda de sus amigos a través de una carta porque tiene el “manifiesto fin de preocupar el ánimo de los incautos para prevenirlos contra el Supremo Gobierno, presentándoseles como víctima de la tiranía y arbitrariedades de los altos funcionarios públicos”.<sup>9</sup> Asimismo, se informaba que había rehusado el pequeño abono que se le quiso entregar en la prisión, a cuenta del monto total que se le debía de su sueldo. Se le acusaba

---

<sup>7</sup> AHSDN, XI/111/4-5155, F. 375.

<sup>8</sup> Primer cargo oficial de la acusación y que a la postre resultó ser el único que se sostuvo y por el que se le declaró culpable.

<sup>9</sup> O sea, que recurrir a gente de confianza en un momento de grave apuro constituía un delito para el fiscal, quien, por otra parte, prácticamente presentaba a Arellano como enemigo del régimen imperial.

igualmente de haber presentado documentos falsos que alteraron su hoja de servicios y le otorgaban mayor antigüedad que la que realmente tenía.<sup>10</sup>

Por otra parte, se le imputaba haber mantenido en el “desorden y abandono” la artillería de la División Márquez cuando se encontraba al frente de la misma.<sup>11</sup> También haber dispuesto de manera irregular de los fondos destinados al cuerpo de artillería bajo su mando.<sup>12</sup> Además había cometido “monstruosos abusos” en la sección que encabezaba y había ejecutado “atentatorias arbitrariedades” contra los soldados en Morelia.<sup>13</sup>

También se le imputó haber traicionado al general Miguel Miramón en 1859, cuando “fue comprado” para apoderarse del Presidente; aceptó entregar la Ciudadela con todo y tropas y armas a los liberales para convertirse en general liberal, previa defección de las filas conservadoras, y filtró al enemigo informes confidenciales sobre los elementos “que se destinaban a la campaña de Veracruz”.<sup>14</sup> Se le atribuía también un “delito inmoral” ante un juez ordinario y ser enamorado, arrogante y duelista.<sup>15</sup>

Además, se le atribuyó haber pretendido enriquecerse al presentar ante el ministerio de Instrucción Pública proyectos que contemplaban la traducción e impresión de obras francesas para la educación primaria, secundaria y profesional, y como se le rechazaron, Arellano, según advirtió el fiscal, “se exaltó hasta el grado de dejarse arrastrar por la pendiente de las pasiones más desordenadas” para fraguar “una venganza contra el E. S. Ministro de la Guerra

---

<sup>10</sup> Segundo cargo oficial contenido en la acusación y del que finalmente resultó absuelto por el voto unánime de los integrantes del tribunal.

<sup>11</sup> Leonardo Márquez, individuo de férrea energía, jamás se quejó de esto, y semejante punto ni siquiera fue discutido por el tribunal.

<sup>12</sup> El Consejo tampoco consideró este cargo.

<sup>13</sup> Cargo que igualmente no prosperó y que quedó desmentido por la franca identificación que el acusado mantuvo siempre con sus subordinados.

<sup>14</sup> Esta acusación presentada por el fiscal Barrientos, resultaba inaudita, toda vez que si algo caracterizó la amistad entre Arellano y Miramón fue precisamente la firmeza y lealtad en todo momento y circunstancias.

<sup>15</sup> Con ello se pretendía hacer referencia al caso de adulterio con Guadalupe Miramón. Sin embargo, no tenía por qué ventilarse públicamente, menos aún ante un Consejo de Guerra, puesto que dicho proceso había sido sobreseído meses antes.

lanzándole en consecuencia un folleto que circuló en noviembre último, añadiendo una nueva injuria al remitir un ejemplar rotulado a S.E.”.<sup>16</sup>

Con todo ello, había establecido “un precedente monstruoso” al considerar que la ley de 12 de octubre sobre responsabilidad ministerial “le da derecho de retar en la arena pública al E. S. Ministro de la Guerra, que eligió por antagonista”, cuando, si se creyó agravado por Peza, la Ordenanza marcaba el camino para la reparación del daño.<sup>17</sup>

Por último se le acusó de haber prodigado insultos al Ministro Peza y ello constituía un “atentado horrible” a la disciplina militar que tanto pregonaba Arellano en su proyecto de regeneración que él mismo recomendaba.<sup>18</sup>

Agotada la imaginación del fiscal Barrientos para fincar nuevos cargos contra el acusado, afirmó que el folleto de Arellano producía un “efecto fatal” en el Ejército, y procedió a continuación, pidiendo a los miembros del Consejo de Guerra...

...vindicar a la disciplina ultrajada de una manera tan violenta, castigando sin indulgencia ninguna a un jefe que por la elevación misma de su empleo y por la inteligencia natural de que está dotado, no puede invocar la ignorancia en la gravedad del delito que con tanta premeditación cometió”. Exigió que se declarara a Arellano reo de todos los delitos anotados y que se le aplicara la máxima penalidad establecida en la Ordenanza General de Ejército contenida en el Código de Justicia Militar. Y además solicitó que Ignacio Rivera, de 32 años, encargado de la Librería Mexicana y que repartió tanto el folleto como la

---

<sup>16</sup> El fiscal pasaba por alto las hostilidades que de tiempo atrás había sido víctima Manuel de parte del ministro Peza

<sup>17</sup> Independientemente de reto o no, es indudable que la ley citada no hacía distinciones entre ciudadanos civiles o militares y, en tal caso, Arellano consideró apegado a justicia su folleto contra Peza.

<sup>18</sup> Precisamente por eso era que Arellano argumentaba que los ministros eran el todopoderoso y arbitrario personaje que, independientemente de obediencia y disciplina, hacían víctimas a sus inferiores de sus más furiosas venganzas, y de ahí que Manuel se acogiera a la reciente ley sobre responsabilidad ministerial para demandar justicia.

carta en que el acusado pedía ayuda a sus amigos, fuera consignado a un magistrado civil para ser juzgado con arreglo a esas faltas<sup>19</sup>.

Ante la inutilidad y lo timorato de su defensor de oficio, coronel de infantería Crispín del Pozo, que no sólo no se comprometió con el caso sino que reconoció todos los cargos contra Arellano, “plenamente probados”, y “aceptando públicamente que su presencia se debía a que así se lo habían ordenado”,<sup>20</sup> Arellano se dispuso a asumir su propia defensa.

Con actitud resuelta y voz firme, Arellano inició su defensa con una poderosa argumentación jurídica que en su tiempo fue calificada de verdadero modelo de oratoria. Profunda impresión causó en la sociedad de la época el discurso -que abordó también otros asuntos ante el tribunal, pero que no llegó a publicar el coronel en un nuevo folleto-, y hasta adversarios ideológicos tan ilustres como el abogado Joaquín María Alcalde y el periodista y escritor Ángel Pola, ambos de reconocida raigambre liberal, no pudieron menos que externar tiempo después sendos juicios laudatorios para el acusado.<sup>21</sup>

“Pronunció un alegato escrito por él --afirmó Alcalde, distinguido tribuno parlamentario y Ministro de Fomento en el breve gobierno de don José María Iglesias-- que es un verdadero modelo de oratoria. Los abogados que asistieron a los debates quedaron asombrados de ver que entre los militares había hombres de tanta condición y tan ilustrados como Arellano”.<sup>22</sup>

---

<sup>19</sup> Exposición del fiscal ante el Consejo de Guerra, AHSDN, XI/11/4-5155, Fs. 423-445

<sup>20</sup> El coronel Crispín del Pozo al Consejo de Guerra, México, 15 de enero de 1866. AHSDN XI/111/4-5155, Fs. 450-451

<sup>21</sup> Como la exposición íntegra de la defensa de Arellano resultaría muy extensa, sólo se han sintetizado aquí los conceptos más relevantes y concluyentes.

<sup>22</sup> Joaquín María Alcalde, “Arellano Frente a sus Jueces”, *El Siglo XIX*, México, 25 de noviembre de 1867.

La energía y el valor civil que le caracterizaban, se hicieron sentir en aquella sala.

Condenado a la miseria durante seis meses por orden del Exmo. Sr. Ministro de la Guerra --afirmó--, con violación flagrante de las resoluciones imperiales, calumniado por S.E. cerca del Ilustre Soberano que aspira a regenerar una sociedad fatigada por las luchas intestinas y desgarrada por los odios de partido, triste herencia de la pasada anarquía, y envuelto inopinadamente en un proceso ruidoso que marcará huella indeleble en la vida pública del que resulte culpable, esperaba con la más viva inquietud los solemnes momentos en que pudiera ser oída la voz de la razón y de la justicia; de la verdad de la inocencia y del buen derecho”.

La defensa de Arellano se consideró en su tiempo una pieza de oratoria notable, y Ángel Pola, editor de obras de carácter histórico de gran importancia y uno de los iniciadores en México del género periodístico de la entrevista, escribió lo siguiente en el año 1900:

El general Ramírez de Arellano obtuvo en Europa honrosas condecoraciones y fue muy estimado como literato. Era un escritor correcto y elegante en su lenguaje. Sus discursos en diversas solemnidades nacionales fueron muy estimados y el que pronunció en Morelia con motivo de la llegada de Maximiliano a México fue muy aplaudido como pieza oratoria y mereció los honores de ser citado más tarde como uno de los documentos notables de la época del Imperio.

Cuando fue sometido a un Consejo de Guerra por falta de subordinación al Ministro de la Guerra del Emperador Maximiliano, en virtud de un enérgico folleto que publicó --redondea Pola su descripción-, él solo hizo su defensa y la prensa toda de esa época se ocupó de ella como una pieza notable.<sup>23</sup>

Tras señalar que confiaba en la imparcialidad del tribunal, Arellano afirmó que la elevada categoría de Peza, “en que accidentalmente se encuentra por la bondad del Soberano” y de quien había expuesto sus maniobras “para sorprender

---

<sup>23</sup> Estas líneas de Pola aparecen en una nota suya a pie de página al comentar el Informe del General Mariano Escobedo sobre la toma de Querétaro, en *Libro Secreto de Maximiliano... Op. Cit.*, p. 136.

y desviar la rectitud del Emperador”, así como la profunda conmoción que causaron en la sociedad “los justos ataques que con el arma terrible de la prensa dirigí contra el señor Ministro de la Guerra” y “el ningún efecto conocido que, hasta ahora, ha tenido la ley de responsabilidad ministerial”, habían impreso al juicio “una celebridad ruidosa y un interés palpitante”.<sup>24</sup>

Se preguntaba luego si la equidad era realmente la bandera del Emperador que se afanaba por regenerar a México haciendo respetar la ley y encadenando a las “pasiones vergonzosas”, y si el Estatuto del Imperio era la ley suprema de la nación y la ley de imprenta existía para todos los habitantes por igual. Fue entonces que preguntó ante el Consejo de Guerra:

¿La responsabilidad ministerial es efectiva -continuaba inquiriendo- y satisface las condiciones de una verdadera salvaguarda contra los abusos del poder? ¿La cuchilla de la ley hiere por igual y sin distinguir lo mismo a los grandes que a los pequeños? ¿El Ejército Mexicano, degradado y envilecido, durante medio siglo de anarquía por el espíritu de partido, que es la peor de las tiranías, ha tocado el punto de su verdadera regeneración? [Y él mismo se contestaba]: Tales son... las cuestiones sociales que están hoy en tela de juicio ante el tribunal... y sobre cuya solución en este recinto, así como sobre sus consecuencias fuera de él, pronunciará un fallo irrevocable y severo la conciencia pública.<sup>25</sup>

El rostro de Arellano se endureció al advertir que “tengo que deplorar por la dignidad de mi patria, por la justificación del ministerio y aun por el brillo del trono verme estrechado a sacar a la plaza pública las pruebas plenas de la venganza y de la persecución que, al hacerme su víctima predilecta, han ajado la primera, han destruido la segunda y han pretendido empañar el último para saciar una pueril vanidad”.

---

<sup>24</sup> *Defensa del coronel de artillería Manuel Ramírez de Arellano, acusado de faltas de respeto al Ministro de la Guerra D. Juan de Dios Peza, y de haber presentado documentos falsos para sufrir (sic) la clasificación militar, escrita por el acusado y pronunciada ante el Exmo. Consejo de Guerra que lo juzgó según el decreto imperial de 3 de diciembre de 1865, que sometió al conocimiento de dicho consejo un delito de imprenta, y que fijó los demás cargos que debían hacerse al citado oficial superior*, México, Imprenta de J. Abadiano, Escalerillas número 13, 1866, 31 pp.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp., 1-3

Repitió que en medio de la “cruel persecución” de que había sido objeto por parte del ministro Peza “deseaba vivamente” llegar al extremo de un juicio y que tal fue el móvil secreto que lo impulsó a imprimir el folleto; que en éste pedía el castigo de don Juan de Dios, pero que si bien podía haber esperado un juicio para defenderse de sus supuestas faltas militares, se sorprendía que se le sometiera a un tribunal de ese tipo por “delitos de imprenta”, con violación a las leyes vigentes en esta materia. En semejante circunstancia, entonces, “lo primero que debo oponer en defensa de mis derechos es la incompetencia de este respetable Consejo para conocer de aquel delito”, o sea, el de imprenta.<sup>26</sup>

Tras analizar según las reglas del derecho la incompetencia del tribunal militar para juzgar asuntos de libertad de expresión, Arellano reforzó su postura al citar el propio Estatuto del Imperio --artículos 58 y 76-- en cuanto a la igualdad ante la ley, la seguridad personal, la propiedad, el ejercicio particular de un culto y la libertad de publicar sus opiniones. Y afirmaba que “encuentro todavía más extraños e ilegales los procedimientos a que he sido sujetado desde el momento de efectuarse mi prisión hasta hacerme comparecer [...] El artículo primero corresponde a la garantía individual relativa; su amplitud es ilimitada al decir: ‘Ninguno puede ser molestado por sus opiniones, todos tienen derecho para imprimir las sin previa clasificación o censura’ ”.<sup>27</sup>

Fue entonces que el coronel insistió con vehemencia: “Cuanto he alegado sobre el folleto que publiqué es aplicable a la carta impresa que mandé circular apelando a la filantropía de mis amigos y compañeros, toda vez que el Ministerio de la Guerra había creído justo y humanitario reducirme a una rigurosa prisión después de seis meses y medio de no abonármeme ni un centavo de mis pagos”.<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 5

<sup>27</sup> *Loc. Cit.*, p. 11.

<sup>28</sup> *Loc. Cit.*, p. 16.

Cabe hacer notar que el Código de Justicia Militar sólo preveía sujetar a un Consejo de Guerra a los militares con goce de sueldo aun cuando no estuvieran activos pero que permanecieran a disposición del gobierno.<sup>29</sup> En el caso de Arellano, ni estaba activo, ni se le pagaba, ni se le daba comisión alguna, ni se le definía concretamente su situación de grado militar. En consecuencia no podía ser juzgado por un tribunal con ese carácter. Ante los argumentos concluyentes, el tribunal suspendió el juicio, Manuel regresó a su celda con la absoluta certeza de que todo marchaba por buen camino y que muy pronto la justicia estaría de su lado, a pesar del encono y la mala fe que percibía en su entorno.

Las horas transcurrían lentamente en la soledad de su aislamiento y esperaba con ansiedad el alba para reanudar con ímpetu su defensa. En punto de la hora dio reinició el juicio y la voz de Arellano nuevamente cimbró el recinto: “¿Cómo se me podría juzgar hoy con el carácter de coronel de artillería por faltas de respeto al Exmo. Sr. Ministro de la Guerra y mañana tal vez declarármese inferior a esa clase o excluido enteramente de los cuadros del Ejército?”<sup>30</sup>

A más de eso, Arellano destacaba que aun cuando se le reconociese su grado en el momento de su juicio, mal podría acusársele de insubordinación militar cuando el ministro Peza carecía de graduación alguna en el Ejército, y en todo caso sólo era acreedor de consideraciones similares a las de sus colegas civiles de gabinete toda vez que las prescripciones de la ordenanza del ejército no son relativas a los funcionarios públicos por grande que sea su elevación, sino a los superiores de la escala militar propiamente dicha.

Con eso, Arellano lanzaba una crítica velada contra Maximiliano por haber designado a un civil en la Secretaría de Guerra, cambiando la costumbre de nombrar a un oficial general de la más alta graduación. Confiaba, sin embargo, que el Emperador pudiera comprobar la verdad de todos los hechos y entonces

---

<sup>29</sup> *Defensa del Coronel Manuel Ramírez de Arellano, Op. Cit.*, p. 15

<sup>30</sup> *Op. Cit.*, p. 23

retiraría su confianza a quien le hubiese engañado y hecho poner en peligro la divisa oficial que proclamaba “equidad en la justicia”. Asimismo, esperaba que la opinión pública “viera triunfantes las garantías individuales que, al ser holladas en mi humilde personalidad, afectan al interés común y sirven de enseñanza a todas las partes del cuerpo social dándoles el termómetro de las esperanzas del porvenir”.<sup>31</sup>

Citó Arellano una sentencia contundente del tratadista Vattel (*Droi des Gens*): “Cuando los ciudadanos no están seguros de lograr justicia pronta y fácilmente en todas las diferencias, nacen inmediatamente en el Estado la confusión, el desorden y el desaliento; se extinguen las virtudes civiles y se debilita la sociedad [...] Son inútiles las mejores leyes si no se observan”.<sup>32</sup>

Y a manera de conclusión, Arellano dijo:

Por lo que a mí toca, al esforzarme el probar el punto de la incompetencia de este Exmo. Consejo, y al acusar por segunda vez al ministro que autorizó y llevó a efecto los acuerdos del Emperador contrarios a las garantías consignadas en el Estatuto, que han originado este juicio, sirvo lealmente al Soberano y procuro el desarrollo práctico de los principios regeneradores con que su alta voluntad ha brindado a los pueblos que gobierna.<sup>33</sup>

El Consejo aguardó con impaciencia y severidad en el rostro de sus integrantes la conclusión del brillante y retador discurso de Arellano, en el que advertía al comisario imperial adscrito al juicio que aún cuando se le objetara toda la argumentación expuesta, él no cejaría y aún más persistiría en sostener todo lo expuesto y continuaría con el debate hasta establecer y probar todas las violaciones e irregularidades de los procedimientos frente a la ley.

---

<sup>31</sup> *Op. Cit*, p.29

<sup>32</sup> *Loc. Cit.*, p. 30.

<sup>33</sup> *Op. Cit*, p. 31

## La sentencia

17 de enero de 1866. El alba sorprendió a Arellano profundamente pensativo; el día que despuntaba era clave en su destino como militar y como hombre; él, que buscaba y aguardaba que las leyes le exoneraran y le hicieran justicia, aguardó con serenidad el paso de las horas.

A las once en punto, el Consejo, reunido en la calle de Moneda, sede del Ministerio de Guerra, lejos de declararse incompetente para conocer la causa, declaró que el coronel de artillería Manuel Ramírez de Arellano era inocente del delito de falsificación de documentos de su expediente militar –el papel acusador no pasaba de ser un borrador que ni siquiera tenía la firma del acusado, pero sí culpable de injurias al ministro Peza. En consecuencia, por esta última razón se le condenaba a “a la pena de tres años de prisión en una fortaleza”,<sup>34</sup> sin especificar el lugar en que debería hallarse ésta. De hecho, el tribunal desestimaba el restante rosario de cargos formulados contra Arellano que, como ya se vio, resultaban del todo absurdos.

El coronel Arellano apeló la sentencia sin éxito. Empero el comisario imperial ante el Consejo de Guerra, Platón Roa, no quedó conforme con la absolución de Manuel en el caso de la supuesta falsificación de documentos y también pidió revisión de la sentencia, con la pretensión de que el castigo fuese mayor; su demanda no fue atendida.

Por su parte, Maximiliano nombró presidente del Consejo de revisión de la causa al General de División Ignacio Mora y Villamil y comisario imperial del mismo Consejo al coronel Rafael B. de la Colina.

---

<sup>34</sup> Sentencia del Consejo de Guerra nombrado por S.M. el Emperador por acuerdo del 16 de Diciembre de 1865, México 17 de enero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155 Fs. 452-455.

Desde su celda en la prisión militar de San Cosme, Arellano se dirigió a Mora y Villamil para denunciar que su defensor de oficio, coronel Crispín del Pozo, “olvidando su propia dignidad, deshonrando al Ejército, traicionando a su conciencia y prostituyendo el noble papel de defensor de oficio”, se había convertido en un acusador más y en un “instrumento de venganza”, por lo que ahora nombraba al general Ramón Tabera ante el Consejo de Revisión”.<sup>35</sup> Sin embargo, el veredicto no fue modificado o anulado.

Por esos mismos días desde su prisión, Manuel envió un escrito al Emperador para notificarle todas las irregularidades del proceso y lo injusto de la sentencia. Pero que, “deseoso de acreditar” al Emperador su adhesión, le rogaba que le hiciera saber si le parecía bien o no que continuara defendiéndose, pues no haría sino lo que el Soberano “considere conveniente”.<sup>36</sup>

Enterado del contenido de la carta de Manuel al Emperador, el Ministro Peza, a todas luces incómodo, pues esperaba mayor rigor contra el coronel, escribió al Soberano diciéndole “que mi asombro no tiene límites” al ver absuelto a Arellano “del cargo de falsario” a pesar de “las pruebas evidentes”, pero que ante tal resolución prefería ceñirse a la revisión del juicio antes que “analizar los procedimientos y fallo del Consejo”, y afirmaba al Emperador que “ninguna odiosidad” tenía contra Arellano y que si Maximiliano lo disponía podrían cubrirse los pagos pendientes.<sup>37</sup>

A su vez, Platón Roa fortalecía la posición del Ministro Peza e insistía en la “criminalidad” de Arellano, quien con chicanas forenses y una audacia sin límites había pretendido destruir las “flagrantes pruebas” de su culpabilidad, y criticaba al Consejo de Guerra por absolverlo de cargos graves y aplicarle sólo una pena leve

---

<sup>35</sup> Carta del coronel Manuel Ramírez de Arellano al general Ignacio Mora y Villamil, Prisión Militar de San Cosme, 24 de enero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155, f. 552.

<sup>36</sup> Carta del coronel Manuel Ramírez de Arellano al Emperador Maximiliano, México, 20 de enero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155, F. 599.

<sup>37</sup> Carta del Ministro Peza al Emperador Maximiliano, México, 26 de enero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155, F. 523.

a pesar de la “horrible magnitud” del delito de faltarle al respeto al ministro Peza, así como de insubordinársele.<sup>38</sup>

Roa llegó a la ridícula acusación de poner en duda que la brillante pieza oratoria de la defensa de Arellano fuese de su cosecha y, dijo que su autor había sido un distinguido abogado y no el acusado, lo que no sólo refutó y rechazó Arellano sino que fue contundente al aseverar que la presente defensa sólo le correspondía a él, le fuera favorable o no el veredicto.<sup>39</sup>

En el mismo marco del forcejeo, Arellano demandó la revisión de la causa, pero naturalmente nadie bajo la esfera que comprendía al Ministerio de la Guerra se hallaba proclive a favorecer de algún modo al coronel por el justificado temor de enemistarse con don Juan de Dios y hacerse acreedor a la malquerencia del ministro, conocido y reconocido por su carácter iracundo y sus vengativas inclinaciones.

Y así, no fue extraño que, a pesar de toda la argumentación legal a favor de Arellano, el coronel Rafael B. de la Colina, comisario imperial del Consejo de Revisión de la causa, declarara que a Manuel le había ido de maravilla con la sentencia de tres años de prisión y que prácticamente debía agradecer la levedad del castigo, disminuido tan sólo por la elocuencia y capacidad del acusado; que aun cuando Peza no se hallaba investido de un grado o empleo militar no por eso dejaba de ser el más alto superior que reconocía el Ejército después del Emperador; que el delito de Arellano no era de imprenta sino de insubordinación militar y por tanto los tribunales para el efecto sí eran competentes de conocer el caso; que si se pasaba por alto semejante falta de Arellano quedarían “heridas de

---

<sup>38</sup> Carta del General Platón Roa, comisario imperial ante el Consejo de Guerra, al capitán de Estado Mayor, Magnon, jefe interino del gabinete militar del Emperador, México, 26 de enero de 1866, AHSDN/XI/III/4-5155, Fs. 524-525.

<sup>39</sup> Parece pertinente señalar que ninguno de los integrantes del Consejo de Guerra, ni el ministro Peza, ni Platón Roa, ni el fiscal Barrientos, ni ninguno de los involucrados en el proceso contra Arellano y que en mayor o menor grado le lanzaron denuestos estuvieron en Querétaro tiempo después, cuando el Imperio agonizaba. En tanto, Manuel haría gala de lealtad y se jugaría la vida por la causa que desde temprana edad había elegido.

muerte la subordinación y disciplina militares”; y que, por tanto, no había lugar a la revisión de la sentencia, aunque en realidad ésta debería anularse e imponerle una nueva, que consistiera en ¡una pena de cinco años de prisión y su destitución del grado de coronel!<sup>40</sup>

Confirmada pues la sentencia dictada por el tribunal luego de que el 29 de enero el Consejo de Revisión desechó la apelación interpuesta, el capitán Magnon, jefe interino del gabinete militar de Maximiliano, envió una nota “confidencial y reservada” al ministro Peza, en que le comunicaba, sin duda por orden del propio Emperador, que “será conveniente” mandar al coronel Arellano a Yucatán, donde el general Severo del Castillo, a la sazón comisionado en ese departamento, lo confinará “en alguna de las fortalezas” del interior de la entidad.<sup>41</sup>

Como se aprecia, Maximiliano declinó entrar en conflictos con el área de influencia de su ministro Peza, ni mucho menos quiso desautorizarlo en el curso de este largo embrollo, y de hecho, aunque invocado frecuentemente en el pleito escenificado entre don Juan de Dios y Manuel, prefirió mantenerse al margen y sin pretender enmendarle la plana a Peza y más bien ratificando sus disposiciones, por más que las irregularidades denunciadas por Arellano de alguna manera ameritaran su intervención.

La víspera de su traslado a Veracruz, se le concedió al coronel despedirse de sus hermanos y sus amigos, entre los que era muy querido y admirado. Así, por lealtad al Ejército y a sus convicciones Arellano acató la disposición. Cabe decir aquí que otros por mucho menos habrían defecionado y se hubieran pasado a las filas de la República, tan necesitada de militares competentes.

A la mañana siguiente, (corrían los primeros días de febrero de 1866) le esperaba una diligencia a las puertas de la prisión militar de San Cosme para

---

<sup>40</sup> Comunicación del coronel Rafael B. de la Colina al abogado José Chapela, México, 27 de Enero de 1866

<sup>41</sup> Nota reservada del capitán de Estado Mayor Magnon, Jefe interino del gabinete militar del Emperador, al ministro Juan de Dios Peza, México, 2 de febrero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155, f. 529.

conducirlo a Veracruz; de ahí partió hacia Yucatán a bordo del vapor “París” – fuertemente escoltado y custodiado por el capitán Antonio Pérez y otros dos oficiales– para “extinguir” su condena.<sup>42</sup>

El licenciado Chapela, nuevo abogado de Manuel, intentó valerse de un nuevo recurso, al demandar ante el Supremo Tribunal de Justicia del Imperio, que se trajera de vuelta al coronel a México hasta ver si procedía o no una nueva gestión de apelación, pero la acción nuevamente la obstaculizó el ministro Peza ante el Emperador.

Cabe señalar que por esos días, empero, se le ratificó su grado de coronel, pues se reiteró que su hoja de servicios no había sido alterada. Arellano entonces procedió a cumplir su condena en la fortaleza de San Benito, en Mérida, cobrando su sueldo normal a partir del primero de marzo como si estuviera en disponibilidad.<sup>43</sup>

Es claro que el destino le habría deparado a Arellano permanecer indefinidamente recluido en Mérida, dada la irreductible animosidad de Peza hacia él, pero, para su fortuna, el 3 de marzo siguiente se registró una reorganización ministerial y, ¡por fin!, don Juan de Dios salió del gabinete. Fue sustituido por el general don José María García, que ya había ocupado esa cartera en tiempos de la presidencia de Félix Zuloaga, al inicio de la Guerra de Reforma.

Arellano consideró prudente esperar unas semanas y en abril pidió el indulto al Emperador, quien, sin resquemor especial hacia su persona, solicitó al ministro García emitiera su opinión. La respuesta de don José María no tardó: “Es de acceder al pedido, porque si bien se calificó de falta de respeto haberse dirigido contra sus superiores por la prensa, también se encuentra compurgada su falta

---

<sup>42</sup> Telegrama del Prefecto Imperial don Domingo Bureau al Ministro Peza, Veracruz, 7 de febrero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155. F. 608.

<sup>43</sup> Comunicación de don José Salazar Ilarregui, Prefecto Imperial en Yucatán, al Ministro Peza, Mérida 25 de febrero de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155. F. 631.

con el tiempo de prisión que ha sufrido en esta capital, marcha a Yucatán y prisión en la fortaleza de San Benito”.<sup>44</sup>

Es posible que a Maximiliano le haya parecido demasiado prematuro acatar de inmediato el consejo de García, sobre todo si se toma en cuenta el escándalo mayúsculo que provocó el juicio; decidió esperar.

Nuevamente Arellano solicitó se le permitiera purgar su condena en otro lugar cuyo clima fuera menos pernicioso para su salud y el ministro García opinó que tal vez podría trasladársele a Perote.<sup>45</sup> El Emperador persistió, sin embargo, en un compás de espera y el 25 de junio de 1866, “con motivo de su cumpleaños”, que sería el 6 de julio siguiente, Maximiliano indultó en definitiva al coronel Manuel Ramírez de Arellano del tiempo que le faltaba por cubrir.<sup>46</sup>

Finalizaba así una larga historia de ríspidas relaciones entre un arbitrario Ministro, altivo y prepotente, y por añadidura vengativo, y un distinguido coronel del arma de artillería, reconocido ampliamente por su cultura y su destreza militar, y también calificado como individuo de temperamento apasionado y de carácter de mecha corta.

Arellano regresó de inmediato a la ciudad de México y en agosto, ya libre de toda querrela, quedó en disponibilidad para una nueva misión. Pasó entonces a ser miembro de la comisión revisora del proyecto de arreglo del Ejército –por lo que tanto había luchado en el pasado–, y que consistía en lograr una mayor profesionalización castrense, y el 10 de septiembre se presentó para el efecto con el coronel francés Clinchant, del 1° de los Zuavos, para coordinar los trabajos, pero éstos ya no fueron ejecutados por la tambaleante situación en que se hallaba el Imperio al finalizar ese año.

---

<sup>44</sup> Nota de la Secretaría Privada del Emperador, Palacio de México, 10 de abril de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155, F. 633.

<sup>45</sup> Carta del General José María García, Ministro de Guerra y Marina, al Emperador Maximiliano.

<sup>46</sup> Nota de la Secretaría Privada del Emperador al Ministro de la Guerra y Marina, General José María García, Palacio de México, 25 de junio de 1866, AHSDN, XI/III/4-5155. F. 643.

Concluía el mes de noviembre y los generales Miguel Miramón y Leonardo Márquez habían vuelto al país y se aprestaban a dar la batalla a los republicanos. El último episodio del Imperio estaba a punto de escenificarse. Arellano sería uno de sus más importantes protagonistas por medio de la aplicación de su ingenio como artillero.

## CAPÍTULO 6

### QUERÉTARO: TRAMPA MORTAL

*¿Con qué elementos contaban estos generales para formar este ejército que tenía la misión de pacificar al país? Mi esposo no tenía ni un solo fusil, ni un soldado, ni un miserable cartucho.*

Concepción Lombardo de Miramón

#### **El principio del fin del imperio**

El deterioro de la situación militar del Imperio en los últimos meses de 1866 era inocultable. Miahuatlán y la Carbonera fueron derrotas importantes que alentaron la causa republicana. El general Porfirio Díaz ocuparía la ciudad de Oaxaca y de ahí en adelante no pararía hasta tomar la Ciudad de México.

La hostilidad que siempre mostraron los Estados Unidos al establecimiento de una monarquía en México, la decidida ayuda que proporcionaron a los republicanos y la amenaza prusiana en Europa fueron factores decisivos para que Napoleón III ordenara el retiro definitivo del ejército francés. De esta forma la existencia del Imperio Mexicano se hizo insostenible.

Washington consideró a Francia como “una amenaza a su seguridad y a su justa influencia”, según sostuvo siempre el Secretario de Estado William Seward frente al Marqués de Montholon, embajador de Francia en Washington.<sup>1</sup> Los Estados Unidos manifestaron en todas sus acciones que los principios de la

---

<sup>1</sup> Galindo y Galindo, Miguel, *La Gran Década Nacional o Relación Histórica de la Guerra de Reforma, Intervención Extranjera y Gobierno del Archiduque Maximiliano (1857-1867)*, México, Instituto Cultural Helénico y Fondo de Cultura Económica, 1987 (Edición Facsimilar de la de 1906), Tomo III, pp. 257 y 264

Doctrina Monroe estaban vigentes. Y así, el emperador de los franceses olvidó las promesas y los acuerdos con Maximiliano de brindar su apoyo hasta que se consolidara la monarquía en el país.

Charles d' Hericault, íntimo amigo de Maximiliano y malqueriente de todo lo mexicano, escribió lo que sigue sobre el particular:

...la diplomacia americana entraba en acción y esa diplomacia pesó más en nuestra contra que todas las fuerzas de que México disponía. Permítaseme pasar de prisa y sin orgullo sobre la guerra diplomática que Seward nos declaró, y limitarme a decir, en dos palabras, que los Estados Unidos nos comunicaron en forma muy diplomática, pero muy perentoria, que no podían tolerarnos en México. Entonces les prometimos que nos marcharíamos... Los protectores de los imperialistas se retiraron, moralmente vencidos, por los protectores de los juaristas... Nosotros habíamos prometido no abandonarlo (a Maximiliano) y, sin embargo, nos retiramos de México corridos por los Estados Unidos.<sup>2</sup>

Consecuentemente a todo lo anterior se registró un incesante flujo de hombres y armas para los republicanos. Los avituallamientos eran dejados a la orilla izquierda del río Bravo para que los guerrilleros pudieran hacerse de ellos fácilmente.

Así, refiriéndose al apoyo brindado a Juárez para que resucitara ejércitos, el general estadounidense Sheridan resulta elocuente:

Durante el invierno y primavera de 1866, continuamos facilitando de manera encubierta provisiones de armas y municiones a los liberales, enviándoles cerca de treinta mil fusiles solamente del arsenal de Baton Rouge, y a mediados de la primavera Juárez había organizado un buen ejército y estaba en posición de toda la línea del río

---

<sup>2</sup> Charles d' Hericault, *Maximilien et le Mexique*, París, 1869, pp.28-32 y 7, citado por José González Ortega, *El Golpe de Estado de Juárez*, México, A. del Bosque Impresor, 1941, p. 198.

Grande, y de hecho, de todo el territorio norte de México a partir de San Luis.<sup>3</sup>

En el mismo orden de ideas, el historiador norteamericano T. Víctor Niemeyer, Jr. precisa que si bien no hubo contacto directo entre Lincoln y Juárez, Estados Unidos “no solamente apoyó a Juárez y su gobierno en su guerra contra los franceses, sino que hubo una corriente seguida de armas de fuego y municiones a Juárez y a sus fuerzas”. Agrega que la guerra civil americana hizo que Lincoln actuara con suma cautela, pues temía un reconocimiento de los confederados por parte de Francia, pero que eso no fue obstáculo para que entre 1860 y 1867 se fundaran “muchos clubes de norteamericanos con el solo propósito de ayudar a Juárez y a su gobierno”, como la Sociedad de Amigos de México, la Sociedad de Ayuda Mexicana y el Club Mexicano Patriótico, que recolectaron fondos y reclutaron voluntarios estadounidenses para la lucha contra el Imperio.

“Durante la campaña presidencial de 1864 –asienta- , cuatro personas consideradas como posibles candidatos, Lincoln, el general Grant, el general Fremont y el general McLellan, expresaron públicamente su determinación de sostener la Doctrina Monroe y oponerse a la intervención francesa en México”.

Niemeyer informa que de 1860 a 1867 “hubo un suministro continuo de armas y municiones enviados de los Estados Unidos” a los liberales a través de agentes que coordinaba Matías Romero.

Y luego enfatiza:

Además de los barcos de vapor, botes torpederos y maquinaria para fábrica de municiones, estos agentes compraron y enviaron a México cientos de miles de rifles, millones de cápsulas de percusión y miles de cartuchos de artillería... En junio de 1865 el general Grant notificó a Sheridan que colocara grandes cantidades de armas y

---

<sup>3</sup> Sánchez Navarro, *Op. Cit.*, p.211

municiones excedentes ‘convenientes para que se permitan entrar y puedan llegar a manos de los defensores del único gobierno que reconocemos de ese país’.<sup>4</sup>

Concluye Niemeyer diciendo que, vistas así las cosas, los Estados Unidos “hicieron una contribución valiosa al triunfo de la democracia en México y a la restauración del gobierno republicano”, y que hacer constar esos hechos era afirmar “con justicia una verdad en cuanto a la caída del Segundo Imperio”.

Carlota había marchado a Europa en julio de 1866 para interceder ante Napoleón III y pedir el cumplimiento de los tratados de Miramar de no retirar las tropas de México. No tuvo éxito. Esta frustración y la realidad de verse con su esposo abandonados a su suerte desquiciaron la salud mental de la Emperatriz, quien jamás regresó a México, fue trasladada a Miramar y posteriormente a Bruselas y ahí sobrevivió sesenta años a Maximiliano en las penumbras de la locura hasta su muerte ocurrida el 19 de enero de 1927.

En julio de 1866 Miramón escribió a su esposa que las malas relaciones entre el Emperador y Bazaine habían causado estragos en la tropa y que era “un justo pago al monarca por haber confiado de más en el francés que en un mexicano”.<sup>5</sup>

Fue entonces que Miramón, al regresar en noviembre al país de su retiro obligado en Europa, se jugó su última carta. Tras llegar a Veracruz sin autorización, aunque bienvenido, de inmediato se puso a las órdenes del Emperador en Orizaba, en donde lo encontró, pues iba de camino al puerto para embarcarse a Europa; parecía que la abdicación era ya la última instancia. Miramón y Márquez trataron de convencerlo para que continuara la lucha, y aunque Maximiliano no tenía elementos para sentirse optimista aplazó su abdicación. También contribuyó a esta decisión, entre otras cosas, la promesa del

---

<sup>4</sup> Víctor Niemeyer, *Actitud de los Estados Unidos Durante la Intervención y el Imperio*, en *Novedades*, Suplemento *México en la Cultura*, 9 de julio de 1967, pp. 2 y 6.

<sup>5</sup> Lombardo de Miramón, *Op. Cit.*, p.850

Consejo de Ministros de allegarse recursos para continuar la lucha y la carta de la archiduquesa Sofía, su madre, en la que hacía alusión al honor y en la que, por lo mismo, le sugería quedarse en México.

Miramón marchó a la ciudad de México y afanosamente buscó a sus amigos y antiguos colaboradores con el objetivo de formar un cuerpo militar y emprender una campaña en el norte, cuyo punto central era dar un golpe sorpresa de gran magnitud al enemigo: la captura de Juárez.

Entretanto, los habitantes de la capital se aprestaban a celebrar el año nuevo de 1867 a pesar de la incertidumbre que reinaba en cuanto a lo político y lo militar. Para todas las clases sociales el 31 de diciembre, día de San Silvestre, consistía en concurrir al templo a dar gracias a Dios por los favores recibidos y rogar por la buenaventura del año siguiente. El ciudadano común se refugiaba en su propia cotidianidad sin comprender cabalmente la crisis que derivaría en el total descalabro del efímero imperio y que arrastraría a la desventura y a la muerte a las figuras principales de aquella empresa.

Por esos días se filtraba en los altos círculos oficiales la enfermedad mental de la Emperatriz y la inminente abdicación de Maximiliano, y esto contribuyó a ensombrecer aún más el panorama que presagiaba tintes de tragedia. El boato de la corte de Maximiliano y Carlota, las complicadas ceremonias oficiales, los bailes y las recepciones de diversa índole se tornaron en ominoso silencio, y la reducida clase alta se apresuró a refugiarse fuera de la capital o en sus hogares ante la agitación e inseguridad.

Los famosos paseos nocturnos en la Alameda, amenizados por la orquesta del director y compositor Josef Sverthal, muy apreciados en ese tiempo, eran ya casi cosa del pasado. Como recordaba un protagonista, “esta banda tocaba tanto polkas y los vales de Strauss como los corridos mexicanos y ‘La Paloma’, habanera del conocido compositor español Irradier de Salaberri, importada de

Cuba y presentada por la cantante mexicana Concha Méndez”.<sup>6</sup> Para principios de 1867 sólo quedaría un nostálgico recuerdo de la canción que fue la favorita de los Emperadores.

Al finalizar diciembre de 1866 Arellano y Miramón se dieron cita apresuradamente en la calle de San Francisco, muy cerca de la Compañía Cruces y Campa, afamados fotógrafos de la Ciudad de México, en cuyo taller, en la arteria más concurrida de la ciudad, se congregaba lo más selecto de la sociedad.<sup>7</sup> De allí encaminaron sus pasos a la calle de Plateros, tratando de pasar inadvertidos y con extrema discreción se refugiaron en un pequeño café. Ya instalados, tuvieron un diálogo que bien puede recrearse ahora:

Arellano, con voz grave, inquirió a su fraternal amigo: - ¿Qué pasa? ¿Cuál es la urgencia? Entonces este último le respondió: Manuel, tú sabes bien que las condiciones por las que atraviesa el Imperio son muy delicadas; el ejército francés está en franca retirada y nuestros recursos para formar un ejército y hacerle frente a los juaristas son muy escasos; tengo la misión de organizar una columna, fortalecerla y aprestarnos a la defensa del Imperio. Recuerda que no sólo luchamos contra Juárez y los liberales, sino también contra la ayuda que les llega del norte, pues siempre han recibido el apoyo del gobierno americano.

Manuel respondió con firmeza: –Cuenta conmigo Miguel, estoy preparado y daremos la batalla.

Mira Manuel, estoy decidido a abrir la campaña en el norte para impedir que las tropas liberales avancen más y, en unos días saldré con los efectivos que tenga para Querétaro y allí fortaleceré mi ejército con más hombres y armamento

---

<sup>6</sup> Konrad Ratz, *Querétaro, Fin del Segundo Imperio Mexicano*, CONACULTA y Gobierno del Estado de Querétaro, México, Colección Cien de México, 2005, p. 85

<sup>7</sup> Patricia Priego Ramírez y José Antonio Rodríguez, *La Manera en que Fuimos, Fotografía y Sociedad en Querétaro: 1840-1930*, Colección Fotográfica Queretana, Querétaro, México, 1989, Gobierno del Estado de Querétaro, p. 43

de las fuerzas del general Tomás Mejía; además, Márquez empeñó su palabra de enviarme prontamente cualquier auxilio que pudiese necesitar.

Arellano respondió con la franqueza y la lealtad de la que en todo momento dio amplias pruebas: –Me reuniré contigo lo más pronto que pueda y además buscaré recursos; estoy listo y que la suerte nos acompañe en este momento definitivo. Apresuraré el arreglo de mis asuntos personales que no admiten demora, pues ya ves que con mi deportación de varios meses a Yucatán quedaron abandonados.

Los amigos se despidieron, alejándose por caminos opuestos, con optimismo y profunda fe en las convicciones ideológicas que defendían. No imaginaron el accidentado camino que recorrerían en Querétaro, de desengaño, traición y derrota

Ya en febrero de 1867, “el pánico se apoderó de los viejos partidarios del Imperio en la ciudad de México. Los guerrilleros republicanos atacaban a los destacamentos imperialistas a las puertas de la capital. Toluca estaba en poder de los juaristas; Pachuca seriamente amenazada; Chalco fue asaltado”.<sup>8</sup> Entre la gente común, el miedo se iba extendiendo al ver que las tropas imperiales fortificaban a la ciudad en diversos puntos que creían estratégicos. Con todo este movimiento, la vida tranquila de la ciudad se vio interrumpida angustiosamente por el decreto del 5 de febrero, que proclamaba el estado de guerra. A partir de ese momento las campanas de la catedral repicarían el toque de alarma, y puertas y balcones quedarían cerrados hasta el repique matinal.

Así, una madrugada de la segunda semana de enero de 1867, el general Miguel Miramón salió de la ciudad de México con el firme propósito de asestar un

---

<sup>8</sup>José C. Valadés, *Maximiliano y Carlota en México, Historia del Segundo Imperio*, México, Editorial Diana, 1976, p. 369.

golpe devastador al gobierno republicano que consideraba nada más pero nada menos que la captura de don Benito Juárez.

El plan era audaz: caer intempestivamente sobre la ciudad de Zacatecas –a la sazón sede del régimen juarista–. Para el efecto, Miramón ordenó a Severo del Castillo que con las fuerzas del general Tomás Mejía –quien se encontraba enfermo– realizara algunas maniobras para detener o al menos distraer al poderoso núcleo del Ejército del Norte de Mariano Escobedo que se hallaba en San Luis Potosí para más tarde enlazar y enfrentarse juntos a los republicanos. Miramón aparecería así de improviso en la retaguardia del enemigo con muchas probabilidades de éxito.

Aunque Arellano no participó en esta campaña, era claro que a la brevedad posible se trasladaría a donde fuese necesario –para el caso resultó Querétaro– para combatir por última vez junto a Miguel y el resto de las fuerzas imperiales ahí concentradas. Los documentos de Manuel nada dicen de la manera y circunstancias en que éste se trasladó a Querétaro, pero seguramente fue en los primeros días de febrero de 1867 y desde luego previo acuerdo con su amigo Miguel de encontrarse en esa ciudad.

De manera vertiginosa, el general Miramón tomó la ciudad de Zacatecas y a punto estuvo de capturar al presidente Juárez, que apenas tuvo tiempo de huir tomando el camino de Jerez. Más tarde, el propio Juárez escribió a su yerno Pedro Santacilia: “Un cuarto de hora más que nos hubiéramos dilatado en salir de Palacio y le hubiéramos dado un rato de gusto a Miramón. Pero escapamos porque no ha llegado la hora”.<sup>9</sup>

Miramón no pudo retener la ciudad ante lo escaso de su fuerza, y ante la amenaza del ejército republicano que encabezaba el general Mariano Escobedo a marchas forzadas a Zacatecas, se vio obligado a enfrentarlo en los llanos de San

---

<sup>9</sup> José Fuentes Mares, *Miramón, el Hombre*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974, p. 188

Jacinto, donde fue derrotado por un enemigo superior en número y armamento, que le ocasionó graves pérdidas. Luego avanzó hacia el sur, y en La Quemada, ya unido a Castillo, venció a los republicanos, lo que permitió detener transitoriamente al enemigo mientras los imperiales se concentraban en Querétaro.

En efecto, sin acoso alguno por parte de Castillo, que había permanecido inactivo, Escobedo pudo moverse libremente desde San Luis Potosí contra Miramón con sus más de siete mil hombres y veinticuatro cañones. Miramón apenas ajustaba 1,500.

Numerosos soldados republicanos de aquel poderoso contingente ya se hallaban perfectamente pertrechados y armados con rifles de repetición estadounidenses, hasta entonces desconocidos en México, que los arsenales yanquis habían puesto en abundancia a disposición de los juaristas una vez concluida la guerra de secesión, como decisiva contribución en la lucha contra el Imperio. Sobre el particular, el general estadounidense Philip Sheridan, ya citado líneas arriba, fue muy concluyente.

La derrota en San Jacinto tuvo para la causa imperial funestas consecuencias, y si las victorias tienen la paternidad de muchos, no ocurre así con la derrota. Miramón asumió ésta con profunda amargura, impotencia y dolor porque en ella fue capturado y luego fusilado su hermano Joaquín.

El príncipe Félix de Salm Salm, en su obra *Mis Memorias Sobre Querétaro y Maximiliano*, hace afirmaciones ligeras sobre las operaciones militares y culpa

del fracaso a Miramón. Pero lo refuta el relato de Carlos Miramón, hermano de Miguel, en un escrito prácticamente desconocido y que como fuente primaria resulta valiosa para comprender el hecho.<sup>10</sup>

En su *Diario de Campaña*, Carlos Miramón aclara que las operaciones militares fracasaron no por causas atribuibles a Miguel, sino “por la falta de cooperación del general don Severo del Castillo, quien debía representar un importante papel en aquella operación tan hábilmente combinada. Este general, recomendable por mil títulos, no fue acertado en la ejecución de las órdenes que de mi hermano recibió en San Miguel de Allende, dirigidas desde León...” “Con estas disposiciones –agrega el coronel Miramón– pasamos a León, desde cuya ciudad el general Miramón ordenó a Castillo su marcha para San Luis y le envié las instrucciones de todo lo que le tocaba ejecutar en el proyecto de ataque que en contra de Zacatecas había formado”.

Según advierte la reseña, los correos que transmitieron las órdenes a que se refiere llegaron a su debido tiempo y el general Castillo pudo moverse de Allende sin recursos, puesto que esta plaza no le podía ministrar ni aún lo necesario para mantenerse en ella, tanto más cuanto que sabía que el camino que iba a emprender estaba, si no enteramente provisto, por lo menos no vació de los víveres indispensables que para seguir su marcha necesitaba. Agrega Carlos Miramón:

---

<sup>10</sup> Coronel Carlos Miramón *Diario de Campaña Querétaro, 1867*, en *Historia Mexicana*, México (El Colegio de México), número 25, Julio-Septiembre, 1957, pp. 124-140, Vol. VII, Julio, 1957-Junio, 1958. Esta importantísima fuente debida a la pluma de Carlos Miramón, testigo presencial y protagonista de los sucesos de que se ocupa, aunque fue hecha pública por la revista *Historia Mexicana* de El Colegio de México hace más de medio siglo, ha sido prácticamente pasada por alto. De ahí mi interés de utilizarla y aprovechar lo conducente. Por lo demás, según informa don Ignacio Manuel Altamirano, testigo presencial del Sitio de Querétaro y protagonista del mismo con el grado de coronel, el Diario aquí citado fue de su propiedad: “...Poseo el Diario manuscrito y original de las operaciones militares de Querétaro que llevaba escrupulosamente el coronel Miramón, juntamente con los planos de las batallas que se dieron, entre los que figura el de la célebre del 27 de abril, perfectamente formado por los ingenieros imperialistas, cuyos documentos inéditos debo a la amistad del señor licenciado Manuel Lombardo, hermano político del general Miramón, que tuvo la bondad de regalármelos”. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas II*, México, SEP, 1986, pp. 260-261.

Siento sobremanera descender a estas explicaciones porque el nombre del general Castillo es para mí digno de profundo respeto; fue mi coronel al entrar yo en el servicio de las armas, y las finezas y atenciones que de él recibí y he recibido me obligarían a no entrar en este análisis que tal vez deba mortificarlo. Pero la verdad histórica de estos sucesos, por una parte, y por la otra la memoria del general mi hermano, hollada por la pérfida pluma del príncipe Salm-Salm, me estrechan muy a mi pesar a entrar en pormenores con los cuales lastime la susceptibilidad del general Castillo, a quien juzgo directamente culpable de la derrota que sufrieron las tropas que iban al mando inmediato de mi hermano en la penosa jornada de San Jacinto.<sup>11</sup>

Don Ignacio Alvarez, un abogado que era buen amigo de los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía y estuvo al lado del Macabeo desde Zacatecas –enero de 1867– hasta el fusilamiento del militar en el Cerro de las Campanas –junio de 1867– sin carácter oficial alguno, atestiguó igualmente todas las peripecias de los episodios finales del Imperio.

Sobre el ataque a Zacatecas para capturar a Juárez, Alvarez dice que tal pensamiento de Miramón “era uno de aquellos rasgos muy propios de su genio militar, era atrevido y arriesgado; pero si correspondía a su ejecución, indudablemente que habría sido un triunfo de incalculable importancia para el Imperio”. Agrega que la fuerza republicana en Zacatecas ascendía a más del doble que la de Miramón en hombres y artillería y que disfrutaba de “formidables posiciones militares”; que Juárez, “no gustando jamás de poner en peligro su persona”, quiso salir de la ciudad al saberse la proximidad de Miramón, y señala que a pesar de todo Miramón se apoderó de la plaza y que “Juárez huyó precipitadamente”.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> *Ibidem*

<sup>12</sup> Ignacio Alvarez, *Estudios Sobre la Historia General de México*, Zacatecas, Imprenta Económica de Timoteo Macías a cargo de Norberto Raigosa, Tomo VI, 1877, pp. 380-394. Sin duda ésta es también una importante fuente primaria poco utilizada por los estudiosos para referir o explicar muchos de los acontecimientos del Segundo Imperio y del Sitio de Querétaro.

Cuenta don Ignacio –en coincidente relato con el coronel Miramón– que a pesar de lo desventajoso de su posición y su marcada inferioridad numérica al abandonar Zacatecas, el general Miramón sostuvo con éxito durante algún tiempo la retirada en orden de su pequeña columna frente al masivo acoso de las fuerzas republicanas. Sin embargo fue alcanzado en San Jacinto por Escobedo y la derrota fue total. Anota luego que éste manchó su triunfo con la muerte, “a sangre fría”, de 190 gendarmes franceses que se habían unido a Miramón como voluntarios en el momento de salir del país la fuerza expedicionaria de Bazaine, así como con la ejecución, el 8 de febrero, del general Joaquín Miramón, hermano de Miguel, a pesar de hallarse gravemente herido.<sup>13</sup>

El presidente Juárez fue el que ordenó a Escobedo el fusilamiento de Joaquín Miramón: “He recibido su grata del 6 del corriente –respondió don Mariano a una carta de don Benito–, en que me dice la resolución que se ha tomado respecto a Miramón. Está usted seguro de que esta vez, como siempre, serán obedecidas las ordenes del gobierno”.<sup>14</sup>

Los republicanos aplicaron dos cañones de carabina sobre la nuca de cada francés y a continuación hicieron fuego. La matanza se realizó en grupos de diez hasta completarla.

La misma suerte corrió Joaquín Miramón; le destrozaron el cráneo a balazos y el cuerpo fue atravesado por treinta proyectiles. Explotaban así los odios, rencores y resentimientos hasta el extremo de la más refinada crueldad que ha caracterizado las guerras civiles, en donde no hay piedad para nadie.<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 395.

<sup>14</sup> Benito Juárez, *Discursos, Documentos y Correspondencia*, Anexo a la carta en que Escobedo informa a Juárez de la muerte de Ignacio Herrera y Cairo, México, Editorial Libros de México, 1974, pp. 767-768.

<sup>15</sup> Manuel Rivera Cambas, *Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo*, México, Tipografía T. González Sucesores, Betlemitas número 2, 1895, Tomo III, p. 480

Sobre las características del soldado nacional y la malhadada batalla de San Jacinto, el artillero Manuel Ramírez de Arellano, de amplios conocimientos militares según ha quedado establecido, reflexionó tiempo después:

El mexicano a quien se hace soldado por la fuerza cuando es necesario reclutarlo o aumentar el Ejército, por su naturaleza es capaz de todo, excepto de batirse en retirada, operación militar de las más difíciles y que no puede emprenderse sino después de una larga práctica, con una instrucción completa y obedeciendo a una severa disciplina. El soldado mexicano vale por diez cuando se trata de tomar la ofensiva o de defender una plaza; pero no es lo mismo cuando se trata de quedarse a la defensiva o de combatir a campo abierto. Miramón, el primer general del país, poseía el secreto de aumentar el valor de sus tropas pero a condición de tomar atrevidamente la ofensiva, conforme a su carácter. Así es que siempre, con dos o tres mil hombres, batió a doce o quince mil enemigos. Solamente que cuando este mismo general ha visto fallar sus combinaciones militares por la impericia de quienes debían secundarlas, es raro el que no haya sido derrotado por sus adversarios que le han alcanzado durante su retirada. De los tres desastres que tuvo en su brillante carrera militar, dos, el de Silao y el de San Jacinto, tuvieron lugar durante una retirada, y el brillante éxito que obtuvo en Zacatecas algunos días antes no pudo ni aun atenuar los efectos de la última de esas derrotas.<sup>16</sup>

Mucho se ha especulado sobre las verdaderas razones que orillaron finalmente a Maximiliano a enfilarse rumbo a la ciudad de Querétaro en el segundo mes de 1867, lo que significó a la postre el derrumbe del trono después de un prolongado y penoso sitio. En lo personal y tras analizar diversas hipótesis que surgen del repaso de las fuentes, considero que esta decisión obedeció no solamente a una sino a varias razones que se complementan entre sí.

Profundamente desalentado tanto por la derrota de Miramón en San Jacinto como por el irrefrenable avance republicano y la aguda escasez de dinero

---

<sup>16</sup> Manuel Ramírez de Arellano, *Últimas Horas del Imperio*, Obra escrita por el general... México, Tipografía Mexicana, Calle de Donceles número 26, 1869, pp. 46-47.

que, en conjunto, auguraban tiempos peores, el Emperador escribió el 9 de febrero una larga carta en ese sentido a don Teodosio Lares, presidente del Consejo de Ministros, en la que también le solicitaba con urgencia su punto de vista encaminado a destrabar tan aguda crisis, bajo la premisa de tomar en cuenta en primera instancia “el bien y la prosperidad del pueblo mexicano con entero desprendimiento de todo interés político y personal”.

En su respuesta del día siguiente, don Teodosio externó a Maximiliano que el pensamiento inicial del ministerio había sido el de dimitir, pero que como el Emperador había decidido permanecer en el trono tras una reciente junta en que se trató tal asunto, el deber de aquel cuerpo era permanecer junto al Soberano, que el ministro consideraba “que en la extremidad a que nos ha reducido el gobierno francés, sólo el completo exterminio de uno de los adversarios puede asegurar la victoria del otro y restablecer la paz. Nosotros tenemos por deber que permanecer cerca del trono y compartir con Vuestra Majestad todas las amarguras del presente y todas las incertidumbres del porvenir”:

Debemos ante todo evitar a la capital –continuaba Lares– las calamidades de un sitio y los horrores del asalto; hay, pues, que ir a intentar en otra parte la solución; en *Querétaro por ejemplo*, donde el Imperio cuenta todavía con numerosos partidarios. Concentrando allí el mayor número posible de tropas regulares a las órdenes de los generales más distinguidos y más leales, a fin de constituir un ejército respetable, convendría que Vuestra Majestad tomase el mando en jefe para reprimir las rivalidades y preferencias inevitables entre nosotros cada vez que se hallan en contacto dos o más oficiales del mismo grado.<sup>17</sup>

Según puede deducirse, don Teodosio Lares habría sido quien instó a Maximiliano a concentrarse en Querétaro, tomar el mando en jefe para evitar rencillas y librar una batalla decisiva que determinara “el completo exterminio de uno de los adversarios”.

---

<sup>17</sup> Carta del Emperador Maximiliano al ministro Teodosio Lares y respuesta de éste al Emperador, 9 y 10 de febrero de 1867, respectivamente, en José María Vigil, *México a Través de los Siglos*, México, Editorial Cumbre, S.A., 1985, Tomo X, p. 348. (Cursivas en el original)

Ahora bien, considerar a Querétaro como punto de partida para abrir una campaña, no parecía del todo descabellado, si se toma en cuenta que allí se entrelazaban los caminos más importantes del norte y del oeste que previamente deberían capturar los republicanos para hacerse del centro del país. Sin embargo, tal plan sólo tendría éxito si se actuaba con rapidez y se batía separadamente a los diversos cuerpos republicanos. Dejar que se unieran para que luego pudieran hallarse en condiciones de imponer un sitio en toda forma a la plaza, tal y como ocurrió, constituyó un gravísimo error que terminó por derribar al Imperio.

Por su parte, don Ignacio Alvarez, testigo de los acontecimientos, explica bajo un ángulo diferente la precipitada marcha del Emperador en compañía del general Márquez:

Al llegar a Querétaro –escribe–, el general Miramón fue instado vivamente por algunas personas para que desconociera al Emperador y, puesto a la cabeza del Ejército, se declarara el jefe supremo de la nación. Puede ser que algunas personas desconfiaran de la sinceridad del Emperador en su cambio de política en vista de todo lo que pasó con el gobierno del Imperio (por la política liberal que siguió Maximiliano, convencido de atraerse a ese sector para que colaborara con su gobierno. Sin embargo, en resumidas cuentas los liberales radicales continuaron como enemigos irreductibles de la monarquía y en cambio el Emperador decepcionó a los conservadores y terminó malquistándose con ellos, aunque la mayoría siguió apoyando a su régimen) y de buena fe aconsejaron eso a Miramón; otros tal vez secundaban las miras de los liberales para introducir así la división en las personas que trataban de contener el derrumbamiento del trono; pero cualquiera que fuese el punto de partida de aquellas sugerencias, el hecho es que el general Miramón las desechó de plano con una lealtad honrosa; agradeció los conceptos vertidos acerca de su persona, pero les dijo que él había prometido defender la causa imperial hasta el último momento.<sup>18</sup>

Márquez y Lares insistieron e instigaron para que Maximiliano optara por Querétaro y tomara el mando del Ejército con el fin de nulificar a Miramón. De este

---

<sup>18</sup> Alvarez, *Op. Cit.*, Tomo VI, pp. 397-398.

modo la influencia de Márquez sería decisiva sobre el Emperador y en acciones trascendentales que a la larga resultarían funestas al propio Soberano.

Arellano escribió su crónica de los postreros meses de la monarquía atribuyéndole al general Leonardo Márquez incluso innobles propósitos de venganza por el destierro simulado a que lo sometió el Emperador cuando éste dispuso, al igual que en el caso de Miramón, su salida del país para que ambos no constituyeran un obstáculo en su política de reconciliación que, como es ampliamente sabido, fracasó en toda la línea. De ahí que Arellano considerara a Márquez francamente como sujeto de traición.

Arellano redactó este libro –que fue el último que publicó como tal– cuando ya había roto la amistad con Márquez, al percatarse de las casi nada sutiles intrigas y maniobras de que don Leonardo hacía víctima a Miguel. Manuel dice: “Durante este último período la voluntad de Márquez fue omnipotente y más de una vez sus opiniones prevalecieron sobre las de Maximiliano y de sus generales”.

Es posible que Márquez, hombre en extremo valiente y de indudable capacidad militar, no haya podido superar mentalmente el éxito, los triunfos y la avasalladora popularidad de Miramón. La envidia y el resentimiento, siempre malos consejeros, seguramente turbaron el ánimo de Márquez y le llevaron a una enemistad inextinguible con Miramón que derivó en la adopción por don Leonardo de una serie de medidas que resultaron fatales para él y para todos los defensores del Imperio.

Seguramente Maximiliano decidió irse a Querétaro para evitar un sitio a la ciudad de México, tomar el mando del Ejército y frenar una deslealtad de Miramón, que naturalmente nunca ocurrió. Y así, el 13 de febrero de 1867, Maximiliano salió por la garita de Vallejo y abandonó para siempre la capital.

## El cerco definitivo

Cuatro días después, 17 de febrero, en San Juan del Río, anunció que tomaba “el mando de nuestro Ejército” y que se hallaba en condiciones de seguir “mis pensamientos de bueno y fiel patriota”; que “nuestro deber como leales ciudadanos nos obliga a combatir por los principios más sagrados del país; por su independencia, que se ve amenazada por hombres que en sus miras egoístas quieren negociar hasta con el territorio nacional, y por el buen orden interior que vemos cada día más ofendido de la manera más cruel para nuestros compatriotas pacíficos”.<sup>19</sup>

El 19 de febrero Maximiliano, Márquez y Santiago Vidaurri arribaron a Querétaro, en donde se representaría el último acto del drama. El día 22, procedente de Michoacán, llegó el general Ramón Méndez.

La población queretana, conservadora por tradición, vivió durante el sitio situaciones muy complejas y de profundo dramatismo. Los “mochos” –como popularmente eran conocidos los miembros y simpatizantes del partido conservador–, eran mayoría en Querétaro. “Reacios a las instituciones liberales, muchos de sus miembros secundaron los diversos pronunciamientos armados registrados entre 1857 y 1864; posteriormente apoyaron el proyecto monárquico y la intervención francesa que lo sostuvo”.<sup>20</sup>

La ciudad queretana se caracteriza por sus numerosas iglesias, conventos, cúpulas y torres con un majestuosos acueducto que le da un aire de gran señorío. La posición geográfica es clave en el centro de la república, es punto de intersección, pero elegirla para defensa es táctica militar errónea, pues es fácil cercarla.

---

<sup>19</sup> Manuel Rivera Cambas, *Op. Cit.*, p. 525.

<sup>20</sup> Blanca Gutiérrez Grageda, *Querétaro Devastado. Fin del Segundo Imperio*. Instituto Electoral Queretano, Universidad Autónoma de Querétaro, Serie Historia, México, 2007, p.14.

En días previos al sitio la población vivía tranquilamente su cotidianidad y hasta se daba el lujo de concurrir a representaciones teatrales “El teatro es bueno; no faltan lindas mujeres y numerosos uniformes. Se presentaron algunas piezas traducidas del repertorio francés”, y “la alameda, bello paseo donde el Emperador se presentaba algunas veces, era frecuentado por brillantes jinetes, así como por las mejores familias de provincia”.<sup>21</sup>

Conforme la ciudad se iba preparando para el largo y desastroso encuentro, las tropas del Ejército liberal de Ramón Corona, Mariano Escobedo y Nicolás Régules iban cercando y cerrando el acceso y salida a la ciudad.

Por su parte, las tropas imperiales se aglutinaban y reorganizaban en la ciudad; entre las tropas del general Méndez venía el joven subteniente Alberto Hans, autor de un valiosísimo testimonio.

Los establecimientos conocidos bajo el título más o menos legítimo de fondas francesas, estaban llenos de oficiales poco cuidadosos del porvenir, enemigos del silencio pero amigos del juego, que probaban fortuna jugando al ‘monte’, dice Hans. “Por esta causa se veía a tantos oficiales jóvenes asistir con edificante devoción a las misas en las mañanas y hacer el oso por las tardes debajo de los balcones.”<sup>22</sup>

En los primeros días de marzo, el enemigo se aprestó al ataque por el camino de Celaya y de San Luis, pero los imperiales no recibieron la orden de atacarlo como era lo indicado, y Alberto Hans afirmó:

[...] fue una gran falta, como se verá más tarde. Los republicanos no nos atacaron inmediatamente y se aprovecharon de nuestra indecisión (la indecisión es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias). Y más adelante señala: Miramón y Arellano aconsejaban al Emperador atacar vigorosamente para acabar de una vez; pero su influencia sobre el ánimo del Soberano estaba lejos de igualar a la del general Márquez, jefe de Estado Mayor. El

---

<sup>21</sup> Alberto Hans, *Querétaro. Memorias de un Oficial del Emperador Maximiliano*, México, Editora Nacional, S.A., 1956, colección económica, No. 136, p. 45.

<sup>22</sup> *Ibidem*

Emperador tenía una fe ciega en la experiencia de este último, que gracias a su influencia y a su posición era el verdadero general en jefe y rehusaba atacar.<sup>23</sup>

El Emperador estableció su cuartel general en el Cerro de las Campanas (más tarde lo pasó al convento de La Cruz), por ser éste la parte más alta y que le permitía la vigilancia y cuidado del enemigo en un área panorámica e inigualable. “En el Cerro de las Campanas se reunían muchas veces el Emperador, Miramón Márquez, Mejía, Méndez, Castillo y Arellano para observar al enemigo y tratar negocios diarios”<sup>24</sup>. Hans comenta que el Emperador visitaba todas las mañanas las líneas, y que al verle, los soldados corrían a tomar las armas y le hacían los honores con entusiasmo. “Acostumbraba detenerse ante el primer soldado que se le ocurría, interrogarle y preguntarle si el sueldo, el café y los víveres habían sido distribuidos, y si no, encargaba al general Márquez reprender severamente al jefe del cuerpo que desatendía á sus soldados. Estos últimos nada comprendían de semejante conducta; jamás habían estado mejor tratados”.<sup>25</sup>

El oficial del Imperio plasma en sus memorias que vio la victoria imperialista con todas sus ventajas, pero que nunca “había podido sospechar que algunas semanas después, el destino conduciría, a ese mismo Cerro de las Campanas, a ese noble Emperador, a ese valiente y hermoso soldado que se llamaba Miramón, a ese famoso general indio Mejía, para que allí recibiesen una muerte espantosa”.<sup>26</sup>

En sus memorias no titubea en señalar a Márquez como el causante en parte de la derrota, por mala suerte o por vacilaciones, y que “debía ser el único que escapara a la venganza de nuestros implacables enemigos”.<sup>27</sup>

---

<sup>23</sup> *Loc. Cit.*, p. 68

<sup>24</sup> *Loc. Cit.*, p. 69

<sup>25</sup> *Loc. Cit.*, p. 69

<sup>26</sup> *Loc. Cit.*, p. 70

<sup>27</sup> *Loc. Cit.*, p. 70

Respecto a Arellano, el oficial francés reconoce que era “la inteligencia personificada, que iba a ser tan célebre entre nosotros por sus milagros de audacia y de habilidad para resistir a los republicanos y para escaparles dos veces con una rara fortuna”.<sup>28</sup>

El largo sitio que duró 72 días resultó extremadamente penoso para la población civil, la cual se convirtió por las circunstancias en víctima por doble partida de sitiados y sitiadores. No es el objetivo de este estudio explicar paso a paso los pormenores del Sitio, tema que sin lugar a dudas daría materia para historiarlo en forma especial y constituiría un trabajo por sí solo; sin embargo, deseo referirme a unas escenas impactantes que narra Hans, que nos dan un reflejo del sufrimiento de los inocentes civiles queretanos que quedaron bajo dos fuegos, dos ideologías, dos pugnas políticas, y a los que la muerte, la desolación y el hambre los estranguló.

Nuevamente las memorias de Alberto Hans, constituyen valiosa información para reconstruir ese pasado: “A partir del 5 de mayo, los sitiadores, comprendiendo que no podían tomar la plaza a viva fuerza y conociendo nuestra desastrosa situación, renunciaron a intentar nuevos ataques. Se contentaron con estrechar todavía más el Sitio, calculando que nos cogerían por hambre si alguna vigorosa salida no nos permitiera evacuar Querétaro”.<sup>29</sup>

Mariano Escobedo conectó por medio del telégrafo a su cuartel general con todos los puntos de sus líneas, de tal manera que advertía cualquier movimiento de los imperiales. Los republicanos asediaban con fuego continuo a la población, que causó estragos y desgracias a los habitantes.

---

<sup>28</sup> *Loc. Cit.*, p. 72

<sup>29</sup> *Loc. Cit.*

Cuenta Hans en su obra:

Me acordaré siempre de una escena espantosa de que fui testigo en una de las calles que conducen a la Cruz.

Una batería enemiga, situada al pie del acueducto, trataba sobre nuestros ingenieros que trabajaban a la izquierda del convento; cuando sus balas no se amortiguaban contra las obras que se elevaban, rebotaban y enfilaban a la calle de que acabo de hablar, calle que yo recorría tan rápidamente como me lo permitían las patas de mi caballo.

Varias de esas pobres mujeres llamadas soldaderas, corrían a llevar de comer a sus maridos, acuartelados en el cuartel general.

De repente oigo llegar una bala como un rayo, silbando más terriblemente que las demás, y dos de las desgraciadas mujeres caen mutiladas. Yo me acerqué. Una tenía la pierna izquierda hecha pedazos, la otra había recibido en el hombro la misma bala que acababa de rebotar. La primera estaba sin sentido; la segunda me pidió un confesor; 'no es el plomo el que mata, sino el destino el que hace morir'. Más de una vez tuve motivo en Querétaro para asegurarme de esta verdad.<sup>30</sup>

Los elementos para la derrota de Querétaro iban acorralando a los imperialistas: primero fue un grave error encerrarse en una ciudad sin acopiar víveres ni forrajes, de lo cual era responsable Márquez; circunstancia que el ejército sitiador no sufrió; el aislamiento del Ejército Imperial, el pesimismo, el hambre, las deserciones de las últimas semanas, la falsedad y contradicciones de las noticias, la desesperanza del arribo de Márquez, del que no se tenía noticia luego de haber sido comisionado para ir a México por refuerzos, las bajas, los heridos, en una palabra la espantosa miseria.

Al inicio del asedio los imperialistas sumaban 9,000 hombres contra 18,000 republicanos, y los sitiados contaban con cuarenta cañones y los liberales 60; en

---

<sup>30</sup> *Loc. Cit.*, p. 167

las últimas semanas las fuerzas republicanas habían alcanzado 35,000 hombres y cien cañones y el ejército imperial no rebasaba ya los 5,000 efectivos.

En circunstancias tan adversas es cuando crece el ingenio de Ramírez de Arellano de mantener la producción de municiones con escasos recursos y a pesar del cañoneo intenso sobre la maestranza. Diversas fuentes reconocen este esfuerzo militar y confirman que gracias a la inventiva de Arellano el Sitio se sostuvo hasta el último momento.

La adversidad tendía su manto sobre la monarquía y las líneas republicanas aplicaron movimientos tácticos que terminaron por circundar la plaza. Las fuerzas de Escobedo cerraban prácticamente todos los accesos de salida o entrada a Querétaro y los diversos ataques fueron incesantes con humeantes descargas de fusilería y proyectiles de cañón que ennegrecieron la tradicionalmente límpida atmósfera queretana. Los sitiadores se lanzaron bravamente al ataque y se escucharon los ayes de dolor y el ininterrumpido tronar de la metralla; el olor a pólvora enrareció el ambiente y lo tornó irrespirable. El fragor de la batalla y el fuego persistente produjeron horas de sufrimiento, de dolor y de muerte en ambos bandos.



General Manuel Ramírez de Arellano en uniforme de gala y luciendo en el pecho todas sus condecoraciones, entre las que destaca la Orden de Guadalupe (Documentos Gráficos Para la Historia de México, vol. II).

## CAPÍTULO 7

### RESENTIMIENTO Y TRAICIÓN

*Resueltos, valientes, sin ilusiones, buscaban  
como gladiadores del circo imperial una  
actitud para sucumbir en el mundo; casi todos  
ellos supieron luchar y muchos supieron morir.  
La justicia y la historia los han ejecutado;  
paz a sus sombras, respeto a la tierra en que  
yacen; es la tierra bendita de la patria;  
su muerte los reconcilio con su madre;  
son mexicanos.*

Justo Sierra

#### **En un sitio sin precedente**

Querétaro era, por muchas razones, una plaza indefendible, una trampa mortal, y esta opinión era compartida por muchos jefes imperialistas, que se subordinaron a todos los planes, acciones, indecisiones y torpezas más por lealtad que por convencimiento militar. Así, el coronel Carlos Miramón afirmó en su Diario:

La Ciudad de Querétaro, punto de reunión del Ejército Imperial, es la peor plaza militar que en el país pueda existir para hacer una defensa severa y rigurosa. Su mala posición topográfica, que le hace estar rodeada de elevadas montañas que la dominan, la pobreza de sus habitantes, el pequeño río que la atraviesa, vadeable en diferentes lugares sin dificultad alguna, y las reducidas tropas que teníamos para hacer nuestra defensa, daban a conocer desde luego la dificultad de ésta y lo dificultoso del plan militar que había elegido a Querétaro como el lugar más estratégico en donde debía sostenerse la honra del Imperio en las agonías de muerte que desde entonces el gobierno imperial presentía.<sup>1</sup>

En coincidente punto de vista, el príncipe Salm-Salm, también protagonista de los hechos, tras anotar que aquella urbe contaba en 1867 entre cuarenta y cincuenta mil habitantes, asevera que Querétaro “es el peor lugar del mundo para

---

<sup>1</sup> Coronel Carlos Miramón, *Querétaro, Op. Cit.*, pp.221-226.

defender, pues desde los cerros que lo rodean se puede alcanzar cualesquiera casa a tiro de cañón.<sup>2</sup>

La situación se tornaba día a día más difícil para los sitiados, y muy lejos se sentía en el ánimo de sus habitantes aquella entrada triunfal de Maximiliano y el júbilo desbordante de sus habitantes cuando “se apiñaba una multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiastas; no había ventana, ni balcón, ni puerta que no ostentara cortinas y banderolas, y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían palmas al paso del soberano y de su comitiva. Por último, por el aire volaban millares de hojas en las que se leía un himno dedicado a Maximiliano”.<sup>3</sup>

Por otra parte, el coronel Ramírez de Arellano, muy inclinado como ya se ha visto a la escritura política e histórica a través de arengas cívicas, discursos en ceremonias conmemorativas, crónicas de campaña, proclamas y manifiestos, alocuciones ante tribunales, traducciones y en general todo aquello que implicara refinamiento intelectual, se dio en Querétaro a la inmediata tarea, independientemente de sus deberes militares, de publicar un órgano informativo al que se denominó *Boletín de Noticias*, destinado a convertirse en portavoz de las fuerzas imperiales en todo género de asuntos, y del que alcanzaron a salir trece ejemplares, esto es del 23 de febrero al 9 de mayo de 1867, con una anunciada intención de periodicidad trisemanal, aunque esto fue irregular por las vicisitudes propias del Sitio. La publicación aparecía los martes, jueves y sábado, con algún número extraordinario si la ocasión lo ameritaba. Las leyes y disposiciones oficiales se convertían en obligatorias por el sólo hecho de aparecer publicadas. Su precio era de seis centavos y los ejemplares estaban a la disposición del público en la librería del señor Castro, en la calle del Hospital. La imprenta estaba a cargo de Víctor Guillén, en la calle Flor Baja número 1. Por lo demás, resulta

---

<sup>2</sup> Félix de Salm-Salm, *Mis Memorias Sobre Querétaro y Maximiliano*, obra traducida del inglés por don Eduardo Gibbon y Cárdenas, México, Tipografía de Tomás F. Neve, Santa Clara y Cinco de Mayo, 1869, pp. 51-52.

<sup>3</sup> José Luis Blasio, *Maximiliano Intimo, Memorias de un Secretario Particular*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París, 23 Rue Visconti, México, Cinco de Mayo 14, 1905, 478 p. 322

claro que Arellano no redactó él solo el periódico, sino que tuvo colaboradores que, sin embargo, quedaron anónimos para la posteridad.<sup>4</sup>

Don Fernando Díaz Ramírez consideraba este acervo como “la joya más valiosa” de la hemerografía queretana. “Habrá dos o tres, y ya es mucho afirmar, colecciones completas”, advertía Díaz Ramírez.

El contenido de este *Boletín* arroja nueva luz de los sucesos ocurridos en Querétaro durante el Sitio tanto en lo militar como en la conducta, palabras y pensamiento de los actores principales, así como de la participación y drama de la población queretana. En el *Boletín* se aprecia en cada línea la fe, el coraje y el esfuerzo por no sucumbir. En sus páginas se encuentran mensajes edificantes y amenazadores, notas optimistas, mentiras premeditadas y verdades exaltadas, cartas del Emperador, alocuciones de los principales jefes conservadores, noticias de los alrededores, honras fúnebres, notas de periódicos de la capital, etc. Así pues, el *Boletín* constituye una excelente fuente de información.

Ahí se narran de una forma muy pormenorizada cuatro batallas que fueron decisivas durante el Sitio: las del 14 y 24 de marzo y las del 1º y 27 de abril, de las que los conservadores hacen un balance positivo para sin duda favorecer psicológicamente a su causa. No es objetivo de este trabajo analizar en detalle el interesante contenido del *Boletín de Noticias*, pero sí dejar constancia de las actividades tan diversificadas del coronel Arellano en su afán de lucha con todos los medios a su alcance e inventiva para defender la causa conservadora, que tenía perfectamente clara, frente al enemigo: liberales-republicanos y yanquis en connivencia, a quienes consideraba responsables de la mutilación territorial de México y del grave daño político, económico y social del país.

---

<sup>4</sup>*Boletín de Noticias: Testimonio de un Imperio, Documentos Facsimilares*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 1998. Don Ramón del Llano Ibarra publicó el facsimilar de la colección completa después de una acuciosa y paciente investigación; la localizó íntegra en fotocopia en la biblioteca del Congreso del Estado de Querétaro.

Incansable en la multiplicación de sus actividades, el coronel Arellano también se dio tiempo para escribir y publicar en esos días un folleto en el que rápidamente pasaba revista de la vida de Joaquín Miramón –con quien igualmente había entablado amistad muchos años atrás–, fusilado el 8 de febrero de 1867, después de la Batalla de San Jacinto, en la que fue derrotado su hermano Miguel.

Arellano escribió que la larga lucha fratricida había degenerado en un punto que implicaba “la existencia o la muerte de esta fatigada sociedad”, y que “los juaristas, que bajo el grito de libertad se abandonaban a los excesos más vergonzosos”, no tenían en común con los antiguos republicanos “que llevaron al cadalso al Libertador de México”, más que la ejecución del asesinato, pues éstos por lo menos “obraban al impulso de halagüeñas teorías de su gobierno”, mientras que los republicanos de Juárez sólo cedían “a los instintos del pillaje y del asesinato que sella todos sus actos”<sup>5</sup>. De no haber podido escapar Arellano de Querétaro al concluir del Sitio, sin duda su fin hubiera sido un cadalso similar.

Casi al término de su escrito, enfatizaba que si alguien se había portado magnánimo en el triunfo era precisamente Miguel Miramón, el hermano de la víctima, que siempre respetó la vida de millares de prisioneros en sus pasadas campañas y les brindó toda clase de garantías, y que entre los beneficiarios de tal conducta se hallaban “los principales generales y corifeos de las masas demagógicas” que en determinados momentos fueron cautivos del Macabeo, como Santos Degollado, Felipe Berriozábal, Justo Alvarez y otros muchos. “Los cabecillas del partido antinacional –remataba el coronel su documento– han correspondido asesinando al hermano del General a quien debían mayores pruebas de clemencia... Nosotros trazamos estos lúgubres renglones, legándolos

---

<sup>5</sup> Manuel Ramírez de Arellano, Comandante General de Artillería del Ejército Mexicano, *Apuntes Biográficos del señor General de Brigada D. Joaquín Miramón, Asesinado por los juaristas en la Hacienda de Tepetates el día 8 de febrero de 1867*, Querétaro, Tipografía de Mariano Rodríguez Velázquez, Calle de los Locutorios número 6, 1867, 10 p., pp. 3-4

a la historia de México como una mancha indeleble de los cobardes asesinos del General D. Joaquín Miramón”.<sup>6</sup>

En el Orden de Batalla del Ejército Imperial quedó el Coronel Manuel Ramírez de Arellano como Comandante General de Artillería, que en pleno sitio y después de la batalla del 24 de marzo, sería ascendido por el propio Emperador Maximiliano a General de Brigada.

Por el lado republicano, el Ejército estaba bajo el mando supremo del general Mariano Escobedo, acompañado por Jerónimo Treviño, Sóstenes Rocha y Ramón Corona, que fue designado el segundo al mando. Dicho ejército, con cuarenta mil hombres y cien cañones al final del Sitio, entablaría terribles combates con el Ejército Imperial más con valor que con estrategia de sus jefes.

Las escisiones en el campo imperial salían a relucir un día sí y otro también, y aunque nominalmente el Emperador conservaba el mando supremo, el Jefe del Estado Mayor era Leonardo Márquez y con tal disposición Miramón quedaba subordinado a éste. ¿Miramón bajo Márquez? ¡Jamás! Era inaceptable para Miguel:

Dirigió inmediatamente al Emperador –cuenta Arellano, quien fue el que la redactó, así como una posterior– una carta en la cual le decía que por fidelidad a su persona y por patriotismo tomaría parte en la primera batalla que se diese a las tropas republicanas; pero que después de esa batalla pedía ser relevado desde luego del mando del cuerpo del ejército de infantería, pues sus antecedentes y su dignidad no le permitían servir a las ordenes de Márquez.<sup>7</sup>

A Maximiliano no le quedó otra que dejar establecido que Márquez sólo sería un transmisor de instrucciones o intermediario entre Miramón y él. Y aunque este asunto se resolvió, la crudeza de la profunda división entre los dos hombres

---

<sup>6</sup> *Ibidem* p. 7-8.

<sup>7</sup> Ramírez de Arellano, *Últimas Horas...* , p.32

más importantes de las filas imperiales se reflejaría más adelante en la toma de decisiones clave para el avance o triunfo de las fuerzas imperiales, y a la larga se traduciría en un elemento más para cavar la tumba del Imperio.

En todas las juntas de generales imperialistas bastaba que Miramón opinara o propusiera tal táctica o estrategia para que Márquez, que gozaba de preponderancia en el ánimo del Emperador, la bloqueara o se opusiera, con funestas consecuencias para los sitiados. Sobre este punto, el coronel Carlos Miramón, testigo presencial y fuente de excepcional importancia en estos acontecimientos, escribió lo que sigue en relación a la estrategia pretendida por su hermano Miguel frente a Escobedo y Corona: “Su idea perpetua y constante fue la de batir en detalle y antes de que pudieran reunirse a estos dos cuerpos de ejército, según las reglas del difícil arte militar...”<sup>8</sup>

Pero don Leonardo siempre se opuso a todo lo que viniera de su rival, y lo confirma así Carlos Miramón: “Reprobó las solicitudes de mi hermano únicamente por vengar en él las rencillas personales que no habían tenido otro fundamento que la severidad y la energía que el general Miramón desplegó en la época de su gobierno para no dejarse burlar de Márquez ni permitir por más tiempo la serie de desmanes que en Guadalajara este jefe cometió”.<sup>9</sup>

Esa mortal inacción pregonada por Márquez permitiría a las tropas de Escobedo aprovechar víveres y forrajes que los imperiales necesitaban de las haciendas de los alrededores de Querétaro, y con tranquilidad y eficacia los republicanos cerraron totalmente el cerco de la ciudad.

A su vez, el abogado don Ignacio Alvarez, testigo de estos hechos, que compartía la mesa diaria con el Ministro de Justicia, don Manuel García Aguirre, y se movía con entera libertad en el círculo más cercano a Maximiliano, afirma que

---

<sup>8</sup> Coronel Carlos Miramón, *Querétaro...*, pp. 221-236

<sup>9</sup> *Ibidem*

para el Emperador “lo que hacía más grave la situación y presentaba mayores dificultades era uniformar la opinión de sus principales generales, que en mi concepto fue la causa de la prolongación de aquel sitio [...]”<sup>10</sup>

Redondea todo este asunto la afirmación del coronel Arellano, pues refiere que Márquez “influyó secretamente” en el Emperador para que no se tomase la ofensiva propuesta por Miramón. “El enemigo se había reunido –escribe– y el Ejército Imperial estaba al fin paralizado, sin preparativos de defensa, sin municiones para resistir un sitio, sin víveres, sin forrajes, sin dinero y sin fortificaciones.”<sup>11</sup>

Al oponerse Márquez a Miramón en forma sistemática, por traición deliberada como argumenta Arellano, o por inextinguible animosidad contra Miguel, dejó prácticamente a la plaza en estado de indefensión. Las fortificaciones a marchas forzadas no fueron las suficientes, pero las que se lograron construir bajo esas circunstancias constituyeron poderosas líneas defensivas de trincheras y parapetos, tanto en el interior de la ciudad como en la periferia.

Del 22 de febrero al 6 de marzo transcurrieron doce días de inactividad que resultaron fatales, y cuando se le cuestionó el asunto a Márquez, éste guardó un elocuente silencio. En otras palabras, los republicanos frente a Querétaro gozaban de plena libertad de movimientos tanto para decidir su estrategia como para hacerse cada vez más de recursos y engrosar sus filas. La situación de los sitiados era exactamente al revés, Los recursos de dinero y soldados que pudiera recibir el ejército de Querétaro –anota don Niceto de Zamacois– debían ser, en consecuencia, muy pocos, toda vez que no estaba en campo abierto para reclutar gente y alcanzar numerario sino de las cuatro ciudades que conservaba el Imperio. Zamacois se refiere a México, Puebla, Veracruz y el propio Querétaro:

---

<sup>10</sup> Alvarez, *Estudios Sobre la Historia...*, p. 408.

<sup>11</sup> Ramírez de Arellano, *Ultimas Horas...* p. 42.

Lo contrario sucedía con los republicanos. Las numerosas propiedades de los individuos que se habían manifestado adictos a la monarquía habían sido confiscadas por orden del gobierno de D. Benito Juárez, y todos sus productos eran aplicados al sostenimiento de las tropas republicanas. Respecto al reclutamiento, tenían la facilidad de levantar por medio del sistema de leva, seguido constantemente, toda la fuerza que necesitasen, puesto que eran dueños de la campiña; y en cuanto al armamento lo recibían abundantemente de los Estados Unidos por el puerto de Matamoros, Tampico y otros puntos.<sup>12</sup>

Por otra parte, el indudable prestigio de Arellano entre sus soldados era evidente, pues admiraban su astucia e inteligencia, así como el extremo cuidado que ponía en mejorar la artillería, desplegando extraordinaria inventiva frente a la inactividad y oscuros sentimientos de Márquez, el general más aborrecido por los republicanos por su extrema crueldad en los avatares de la guerra.

Otro personaje que sería determinante en esta historia es sin duda el coronel Miguel López, “cuyo nombre –dice Alberto Hans- se ha hecho tan miserablemente célebre” por la traición de que hizo víctima al Emperador y a su ejército:

López llevaba siempre –recuerda el cronista– su rico uniforme de coronel de dragones de la Emperatriz. Era de corto entendimiento, tipo de hombre del norte mejor que español o mestizo. Lopez era rubio, de estatura bastante elevada y tenía grandes pies de angloamericano. Se comprendía al ver a ese hombre que no estaba en su esfera. Era un ambicioso sin mérito alguno verdadero y que, ayudado por el favor y los azares de los disturbios civiles, había llegado a un puesto donde no podía sostenerse largo tiempo sin caer en ridículo o infamia.

---

<sup>12</sup> Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más Remotos Hasta el Gobierno de D. Benito Juárez, escrita en vista de lo que de irrecusable han dado a la luz los más caracterizados historiadores y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de México, de las Bibliotecas Públicas y de los Preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país*, Ramón de S.N. Araluce, Editor, Barcelona, Calle de Bailén numero 135- México, Callejón de Santa Inés número 5, tomo XVIII, bis, 1888, 1810 p., p. 1091.

Su mirada era más bien humilde que franca, y su celo por ejecutar las órdenes del Emperador tenía algo de servil. Sus antecedentes, que nada tenían de honrosos, eran conocidos sin embargo por el Emperador; pero éste había tenido la desgracia de encontrar a López como jefe de su escolta el primer día de su desembarco en México.

Desde aquel día –concluye Hans el punto– Maximiliano colmó de beneficios al que debía ser su Judas.<sup>13</sup>

De vuelta a Arellano y sus esfuerzos por recomponer la artillería existente en Querétaro, clave para enfrentar a los republicanos, el coronel Carlos Miramón hace hincapié en que “merced a su actividad e inteligencia”, Manuel “logró mejorarla extraordinariamente y ponerla a disposición de poderse con ella sostener la plaza”.<sup>14</sup>

En el campo republicano aprovecharon el tiempo y cubrieron con su caballería la línea desde la hacienda del Jacal hasta la garita de San Pablo, tomaron posiciones en las lomas de San Gregorio, la Cuesta China y el Cimatario, amén de otros puntos, y terminaron por circundar prácticamente la plaza a partir del 12 de marzo.

Inesperadamente, el general Márquez aconsejó evacuar la plaza, medida absurda puesto que ahora ya no se podía dar un paso fuera de la ciudad completamente circunvalada por el enemigo.

Una sinfonía de proyectiles de cañón, a la que siguió el tronar de la fusilería, hizo aspirar el olor a muerte, un escenario repetido constantemente los 71 días de sitio.

Arellano se convertiría en pieza fundamental en la defensa de la ciudad por sus testimonios y por sus acciones que a continuación narraremos.

---

<sup>13</sup> Hans, *Querétaro*, pp. 72-73.

<sup>14</sup> Coronel Carlos Miramón, *Querétaro...*, pp. 221.236.

Márquez, por el contrario, con sus acciones o inacciones producto de una extraña psicología de envidias y resentimientos contra Miramón, provocaría graves males a los defensores de Querétaro, que si fueron por descuido, mal, y si por traición, peor.

El 14 de marzo se dio un asalto general republicano sobre la plaza de Querétaro. Uno de los puntos acometidos por el enemigo, La Cruz, era un añoso y macizo convento en que Maximiliano había establecido su cuartel general; situado en el extremo oriente de la ciudad se hallaba medianamente fortificado –a pesar de su importancia– porque el general Márquez así lo había dispuesto.

El extremo oriente de la plaza de La Cruz –escribió Arellano–, que era la parte de la plaza más avanzada en dirección del campo de los republicanos, se termina por una especie de panteón que conduce a una capilla que domina al gran jardín por el cual López debía introducir al enemigo en la madrugada del 15 de mayo. Este jardín está contiguo, por el lado más estrecho, al convento del que forma parte. No era necesario poseer grandes estudios militares sino una ligera dosis de sentido común para comprender que el panteón debía ser ocupado y fortificado, pues sin eso, ocupándolo el enemigo, los defensores del jardín debían ser dominados y batidos por la retaguardia.

Perdido el jardín –agrega– el enemigo entraría fácilmente al convento y de ahí a la plaza. El panteón podía así volverse en manos de un asaltante de alguna resolución, no solamente la llave de la posición, sino de la plaza misma. El Emperador, Miramón y Arellano fueron de opinión unánime de ponerle en estado de defensa.

Puntualiza que sin embargo Márquez rechazó la idea “con toda la energía de su carácter tenaz” y opuso “razones que no existían, y el fatal panteón quedó sin defensa alguna, esperando a que el sitiador se dignase ocuparlo asaltándolo”.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Ramírez de Arellano, *Últimas Horas...*, pp. 55-56.

También refiere Arellano que Márquez dispuso igualmente que las tropas de la segunda división se replegaran hacia La Cruz, cuando antes ya se había convenido que defendieran la parte principal del frente por el norte, donde se esperaba un inminente ataque enemigo.

Así, los republicanos se vieron inesperadamente favorecidos por estos movimientos, y cuando iniciaron su masivo ataque lograron un primer éxito por el rumbo de La Cruz:

Sostenidos por un fuego tremendo desde la Cuesta China –asevera el príncipe Salm-Salm en coincidencia con Arellano–, densas columnas de infantería avanzaron ahora contra la parte occidental de La Cruz, y gracias al olvido estúpido o traidor de Márquez, la desocupada capilla del panteón fue asaltada, las murallas que daban al patio provistas de troneras y la azotea ocupada por soldados, quienes desde su elevada posición hacían fuego sobre nuestras tropas que defendían el convento.<sup>16</sup>

Así, este punto estratégico fue abandonado por orden del general Márquez con un costo elevado en vidas. ¡Extraña y compleja psicología de Márquez!

Los cañonazos de Arellano y la caballería de don Tomás Mejía salvaron en este crítico momento a los sitiados de un desastre total. El choque fue áspero y brutal, y ante la poderosa carga de caballería imperial, su contraparte republicana se desordenó completamente y tuvo que replegarse. Había fracasado el ataque republicano.

“El clarín toca a diana y nuestros músicos entonan el Himno Nacional – recuerda Carlos Miramón –, Mejía ha triunfado y a los ayes de los heridos y los cadáveres suceden el fragor de la batalla y el encarnizamiento de los contendientes”.

---

<sup>16</sup> Salm-Salm, *Mis Memorias...*, p.60.

Por la tarde, los republicanos fueron derrotados por Miramón en la alameda de la ciudad, y para el anochecer, tras una larga lucha que se había prolongado por casi diez horas, los republicanos habían sido rechazados en todos los puntos con un saldo de más de mil muertos. El alto mando republicano reconoció que había seguido una estrategia equivocada, y que la confusión y el desorden imperaron en sus filas; comprendió sus errores y se dedicó a reorganizar sus tropas, cubrir las bajas y traer más combatientes y municiones con el propósito de hacer más estrecho el cerco. A pesar del tropiezo, lograron poner pie en el cerro de San Gregorio, que serviría para cerrar la parte norte.

El ánimo del ejército republicano era muy distinto al imperialista, pues las tropas de la República, imbuidas por la idea de que luchaban por la segunda independencia de su patria, se lanzaban con la moral muy alta, en tanto que los imperiales se sentían abandonados y comprendían que su causa iba perdiéndose; sólo los sostenía el orgullo, la dignidad y la fe. Los guerrilleros republicanos participaron con entusiasmo y decisión causando graves daños al enemigo y nulificando a la contraguerrilla.

El teniente de artillería Alberto Hans prodiga en sus Memorias grandes elogios a los jefes republicanos por su valentía, probidad y dignidad. El heroísmo y abnegación de estas tropas dejaron profunda huella en nuestra historia.

Sobre aquella sangrienta jornada, el *Boletín de Noticias* informó hasta un mes después en virtud de las vicisitudes de la guerra, que impedían una periodicidad regular. Así, en su número 6 del viernes 12 de abril, no sólo detalló lo ocurrido el 14 de marzo, sino también la cruenta lucha que se registró el día 24 y aun la del 1° de abril. Reseña en detalle los diversos enfrentamientos y concluye: “La jornada había terminado. El enemigo se batía retrocediendo hacia sus campamentos después de sufrir grandes pérdidas, según su propia expresión. Nuestros soldados volvían a sus posiciones con los trofeos del triunfo.

“¡Gloria al Emperador, cuya admirable serenidad en el peligro sorprendió a los más intrépidos!

“Honor a los bravos militares que consumaron tan hermosa defensa”.<sup>17</sup>

A pesar de la derrota los republicanos fueron combatientes temibles, y para los sitiados una cuestión fundamental quedaba clara: sus enemigos habían mejorado notablemente a través del tiempo su capacidad combativa, punto ampliamente reconocido por diversos cronistas, y de ninguna manera podían ser considerados chusmas indignas y desmoralizadas, prestas a desbandarse al primer choque con un ejército de carrera; estaban mandados por oficiales competentes y valientes, y contaban por añadidura con abundantes pertrechos de todo tipo, excelente artillería, algunos instructores yanquis y rifles de dieciséis tiros.

Nuevamente Miramón quiso aprovechar el desconcierto de los republicanos antes de que se reorganizaran y cubrieran sus bajas, pues los caídos en las filas imperiales resultaban irremplazables. Contó con la aprobación de Maximiliano y se aprestó a ejecutar un ataque.

Sin embargo, ocurrió que entre Miguel López, Ramón Méndez y Leonardo Márquez paralizaron la acción: López avisó que era inminente un ataque republicano sobre La Cruz; Méndez quedó detenido en su marcha por un carro de municiones volcado que supuestamente obstruía su camino y luego se dirigió presuroso al lugar en que se encontraban el Emperador y Márquez para notificarles el imaginado peligro de que hablaba López, y Márquez, por fin, naturalmente contrario al plan de Miramón, consiguió que el Emperador ordenara la suspensión del ataque.

Entonces don Leonardo acudió presto al sitio en que se hallaba Miramón para notificarle personalmente la decisión del Soberano. Miramón se disponía a

---

<sup>17</sup> *Boletín de Noticias*, número 6, viernes 12 de Abril de 1867, p. 2.

comenzar el fuego cuando Márquez llegó con la noticia. Esto causó en Miguel “una desesperación furiosa. Envainó su espada, tiró al suelo su sombrero y dio orden a las tropas de volver a la ciudad. Volvió él mismo a Querétaro, pálido y llorando de rabia”.<sup>18</sup> Y resultó que en realidad nadie pensaba en atacar La Cruz...

Sobre el asunto, Arellano menciona: “La noticia dada al Emperador por Méndez, que el enemigo ocupaba la plaza era pues enteramente falsa; pero no se pudo desgraciadamente rectificar hasta que Maximiliano entró de vuelta a Querétaro y cuando el ataque, que debió tener lugar en circunstancias favorables, estaba suspendido.

Además de eso Méndez estaba de acuerdo con Márquez, no para traicionar, pues Méndez fue siempre incapaz de tal infamia, sino para evitar el ataque; Méndez siempre opinando por la defensiva o por la retirada. Ya lo hemos dicho, Márquez explotaba las pasiones de los otros, les obligaba a servir de instrumento de su venganza sin que éstos tuvieran la menor sospecha del papel que se les hacía desempeñar”.<sup>19</sup>

Márquez intentó corregir su error de estrategia y propuso un plan para sacar al Emperador de Querétaro, pero la decisión era arriesgada y demasiado tardía, dado que el bando republicano había ya consolidado el cerco a Querétaro.

Hubo oposición al plan por considerarlo impracticable. A pesar de todo, Maximiliano se inclinó a seguirlo. La explicación posible es que trataba de mantener la confianza en Márquez a pesar de los continuos desaciertos de éste, pues lo consideraba con mayor experiencia por su veteranía sobre los otros militares en los aspectos de táctica y estrategia.

Maximiliano sólo tenía experiencia en asuntos marítimos, y por otra parte veía con recelo al general Miguel Miramón por la popularidad que éste tenía en las

---

<sup>18</sup> Hans, *Querétaro...*, p. 109.

<sup>19</sup> Ramírez de Arellano, *Últimas horas...*, p. 72.

filas conservadoras y por haber ocupado la presidencia de México tiempo atrás. Albergaba el temor de que asumiera el control absoluto frente a la situación tan crítica que se vivía. Esta apreciación por parte del Emperador fue desafortunada y pesaría en el destino final de la aventura monárquica. En otras palabras, depositaría toda su confianza y afecto en Miramón demasiado tarde. Y así dispuso entonces se aceleraran los preparativos para salir el día 20 de marzo; pero antes tuvo el buen tino de llamar en privado al coronel Arellano, a quien tenía en alta estima y apreciaba mucho sus conocimientos, para que le externara su opinión.

Entonces éste le hizo notar con toda franqueza y sinceridad lo inoperante y peligroso de intentar semejante empresa. Puso por escrito la exposición verbal que le hiciera al Emperador con todos los detalles de riesgo y fracaso, y manifestó abiertamente la opinión de “atacar resueltamente al enemigo para evitar una de estas dos consecuencias: o el abandono de Querétaro o una defensa prolongada”; y aún más: se perderían artillería y trenes, importantes elementos de fuerza.<sup>20</sup> Y sobre el apenas suspendido ataque de Miramón, merced al imaginario peligro que había corrido la plaza, habló con no menos firmeza: “Tengo la convicción íntima de que el ataque del día 17 nos hubiera valido el triunfo sin el retardo del general Mendez y sin la noticia que él dio a Vuestra Majestad de que el enemigo había penetrado a la plaza”.<sup>21</sup>

Tras estos importantes puntos que dejan traslucir el íntimo sentimiento de Arellano ante el terrible peligro que se cernía sobre los imperiales, pero también su carácter decidido y audaz que no se arredraba ante las dificultades por más graves que éstas parecieran –cualidades que lo identificaban y estrechaban con su amigo Miramón, de similares características–, el artillero pasó a continuación a tratar un problema de la mayor trascendencia: la cada vez más sensible escasez de parque, asunto en el que se había perdido un tiempo precioso:

---

<sup>20</sup> *Ibidem* pp. 82-84.

<sup>21</sup> *Ibidem* p. 85.

No ha habido tiempo para remediar el mal causado por el general Márquez –le expuso a quemarropa a Maximiliano–, quien no hizo venir de México las municiones necesarias para toda la campaña, y el resultado ha sido que nos ha dejado sin una cápsula, sin una bota de fuego y sin un grano de pólvora. Por desgracia, en el comercio local de esta plaza no hay ni plomo ni salitre. Sin embargo, yo podré suplir esta falta utilizando las cañerías que conducen el agua de esta ciudad y que ahora están inútiles, las tinas de los establecimientos de los baños, el material de las imprentas y las diferentes construcciones que de zinc y antimonio hay en Querétaro.

Me comprometo pues solemnemente ante Vuestra Majestad y ante el ejército entero a hacer lo que vos llamáis milagros –dijo Arellano convencido al Emperador–, es decir a improvisar una fábrica de pólvora, una salitrería, una fundición de proyectiles de bronce y una fábrica de capsulas comunes. Estos nuevos establecimientos, agregados a los talleres para reparación de artillería y materias inflamables que tengo ya formados, bastarán, lo aseguro a Vuestra Majestad, para sostener la defensa durante veinte días, tiempo suficiente para que el ejército auxiliar venga de México.<sup>22</sup>

No imaginaba Maximiliano –y probablemente ni el propio Arellano– que el milagro se cristalizaría repetidamente durante mucho tiempo más y sin que se diera el caso, tan común en la guerra, de sucumbir por falta de municiones. En efecto, cuando el coronel exponía la situación del parque ante el Emperador, ignoraba todavía que el Teatro Iturbide –hoy de la República– se hallaba cubierto por un techo de hojas de plomo. El propio Arellano informaba que merced a esta circunstancia, “verdaderamente providencial”, la plaza no cayó por falta de elementos de fuego, y que durante cuarenta y cuatro días, tras la partida de Márquez a México, se fundieron diariamente ochocientos kilogramos de plomo, pese a lo cual al final del Sitio no se había arrancado sino la mitad del techo de aquel famoso inmueble.

---

<sup>22</sup> *Loc.Cit.*., pp. 86-87.

Aun en los peores momentos, incluidos los últimos del Sitio, los imperiales contaron siempre con parque suficiente gracias a Arellano y esto permitió que la metralla nutrida e ininterrumpida mantuviera setenta días la defensa que en otras manos menos hábiles apenas si se hubiera sostenido veinte.

Manuel Ramírez de Arellano fue el artillero por excelencia del siglo XIX mexicano, el hombre que, merced a su inteligencia y sólida preparación militar así como a su particular aguzamiento y sangre fría, coadyuvó de una manera decisiva para surtir siempre de parque a los suyos y mantener a raya a un enemigo siete veces superior en número al final del Sitio y que fue siempre enteramente rechazado con graves pérdidas cuantas veces intentó el asalto a la plaza. Otro sitio como el de Querétaro no se ha dado en la historia del país, pues constituyó sin duda un capítulo fundamental y de extrema importancia en la historia militar de México.

Por otra parte, como había quedado pendiente el punto medular de conseguir auxilio para los sitiados, Maximiliano designó a Márquez para ir por refuerzos a la ciudad de México. Y así, don Leonardo, acompañado del general Santiago Vidaurri y del coronel Julián Quiroga y con una fuerza de 1,200 jinetes, atravesó primero subrepticamente las líneas republicanas pasada la media noche del 22 de marzo y luego eludió la persecución de la caballería enemiga. El Emperador quedaba así libre de una influencia que, a juzgar por los hechos concretos e incontrovertibles, había distado mucho de serle benéfica y útil y en cambio sí había coadyuvado decisivamente para derivar en la angustiante situación en que se hallaba junto con sus tropas. Por lo demás, Márquez salió de la ciudad secretamente, a petición propia, y sólo hasta la mañana siguiente se enteró la guarnición de este acontecimiento.

Márquez fue designado con el título de Lugarteniente del Imperio y el Emperador le confirió poderes amplísimos para que obrase según juzgase, pero es claro que lo primordial era procurarse en México todo tipo de recursos y

después volver a Querétaro en auxilio de los sitiados. En todo caso conviene tener presente que en esta última ciudad se hallaba en peligro la persona misma del Emperador y resulta obvio que cualquier acción de otro tipo quedaba necesariamente relegada y supeditada a la principal que era la salvación del Soberano y de su ejército, por añadidura el más importante núcleo armado del Imperio en esos críticos momentos y en el que se hallaban concentrados los jefes más prestigiados.

“Ninguna combinación fijó Márquez antes de su partida respecto a su vuelta y al modo de obrar sobre los sitiadores –asevera Arellano acusadoramente–, ni indicó tampoco los medios que debieran adoptarse para que simultáneamente obrasen la guarnición de la plaza y las tropas auxiliares”.<sup>23</sup> Y más adelante, tras censurar acremente a don Leonardo por dirigirse a Puebla para socorrer a la guarnición sitiada por el general Porfirio Díaz en lugar de acudir prontamente de nuevo a Querétaro ya con los recursos agenciados en la capital, Manuel plasma estas líneas ciertamente difíciles de rebatir:

El nuevo Lugarteniente del Imperio sabía perfectamente que por culpa suya las tropas sitiadas en Querétaro carecían de pólvora, plomo, proyectiles y cápsulas; no ignoraba que cada disparo de cañón era una pérdida irreparable en el campo de los imperialistas. El compromiso contraído por Ramírez de Arellano para suplir esta falta de municiones por medios improvisados se había juzgado irrealizable en semejantes circunstancias, y en todos los casos insuficiente con los elementos que tenía a su disposición. Por consiguiente, era preciso que a los pocos días de la salida de Márquez la plaza sucumbiese.<sup>24</sup>

### **Los acordes finales**

Al enterarse Porfirio Díaz que Márquez se acercaba y amenazaba su retaguardia, se apresuró a tomar Puebla por asalto el 2 de abril y luego sus

<sup>23</sup> Ramírez de Arellano, *Últimas horas...*, p. 97.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 101-102.

fuerzas derrotaron a don Leonardo en San Lorenzo, por lo que éste tuvo que retirarse precipitadamente y encerrarse en la ciudad de México a partir del 11 de abril, donde quedó sitiado por el propio Díaz.

Así, Márquez no acudió en auxilio de Querétaro, no envió recursos y tampoco pudo salvar a Puebla de la acometida republicana. Se perfilaba el desastre total.

De vuelta al Sitio, tras la salida de Márquez, el general Escobedo proyectó una acometida sobre la plaza; para ese momento los efectivos republicanos ascendían a 32,000 hombres contra 7,800 imperiales; el cerco se estrechaba más. La ofensiva la encabezaría el general Ramón Corona, segundo en jefe en el bando republicano. Al despuntar el alba del 24 de marzo y en concordancia con la indudable valentía de que hacían gala tanto su tropa como la oficialidad, los republicanos iniciaron un nuevo y violento ataque que se prolongó durante muchas horas.

Los republicanos padecían severas bajas “pero no por eso dejaban de avanzar [...] con un orden, una rapidez y un aplomo que jamás se había esperado encontrar en ellos”, confiesa Hans.<sup>25</sup>

Sin embargo, a despecho de sus pérdidas, los republicanos redoblaron su ataque al poco tiempo:

La columna delantera –dice Salm-Salm- consistía de cuatro mil hombres y la que le seguía, de seis mil. Las blancas columnas venían por el ancho camino con gran intrepidez; el camino estaba descubierto por ambos lados, y por lo mismo daban lugar a que nuestra artillería cargase sus tiros de la Alameda y la garita sobre las densas masas del enemigo, lo que se hizo con gran precisión, especialmente de la garita donde se hallaba presente el general Arellano. La sangre fría y el valor del enemigo bajo

---

<sup>25</sup> Hans, *Querétaro...*, p. 117.

este fuego mortífero era realmente admirable; mas cuando su columna hubo llegado a cosa de cuatrocientos pasos de distancia de nosotros y le cayó una lluvia de metralla, comenzó a vacilar. Se recuperó al instante y avanzó doscientos pasos más; y entonces al fuego de nuestra artillería se agregaron las repetidas descargas de nuestra infantería. De nuevo vaciló y esperábamos verla dar la espalda: eran momentos críticos, y comparando nuestro pequeño número con los miles de ellos, se podría muy bien dar lugar a la duda de lo que podía ser el resultado.

El enemigo se detuvo –prosigue el pormenorizado relato-, pero los oficiales se lanzaron delante de la columna; su valeroso comportamiento de nuevo alentó a los soldados, marcharon a paso redoblado y lograron llegar hasta el granero frente a la Casa Blanca.

El lugar donde había avanzado el enemigo no era defendible; tenían que seguir adelante o retroceder. En ese momento crítico en que dependía el destino de la ciudad, el general Arellano saltó de su caballo, apuntó su cañón sobre la masa más densa del enemigo y le descargó una lluvia de metralla que, a una distancia tan corta, causó una matanza horrible. Al mismo tiempo, el valiente mayor Malburg, con su destacamento de caballería, rodeó la casa violentamente y atacó al enemigo por su flanco izquierdo. El efecto de la metralla y el repentino ataque de la caballería, cuyo número era probablemente exagerado, fue demasiado.

Los liberales fueron sobrecogidos de un pánico repentino y huyeron [...] Cosa de mil quinientos muertos y heridos cubrían el campo de batalla, que parecían como si una manada de carneros estuviera descansando en él. Tras el granero estaban tendidos en la primera línea de los muertos diez oficiales del enemigo...<sup>26</sup>

Terrible resultado para las fuerzas republicanas: los imperialistas desbarataron completamente al enemigo y éste dejó el campo materialmente sembrado de cadáveres.

---

<sup>26</sup> Salm-Salm, *Mis Memorias...*, pp. 92-94.

En el *Boletín de Noticias*, Manuel acreditó el éxito a sus compañeros, y así, en el número 6 correspondiente al 12 de abril, se hizo eco de aquel sonado triunfo. Ensalzaba a los caudillos del Ejército y desde luego no podía faltar la elogiosa mención de Maximiliano que, a decir verdad, resultaba enteramente justa en virtud de su comportamiento no sólo ese día, sino a lo largo de todo el tiempo que duro el Sitio.<sup>27</sup>

Por lo demás, Hans describe en detalle las escenas que sucedieron inmediatamente después del final de aquella tremenda y trepidante lucha y que significaron sin duda el elemento culminante de la vida de Manuel: “Habiendo terminado la acción de una manera favorable para nosotros, el general Miramón fue a presentarse al Soberano. Apenas había echado pie a tierra cuando el Emperador le tendió los brazos y le estrechó en un abrazo fraternal.

“El Emperador se dirigió después –escribe Hans con entusiasmo– hacia el comandante general de artillería, Arellano, que se había distinguido tan admirablemente durante la acción y había salvado la Casa Blanca. Su bella conducta procuraba al Emperador la ocasión que esperaba de dar la banda verde a nuestro joven y valiente coronel.

“Dirigiéndose al coronel Arellano, le dijo:

“— ¡Sois General!

“Todos aprobaron mucho este nombramiento”.<sup>28</sup>

El historiador Zamacois, tras plasmar lo ocurrido en términos similares, ratifica que tras el ascenso de Manuel “no hubo un solo militar que no aplaudiera ese nombramiento”.<sup>29</sup> Según cifras de Zamacois, la cruenta lucha había costado a los juaristas más de dos mil hombres entre muertos y prisioneros.

El escritor liberal Juan de Dios Arias, íntimo de Escobedo, escribió a su vez que el combate “había sido costosísimo para los republicanos” y que al día

<sup>27</sup> *Boletín de Noticias*, número 6, Viernes 12 de Abril de 1867, pp. 2-3. A pesar del papel vital que desempeñó Arellano en estas acciones, hay total ausencia de su nombre y brinda todo el crédito de la victoria a sus tropas, así tampoco mencionó que por sus méritos fue ascendido a general.

<sup>28</sup> Hans, *Querétaro...*, pp. 119-120.

<sup>29</sup> Zamacois, *Historia de México Desde sus tiempos más Remotos...*, Tomo XVIII bis, pp. 1,168-1,169.

siguiente del desastre fue preciso enviar correos extraordinarios a los gobernadores de Jalisco, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas para que surtieran a los sitiadores con nuevos envíos de pólvora y municiones.<sup>30</sup>

Para los imperialistas, a pesar del triunfo, la situación se complicaba por los prisioneros y sus numerosos heridos, por la falta de recursos médicos, la escasez de alimentos y el alojamiento de heridos y prisioneros.

---

<sup>30</sup> Juan de Dios Arias, *Reseña Histórica de la Formación y Operaciones del Cuerpo del Ejército del Norte Durante la Intervención Francesa; Sitio de Querétaro y Noticias Oficiales Sobre la Captura de Maximiliano, su Proceso Integro y su Muerte*, Imprenta de Nabor Chávez a cargo de Joaquín Moreno, calle de Cordobanes número 8, 1867, pp. 170-171.

## CAPÍTULO 8

### FIN Y OLVIDO

*Sus servicios en Querétaro fueron de notoria importancia para el ejército sitiado, y sin ellos la plaza habría sucumbido desde el principio por la falta de parque. Él elaboró la pólvora que faltaba, desde carbonizar las maderas, depurar el salitre, y cuanto era necesario, improvisándolo todo... El general Arellano obtuvo honrosas condecoraciones y fue muy estimado como literato.*

Angel Pola

### **El desenlace**

Una fría mañana de noviembre de 1877, Arellano despertó inquieto; cada día que transcurría era consciente que se aproximaba el fin, pues las molestias y las fiebres eran ya sus inseparables compañeras, y tomar los medicamentos no constituía más que un ritual de disciplinado paciente, sin efecto alguno para mitigar el malestar. Querétaro se había convertido en un recuerdo recurrente y obsesivo que lo hundía en profunda nostalgia y melancolía. La derrota era un sentimiento punzante de frustración, tristeza e impotencia.

El Sitio había sido tan desgastante y tan penoso, con tan aguda escasez de víveres y de agua, que constituyó un tormento para la población civil. Y ese recuerdo lo lastimaba, pues los queretanos, en su inmensa mayoría, fueron partidarios de la causa imperial, a grado tal que el propio Juárez expresó al respecto: “El pueblo todo de Querétaro nos es hostil; no sale siquiera un hombre o una mujer a dar aviso a nuestros jefes de lo que hace el enemigo”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Carta de Benito Juárez a Pedro Santacilia, San Luis Potosí, 3 de mayo de 1867, en Benito Juárez, *Documentos Discursos y Correspondencia*, México, 1974, Tomo XI, pp. 961-962

Arellano, profundamente demacrado, dejó escapar un largo suspiro y por su mente desfilaron paso a paso aquellos acontecimientos que le causaban desazón: ¡Cómo olvidar aquel 14 de marzo, cuando la plaza estuvo a punto de caer en manos de los republicanos! Sus facciones se tornaron aún más sombrías al recordar a Márquez con sus imperdonables descuidos al no artillar un punto crucial como el convento de la Cruz.

Más ventajas para el enemigo. -¡Qué formidable espíritu mostró nuestro ejército-, pensó. “Presas de la miseria y del hambre, las tropas imperiales hicieron en aquellos días prodigios de valor y de admirable abnegación”.<sup>2</sup>

Cuando Márquez, por orden del Emperador, salió de Querétaro a México con la instrucción precisa de buscar recursos pecuniarios y refuerzos, se sintieron liberados porque las decisiones del general no fueron oportunas ni certeras en el fortalecimiento y defensa del sitio. ¡Cuánta desilusión y desesperanza! Márquez continuó con sus desaciertos y no pudo o no quiso regresar a Querétaro. La respuesta a esto sólo él la conoció.

Después del 24 de marzo, la escasez de víveres se empezó agudizar, agravada por la atención forzada que debía darse a los prisioneros republicanos en cuanto al consumo de alimentos. Cortado todo contacto con el exterior, Querétaro vivió un drama que paulatinamente fue intensificándose tanto para el ejército que la defendía como para la población civil.

El ánimo de Arellano cambiaba cuando recordaba sus acciones como artillero. – La tarea prioritaria era proveer parque, cañones y fusiles. ¡Qué asombro causó cuando propuse fundir el techo del teatro Iturbide. “Las campanas de la iglesia y las cañerías de la ciudad fueron respectivamente transformadas en balas de fusil y cañón”.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Ramírez de Arellano, *Ultimas Horas...*, p. 109.

<sup>3</sup> Salm-Salm, *Mis Memorias...*, pp. 113-114.

El 30 de marzo, como medida destinada a levantar la moral de los sitiados, se realizó en la explanada de La Cruz una emotiva ceremonia con banderas, flores y bandas de música en la que el Emperador condecoró a jefes, oficiales y soldados por su comportamiento en los combates.

El sufrimiento de la población continuó durante abril, la resistencia en momentos se endureció y la agitación fue constante en ambos bandos. Las tropas republicanas reforzaron sus líneas de ataque, y el general Sóstenes Rocha escribió después de un ataque imperial:

En la noche las barricadas se modificaron en trincheras, se perfeccionaron todos los trabajos, se coronaron con sacos de tierra algunos edificios dominantes, y habiendo hecho venir mi artillería con la segunda brigada, se armaron algunos parapetos. Al día siguiente la línea de San Sebastián era la más fuerte de las que componían el perímetro de circunvalación.<sup>4</sup>

Y más adelante afirma que dispuso igualmente de un selecto grupo de tiradores pertenecientes a su cuerpo que se colocaron estratégicamente en algunas casas situadas en las inmediaciones de la ciudad para que desde ahí, “ni de día ni de noche, dejaran de hostilizar sin descanso al adversario; y producían tanto daño en los defensores de la plaza que se les creía dentro de ella”.<sup>5</sup>

Esta unidad de elite presentaba una característica muy peculiar: “Eran soldados americanos del norte enganchados por nosotros”, según confiesa el propio Rocha. Él y Miramón habían sido amigos desde tiempos del Colegio Militar y aquel combatió en las filas conservadoras durante la Guerra de Reforma; pero cuando el régimen de Miramón estaba por derrumbarse en 1860, Sóstenes, a la sazón coronel, decidió desertar del bando conservador y se incorporó a los liberales con todo el regimiento que mandaba.

---

<sup>4</sup> Sóstenes Rocha, *Apuntes Históricos Sobre el Sitio de Querétaro*, México, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1990, p. 67

<sup>5</sup> *Ibidem*

Tanto el ejército como la población civil padecían en Querétaro los rigores del hambre. Mulas y caballos pasaron a ser el único alimento de todos, pero faltaban pan y maíz. Los republicanos cañoneaban implacablemente la ciudad y causaban el mayor número de bajas entre la gente común.<sup>6</sup>

Para este tiempo nada se sabía de Márquez y corrían rumores de que había sido derrotado; el futuro se presentaba francamente ominoso.

El general Mejía se hallaba muy enfermo, al parecer de tuberculosis; el general Castillo (nuevo jefe del Estado Mayor tras la partida de Márquez a la ciudad de México), disminuido de sus facultades físicas contenidas en una frágil constitución; Méndez, hombre valiente y leal al Emperador, no podía superar el sentimiento de envidia que le provocaban los éxitos y la popularidad de Miramón.

El historiador Islas García reflexiona así sobre estas vicisitudes: “Ramírez de Arellano sí es el auxiliar que necesita Miramón: muy apto, muy valiente, muy capaz, se multiplica en todos los sitios de peligro como su jefe y amigo y está listo con sus cañones frente al enemigo; y con su sagacidad y don de gentes, presto también a disolver las intrigas que se deslizan casi sin sentir en ese cuartel general casi sin esperanza”.<sup>7</sup>

Destrucción, muerte y desolación –asienta en un detallado estudio la investigadora Blanca Gutiérrez Grageda– rodeaban e invadían la ciudad y a sus habitantes. Si el ejército del Emperador pocas precauciones tomó para resistir el sitio, la población hizo menos. No tuvo tiempo y tampoco fue debidamente informada de las cosas. En tales circunstancias la gente se vio expuesta a padecer todo tipo de penurias y accidentes: una mujer, por ejemplo, murió hecha pedazos por una granada que la sorprendió en su cama; igual suerte tuvieron algunas mujeres soldaderas al pretender llevar de comer a sus soldados...

---

<sup>6</sup> *Boletín de Noticias*, 12 de Abril, 1867, p.4

<sup>7</sup> Islas García, *Miramón, Caballero del Infortunio*, México, Editorial Jus, 1957, p. 159.

A dos semanas de la partida de Márquez sólo carne de caballo se comía en los campamentos militares.<sup>8</sup>

Medidas extremas se tomaron que coadyuvaron a situaciones angustiosas para los civiles. En el *Boletín* número 10, correspondiente al 24 de abril, se publicó una vasta lista de gente pudiente en mayor o menor grado, a la que se le exigió determinada cantidad para el sostenimiento del ejército.; a esta presión se sumó el aumento del precio de las semillas, y se advirtió que quienes las ocultaran se harían acreedores a la pena de muerte.<sup>9</sup>

En un documento fechado el día 11, Miramón y Arellano habían señalado explícitamente que la “penosa situación” en que se encontraba el Ejército Imperial se debía, “por causa única y principal”, a la tardanza del general Márquez. Firmaban también los generales Mejía, Castillo, Casanova y Valdés.

Incansable en sus delicadas y vitales responsabilidades, el general Arellano aún se dio tiempo para redactar un largo ensayo en pleno sitio, al que tituló *Paralelo Político*, y que empezó a publicarse por entregas en el *Boletín de Noticias* a partir del jueves 18 de abril. El escrito recapitulaba la historia mexicana desde la guerra de independencia y sin duda pretendía llegar a los tiempos del Segundo Imperio, pero quedó trunco por la conclusión misma del Sitio, que determinó la caída del Imperio y la desaparición del *Boletín*.

Su lectura permite desde luego profundizar en el pensamiento de Arellano en particular y de los conservadores en general, pues Manuel constituía la voz de aquéllos, tanto más cuanto que había representado al gobierno en distintas ceremonias cívicas, en las que habían campeado las posturas ideológicas en su

---

<sup>8</sup> Blanca Gutiérrez Grageda, *Querétaro Devastado*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro e Instituto Electoral Queretano, 2007, pp. 39-40.

<sup>9</sup> Entre los mencionados para tal “cooperación” se hallaban personajes importantes como Carlos Rubio, Antonio de la Llata, Antonio Jáuregui y muchos más, todos ellos comerciantes, abogados, industriales, médicos, etcétera. Incluso aparecían también enlistados varios sacerdotes. *Boletín de Noticias*, número 10, Miércoles 24 de Abril de 1867, pp. 1-3.

oratoria, como por sus escritos que tuvieron siempre la generalizada aceptación de sus correligionarios.

En el escrito inicial, el general afirmaba que México atravesaba por una grave crisis que la Intervención Francesa había legado, y que se antojaba aún más funesta en caso de triunfar “las indisciplinadas masas de la insurrección juarista”; y ofrecía recapitular sobre el origen de los males nacionales mediante el análisis, “con la historia en la mano”, de la conducta, servicios e intenciones que habían asumido “los dos partidos políticos que han dividido constantemente a los mexicanos”, mismos que ofrecían, “cada uno a su vez, el fenómeno que presenta en la naturaleza la metamorfosis de la crisálida: cambio absoluto en la forma de un mismo ser”.<sup>10</sup> Arellano comprendía la necesidad de poner fin a los males nacionales, y asentaba que sólo con la reflexión de los hechos históricos se mostrarían las intenciones de cada uno.

Opinaba “que desde la noche en que Hidalgo dio el grito de Dolores hasta hoy, las dos facciones políticas de nuestro país han conservado los rasgos distintivos de su origen, y que fieles a sus tradiciones se han encaminado cada una al final que ha perseguido tenazmente”.<sup>11</sup> Precisaba que desde el inicio del movimiento independiente habían surgido dos grupos, cada uno empeñado en sus ideales, pero los caminos eran opuestos.

En tal contexto, decía Arellano, de septiembre de 1810 a febrero de 1821, al margen de “determinados y gloriosos héroes”, imperó “la plebe” que ensangrentó “el fértil suelo de la Nueva España”, lo que conmovió a la sociedad en su base y preparó “las desdichas de México”, al tiempo que hizo “imposible la conquista de nuestra independencia, que fue el principio noble y sagrado con que entonces se escudó el crimen, que revestía formas horribles y asquerosas”.<sup>12</sup> Juicios muy duros que nos indican las posiciones irreconciliables que sumieron al país en caos

---

<sup>10</sup> *Boletín de Noticias*, número 8, Jueves 18 de abril de 1867, pp. 1-2

<sup>11</sup> *Ibidem*

<sup>12</sup> *Ibidem*

y revoluciones, las cuales no aprobaba Arellano. Todos estos planteamientos históricos conformaron el pensamiento conservador del siglo XIX y la brecha ideológica fue ensanchándose en esas generaciones. Arellano siempre la sostuvo en sus escritos y durante el exilio no dudó de que su posición fuera la justa.

Arellano condena la lucha fratricida desencadenada por Hidalgo en 1810, que provocó que la inmensa mayoría criolla, aunque deseosa de independencia, se apresurara a combatir a la muchedumbre insurgente dedicada al saqueo, la destrucción y el asesinato en masa, lo que retardó once años la consumación libertaria.

Semejantes excesos registrados, continuaba el general, contrastaban con el período comprendido entre marzo y septiembre de 1821, en que Iturbide atrajo a todas las clases sociales con el Plan de Iguala, lo que puso fin a la lucha y logró de manera incruenta la emancipación. En este párrafo, Arellano considera a Iturbide como el caudillo que unió a la sociedad mexicana en torno a la emancipación.

A continuación, el artillero se refería a los sucesos en que se vieron involucrados los dos partidos, el liberal y el conservador, actores de una larga contienda civil y en la que el primero “ha pretendido el cabal triunfo de las ideas demagógicas y socialistas”, en tanto que el segundo pugnaba por “la salvación del país de tamaños horrores, como los que le aguardarían si por una fatalidad llegara el comunismo mexicano a encontrarse en aptitud de entonar un hosanna a la imagen del libertinaje que él apellida libertad”.<sup>13</sup>

No deja de asombrar la continua identificación que en varios pasajes de sus escritos realiza Arellano de juaristas y comunistas. La percepción de Manuel, equivocada o certera, fue sorprendentemente prematura para la época que le tocó vivir.

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 2

Repasaba luego someramente la etapa de la guerra con los Estados Unidos y realzaba el valor y patriotismo del Ejército Mexicano, “hasta que la traición de los demagogos que por antonomasia se llaman liberales sacrificó en 1848 el decoro y la integridad de su territorio, celebrando una paz vergonzosa, escrita por la punta de la espada del enemigo extranjero”.

Se refería con esto a que en 1848 el Ayuntamiento liberal de la ciudad de México, presidido por don Francisco Suárez Iriarte, había ofrecido un espléndido banquete en el Desierto de los Leones, cercano a la capital, al general Winfield Scott, comandante en jefe invasor, en el que se brindó por la derrota mexicana.<sup>14</sup>

Afirma su rechazo hacia la intervención norteamericana que resultó tan costosa y su eterna oposición a los liberales, a los que consideró siempre aliados de los Estados Unidos, enemigos naturales de nuestro país.

Al tratar “la asonada de Ayutla” y lo que se derivó de la misma, señalaba que a esto se habían opuesto “los hombres de orden” que sabían “que los pueblos lanzados por las pendientes de la anarquía y del socialismo, rara o ninguna ocasión se detienen sino al llegar a la cima del desconcierto social y de la pérdida de su autonomía”.

En efecto, diversos autores liberales como don Justo Sierra a principios del siglo XX, y don Alfonso Toro y don Martín Quirarte a mediados del mismo, coincidieron en señalar que entre 1855 y 1857 los regímenes de Juan Alvarez e Ignacio Comonfort no sólo no pudieron dar paz a la nación sino que, por el contrario, no existió un día en que no fuera de agitación en la República.

---

<sup>14</sup> Ethan Allen Hitchcock, *México Ante los Ojos del Invasor*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, 1977, p. 108

Concluía esta primera parte con la crítica a Ignacio Comonfort por su política indecisa, “tan pronto inclinada al orden como a la anarquía”, y con una referencia a la Constitución del 57, que “dividió quizás para siempre a los hijos de un mismo país, empeñándolos en una lucha fratricida que cuenta ya dos lustros de existencia”.<sup>15</sup>

Seis días más tarde apareció en el *Boletín* la segunda entrega de Arellano sobre el devenir histórico de México, en la que escribió que la gente temía justificadamente la creciente hostilidad oficial a la religión, e igualmente se aterrorizaba por “las tendencias de la demagogia al comunismo y a la más cabal anarquía”, por lo que apeló, “como era natural”, a la fuerza de las armas para preservar el orden en la sociedad. En efecto, para las generaciones decimonónicas la cuestión religiosa constituía el eje central de sus vidas, acataban los principios de la iglesia con fe absoluta, sin cuestionar dogmas ni preceptos, y la influencia del clero era determinante en las actividades familiares. Esto fue, sin duda, un rasgo preponderante en todas las clases sociales.

Aclaraba algo de extrema importancia:

La mayoría nacional, que recibió el nombre de partido reaccionario, jamás ha rechazado ni rechaza los principios liberales propiamente dichos. Ha querido y quiere una carta constitucional, pero siempre que ésta sea un verdadero pacto social y no un elemento disolvente de la comunidad. Acepta con gusto la representación nacional, pero no tolera bajo este nombre a una camarilla de partido compuesta de hombres sin carrera, sin porvenir, sin talentos, sin experiencia; aspirantes de oficio que sustituyen el interés general por la convivencia particular, sin cuidar de otra cosa de que elevarse rápidamente a los más altos puestos de la administración pública.<sup>16</sup>

Un último juicio de Arellano, en el que hablaba de la disolución social so pretexto de modernidad, así como de lo que deseaba su partido, era éste:

---

<sup>15</sup> *Ibidem*

<sup>16</sup> *Boletín de Noticias*, número 10, Miércoles 24 de Abril de 1867, p. 3-4

Este mismo partido, anatematizado con furor por los enemigos del orden, desea, y se aviene a ello sin violencia, una justa proporción en los impuestos; que la igualdad ante la ley sea una verdadera práctica; no repugna la libertad de imprenta, siempre que esta garantía tenga las restricciones exigidas por la moral, por la paz pública y por el honor individual. En suma, el gran partido nacional, sea cual fuere el nombre que adopte o que se le imponga, ama la libertad bien entendida y sólo combate los excesos de una demagogia tenaz y antipatriótica, que pretende vestir al crimen con el ropaje de verdadero progreso y que invoca las conquistas de las modernas sociedades precisamente cuando procura disolver las nuestras”.<sup>17</sup>

Arellano apoyó la monarquía porque era la única alternativa para el grupo conservador de lograr, desde su perspectiva ideológica, el orden, la paz y el progreso frente al grupo liberal que aspiraba a implantar el sistema republicano e imitar a las instituciones norteamericanas como único medio para alcanzar la modernidad, dos interpretaciones de nación que despeñaron al país en guerras intestinas y en décadas de odios recalcitrantes.

De vuelta al Sitio, la ausencia de noticias de Márquez provocaba en todos una enorme preocupación.

El Emperador se quejaba amargamente del general Márquez – refiere Hans–, de quien no recibía noticias. Pero nuestro comandante general de artillería, Arellano, que había adquirido una grande influencia por su instrucción, su audacia y su valor, así como por los servicios que prestaba diariamente como jefe del arma más útil a la defensa, mantenía la esperanza en el ánimo del Soberano, a quien, por otra parte, no le faltaba valor.<sup>18</sup>

Arellano recordaba la angustia e inquietud, que rayaba en desesperación enloquecedora, por la ausencia de noticias de Márquez, así como aquella noche de finales de abril cuando un emisario pudo cruzar milagrosamente las líneas y se supo la amarga realidad: Márquez había sido derrotado en San Lorenzo como

---

<sup>17</sup> *Ibidem*

<sup>18</sup> Alberto Hans, *Querétaro...*, p. 137.

consecuencia de una acción de gran audacia de las tropas republicanas al mando del general Porfirio Díaz, acción decisiva para poner término a la guerra. Márquez quedaba sitiado en la ciudad de México y era un espejismo esperar auxilio de su parte. La noticia fue celosamente guardada por los altos jefes en Querétaro, pues de haberse difundido se habría desplomado la moral y todo hubiera terminado en ese instante.

### **La memoria última**

Arellano volvió a la realidad de sus últimos días. Es probable que el llanto lo sorprendiera y que, como siempre, huyera de sus recuerdos a través del sueño, que no era apacible, pero que por lo menos le daba tregua en sus tormentos. Los días subsecuentes fueron en extremo difíciles, tuvo noticias de México, sus hermanos aún guardaban esperanzas de un pronto regreso...que no se realizaría.

A pesar de la debilidad y del desánimo, el voluntarioso militar, en un último esfuerzo, encaminó sus pasos hacia el centro de Rímini. Necesitaba sentirse rodeado de personas que le permitieran experimentar cierta compañía y aliviar un poco su soledad. Las imágenes de Querétaro volvieron a su mente. - ¡Ah!, el Cimatario; esa batalla pudo haber significado mucho en el destino del Imperio. ¡Qué empuje de nuestros soldados! Pero la contraofensiva republicana convirtió en derrota lo que parecía ser una segura victoria. Mariano Escobedo fue oportuno y decidido, empleó las unidades adecuadas en el lugar preciso. Recordó el arrojo del batallón Supremos Poderes y su moderno armamento: los famosos fusiles automáticos norteamericanos Mississippi y Sharp, de 8 y 16 cartuchos, decisivos para el triunfo republicano. Al final de la vida se tienen otras apreciaciones.

Y se dijo a sí mismo: nuestras esperanzas eran mínimas, nuestros triunfos eran parciales y poco a poco iban perdiendo efectividad; lo cierto es que sin ayuda del exterior la ruptura del sitio era imposible. Empezaron a darse casos de desertiones y la moral de las tropas se deterioraba día con día.

Vuelto a su refugio y sentado frente a la ventana trataba de contener sus inquietudes.- ¡Pobre población queretana! ¡Qué precio tan alto pagó por su lealtad al Imperio! Como en cascada se repitieron las imágenes de aquellos dos últimos intentos de dominar al enemigo. Uno fue el primero de mayo. Arellano revivió las escenas donde personalmente manejaba las piezas de artillería y recordó con dolor la muerte del coronel Joaquín Rodríguez, que le había expresado al Emperador minutos antes del combate: “Hoy me ascenderá Vuestra Majestad a General o no regresaré de la misión”. Una bala le perforó el corazón, se desplomó de su cabalgadura y sus tropas se dispersaron. ¡Qué impresión y tristeza causó la muerte de este valeroso joven!

Cuarenta y ocho horas después, el 3 de mayo, Miramón realizó el último ataque por parte de las tropas imperiales: se lanzó sobre el cerro de San Gregorio, y aunque inicialmente pudo desalojar al enemigo, fue finalmente rechazado por la superioridad numérica y material de los republicanos.

En sus escritos, Arellano relata que en tal circunstancia y para renovar los ánimos, Maximiliano “tuvo que recurrir a toda clase de estratagemas que son permitidas en el derecho de gentes con este fin, y confiando en la probabilidad de que el general Márquez ya estaría cerca de Querétaro, el nuevo Jefe de Estado Mayor daba autorizadas con su firma y con su carácter oficial, noticias de la organización que había dado a sus tropas”.

Estas noticias falsas se “anunciaban con repiques de campanas y salvas de artillería; la multitud acogía esta demostración con entusiasmo, lográndose solamente así retardar los inevitables efectos de la traición y alimentar en los corazones la esperanza de que un desenlace favorable pondría fin a la situación más terrible y angustiosa”.<sup>19</sup> Todo era mentira para levantar la moral si se hacía creer que Márquez estaba cerca. Estos dos últimos ataques imperiales se

---

<sup>19</sup> Ramírez de Arellano, *Últimas Horas...*, pp. 121-122.

realizaron ya sin tropas de reserva y aun sin oficiales de enlace. Sin embargo, los republicanos ya no intentaron otro asalto.

“Maximiliano, que no había conocido hasta entonces las bellas cualidades del soldado mexicano, le cobró un cariño indecible. Por su parte, el Ejército le consagraba una adhesión sin límites”.<sup>20</sup>

Por esos días los republicanos contaban ya con aproximadamente cuarenta mil hombres, en tanto los imperiales sumaban apenas cinco mil. De cualquier manera, a pesar de que los sitiados carecían ya del vigor requerido para intentar una ofensiva en forma, Escobedo se cuidó bien de pretender tomar la plaza por asalto. Temía aún alguna desagradable sorpresa y el 5 de mayo escribió al general Porfirio Díaz, sitiador a su vez de la ciudad de México, solicitándole su concurso en Querétaro y aun previniéndole de que levantaría el sitio en caso de no contar con él.

La vivencia de los recuerdos era tan precisa que asombraba al propio Arellano; había luchado por olvidarlos pero volvían una y otra vez con más claridad, sumiéndolo en una depresión total.

Durante los setenta y dos días de sitio Manuel fue testigo de la terrible condición de la población civil: barrios enteros, sobretodo los de la periferia, cercanos a la línea de fuego, habían sido destruidos merced a los ataques y contrataques de la artillería y la infantería de ambos bandos; de las huertas y hortalizas nada quedaba; sal, pan y agua escaseaban. Siempre tuvo un sentimiento de respeto y admiración por la lealtad que les manifestó la población a pesar de los sufrimientos, privaciones, enfermedades y muertes que vivieron intensamente en el torbellino de la guerra.

---

<sup>20</sup> Zamacois, *Historia de México Desde sus Tiempos más Remotos...*, Tomo XVIII bis, p. 1,297.

La tragedia de Querétaro la sentía ligada a su propia desventura; él eligió ese camino; los civiles no tuvieron opción. El recuerdo de Leonardo Márquez causaba a Arellano indignación y profundo rencor, y ese sentimiento lo compartieron los generales que habían quedado en Querétaro y lo manifestaron a Maximiliano.

Con fecha 14 de mayo, los generales dirigieron un importantísimo documento al Emperador –a petición del propio Soberano– en el que se hablaba del estado en que se hallaba la plaza y en el que se fincaban graves cargos contra Márquez, para que “el mundo entero supiese a quién había de hacer responsable de la ruina del Imperio y de los grandes intereses que representaba”.

Así, en la extensa relación redactada por Arellano y firmada junto con él por los generales Miramón, Mejía y Castillo, la acusación principal era, naturalmente, “no haber socorrido a Querétaro durante los cincuenta y cuatro días que habían pasado desde que salió de la ciudad sitiada con el fin de regresar llevándole recursos”, pero también contenía varias más desde una mirada retrospectiva que abarcaba desde fines de febrero y principios de marzo.

Los malos consejos dados por el Jefe de Estado Mayor desde que Vuestra Majestad llegó a esta ciudad, y en los momentos en que el enemigo se decidió a tomar la iniciativa sobre nuestras tropas –decía el memorándum, del que es menester reproducir varios párrafos por su trascendencia- permitieron a los juaristas efectuar sin grandes dificultades la concentración de sus fuerzas, medida que debíamos haber evitado a toda costa batiéndoles en detalle al aproximarse a Querétaro.

La tenaz oposición del general Márquez a todo proyecto de atacar al enemigo influyó en que se despreciase la ocasión favorable que se presentaba para batir al enemigo con entera seguridad de haber obtenido un éxito feliz; tal vez de este ataque hubiera resultado nuestra salvación; mas por la oposición sistemática de no atacar se originó la peligrosa

situación actual y el ejército imperial se vio obligado a defenderse en esta plaza.

El primero de los jefes de Estado Mayor que V.M. ha tenido a su servicio no se ocupó de los preparativos que en casos semejantes prescribe el arte de la guerra. No se almacenaron ni víveres ni pasturas, no se construyó una sola fortificación”.<sup>21</sup>

En cuanto a las consecuencias de la conducta de Márquez y a las resoluciones del consejo de guerra del 20 de marzo, así como del propósito de la misión que llevó a México al propio don Leonardo, los cuatro generales se manifestaban así:

Las faltas cometidas por el Jefe de Estado Mayor hicieron que se considerase desde el 20 de marzo como insostenible la situación en que nos encontramos; caracteres débiles y pusilánimes llegaron hasta a proponer a V.M. una retirada y, en caso de verificarla, clavar la artillería y abandonar los trenes; las indicaciones en este sentido fueron mucho más allá, pues se quería que V.M. capitulase con el enemigo.

Cuando salió el general Márquez de esta plaza para regresar lo más pronto posible en auxilio de Querétaro, es decir el 22 de marzo, muchas personas juzgaban perdida la situación. Y entre ellas el mismo general.<sup>22</sup>

En este largo documento se realizó un minucioso análisis del Sitio y de las responsabilidades históricas de cada uno de los actores del drama. Y así lo consignó Arellano para dejar constancia de los sucesos que trazaron el fracaso y cumplir de ese modo con la última petición que le hizo Miguel Miramón.

Finalizaban con una propuesta al Emperador para atacar resueltamente al enemigo y abandonar la plaza si esto no producía el efecto deseado. Aceptado el proyecto y sin más esperanzas que procurar romper aquella tenaza de acero que

---

<sup>21</sup> Ramírez de Arellano, *Ultimas Horas...*, pp. 122-140

<sup>22</sup> *Ibidem*

los asfixiaba, los imperiales se aplicaron entonces a los arreglos para el éxito de la operación, en la inteligencia de que, en caso de sufrir un quebranto por toda la línea del enemigo, se evacuaría la plaza de inmediato previa inutilización de los trenes y la artillería.

Siempre que llegaban los recuerdos a éste punto, Arellano se repetía obsesivamente que la sierra queretana era la única esperanza, pues el general Tomás Mejía conocía muy bien los caminos y tenía la lealtad y el reconocimiento de los habitantes de la región.

Por fin la ruptura del sitio se decidió para el 14 de mayo, pero diversos incidentes nos frenaron, recordó Arellano, y así transcurrió completo ese día. - ¡Qué error! Miguel tuvo razón cuando al enterarse del aplazamiento de la ruptura del sitio para la medianoche del 15 expresó al Emperador antes de ir a dormir para estar listos para la operación: “Dios nos guarde estas últimas veinticuatro horas”. No imaginábamos que al despuntar el alba la traición del coronel López liquidaría nuestras esperanzas.

### **La partida, el destierro**

Fue el coronel Miguel López, primero comandante del Regimiento de la Emperatriz y luego jefe del punto más fortificado en el Convento de la Cruz, quien franqueó la entrada a los republicanos por este lugar –llave o dispositivo principal de defensa de la ciudad– con semejante acción, López salvó la vida –nunca fue enlistado como prisionero de guerra y hasta obtuvo de Escobedo un salvoconducto para que pudiese salir tranquilamente de la plaza– y recibió unas monedas ¿Cuántas? ¿Treinta?...

Arellano continuaba con sus recuerdos en Rímini. No obstante que se encontraba en un refugio protegido del inclemente frío, un temblor agitó su cuerpo y el malestar iba en aumento ante las imágenes que desfilaban en su mente: caos,

desconcierto, gritos, personas corriendo, galopes de jinetes que en la oscuridad de aquella madrugada del 15 de mayo se confundían a tal grado que no se distinguía quién era quién o qué era lo que sucedía en el entorno. Rememoró que había saltado de la cama a medio vestir y con gran dificultad vio la hora: las cuatro. Con sobresalto y angustia se había vestido rápidamente y salido de la habitación. Zamacois se ocupa del suceso: “El general Arellano fue sorprendido en su alojamiento (una austera casa ubicada en la calle de Hidalgo números 27 y 29), pero su presencia de ánimo y su serenidad le salvaron de caer prisionero”.<sup>23</sup>

Ahora en Rímini, cavilaba en silencio : -No olvidaré jamás aquellos momentos, me sentí perdido al escuchar el ruido hecho por los soldados republicanos que entraban en la casa, me encontré cara a cara con ellos y me identifiqué como un oficial sin importancia, al tiempo que les entregaba mi reloj y parte del dinero que llevaba. Sólo así me dejaron y no me tomaron en cuenta. Las calles no eran seguras, pues el enemigo estaba por toda la ciudad. Ya no tenía duda: Querétaro estaba en manos de los republicanos.

Con tristeza, volvían a su memoria los instantes de incertidumbre: ¿a dónde ir? Las azoteas me ofrecían más seguridad y mejor visión de la situación. Debí saltar de casa en casa hasta llegar a la del señor don Pancracio Soto; él y sus hermanos sin duda me auxiliarían. Pero al descender, una corta partida republicana me marcó el alto y me detuvo.

Sin perder la serenidad por este contratiempo –atestigua Zamacois–, y obrando con la genial viveza que lo distinguía, dijo a los soldados que era un ayudante subalterno del general Arellano, y dando a uno de ellos el dinero que tenía, consiguió nuevamente verse libre.<sup>24</sup>

-No tuve otra alternativa y regresé a mi alojamiento, y crucé de nuevo por las azoteas. Pero al llegar atestigüé la aprehensión de Espinoza y Velázquez,

---

<sup>23</sup> Zamacois, *Op.Cit.*, pp. 1366-1367.

<sup>24</sup> *Ibidem*

oficiales de artillería. No podía descender. Estaba claro que sólo saltando de casa en casa podría evitar la aprehensión. Con todo, no pudo evitar ser testigo, también, de la ejecución del general Méndez, el 19 de mayo, en la fachada principal de la casa en donde él permanecía oculto.

[...Como la ocupación fue obra de una operación tramada en las tinieblas de la noche, los sitiados cayeron en su mayor parte en manos del enemigo. Toda la ciudad sufrió un riguroso cateo en todas sus casas, con rarísimas excepciones, y los jefes y oficiales que no quedaron prisioneros en algún punto del servicio militar lo fueron después en aquel cateo general...].<sup>25</sup>

-Fue suerte-, pensó Arellano. Pude escapar por tercera vez; tuve que esperar con impaciencia la noche y al amanecer partí con aquella familia humilde que anhelaba salvarme y que me resguardó con cariño. – Y reflexionó sobre sus palabras:

Las guerras civiles traen consigo la escoria de la sociedad y forman estas reuniones de vándalos que encuentran la impunidad a la sombra de una bandera política. Felizmente, la guerrilla que me hizo prisionero se componía de bandidos de Sinaloa. El aspecto de su jefe me inspiró la idea de ofrecerle mi reloj y diez onzas de oro si me dejaba en libertad, prometiéndole también que le daría mil pesos si la noche siguiente me conducía fuera de la plaza. El jefe aceptó mi proposición sin vacilar, y encontrándome dueño de mi libertad me guardé muy bien de cometer la imprudencia de esperar su regreso.<sup>26</sup>

Y en cuanto a su decisión de optar por no entregarse al enemigo y no someterse así a su justicia y a un destino incierto, escribió:

Sabiendo que Méndez y Arellano no estaban entre los prisioneros -narró Manuel en tercera persona-, los jefes republicanos expedieron un decreto en que imponían la pena de muerte, sin formación de causa, a todos los imperialistas

<sup>25</sup> Alvarez, *Estudios Sobre la Historia...*, Tomo VI, pp. 456 – 457

<sup>26</sup> Ramírez de Arellano, *Ultimas Horas...*, p. 148

que no se presentaran durante veinticuatro horas y que fueran aprehendidos. Una larga experiencia había enseñado a Arellano que el adversario fusilaba sin compasión a los prisioneros de guerra y que jamás tenía piedad para los vencidos; esta experiencia le hizo despreciar las medidas sanguinarias que se dictaban para disfrazar el asesinato y prefirió como siempre abandonarse al capricho de la fortuna”.<sup>27</sup>

El reloj del campanario de la iglesia principal de Rimini marcaba las nueve de aquella fría mañana del 28 de noviembre de 1877, cuando Arellano salió de su alojamiento y con lentitud se encaminó a un pequeño café que quedaba a unas pocas cuadras, donde acostumbraba reunirse con Valentino Vacchi, amigo leal que se dedicaba al oficio de sastre y que fue su compañía durante los últimos cinco años de su vida. A él confió sus últimos deseos sin imaginar que era la última vez que se veían.

Valentino observaba el rostro de su amigo, más sombrío que en otras ocasiones, y la pregunta no se hizo esperar. - ¿Qué le atormenta, general? -. Con voz apenas audible para su interlocutor, respondió: - Querétaro, siempre Querétaro. Ahí quedaron mis amigos, mis camaradas de armas; ahí se esfumaron sueños e ideales y tal vez ahí se perdió un destino glorioso para mi patria. ¡Surgieron tantas circunstancias adversas! Unas inexplicables y otras producto de la condición humana; pero que, combinadas, dieron como resultado el desastre total para el Imperio.

Y agregó: -Escuche Valentino, por ejemplo, el coronel Miguel López. Fue primero comandante del Regimiento de la Emperatriz y luego jefe del punto fortificado en el Convento de la Cruz; él franqueó la entrada a los republicanos por este lugar y naturalmente con su acción salvó la vida. No fue enlistado como prisionero de guerra y luego supe que hasta obtuvo de Escobedo un salvoconducto para que pudiese salir tranquilamente de la plaza. Cuando cometió

---

<sup>27</sup> *Ibidem*

su felonía todavía tuvo la osadía o el cinismo de ofrecerle al Emperador un escondite para salvarlo, lo que naturalmente rechazó -. La sola mención de López causó enojo e indignación al exiliado y lágrimas de rabia e impotencia asomaron a sus ojos.

-Y mire usted, amigo Vacchi, la humillación en la derrota la enfrentó el Emperador con dignidad, entregó su espada al pie del Cerro de las Campanas, la loma más alta que domina Querétaro, al ver que ya no existía la menor probabilidad de éxito para su causa. A Escobedo, jefe de los republicanos, le dijo "Ya soy su prisionero, pues no me quedó medio de defensa al ser vendido". Todo mundo fue testigo de la traición de López, la lista sería interminable, y todavía hay quienes culpan al Emperador de la entrega de la plaza.<sup>28</sup>

Vacchi guardó un profundo y respetuoso silencio ante las íntimas confidencias. Comprendía que al expresar Arellano ese cúmulo de vivencias, aliviaba un poco su espíritu atormentado y terriblemente fatigado; le acercó un poco de vino para reanimarlo y en los ojos de Arellano vio agradecimiento y energía para continuar

-General, le inquirió Valentino, ¿cómo se enteró del cautiverio de sus compañeros? Con profundos suspiros, el exiliado contestó: – El Emperador y mi buen amigo el valiente general don Tomás Mejía fueron hechos prisioneros al momento de la rendición, en el propio cerro de Las Campanas; luego mi casi hermano Miguel Miramón fue herido en el rostro en el momento de caer la plaza y buscó refugio en casa de un doctor Licea para recibir atención, y éste lo entregó a los republicanos, tal vez por miedo o quizá por simpatía a la causa de éstos. El caso fue que el Convento de la Cruz fue la primera prisión de los jefes vencidos;

---

<sup>28</sup> Arellano no volvió a encontrarse con el coronel Miguel López, el artífice de la entrega de Querétaro por traición, pues se vio precisado a salir del país y ya no pudo regresar, en tanto que López trató de defender su conducta ante la historia, culpando a todos del derrumbe del Imperio. Vivió en plena libertad, aunque repudiado incluso por los liberales a pesar de la protección y el salvoconducto que recibió de los generales Vélez y Escobedo, hasta su muerte ocurrida en 1891 en la ciudad de México.

luego fueron trasladados al convento de Teresitas y finalmente al de Capuchinas. De allí salieron un 19 de junio a las siete de la mañana a su cita final; quedaron así unidos por un trágico destino el Emperador, don Tomás Mejía y Miguel Miramón. La ejecución fue en el propio lugar que habíamos utilizado al principio de cuartel general contra los republicanos: el Cerro de las Campanas.

-En esos días la búsqueda de imperialistas se intensificó –prosiguió Manuel su narración a Vacchi- y no me quedaba más que huir y esconderme. Cerró los ojos buscando un respiro en su estado de ánimo y se dispuso a terminar el relato, pero Valentino le extendió sus manos para ayudarlo a incorporarse y le dijo que hiciera una pausa para continuar en otra ocasión. Arellano sintió el peso del drama y de las responsabilidades históricas. Ambos ingirieron algún alimento, se habló de cosas comunes y las horas transcurrieron con rapidez. Con la noche, el frío y la soledad calaron hondo y con paso apresurado se encaminaron al modesto alojamiento del general, único lugar en donde Manuel sentía un poco de confort, aunque lo acompañaban los fantasmas del pasado entre los que vivió desde la derrota del Imperio.

Arellano suspiró profundamente, estaba exhausto de haber recordado y compartido las dolorosas vivencias. Poco a poco se fue quedando dormido y Vacchi comprendió que el sueño era su liberación; lo observó detenidamente, veló su descanso, allí, sentado frente a él, y guardó en su mente la imagen de aquel hombre de vida intensa, siempre congruente con sus ideas, incluso hasta el final mismo de su existencia.

Horas después, Arellano, ya repuesto, se irguió y como todos los días con paso lerdo fue a preguntar si había alguna correspondencia para él, siempre con la esperanza de recibir noticias de su lejana patria, especialmente de sus hermanos, pero ese día, como otros tantos, regresó a la habitación con las manos vacías. –Ya será mañana- pensó. Y sentado frente a la ventana, rebuscó entre sus añosos y arrugados papeles aquella carta...

De entre las sombras volvieron los recuerdos hacia Querétaro. Había escrito desde su escondite una carta al Emperador prisionero, hecho que consigna en su libro el doctor Basch el 20 de Mayo, en la que desde luego se ponía a sus órdenes y le manifestaba su decisión de marchar a México, Veracruz, Europa o cualquier otro punto donde podría desempeñar alguna misión que se le señalase; Maximiliano mandó responderle verbalmente que si lograba recuperar su libertad ya habría oportunidad de encontrarse en el extranjero y entonces aprovecharía la buena disposición del general. Cumplido por Manuel éste último deber de conciencia, buscó la manera de atravesar las líneas republicanas para dirigirse a México.

Entró entonces en contacto con el coronel republicano José Montesinos, antiguo alumno del Colegio Militar, y éste ayudó secretamente a que se evadieran de Querétaro no sólo él, sino también los coroneles Carlos Miramón, de quien había sido discípulo, y Santiago Montesinos, este último hermano mayor del propio don José, así como el general Ignacio Gutiérrez, quien durante el Sitio había mandado la caballería algunas ocasiones en sustitución del enfermo Mejía.<sup>29</sup>

Arellano no buscó ser héroe, nada hubiera ganado con entregarse, y más sirvió a su causa y al trabajo del historiador al redactar sus memorias y dejar constancia de los acontecimientos que le tocaron vivir y participar desde la perspectiva de los vencidos y censurados.

Por los días en que el artillero escapó de Querétaro y entró subrepticamente en la ciudad de México después de un peligroso y fatigante

---

<sup>29</sup> Don José Montesinos era cuñado de Mariano Miramón, que había muerto en La Habana en 1861 después de haberse refugiado allí tras la Guerra de Reforma. Por consiguiente había relaciones no sólo de amistad con los Miramón, sino también de parentesco. Con todos ellos Arellano había cultivado desde la pubertad la más estrecha relación y ahora eso coadyuvaba a salvarlo del inminente peligro de caer prisionero y ser fusilado. Arellano se abstuvo de referir en su libro el papel desempeñado por Montesinos en su novelesco escape, sin duda para no comprometer a su amigo, pues era una figura importante en el bando republicano en el tiempo en que Arellano publicó su obra.

recorrido, Maximiliano, Miramón y Mejía fueron enjuiciados conforme a la Ley juarista de 25 de enero de 1862, que condenaba a muerte a todo aquel que de alguna manera prestara servicios a la intervención que por entonces comenzaba y por la cual se les condenó a la pena capital. Decisión que encararon con la mayor entereza.

Y en su modesta habitación de Rimini, el artillero buscó y rebuscó entre sus pertenencias y encontró la conmovedora misiva de despedida que su amigo Miguel Miramón le había escrito la víspera de su muerte y en la que le hacía el encargo más importante: que redactara la verdadera historia de cuanto había ocurrido. Sin duda esta misiva le fue entregada secretamente a Arellano por Concha Lombardo, la viuda de Miguel, cuando ésta retornó a México con el cuerpo de su esposo. Por entonces Arellano se hallaba oculto.

Habían estado íntimamente unidos –refiere Zamacois- en sus planes durante el Sitio de Querétaro y siempre obraban de acuerdo con ellos. Amigos desde que estudiaron juntos en el Colegio Militar de Chapultepec, sus lazos de amistad fueron uniéndose más y más con el transcurso de los años, llegando hasta el mayor grado de estrechez en el Sitio en que ambos se distinguieron, el primero por su bizarría en los combates y su acierto militar para disponerlos, y don Manuel Ramírez de Arellano por su valor, a la vez que por su talento y saber, dirigiendo la fabricación de todos los elementos de guerra, incluso los pistones o cápsulas como allí los llaman, pues habiéndose acabado completamente los de metal, los fabricó de cartón, dando un resultado brillante.

Cierto es –dice Zamacois- que don Miguel Miramón no sabía en aquellos momentos en que escribía la carta, dónde podría hallarse su amigo; pero sabía que había logrado no caer en poder de las fuerzas republicanas y no dudaba que lograría salvarse. La carta pues, la escribía para que le fuese entregada cuando pudiese ser”.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Zamacois, *Historia de México...*, Tomo XVIII Bis, pp. 1558 - 1560

No era una carta ordinaria, era una nítida expresión de sus sentimientos al amigo, al compañero de armas, de desdichas:

*Querido Manuel: Aprovecho el tiempo de prórroga para escribirte cuatro letras: te supongo bien enterado de cuanto ha ocurrido; por consiguiente nada te diré de ello en ésta.*

*Quiero encargarte, como ya lo he encargado a Carlos, que ni tú, ni él, ni ninguno de mis amigos y parientes traten de vengarme; he sido sentenciado injustamente, pero sufro con resignación mi pena; yo ofrezco a Dios este sacrificio por el perdón de mis pecados; con que así, no sólo te prohíbo, en nombre de nuestra amistad, que por mi muerte se derrame sangre alguna, sino en cuanto sea posible lo impidas y manifiestes que ésta es mi voluntad.*

*Deseo que cuando estés con más calma, escribas la campaña de diciembre 66 y la de 67; procúrate datos por escrito; yo he hecho algunos apuntes, que le mando a Isidro (se refiere a su concuño don Isidro Díaz); otros están en mis papeles, que recogerá Concha y entregará el mismo Isidro, y por último existen Ordoñez, Carlos y otros que me acompañaron a Zacatecas que te los pueden dar. Te recomiendo igualmente que escribas defendiendo mi nombre del cargo de traición, que no han podido probarme, pero por el cual sin embargo muero.*

*Concha sale al extranjero: mis hijos, creo, no volverán; si así fuese y tu ocupares el puesto que por tu talento y servicios estás llamado a ocupar, acuérdate que son mis hijos y que si necesitan alguna cosa procura que les sea satisfecha; procura igualmente que Miguel (su único hijo varón, aún pequeño) jamás tome las armas si no es contra un enemigo extranjero; hombre de honor y con un nombre limpio aunque a mis enemigos les pese, sería sacrificado como su padre y su tío (su hermano Joaquín).*

*Adiós, querido amigo, que la suerte en esta vida te sea más feliz que a tu apasionado Miguel.*

*Capuchinas de Querétaro, junio 18 de 1867.<sup>31</sup>*

Siempre que releía estas líneas de despedida, su corazón experimentaba rabia, dolor y angustia por el trágico fin de su fraternal amigo. Ahora estaba ya a

---

<sup>31</sup> *Ibidem*

unos pasos de trasponer el umbral de la vida a otras realidades; la promesa de su religión le daba el consuelo y su conciencia estaba tranquila, pues había cumplido a cabalidad con su amigo al escribir *Últimas Horas del Imperio*.

En el amanecer del primero de diciembre, Arellano ya no tuvo fuerzas para levantarse, no solicitó los acostumbrados alimentos y se abandonó completamente a sus recuerdos que eran perpetuos fantasmas, aun en las horas finales.

¡Cuántas peripecias al cruzar la líneas enemigas de Querétaro! No fue fácil esquivar las columnas republicanas, pensó. Algunas de ellas iban en mi misma dirección a la capital para reforzar el sitio impuesto por el general Porfirio Díaz. Penetré en la ciudad por Tacubaya y desde luego convenientemente disfrazado ¡Los peligros que evadí! Pero tenía que entrevistar a Márquez para exigirle regresar a Querétaro y salvar al Emperador en el último momento. La leve esperanza se desvaneció, se me pedía que ocultara los acontecimientos de Querétaro para evitar el desplome de la capital. Deseaba que Márquez actuara y tomara la ofensiva contra los republicanos.

-Existía tal confusión en la capital sobre los acontecimientos en Querétaro, que el general Ramón Tabera, comandante en jefe de las tropas de la capital, me inquirió delante de muchas personas que si era cierto que el Emperador había roto el sitio y que venía a México con su ejército. Respondí que así era. No podía dar el golpe de gracia a los imperialistas y revelar la amarga realidad. Dialogué con Márquez y le solicité un esfuerzo final, para acometer las líneas de los sitiadores de la capital, le ofrecí mi espada y él me pidió que no confirmara nada sobre Querétaro, pues la moral de los soldados se derrumbaría-.

Pero resultó que al igual que como se había conducido en Querétaro, Márquez entró en una inacción absoluta. Y después fingió sorpresa de que yo hubiera llamado la verdad sobre Querétaro y se atrevió amenazar con fusilarme si comprobaba que lo había engañado. Las acciones o inacciones de Márquez

serán siempre un enigma. Arellano buscaba sepultar ese pasado. La crisis final de sus males había iniciado. Si en esos momentos se hubiera actuado con decisión y efectuado la salida solicitada por Arellano, el resultado habría sido el triunfo. Al menos así lo creía Manuel.

El 19 de junio, víspera de la entrada de los republicanos a la capital, Márquez anunció que, una vez confirmada la caída del Emperador, dejaba de ser Lugarteniente del Imperio. Y a continuación se esfumó.

Con la entrada de los republicanos a la ciudad de México, el general de brigada Manuel Ramírez de Arellano concluyó su trayectoria militar y política, y al igual que muchos de sus correligionarios se vio precisado a ocultarse en espera de alguna oportunidad de salir del país. Sabía que si era capturado terminaría sus días en el paredón. Tenía entonces treinta y cinco años.

El 21 de Junio de 1867, el general de división Porfirio Díaz comunicaba al Ministro de la Guerra, general Ignacio Mejía, que la plaza de México se había rendido y que sus defensores eran prisioneros de guerra a disposición del Supremo Gobierno, y solicitaba se le diera conocimiento al Presidente Juárez con la encarecida súplica del rápido traslado del gobierno republicano a la capital.

Finalizaba para Arellano una carrera castrense iniciada en 1847 con el bautizo de fuego en Chapultepec frente al invasor yanqui, continuada luego en los reñidos combates que antecedieron a la Guerra de Reforma, proseguida en esta última y sangrienta contienda, y luego en la campaña de Morelia para terminar en Querétaro con el fin del Imperio.

Al salir con vida de Querétaro, Manuel conservó la integridad física, pero perdió la inmortalidad histórica; el destino le arrancó de tajo la fama imperecedera. Querétaro significó luz y sombra para Arellano; aurora y ocaso, gloria y olvido.<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> Aun antes de que Arellano escribiera *Ultimas Horas...* en 1869, el desprestigio de Márquez por su conducta durante la última etapa del Imperio le obligó en 1868 a publicar un *Manifiesto* –con pie de imprenta en Nueva York- en donde se defendía contra todo y contra todos, aunque en realidad sin convencer a nadie. Y luego Márquez contestó a Arellano en 1869, en un libro titulado: *Refutación del General de División Leonardo Márquez al Libelo del General de Brigada Manuel Ramírez de Arellano, México, F. Vázquez Editor, 1904*, en que lo acusa de todo, hasta de ser un ...¡incompetente jefe de artillería! Pero en realidad soslayando o pretendiendo desvirtuar con verdades a medias las sólidas argumentaciones de Arellano, Manuel quiso contrarrefutar el escrito de Márquez como lo había hecho contra el Manifiesto, pero la miseria y las enfermedades que padeció durante el largo tiempo de su exilio se lo impidieron. Los cargos que formularon Arellano y otros contra don Leonardo persistieron, sin embargo, para la historia.

## A MANERA DE EPÍLOGO

En las primeras horas del 3 de diciembre de 1877, en el puerto de Rímini, en el norte de Italia, amaneció frío y lluvioso, propio de ese tiempo. Todo parecía transcurrir como de costumbre, de no ser por el ruido violento de un coche que, con el trepidante golpeteo de los caballos, alertaba a los tranquilos vecinos de las callejuelas por donde circulaba a velocidad fuera de lo común. O alguien iba por herencia o estaba huyendo en desbocada carrera.

El coche hizo un alto brusco frente al Hospital Civil del pequeño puerto y descendió a toda prisa un joven que imploraba pronto auxilio, con voz angustiada. La hermana Bonelli –Superiora de las Hijas de la Caridad que atendían solícitas el nosocomio--, salió presurosa al escuchar la emergencia.

–Hermana, por favor asístanos, un general mexicano viene muy grave, casi no puede sostenerse en pie. La Superiora dio instrucciones y se apresuró a recibir a aquel ser abandonado y profundamente debilitado por la enfermedad que lo agobiaba minuto a minuto.

El general Manuel Ramírez de Arellano era muy conocido y apreciado por los médicos y hermanas que asistían a los enfermos, pues ya había recibido atención en ese establecimiento. La hermana Bonelli sin duda había intercambiado impresiones anteriormente con Manuel en sus visitas médicas a ese centro hospitalario. La hermana sintió enorme pesar al confirmar el deplorable estado en que se encontraba aquel militar extranjero de afables maneras.

No se separó del enfermo a partir de ese día y lo asistió en sus últimos momentos. De hecho le cerró los ojos. A ella se debe el minucioso y conmovedor relato que el propio Angel Pola reproduce en la edición de 1903 de *Últimas Horas del Imperio...*

El semblante del enfermo revelaba un espíritu tranquilo a pesar de su larga y dolorosa enfermedad, que lo atormentaba día y noche.

—Estoy asombrada y muy consternada, —exclamó la Superiora Bonelli a los médicos que atendían al paciente—; jamás lo he visto molesto o impaciente, más bien resignado a la Voluntad Divina.

—Hermana, decía Arellano con voz apenas audible, ¡mi familia, tan lejos! ¡Ay, pobres hijos míos! Y de nuevo volvía a tomar su calma acostumbrada.

“Le gustaba que le hablasen de la Santísima Virgen, hacia la cual tenía mucha devoción. En sus manos estrechaba una medalla de la Purísima”, relató más tarde la Superiora.<sup>1</sup>

Al día siguiente su estado no mostró cambio alguno y en los subsecuentes la enfermedad alternaba con períodos de mejoría leves. Se anunciaba un fin próximo. Por breves momentos surgía en sus ojos un rayo de esperanza, ¡era tanto su deseo y ansiedad por volver a ver a su familia! Pero todo indicaba que el fin era cuestión de algunos días.

Arellano comprendió que no podía esperar una mejoría y se dispuso el 7 de diciembre a finiquitar sus asuntos con el mundo. Hizo su confesión, recibió los últimos auxilios y solicitó al capellán le hiciera alguna lectura espiritual, después de lo cual comulgó con tanta devoción que llamó la atención de todos aquellos que lo circundaban.

“Al obscurecer tuvo un profundo sueño, despertándose a cada rato y hablando de cosas religiosas; sobre todo parecía gozar hablando de la Santísima Virgen de Guadalupe y de la tierna devoción que para ella tienen los mexicanos.

---

<sup>1</sup> Relato reproducido en las notas introductorias de Angel Pola en la edición de 1903 de *Últimas Horas...*, pp. XV-XIX

“Esta historia la contó con mucho trabajo, por el cansancio de la enfermedad; le aconsejamos dejarla, porque se cansaba mucho; y a pesar de esto seguía hablando con tanto éxtasis que nos arrebatava ¡Ha sido su último discurso”<sup>2</sup>

Manuel Ramírez de Arellano había cortado todo contacto con el mundo, ya nada tenía significado, se preparaba a trasponer el umbral de otras realidades, sin duda para él más justas, en donde el calificativo de traidor no lo alcanzaría ya.

“A las seis y media de la mañana del día 10 perdió el habla, mas no los sentidos; después le fue suministrada la extremaunción, que recibió con perfecto conocimiento y verdadera devoción. Tenía en sus manos un crucifijo y de rato en rato lo acercaba a la boca, besándolo con ternura; estuvo después cerca de tres horas sin conocimiento y a las doce y cuarenta y cinco minutos expiró, entregando su bella alma a Dios Bendito.

“Mucho se hizo para que le fueran tributados los honores militares, pero nada se pudo obtener, pues no se encontraron documentos bastante auténticos. Le fueron prestados los últimos servicios de la servidumbre de la casa, que llevaron el cadáver a la iglesia, en donde se le cantó una misa, y después fue transportado al cementerio, en cuyo lugar se le hizo levantar una tumba por el señor Valentino Vacchi, expresamente o a propósito; y este señor retiró el dinero y los efectos del difunto. Es preciso tener presente que en el curso de la enfermedad, el señor Arellano hizo muchos gastos en vestidos y otras cosas”.<sup>3</sup>

Por su parte, monseñor Luis Rafael Zampetti, obispo de la diócesis de Rímimi, escribió a Pola el 11 de abril de 1878 una carta en la que tras ratificar en todas sus partes la narración de la hermana Bonelli, que aparecía adjunta a la misiva del propio prelado, indicaba que en el Hospital Civil en que había sido

---

<sup>2</sup> *Ibidem*

<sup>3</sup> *Ibidem*

recluido “el muy querido señor general Ramírez de Arellano”, éste había observado una conducta especialmente ejemplar.

“Para honra del general y consuelo de su entera familia –informaba– puedo asegurar que en toda su enfermedad y muy particularmente en las últimas horas de su vida, dicho señor conservó sentimientos muy vivos y edificantes de piedad y de fe.

“Que se consuelen sus parientes, que se acuerden de él sus buenos amigos; el general ha muerto como ferviente católico; ha muerto como vivió; su nombre es una lección; su muerte, un ejemplo, su fin, una gloria.

“Todos debemos aprovechar de esto con la ayuda de Jesús, como yo prometo hacerlo para siempre.

“Su devotísimo servidor en Jesús”<sup>4</sup>

La vida privada de Arellano es un profundo misterio y no me fue posible encontrar ningún dato que arrojara luz sobre el particular. En su expediente sólo consta que permaneció soltero. Sólo sabemos de su romance – al parecer fugaz– con Guadalupe Miramón, que en su tiempo provocó un gran escándalo.

En sus últimos días Manuel evocaba a sus hijos y se condolía de ellos. ¿Quiénes fueron éstos? ¿Con quién los procreó? ¿Nacieron en México y aquí permanecieron? ¿O fueron quizá producto de algún romance en el viejo continente? ¿O tal vez nunca los tuvo y sólo deliraba consumido por la mortal fiebre palúdica que le aquejaba?

Difícil despejar estas incógnitas...

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. XV-XVI.

Manuel reposó en el cementerio municipal de Rímini en una tumba seguramente ya desaparecida desde hace mucho tiempo por las obras de expansión allí realizadas y en la que aparecía el siguiente epitafio:

Aquí duerme el sueño eterno  
Manuel Ramírez de Arellano,  
desterrado mexicano,  
General del Primer Imperio (sic)  
que con extraño valor,  
privado del beso de sus deudos,  
a la edad de 45 años,  
consumido por una lenta enfermedad,  
rindió su alma al Hacedor,  
el 10 de diciembre de 1877

## COLOFÓN A UNA HISTORIA

El esfuerzo político mexicano del siglo XIX se caracterizó por consolidar un Estado moderno, soberano y con fuerza legítima para construir una sociedad con estabilidad y libertad.

Desde las primeras décadas de la vida independiente México enfrentó rivalidades de facciones políticas que desgastaron la vida nacional en ensayos de gobiernos desde la monarquía de Agustín de Iturbide hasta repúblicas centrales y federales, pasando por dictaduras, que dejaron evidencia de incapacidad para consolidar un gobierno que ofreciera organización, orden y progreso.

La primera mitad del siglo decimonónico la sociedad vivió un país de constante inestabilidad y debilidad, clima que propició la invasión yanqui y como consecuencia la humillante derrota con la dolorosa mutilación territorial.

En ese contexto se proyectaron dos visiones de nación que significaron una lucha sin cuartel con el propósito de alcanzar sus objetivos. Tanto el grupo conservador como el liberal creyeron con fe ciega en sus posiciones y se enfrascaron en una contienda a muerte para lograr imponerlas.

Es interesante observar que en este rejuego de propuestas y proyectos, el grupo de los moderados, tanto en la facción liberal como en la conservadora, buscó equilibrar la balanza durante la etapa del Segundo Imperio. Así, los primeros colaboraron con Maximiliano con la idea de adaptar sus principios y hacerlos efectivos para lograr un Estado liberal y moderno que transformara a la sociedad con un gobernante como el Emperador, cuyo pensamiento y formación se acercaba a esa plataforma y podía unir intereses diversos. Por su parte, los moderados dentro del grupo conservador atisbaron en ese régimen la oportunidad de poner fin a la anarquía sufrida por décadas,

a través de la imposición de un orden que neutralizara de una vez por todas las pugnas de partido por medio de la más estricta observancia de la ley. De ese modo, el progreso material vendría como consecuencia natural de todo esto.

Siempre se ha sostenido que el Partido Conservador quedó sepultado en la misma tumba de Miguel Miramón, y así podría considerarse en cuanto a entidad política. Sin embargo, las ideas de los imperialistas sobrevivieron y cobraron forma en muchos aspectos del “liberalismo conservador” que imperó de manera preponderante durante la etapa porfirista. Así, las ideas tradicionalistas convivieron o se acoplaron paulatinamente a lo moderno, y de ese modo, por ejemplo, subsistieron en la sociedad las ideas religiosas aunque al mismo tiempo estaba vigente la legislación reformista incluida ahora en la propia Constitución Federal de 1857. En otras palabras, la institución religiosa y la administración pública sostuvieron durante largos años relaciones de franca convivencia y armonía. A más de eso, muchos antiguos militantes conservadores e imperialistas, tanto civiles como militares, fueron acogidos en el seno del porfirismo, como por ejemplo los generales Pradillo y De la Peza, el primero principal edecán del Emperador y el segundo sobrino del ex ministro de la Guerra. El mismo caso se iba a presentar sin duda con Arellano, pero su prematura muerte lo impidió.

Así, el Segundo Imperio y muchos de los personajes que lo integraron constituyeron un sector de extrema importancia –aunado al triunfante grupo liberal- en la consolidación del proceso histórico que siguió en los treinta años posteriores al final del gobierno del Presidente Sebastián Lerdo de Tejada.

Por su parte, Manuel Ramírez de Arellano fue un militar, un ideólogo y un intelectual congruente con su tiempo y circunstancias, que percibió con toda claridad el complejo entramado político de su tiempo y optó por el conservadurismo, al igual que la mayoría de sus compañeros militares, sin

perjuicio de que algunos de ellos engrosaran también las filas liberales; en el peor de los casos podría calificársele de equivocado, pero no de traidor, un adjetivo que resulta injusto y superficial a juzgar por todo lo que se ha venido asentando en este trabajo. Es tiempo que se deje de lado todo el cúmulo de incomprensiones y prejuicios que impide al estudioso realizar un análisis equilibrado y sereno de esta apasionante época.

El historiador se enfrenta al desafío que le plantean las huellas del pasado, documentos, testimonios, escritos varios que son el nutriente de la tarea hermenéutica propia del oficio de historiar.

Como bien dijo Ortega y Gasset: "Cada quien mira la vida desde su propio punto de vista".

**PRODUCCIÓN BIBLIOHEMEROGRÁFICA  
DEL GENERAL  
MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO**

Apuntes de la Campaña de Oriente, 1859, Febrero, Marzo y Abril, 1859.

Oración Fúnebre Pronunciada en la Alameda de México el 11 de Julio de 1859, en Memoria del Excelentísimo Señor General de División D. Luis G. Osollo, 1859.

Oración Cívica Pronunciada en la Alameda de México el 27 de Septiembre de 1859, 1859.

Oración Cívica que en Celebridad del Feliz Arribo a la Capital de México de Sus Majestades el Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota, y por Encargo del Ilustre Ayuntamiento de Morelia, Pronunció en la Plaza Principal de la Capital del Departamento de Michoacán, el día 17 de Junio de 1864.

Exposición y Proyecto que Para la Traducción e Impresión de Todas las Obras del Arte de la Guerra que Necesitan el Ejército Mexicano y la Escuela Militar, Presenta a Su Majestad Imperial, 1865.

Proyecto Para Traducir del Francés al Castellano las Obras que se Necesitan Para la Educación Primaria, Para la Secundaria y Para la Profesional, en Todas las Carreras Civiles, que Presenta a la Aprobación del Gobierno Imperial, 1865.

La Ley de 12 de Octubre Ultimo Sobre Responsabilidad Ministerial y una Acusación Oficial Contra el E. S. Ministro de la Guerra, D. Juan de Dios Peza, 1865.

Volante Escrito en la Prisión de San Cosme, 1865.

Defensa del Coronel de Artillería Manuel Ramírez de Arellano, Acusado de Faltas de Respeto al Ministro de la Guerra, D. Juan de Dios Peza, y de Haber Presentado Documentos Falsos Para Sufrir la Clasificación Militar, Escrita por el Acusado y Pronunciada Ante el Exmo. Consejo de Guerra que lo Juzgó Según el Decreto Imperial de 3 de Diciembre de 1865, que Sometió al Conocimiento de Dicho Consejo un Delito de Imprenta, y que Fijó los Demás Cargos que Debían Hacerse al Citado Oficial Superior, 1866.

Vindicación del Subteniente Alumno D. Cayetano Rodríguez, Acusado de Haber Cometido Diversas Faltas Contra el Deber Militar y Absuelto en Segunda Instancia por el Consejo de Guerra Permanente de la Primera División, 1866.

Apuntes Biográficos del Señor General de Brigada D. Joaquín Miramón, Asesinado por los Juaristas en la Hacienda de Tepetates el día 8 de Febrero de 1867, 1867.

Boletín de Noticias (13 números), 1867.

Paralelo Político (Ensayo histórico en dos partes publicado en el Boletín de Noticias, y que quedó inconcluso por la caída de la plaza de Querétaro el 15 de mayo de 1867).

Últimas Horas del Imperio, 1869.

## **ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS**

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Ramo Cancelados.

Expediente de Manuel Ramírez de Arellano, Caja 327. D con el número XI/111/4-5155 y contenido en tres tomos con un total de 671 fojas.

Los expedientes XI/481.3/3338 y XI/481.3/5268, que contienen documentos de la época que aquí se ha tratado, así como el expediente de Juan de Dios Peza, marcado con el número XI/III/2078 AHSDN.

Archivo General de la Nación, Ramo de Guerra Años 1855-1867.

Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora.

Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Capilla Alfonsina con los Fondos Alfonso Reyes, Fernando Díaz Ramírez e Historia, y la Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías con los Fondos Emeterio Valverde y Téllez, Santiago Roel Melo y Antigua Biblioteca.

Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

Fondos XXVII-1, CDXLIII, CLXXVII (este último Colección Adquisiciones Diversas), VII-2 (Impresos de la Colección Luis García Pimentel), XXVII-2, DCCCII-I, CDXI, Carpetas 1 y 2, XXIX y L-2. Estos tres últimos Fondos se hallan integrados de fotografías de diversos personajes del siglo XIX.

**BIBLIOGRAFÍA**

Alamán, Lucas, *Historia de México*, México, Jus, 1968, 5 vols.

Altamirano, Ignacio, "El 27 de Abril en Querétaro", periódico *La República*, 27-30 de Abril de 1880, en *Obras Completas II*, México, SEP, 1986.

Alvarez, Ignacio, *Estudios Sobre la Historia General de México*, Zacatecas, Imprenta Económica de Timoteo Macías a cargo de Norberto Raigosa, 1877, (Vol VI ).

Arias, Juan de Dios, *Reseña Histórica de la Formación y Operaciones del Cuerpo del Ejército del Norte Durante la Intervención Francesa, Sitio de Querétaro y Noticias Oficiales Sobre la Captura de Maximiliano, su proceso Integro y su Muerte*, México, Imprenta de Nabor Chávez a cargo de Joaquín Moreno, Calle Cordobanes número 8, 1867.

Arias, Juan de Dios y Olavarría y Ferrari, Enrique, *México a Través de los Siglos*, México, Cumbre, 1985, ( Vol VIII ).

Arrangoiz, Francisco de Paula de, *México Desde 1808 Hasta 1867. Relación de los Acontecimientos Políticos que han Tenido Lugar Desde la Prisión de Virrey Iturrigaray Hasta la Caída del Segundo Imperio*, Madrid, Imprenta a cargo de Estrada, 1872, ( Vol IV ).

Basch, Samuel, *Recuerdos de México, Memorias del Médico Ordinario del Emperador Maximiliano*, México Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo d J. Moreno, 1870.

Benítez, Fernando, *Historia de la Ciudad de México*, México, Editorial Salvat, 1984.

Blasio, José Luis, *Maximiliano Intimo, Memorias de un Secretario Particular*, París-México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1905.

Burke, Peter, *Formas de Historia Cultural*, Madrid, Alianza, 2000.

Cambre, Manuel, *La Guerra de Tres Años*, Guadalajara, Biblioteca de Autores Jaliscienses, Edición del Gobierno del Estado de Jalisco, 1949.

Castañeda Batres, Oscar, *Leyes de Reforma y Etapas de la Reforma en México*, México, Secretaría de Hacienda, 1960.

Castro, Rafael de, *La Cuestión Mexicana o Exposición de las Causas que Hacían Indispensable la Intervención Europea y el Restablecimiento de la Monarquía en México Como Único Medio de Salvar la Nacionalidad y la Independencia del País*, México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1864.

*Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos*, sancionada y jurada por el Congreso Constituyente el día 5 de Febrero de 1857, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1884.

Conte Corti, Egón Caesar, *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 1971.

Cravioto Leyzaola, Adrián, *Historia Documental del Heroico Colegio Militar México*, Costa-Amic Editores, 2000, 2 vols.

Cuevas, Mariano, *Historia de la Nación Mexicana*, México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940.

*Churubusco en la Acción Militar del 20 de Agosto de 1847*, México, INAH, 1947.

Darán, Víctor, *El General Miguel Miramón*, México, Imprenta de "El Tiempo", 1887, 2 vols.

Díaz, Porfirio, *Archivo del General... Memorias y Documentos*, UNAM-ELEDE, Prólogo y Notas de don Alberto María Carreño, ( Vol XIV ), 1960.

Esquivel Obregón, Toribio, *México y los Estados Unidos Ante el Derecho Internacional*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.

*Estatuto Provisional del Imperio Mexicano*, México, Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante, 1865.

Fernández Mac Gregor, Genaro, *En la Era de la Mala Vecindad*, México, Editorial Botas, 1960.

Fuentes Mares, José, *Génesis del Expansionismo Norteamericano*, México, El Colegio de México, 1984.

\_\_\_\_\_, *Miramón, el Hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1974.

García, Genaro y Pereyra Carlos, *Los Gobiernos de Alvarez y Comonfort Según el Archivo del General Doblado en Documentos Inéditos o muy Raros Para la Historia de México*, México, Porrúa, 1974.

Garfias M., Luis, *Querétaro: El Sitio, fin de una Época en Documentos Gráficos Para la Historia de México, 1854-1867*, Editora del Sureste,( Vol. II), 1986.

Gibaja y Patrón, Antonio, *Comentario Crítico, Histórico, Auténtico a las Revoluciones Sociales de México*, México, Tradición, 1973, ( Vols IV y V).

González Montesinos, Carlos, *Por Querétaro Hacia la Eternidad. El General Miguel Miramón en el Segundo Imperio*, México, Impresión Comunicación Gráfica, 2000.

González Ortega, José, *El Golpe de Estado de Juárez*, México, A. del Bosque Impresor, 1941

Gutiérrez de Estrada, José María, *Carta Dirigida al Excelentísimo Señor Presidente de la República Sobre la Necesidad de Buscar en una Convención el Posible Remedio de los Males que Aquejan a la República, y Opiniones del Autor Acerca del Mismo Asunto*, México, Impreso por Ignacio Cumplido, 1840.

Gutiérrez Grageda, Blanca, *Querétaro Devastado*, Universidad Autónoma de Querétaro e Instituto Electoral Queretano, 2007.

Hans, Alberto, *Querétaro, Memorias de un Oficial del Emperador Maximiliano*, México, Imprenta de Díaz de León y S. White, 1869.

Hernández Rodríguez, Rosaura, *Ignacio Comonfort*, México, UNAM, 1967.

\_\_\_\_\_, *El General Conservador Luis Gonzaga Osollo*, México, Jus, 1959.

Hidalgo y Esnaurrizar, José Manuel, *Apuntes para Escribir los Proyectos de Monarquía en México*, en *Colección de Documentos Para la Historia del Segundo Imperio*, México, Imprenta de Mariano Villanueva, 1869.

Hitchcock, Ethan Allen, *México Ante los Ojos del Ejército Invasor de 1847*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1978.

Islas García, Luis, *Miramón, Caballero del Infortunio*, México, Jus, 1957.

Jiménez Díaz, José Antonio, *Miguel Miramón*, Gobierno del Estado de Jalisco, 2005.

Juárez, Benito, *Documentos, Discursos y Correspondencia*, Selección y Notas de Jorge L. Tamayo, México, Editorial Libros de México, 1972, ( Vols II, III y XI ).

Junco, Alfonso, *Un Siglo de México (De Hidalgo a Carranza)*, México, Jus, 1963.

\_\_\_\_\_, *La Traición de Querétaro*, México, Jus, 1960.

*La Ciudad de México. Antología de Lecturas Siglos XVI-XX*, México, SEP, 1995.

Lewis, Bernard, *La Historia Recordada, Rescatada, Inventada*, México, FCE, 1979.

*Libro Secreto de Maximiliano*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, 1867.

Lombardo de Miramón, Concepción, *Memorias*, México, Porrúa, 1989.

López, Miguel, *La Toma de Querétaro. Miguel López a sus conciudadanos y al Mundo*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1867.

Loza Macías, Manuel, *El Pensamiento Económico y la Constitución de 1857*, México, Jus, 1959.

Márquez, Leonardo, *Refutación Hecha por el General de División Leonardo Márquez al Libelo del General de Brigada don Manuel Ramírez de Arellano, Publicado en París el 30 de Diciembre de 1868 Bajo el Epígrafe de Últimas Horas del Imperio*, Nueva York, 1869, en Márquez, Leonardo, *Manifiestos. El Imperio y los Imperiales*, México, F. Vázquez Editor, 1904, Rectificaciones de Angel Pola.

\_\_\_\_\_, *Manifiesto que Dirige a la Nación Mexicana el General de División Leonardo Márquez*, Nueva York, Establecimiento Tipográfico, 1868, en Márquez, Leonardo, *Manifiestos* (El Imperio y los Imperiales), México, F. Vázquez Editor, 1904, Rectificaciones de Angel Pola.

\_\_\_\_\_, *Detall de la Defensa de la Plaza de Morelia, del 18 de diciembre de 1863, que Dirige al Exmo. Sr. General Bazaine, en Jefe del Ejército Franco-Mexicano, el General de División Leonardo Márquez, en Jefe de la de su nombre, Morelia*, Imprenta de I. Arango, 1863.

Marroqui, José María, *La Ciudad de México*, México, 2ª edición, facsimilar de la de 1900-1903, Jesús Medina editor, 1969.

Masseras, Emmanuel, *Ensayo de un Imperio en México*, México, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, 1985.

Miramón, Coronel (Carlos), *Querétaro, 1867*, en *Historia Mexicana* (El Colegio de México), números 25, 26, 27 y 28, de julio de 1957 a junio de 1958.

Mora, José María Luis, *Obras Sueltas*, Porrúa, 1963.

Moyano Pahissa, Angela, *México y Estados Unidos: Orígenes de una Relación, 1819-1861*, México, SEP, 1987.

O'Gorman, Edmundo, *México, el Trauma de su Historia*, México, UNAM, 1977.

Pani, Erika, *Para Mexicanizar el Segundo Imperio*, México, El Colegio de México e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001

Payno, Manuel, *Memoria Sobre la Revolución de Diciembre de 1857 y Enero de 1858*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1860.

Pereyra, Carlos, *México Falsificado*, México, Polis, 1949.

*Planes de la Nación Mexicana, Libro dos, 1831-1834*, México, Senado de la República, 1987.

*Planes de la Nación Mexicana, Libro tres, 1835-1840*, México, Senado de la República, 1987.

Pola, Angel, *Los Traidores Pintados por sí Mismos. Libro Secreto de Maximiliano en que Aparece la Idea que Tenía de sus Servidores*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1900.

Priego Ramírez, Patricia, y Rodríguez, José Antonio, *La Manera en que Fuimos, Fotografía y Sociedad en Querétaro: 1840-1930*, Colección Fotográfica Queretana, Querétaro, México, 1989.

Quirarte, Martín, *El Problema Religioso en México*, México, INAH, 1980.

Ramírez Alvarez, José Guadalupe, *Guía Histórica del Sitio de Querétaro y el Triunfo de la República*, Querétaro, Ediciones Culturales del Gobierno del Estado, 1967.

Ramírez de Arellano, Manuel, *Últimas Horas del Imperio*, México, F. Vázquez Editor, 1903, Notas Introdutorias de Angel Pola.

\_\_\_\_\_, *Últimas Horas del Imperio, Obra Escrita por el General...*, México, Tipografía Mexicana, 1869.

\_\_\_\_\_, *Apuntes de la Campaña de Oriente, 1859, Febrero, Marzo y Abril, Escritos por el Teniente Coronel de Artillería...*, México, Impreso por Navarro en la Imprenta de J.M. Lara, 1859.

\_\_\_\_\_, *Oración Fúnebre Pronunciada en la Alameda de México el 11 de Julio de 1859, en Memoria del Excelentísimo Señor General de División D. Luis G. Osollo, por el Teniente Coronel de Artillería...*, México, Imprenta de José Moreno F., 1859.

\_\_\_\_\_, *Oración Cívica Pronunciada en la Alameda de México el 27 de Septiembre de 1859, por el Teniente Coronel de Artillería...*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1859.

\_\_\_\_\_, *Exposición y Proyecto que Para la Traducción e Impresión de Todas las Obras del Arte de la Guerra que Necesitan el Ejército Mexicano y la Escuela Militar, Presenta a Su Majestad Imperial el Coronel de Artillería ...*, México, 1865, en el Expediente de Arellano.

\_\_\_\_\_, *Proyecto para Traducir del Francés al Castellano las Obras que se Necesitan Para la Educación Primaria, Para la Secundaria y Para la Profesional, en Todas las Carreras Civiles, que Presenta a la Aprobación del Gobierno Imperial el Coronel de Artillería...*, Conforme a las Siguietes Bases, México, 1865, en el expediente de Arellano.

\_\_\_\_\_, *La Ley de 12 de Octubre Último Sobre Responsabilidad Ministerial y una Acusación Oficial Contra el E.S. Ministro de la Guerra, D. Juan de Dios Peza, por el Coronel de Artillería...*, México, Imprenta y Librería de J.M. Aguilar y Ortiz, 1865.

\_\_\_\_\_, *Volante Escrito en la Prisión de San Cosme*, Librería Mexicana, 1865.

\_\_\_\_\_, *Defensa del Coronel de Artillería..., Acusado de Faltas de Respeto al Ministro de la Guerra, D. Juan de Dios Peza, y de Haber Presentado Documentos Falsos Para Sufrir (sic) la Clasificación Militar, Escrita por el Acusado y Pronunciada Ante el Exmo. Consejo de Guerra que lo Juzgó Según el Decreto Imperial de 3 de Diciembre de 1865, que Sometió al Conocimiento de Dicho Consejo un Delito de Imprenta, y que Fijó los Demás Cargos que Debían Hacerse al Citado Oficial Superior*, México, Imprenta de J. Abadiano, 1866.

\_\_\_\_\_, *Apuntes Biográficos del Señor General de Brigada D. Joaquín Miramón, Asesinado por los Juaristas en la Hacienda de Tepetates el día 8 de Febrero de 1867, Escritos por el Coronel..., Comandante General de Artillería del Ejército Mexicano*, Querétaro, Tipografía de Mariano Rodríguez Velázquez, 1867.

Ratz, Konrad, *Querétaro: Fin del Segundo Imperio Mexicano*, CONACULTA y Gobierno del Estado de Querétaro, México, Colección Cien de México, 2005.

Reed Torres, Luis, *El General Tomás Mejía Frente a la Doctrina Monroe*, México, Porrúa, 1989.

\_\_\_\_\_, *Historias Desconocidas de la Historia Mexicana*, México, Edición del Autor, 2010.

*Refutación al Folleto Publicado por Miguel López con Motivo de la Ocupación de la Plaza de Querétaro en 15 de Mayo de 1867, por los Jefes del Ejército Imperial Prisioneros en Morelia*, Morelia, Imprenta de Ignacio Arango, 1867.

*Responsabilidad Oficial de los Ministros*, en *Boletín de las Leyes del Imperio Mexicano*, Tomo II, *Leyes, Decretos y Reglamentos Generales del 1 al 176 Expedidos por el Emperador Maximiliano Desde 1° de Julio Hasta 31 de Diciembre de 1865*, México, Imprenta Andrade y Escalante, 1866.

Reyes Heróles, Jesús, *Obras Completas*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, Vol. V, 1996.

Rivera Cambas, Manuel, *Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo*, México, T. González Sucesores, 1895, 3 vols.

Roa Barcena, José María, *A la Revista de los Últimos Sucesos en México, Diario del Ataque y Defensa de Morelia*, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1863.

Rocha, Sóstenes, *Apuntes Históricos Sobre el Sitio de Querétaro*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1990.

Roeder, Ralph, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972

Ruíz, Eduardo, *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940.

Salm-Salm, Félix de, *Mis Memorias Sobre Querétaro y Maximiliano*, México, Tipografía de Tomás F. Neve, 1869.

\_\_\_\_\_, *Contestación del Príncipe...*, a don Miguel López, Antigo Coronel Imperial Mexicano y Autor de un Folleto Titulado *La Toma de Querétaro, Miguel López a sus Conciudadanos y al Mundo*, México, Edgard Bouligny Impresor, 1867.

Sánchez Navarro y Peón, Carlos, *Miramón, el Caudillo Conservador*, México, Jus, 1945.

Septién y Llata, José Antonio, *Maximiliano, Emperador de México, no fue Traidor*, México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, 1907.

Sierra, Justo, *Juárez: Su Obra y su Tiempo*, México, UNAM, 1972.

\_\_\_\_\_, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, México, UNAM, 1977.

Stone, Lawrence, *El Pasado y El Presente*, México, FCE, 1986.

Toro, Alfonso, *Historia de México. La Revolución de Independencia y México Independiente*, México, Patria, 14<sup>a</sup>. Edición, 1961

Valades, José C., *El Juicio de la Historia, Escritos Sobre el Siglo XIX*, México, UNAM, 1996.

\_\_\_\_\_, *Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio*, México, Diana, 1976.

Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia General de México*, El Colegio de México, Harla, 1968.

Vigil, José María, *México a Través de los Siglos*, México, Cumbre, 1985, ( Vols. IX y X ).

Zahar Vergara, Juana, *Historia de las Librerías de la Ciudad de México. Una Evocación*, México, UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 1995.

Zamacois, Niceto de, *Historia de México Desde sus Tiempos más Remotos Hasta el Gobierno de D. Benito Juárez, Escrita en Vista de lo que Irrecusable han Dado a luz los más Caracterizados Historiadores y en Virtud de Documentos Auténticos, no Publicados Todavía, Tomados del Archivo Nacional de México, de las Bibliotecas Públicas y de los Preciosos Manuscritos que Hasta Poco Existían en las de los Conventos de Aquel País*, Barcelona-México, ( Vol XVIII bis ), 1888.

## HEMEROGRAFÍA

Diversos periódicos de la época de la Reforma, la Intervención y el Imperio, como el *Diario de Avisos*, *El Siglo XIX*, *La Sociedad*, el *Diario del Imperio* y la colección fotocopiada del *Boletín de Noticias* que publicó don Ramón del Llano Ibarra, es decir los trece ejemplares a partir del número 1, del sábado 23 de febrero de 1867, al 13, del jueves 9 de mayo del propio año. Igualmente, los diarios contemporáneos *Novedades* (suplemento *México en la Cultura*), *El Sol de México* y *Excélsior*, y las revistas *Impacto*, *Jueves de Excélsior* y *Revista de Revistas*, donde aparecieron informaciones de los temas aquí tratados.

*Diario Oficial*, Órgano del Gobierno Conservador, 1858-1860.

*Diario de Avisos*, Director Vicente Segura Argüelles, 1858-1860.

*El Siglo XIX*, Francisco Zarco e Ignacio Cumplido Editor, México, 1855-1860.

*La Sociedad*, Impreso por Constantino Escalante y José María Andrade, México, 1864-1867.

*Boletín de Noticias*, Imprenta del Gobierno a cargo de Víctor Guillén, Querétaro, 1867.

*Periódico Oficial del Imperio*, 1863 - 1864 y su sucesor el *Diario del Imperio*, 1864-1867. Redactor Jefe Niceto de Zamacois.

*Novedades*, Director Ramón Beteta, México, D.F., 1966.

*El Sol de México*, Director Fernando Alcalá Bates, México, D.F., 1967.

*Excélsior*, Director Julio Scherer, México, D.F., 1968.

*Impacto*, Director Regino Hernández Llergo, México, D.F., 1970-1971.

*Jueves de Excelsior*, Director Ramón Morones Cortés, México, D.F., 1983-1984.

*Revista de Revistas*, Director Enrique Loubet, México, D.F., 1990.

ANEXO



1847-2

1<sup>a</sup> Compañía.

Colegio Militar.

ARCHIVO MILITAR

ADOS

---

**NOTAS.**

DE ASCENSO.

	DIAS.	TEST.	AÑOS.
ascendió á cabo en . . . . .	15.	Nov.	85o
dem á sargento en. . . . .			
dem á Subten. de Artillería en	12.	Nov.	85o

---

DE APTITUD.

	Calificacio- nes.	Dias.	Meses.	Años.
Concluyó las matemáticas del primer periodo. . . . .	Buena	18.	Nov.	84o
La táctica de infantería. . . . .	Buena	2o	Nov.	85o
La de caballería. . . . .	Buena	1o	Nov.	85o
La de línea. . . . .	Buena	1o	Nov.	85o
La ligera. . . . .	Buena			
La Ordenanza general del ejército. . . . .	Buena			
Idioma francés. . . . .	Buena			
Fortificación pasajera. . . . .	Buena	2o	Nov.	85o
Dibujo. . . . .	Buena	1o	Nov.	85o
Geografía é Historia. . . . .	Buena	1o	Nov.	85o
Derecho militar y manejo de papeles. . . . .	Buena			

---

DE CONDUCTA Y CAPACIDAD.

---

APROBADO.

Jota

---

DIRECTOR DEL COLEGIO.

J. Mariano Monterde

---

JEFE DEL DETALLE.

Manuel Espinosa

en 16. de Nov. fue cob.

---

Situación del alumno D. Manuel Ramírez de Arellano hijo de D. Domingo y de Doña Lorenza natural de Toluca del Departamento de México su edad diez y seis años, su religión (C. A. R.) sus señas estas: pelo y cejas negras ojos negros nariz regular color moreno frente chica señas particulares una cicatriz en el lado derecho de la frente

Fue admitido de alumno por orden del Sr. Director de ingenieros en nueve de Feb. de mil ochocientos cuarenta y siete siendo representada la presente filiación hoy día de febrero de este presente año por el Sr. Jefe de la Compañía en el orden de la lista que se acompaña al B. de C. del 18 de febrero de este presente año y se le impuso de sus obligaciones conforme al Reglamento y Ordenanza general del ejército, como asimismo que no podrán ser ascendidos á oficiales sin haber cursado las materias que marca esta filiación, siendo testigos los alumnos D. Ignacio Valle y D. Bartolomé Díaz León y el Sr. Jefe de la Compañía D. Manuel Espinosa Sr. Díaz de León

Jota de observación.

**Foto 1**  
 Hoja oficial de ingreso del joven Manuel Ramírez de Arellano en el Colegio Militar de Chapultepec el 9 de febrero de 1847, con los datos de su filiación. ( Abajo aparece el nombre del General Mariano Monterde, director del plantel).  
 (Expediente de Manuel Ramírez de Arellano, SEDENA).

34  
60423

ARCHIVO GENERAL  
ADONAL

**EJERCITO IMPERIAL**  
Mexicano.



**1.ER BATALLON DE**  
Artillería de Línea.

HOJA de servicios del Coronel Dn. Manuel Ramirez de Arellano su edad  
Arreinta y cuatro años natural de México del  
Departamento del Valle su estado Soltero  
sus servicios y circunstancias las que á continuación se espresan:

Fechas en que obtuvo los empleos y tiempo que ha servido en cada uno.

AÑOS.	MESES.	AÑOS.	EMPLEOS Y GRADOS.	AÑOS.	MESES.	DIAS.
9	Agosto	1845.	Alumno del Colegio Militar.	4.	7	6.
15	Marzo	1850.	Cabo en Id.	"	11.	29.
12.	Marzo	1851.	Alferez de la 2. <sup>a</sup> Bateria de la Brigada Ligera.	2.	2.	24.
8.	Junio	1853.	Idem de Idem Teniente de Caballeria.	"	3.	1.
7.	Setiembre	1853.	Teniente de la 2. <sup>a</sup> Bateria de la Brigada Ligera.	"	5.	2.
9	Febrero	1854.	Idem con opción a la P. N. 5.	"	3.	8.
17.	Mayo	1854.	Capitan con Inf. Inf.	3.	8.	19.
8	Febrero	1858.	Jeefe de Division	"	10.	16.
22.	Diciembre	1858.	Teniente Coronel del Batallon de Montana	1.	"	23.
14.	Enero	1860.	Coronel de Idem	5.	5.	24.
Total hasta 9 de Agosto de 1865				20.	"	"

Cuerpos donde ha servido y clasificacion de tiempo.

	AÑOS.	MESES.	DIAS			
En el Colegio Militar	5	7	3			
En el actual Cuerpo	14.	4.	29.			
Total de servicios deducido el pasivo				20.	"	"

Foto 2

Hoja de Servicios del Coronel Manuel Ramírez de Arellano fechada el 9 de agosto de 1865. (Durante el Sitio de Querétaro en 1867 fue ascendido a General de Brigada tras su actuación en la batalla del 24 de marzo). (Expediente de Manuel Ramírez de Arellano, SEDENA).

**Foto 3**

Don Juan de Dios Peza, Ministro de la Guerra, libró una larga y enconada disputa con Arellano en tiempos del Segundo Imperio. ). (Centro de Estudios de Historia de México CARSO).



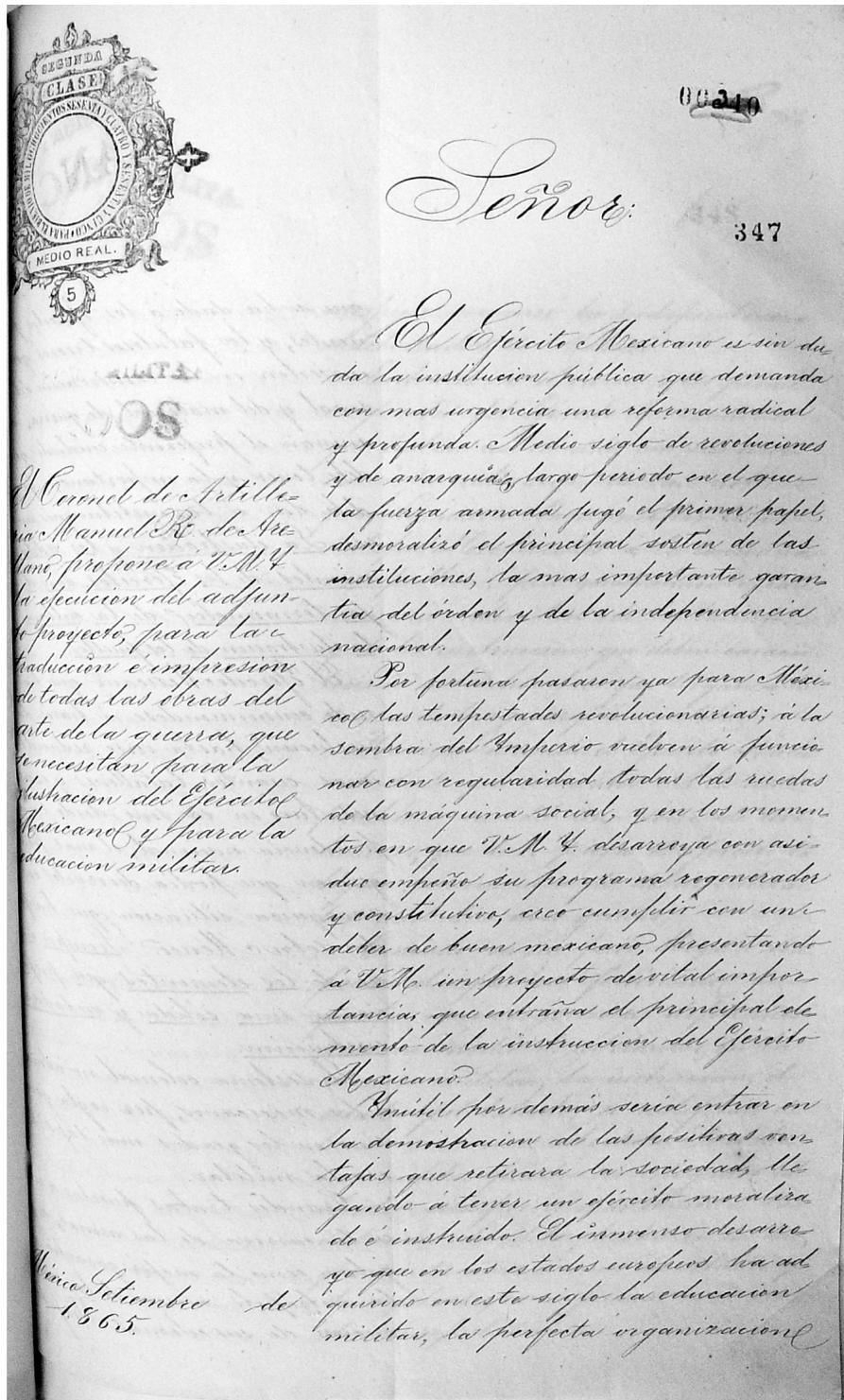


Foto 5

Primera página del proyecto de reforma del Ejército Mexicano propuesto por el Coronel Arellano al Emperador Maximiliano, en septiembre de 1865. Manuel buscaba una mejor profesionalización en los cuadros de los oficiales a través de la ilustración. (Expediente de Manuel Ramírez de Arellano, SEDENA).

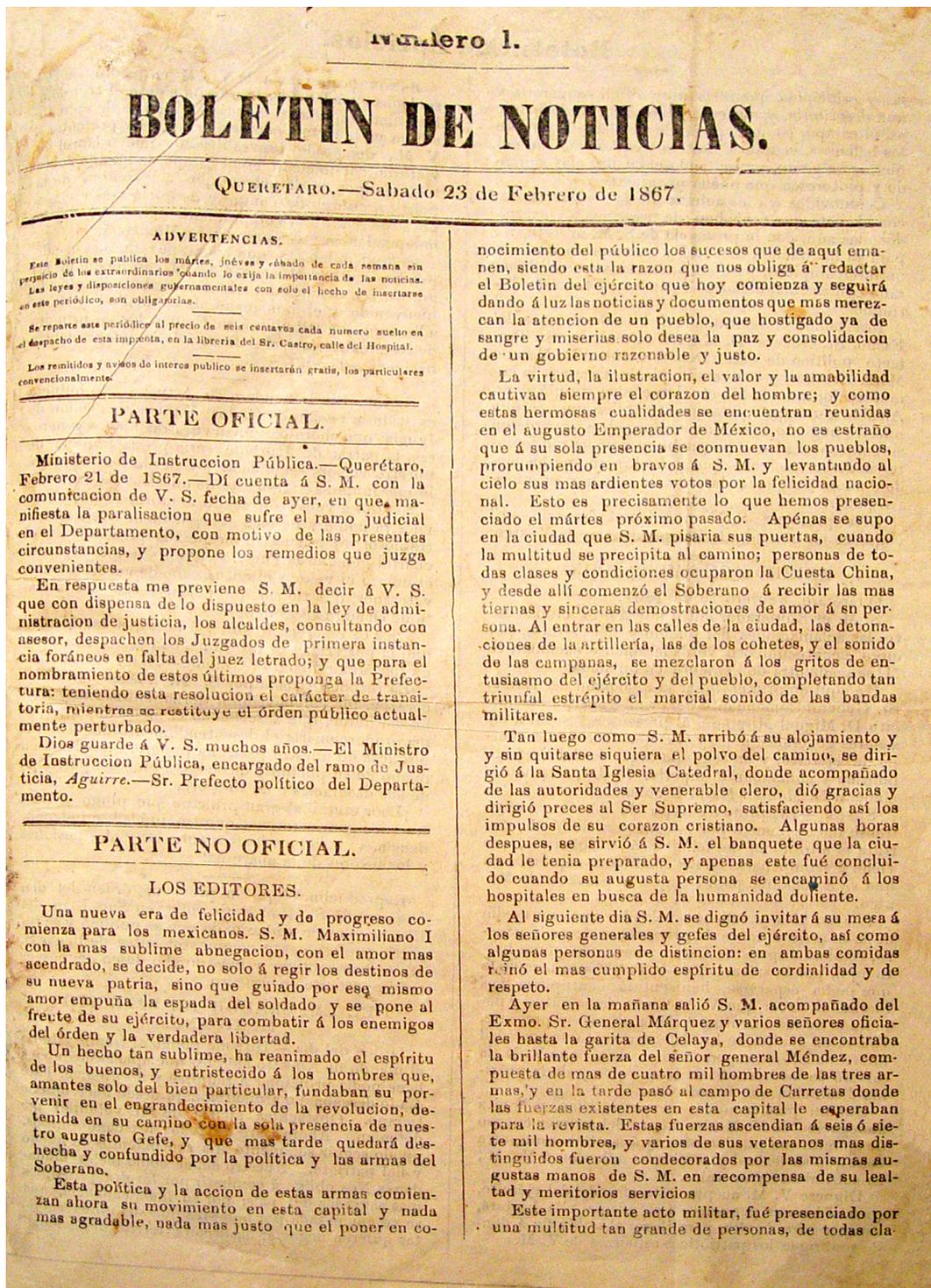
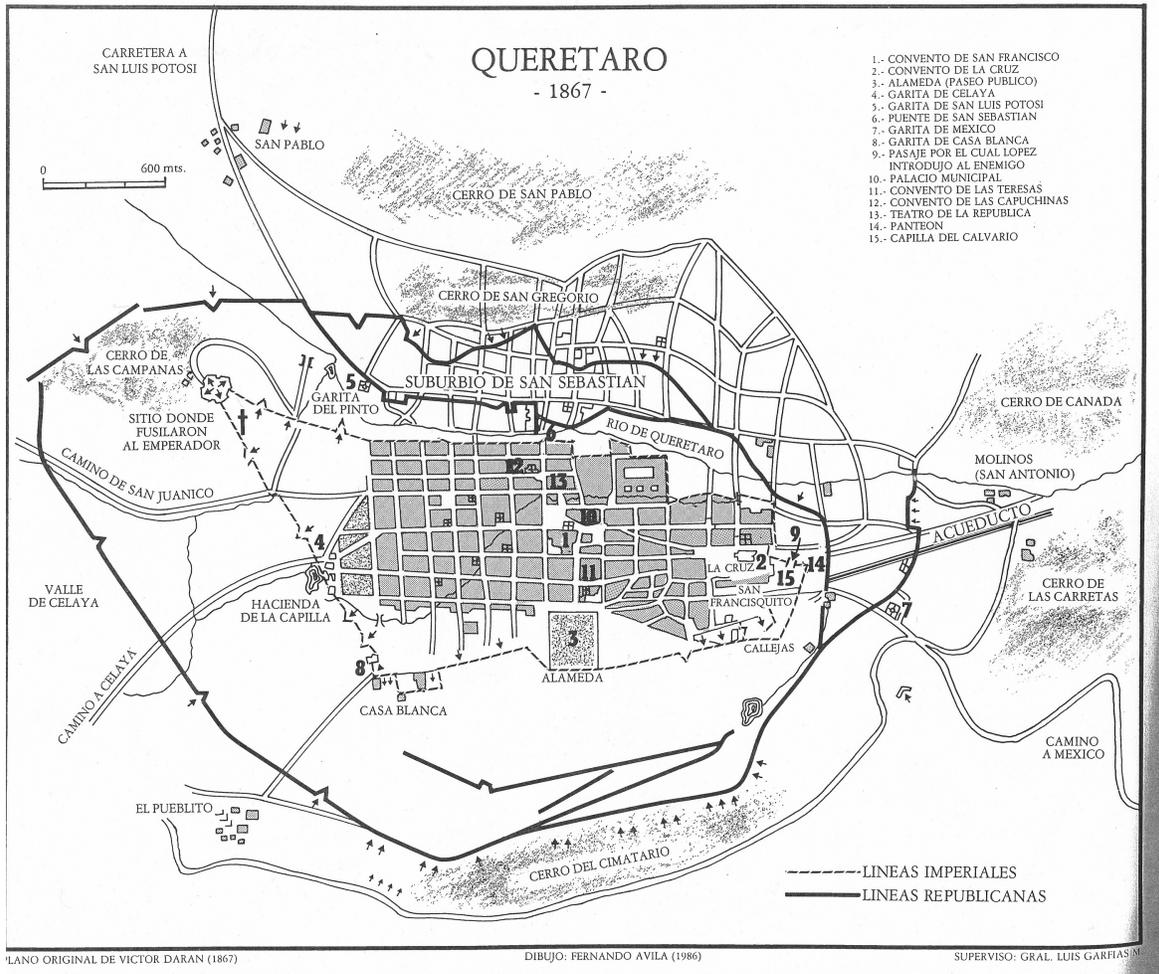


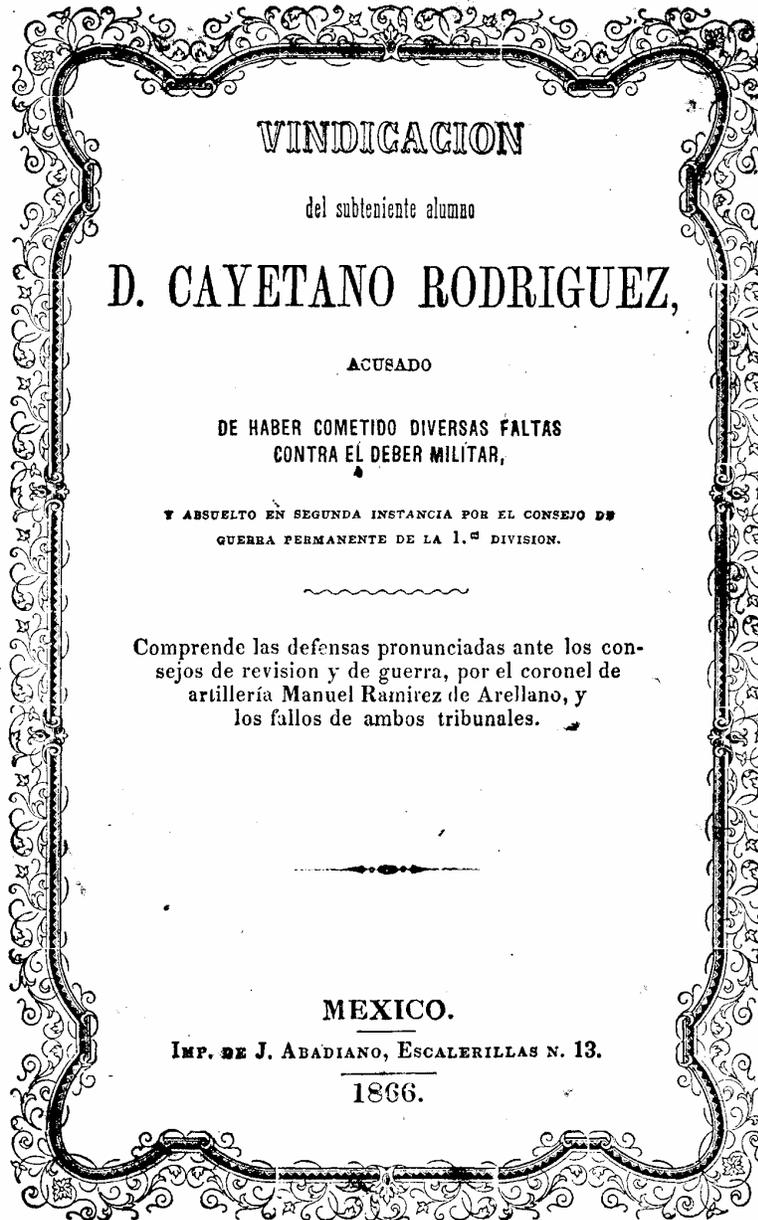
Foto 6

Primera plana del ejemplar inicial del *Boletín de Noticias*, correspondiente al sábado 23 de febrero de 1867. Arellano dio a luz este periódico durante el Sitio de Querétaro y alcanzaron a salir trece números (Centro de Estudios de Historia de México (CARSO).



### Foto 7

Plano del Sitio de Querétaro con las posiciones republicanas e imperialistas perfectamente trazadas. Se registraron cruentas batallas con acciones de heroísmo en ambos bandos (*Documentos Gráficos Para la Historia de México*, vol. II).



Harvard University - Collection Development Department, Widener Library, HCL / Ramirez de Arellano, Manuel. Vindicacion del subteniente alumno D. Cayetano Rodriguez, acusado de haber cometido diversas faltas contra el deber militar, y absuelto en segunda instancia por el consejo de guerra permanente de 1.a division. Mexico : Imp. de J. Abadiano, 1866.

### Foto 8

Portada del impreso que contiene la defensa del subteniente Cayetano Rodríguez, realizada por el coronel Arellano a fines de 1866. El desempeño de Manuel fue tan eficiente, que logró la libertad para el oficial ante el Consejo de Guerra que lo juzgó (Imprenta de J. Abadiano).

## INDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>I</b>
<b>CAPÍTULO 1 DEL AMARGO EXILIO AL DIAGNÓSTICO FATAL</b>	<b>2</b>
<b>CAPÍTULO 2 ERIGIRSE EN HOMBRE</b>	<b>13</b>
<b>CAPÍTULO 3 TRANSICIÓN DOLOROSA</b>	<b>28</b>
<b>CAPÍTULO 4 ARELLANO EN EL IMPERIO</b>	<b>59</b>
<b>CAPÍTULO 5 LUCHAR POR LA JUSTICIA, DEFENDER LA HONRA</b>	<b>91</b>
<b>CAPÍTULO 6 QUERÉTARO: TRAMPA MORTAL</b>	<b>112</b>
<b>CAPÍTULO 7 RESENTIMIENTO Y TRAICIÓN</b>	<b>135</b>
<b>CAPÍTULO 8 FIN Y OLVIDO</b>	<b>157</b>
<b>A MANERA DE EPÍLOGO</b>	<b>184</b>

<b>COLOFÓN A UNA HISTORIA</b>	<b>189</b>
<b>PRODUCCIÓN BIBLIOHEMEROGRÁFICA DEL GENERAL MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO</b>	<b>192</b>
<b>ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS</b>	<b>194</b>
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	<b>195</b>
<b>HEMEROGRAFIA</b>	<b>206</b>
<b>ANEXOS</b>	<b>208</b>